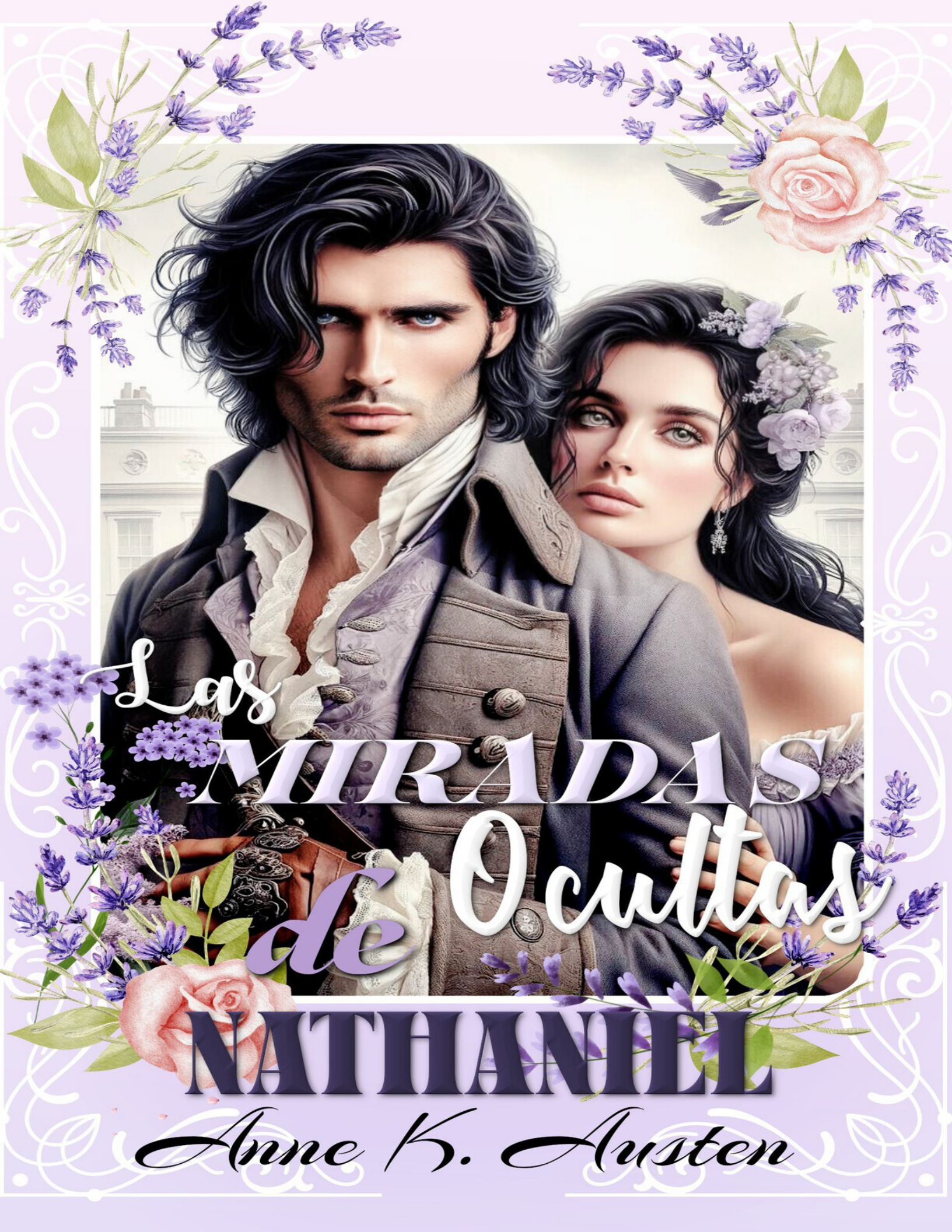
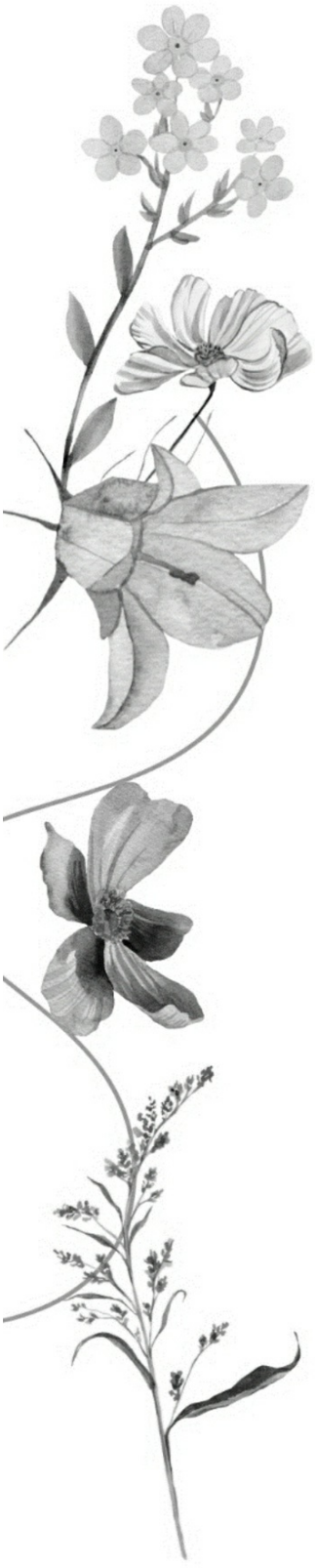

Las
MIRADAS
Ocultas
de
NATHANIEL
Anne K. Austen



Las miradas ocultas de Nathaniel

Anne K. Austen

Título: Las miradas ocultas de Nathaniel
© Anne K. Austen
ISBN:
Sello: Independently published

Diseño de cubierta: Anne K. Austen
Maquetación y composición: Anne K. Austen
Corrección: Sara Nogales

@annekausten
booksbyannekausten.com
annekausten@gmail.com
https://www.facebook.com/Anne—K—Austen

Reservados todos los derechos. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO (www.cedro.org).

ÍNDICE

Cronología Histórica de Gran Bretaña
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21

Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Epílogo
Nota de la autora
Agradecimientos
Bibliografía
Biografía
Otras novelas de la autora

CRONOLOGÍA HISTÓRICA DE GRAN BRETAÑA (1750-1850)

1750-1770

- **Economía y Sociedad:** Inicios de la Revolución Industrial.
- **Literatura:** Auge de la novela como género literario.
- **1756-1763:** Guerra de los Siete Años. Británicos contra franceses y españoles, afectando colonias globales.
- **1760:** Jorge III se convierte en rey.
- **Arte:** Auge del retrato en la pintura británica, con artistas como Thomas Gainsborough, cuyas obras capturan la emergente burguesía y la aristocracia rural. Destacan sus paisajes pastoriles que reflejan el cambio social y económico de la época.

1770-1780

- **Gobierno:** Reinado de Jorge III; comienzan sus problemas de salud mental.
- **Conflictos:** Tensión pre-revolucionaria y Revolución Americana (1775-1783).
- **Literatura:** Publicación de "Fanny Hill" (1748, pero su influencia perdura). Inicios de la literatura gótica con "El castillo de Otranto" de Horace Walpole.
- **1775-1783:** Guerra de Independencia de Estados Unidos.
- **Arte:** Joshua Reynolds, primer presidente de la Royal Academy of Arts fundada en 1768, promueve el "Grand Style" en la pintura, idealizando temas cotidianos y clásicos.

1780-1790

- **Sociedad:** Las Highland Clearances en Escocia comienzan, desplazamiento masivo.
- **Literatura:** Obras del Marqués de Sade destacan en Europa. Publicación de "Los sufrimientos del joven Werther" de Goethe, influyente en Europa.
- **La Ilustración Escocesa,** con figuras como Adam Smith.
- **Arte:** Desarrollo del Romanticismo en la pintura, con un enfoque en

la expresión emocional y la grandiosidad de la naturaleza, prefigurado por artistas como Henry Fuseli cuyas obras se caracterizan por sus temáticas sobrenaturales y dramáticas.

1790-1810

- **Conflictos:** Guerras Napoleónicas (1803-1815).
- **Regencia:** Jorge, Príncipe de Gales, actúa como regente (1811-1820) debido a la enfermedad de su padre.
- **Literatura:** Jane Austen publica "Sentido y Sensibilidad" (1811), "Orgullo y Prejuicio" (1813), entre otras. Surge la figura de Lord Byron.
- **Arte:** Aumenta la popularidad del paisaje y la pintura de escenas costumbristas, reflejando la valoración romántica de la naturaleza y la vida rural. Artistas como Joseph Mallord William Turner comienzan su carrera, destacando por sus innovadoras técnicas de luz y color.

1810-1830

- **Gobierno:** La locura de Jorge III lleva a un período de Regencia por su hijo Jorge, Príncipe de Gales hasta 1820.
- **1820-1830:** Reinado de Jorge IV.
- **Literatura:** Walter Scott publica novelas históricas, influencia en la literatura escocesa y británica.
- **1818:** "Frankenstein" de Mary Shelley.
- **Conflictos:** La Masacre de Peterloo, represión de una protesta por reforma electoral.
- **Arte:** Consolidación del Romanticismo. J.M.W. Turner y John Constable elevan el arte del paisaje, mostrando la sublime belleza de la naturaleza y la revolución industrial británica. Constable, con sus detalladas representaciones de la campiña inglesa, contrasta con la visión más tempestuosa y emotiva de Turner.

1830-1850

Gobierno:

- **1830-1837:** Reinado de Guillermo IV.
- **1837-1901:** Ascenso al trono de la Reina Victoria en 1837, marcando el inicio de la era victoriana.
- **Sociedad:** Reforma de las leyes electorales con la Ley de Reforma de 1832.
- **Literatura:** Charles Dickens y la novela social; proliferación de la literatura dirigida a las clases medias urbanas.
- **Colonias:** Expansión del Imperio Británico y el inicio del dominio colonial en Asia y África.
- **1840s:** La Gran Hambruna en Irlanda.

- **1847:** "Cumbres Borrascosas" de Emily Brontë y "Jane Eyre" de Charlotte Brontë.
- **1848:** Revoluciones en Europa, influencia en pensamiento político y social británico.

- **Arte:** La era victoriana inicia con una diversidad de estilos en la pintura. La Escuela de los Prerrafaelitas, aunque fundada en 1848, empieza a cuestionar los enfoques artísticos convencionales y promueve un retorno a los detalles meticulosos y los temas de gran significado moral y estético.

- Arte: La fotografía se introduce y gana popularidad rápidamente durante la década de 1840, influenciando las artes visuales y ofreciendo un nuevo medio para explorar y documentar la realidad social.

PRÓLOGO

Londres, 1822.

En la soledad del aula de historia del internado para señoritas donde estudio, las palabras de la maestra resuenan como un martillo en el yunque de mi mente cansada.

«Liberté, Égalité, Fraternité ou la Mort.»

Robespierre adoptó un lema durante la Revolución Francesa que simbolizaba un periodo turbulento en la Primera República de Francia. Este periodo estuvo marcado por acusaciones infundadas, ejecuciones sumarias y actos de barbarie que parecían sacados de los relatos más oscuros de la humanidad. Era un tiempo de terror y sangre, en el que los ideales de libertad y fraternidad se teñían con la vida de aquellos que osaban soñar.

Yo, Briony Chisholm, sostengo también que a cada persona se le deben garantizar tres derechos fundamentales: libertad, igualdad y… amor.

Pero, ¿qué sucede cuando el amor se convierte en una batalla constante contra la esperanza? Amar a Nathaniel Harwood durante ocho años sin expectativas es una tortura, un agotamiento del alma y del corazón.

La presencia de Nathaniel Harwood, o su mera ausencia, me transporta del cielo al infierno decenas de veces al día con cada pensamiento que vuela hacia él.

Nathaniel, con su porte regio y una presencia letal, brilla como el atardecer. Tiene un rostro de contornos perfectos, sin rastro de vulnerabilidad, con una mandíbula fuerte como esculpida por los dioses, y unos ojos azules intensos que penetran hasta lo más profundo del alma.

Mi fascinación por él comenzó cuando tenía diez años, el día que irrumpió en mi vida al casarse mi tío Balthair con Adele, la hermana de Nathaniel.

El que fuera considerablemente mayor y su reputación de ser un alma libre y aventurera nunca fueron un impedimento para mi creciente admiración. Siempre que aparecía en Erchless, lo seguía a todas partes, y él, con una paciencia que solo ahora empiezo a comprender, me toleraba con una sonrisa.

A los quince, le dije que me casaría con él y se rio. A los dieciséis, le pedí que me llevara en brazos y me cargó en su hombro como un saco de patatas, con una sonrisa canalla. A los diecisiete, supliqué por un beso real y recibí uno casto en la frente.

Ahora, a mis dieciocho, antes de sumergirme en la temporada social donde seré exhibida como candidata para potenciales esposos, me preparo para pedirle algo más audaz: quiero que él sea mi primera experiencia.

Solo le reclamaré eso, una noche.

He leído lo suficiente en la biblioteca secreta de Adele, esa que cree bien oculta en la caja

fuerte de mi tío, para entender lo que implica y lo que conlleva. Y sé, con cada fibra de mi ser, que algo así solo lo deseo vivir con él...

Este amor, no correspondido, marca cada día de mi vida y este año determinará todo.

En un mundo que parece girar demasiado lento para mí, la pregunta persiste, latente, en cada latido de mi corazón: ¿Cómo seguir adelante cuando amas a alguien que no parece verte como yo deseo ser vista?

En la tranquilidad del aula, con los ecos de la Revolución Francesa todavía danzando en mi mente, decido que es hora de escribir mi propio destino, uno donde la libertad, la igualdad y el amor no sean solo ideales lejanos, sino realidades tangibles.

Con Nathaniel o sin él.

CAPÍTULO 1

Aquí estoy, en la soledad de mi habitación, enfrentando mi reflejo en el espejo que alcanza de suelo a techo. El vestido que llevo, un azul celeste que podría rivalizar con el cielo de un atardecer temprano, está meticulosamente bordado con encajes blancos que simulan pequeñas olas del mar.

Este traje de corte imperio se ciñe justo bajo el busto, destacando la silueta de una manera tanto elegante como provocativa. El escote profundo bucea en un audaz descenso, poco usual para la época pero sugerente de una modernidad que se insinúa sutilmente entre las viejas normas.

Las mangas, abombadas y cortas, terminan en un delicado fruncido que apenas cubre los hombros, ofreciendo poca protección contra el frío londinense de una primavera aún demasiado similar al invierno. Debería sentirme como una princesa de cuento, pero cada volante, cada lazo, me sienta como cadenas que me atan a un destino que rechazo con vehemencia.

Sin embargo, las cosas son así por aquí, ya que coincide con la época en que se reúne el Parlamento y esas obligaciones que atraen a Balthair a Londres también propician que haya decidido que yo haga mi debut social en Londres

—Balthair, ¿realmente esperas que me someta a esta farsa? No deseo ser presentada en sociedad —digo, mientras el reflejo de mi tío aparece detrás de mí en el espejo, su semblante parece un lienzo de paciencia y resignación.

—Briony, es solo una temporada. Lady Worsley es una aliada invaluable, y está en nuestro mejor interés que te acompañe esta noche. Te introducirá en Almack's. No hay honor mayor para una joven de tu posición —responde él, ajustando el pañuelo de su cuello con una precisión que denota la seriedad de la situación.

Suspiro, dejando que la resignación lave mi descontento inicial. Almack's no es solo un lugar de encuentro social; es el primer club que acepta hombres y mujeres y es el epicentro de la alta sociedad, donde se entretejen las redes más influyentes y se cimentan alianzas matrimoniales.

Las poderosas Lady Patronesses de Almack's: figuras como Lady Cowper, y la Condesa de Lieven, esposa del embajador ruso, son leyendas vivas que con un simple gesto pueden decidir quién es digno de entrar en sus círculos exclusivos y quién no.

Cada miércoles por la noche, siete mujeres se reúnen para emitir sus veredictos, y los vales anuales que permiten la entrada a Almack's cuestan 10 guineas. Una suma que separa a la verdadera élite de los aspirantes a serlo.

Sé que detrás de la austera oferta de pan con mantequilla y torta seca, y del té y la limonada que reemplazan al oporto y al brandy en esta reunión, se esconde un juego de poder y prestigio que puede alterar mi futuro para siempre.

Lady Worsley, quien debe un considerable favor a mi tío, Alexander, por su ayuda pasada en un asunto delicado, ha accedido a ser mi madrina esta temporada.

Su influencia es la llave que abrirá las puertas de los círculos más exclusivos, y esta noche, ella me guiará a través de ese laberinto de miradas calculadoras y sonrisas ensayadas.

«Allí, la hipocresía se sirve en bandeja de plata y la virtud requiere de poco ingenio».

—Pero yo no soy un bien para ser intercambiado. Me niego a ser parada frente a una multitud como si estuviera en el mercado esperando ser elegida. El tío Alexander podría cobrarse él mismo ese favor —replico, sintiendo cómo la ira se mezcla con un miedo sutil, pero persistente.

Balthair se acerca y, en un gesto que busca ser reconfortante, coloca sus manos sobre mis hombros.

—Alexander está demasiado ocupado dejando un legado de niños muy considerable —responde con un toque de sarcasmo.

—¿No estará la tía Emily embarazada de nuevo? —le pregunto incrédula. Ya van cinco.

—¿Quién sabe? —responde Balthair, un brillo de ironía en su mirada—. Mira, Briony, comprendo tus temores, pero debes entender que esto es parte de nuestro mundo. Una temporada en la sociedad no dictará el resto de tu vida, solo te pido que le des una oportunidad a las tradiciones de nuestra familia.

Sus ojos buscan los míos en el reflejo del espejo, llenos de una súplica silenciosa que me hace vacilar.

—Y si después de esta temporada no encuentras a alguien que... que se adapte a ti, reconsideraremos tus opciones. Esto no es más que una puerta que te invito a abrir, no una prisión.

Resoplo suavemente, consciente de que mi resistencia podría estar nublando mi juicio.

—Está bien. Asistiré a este baile, observaré y participaré. Pero lo hago bajo mis propios términos —afirmo, con un tono que intenta ser firme, aunque una parte de mí se quiebra con la admisión.

Balthair asiente, su expresión se suaviza.

—Eso es todo lo que te pido. Y, Briony, sé siempre tan feroz y auténtica como ahora. Eso es lo que te hace especial —dice, con un tono de orgullo que casi me hace sonreír.

—Muy bien. Cuida de Adele. No la he visto muy saludable estos últimos días.

—No, tienes razón. Este embarazo le está dando de nuevo molestias —dice preocupado.

Balthair está aterrado y no lo culpo. El anterior embarazo de Adele resultó largo y muy doloroso, al punto de que temimos por su vida. Por si fuera poco, el resultado fueron dos gemelos que nacieron sin vida. Creo que por esa razón él se negaba a que ella quedara en estado de nuevo, pese a que Adele insistiera en ello.

—Aunque pienso que en el fondo lo que le revuelve las tripas es que tengas que hacer esto sola —añade.

—Y no creo que Adele esté realmente a favor de todo esto, de la presentación en sociedad,

de Almack's... Ella comprende lo que es sentirse un objeto en exhibición más que nadie —añado, reflexionando sobre la comprensión que siempre he sentido de su parte.

—Puede que tengas razón, Briony. Adele siempre ha tenido una visión un tanto diferente de estas tradiciones, más... personal, diría yo. Pero también sabe la importancia que tienen para nuestra posición y seguridad en la sociedad —responde Balthair, sus ojos revelan un atisbo de conflicto interno—. A veces pienso que, si pudiera, se mantendría lejos de los ojos del mundo —continúa, con un tono de voz que oscila entre la frustración y la resignación.

Observo a Balthair mientras camina hacia la ventana, mirando hacia fuera como buscando respuestas en la oscuridad que se cierne sobre Londres. Siento una mezcla de agradecimiento y tristeza por este hombre que ha soportado tanto, siempre con la esperanza de protegernos.

—Pues, ¡hagámoslo! Volvamos a Escocia y olvidémonos de esto.

Balthair me mira con un destello de algo que podría ser comprensión o tal vez resignación.

—Tus padres hubieran querido que te brindara todas las posibilidades, Briony, que tuvieras el mundo a tus pies, y eso es exactamente lo que intento hacer. Además... —se detiene un momento, como eligiendo sus palabras con cuidado—, acabo de recibir una noticia.

—Oh, ¿de verdad? ¿Cuál??

—El barco de Nathaniel ha atracado en el puerto de Londres —dice, observando mi reacción cuidadosamente.

Mi corazón da un vuelco al corazón al oír su nombre.

—Tal vez no necesitemos regresar tan deprisa a Escocia… —comienzo a decir.

—Eso me parecía... —Balthair sonríe sutilmente, como si compartiera un secreto conmigo—. De hecho, en este mismo momento está en el salón con Adele.

El impacto de sus palabras me golpea como una ola fría. La posibilidad de ver a Nathaniel tan de repente, sin tiempo para prepararme ni para controlar el torbellino de emociones que siempre despierta en mí, me deja momentáneamente sin habla.

Recojo mis pensamientos y respiro hondo, intentando calmar el ritmo frenético de mi corazón mientras me recojo el vestido para salir corriendo en su búsqueda.

—Gracias, Balthair. Creo que debería ir al salón entonces —digo, intentando sonar más tranquila de lo que me siento—. Por cierto… ¿qué tal estoy? —le pregunto volviéndome de repente hacia él.

—Preciosa —me responde él con cariño.

CAPÍTULO 2

Bajo al salón, con el corazón golpeteando fuerte en mi pecho y un nerviosismo que roza el histerismo. Casi un año ha pasado desde la última vez que vi a Nathaniel, y ahora, preparada para mi debut social, me siento como si estuviera a punto de revelar una nueva versión de mí misma.

Durante sus visitas en Escocia, él me ha visto descalza, con el cabello enredado, trepando por los árboles y corriendo por los campos. Pero esta noche, estoy diferente. Soy una versión más madura y refinada… O eso ha intentado la doncella entre suspiros y quejas.

«Los suspiros provenían de ella; las quejas, de mí».

Cruzo el umbral del salón, y mis ojos lo encuentran casi de inmediato. Nathaniel está de pie junto a la chimenea, charlando con Adele, pero destaca como siempre lo ha hecho en mi mente. Luce su habitual pinta de pirata que tan bien le sienta, con ese cabello oscuro, casi negro, que cae de forma descuidada sobre su frente, contrastando con la seriedad que su presencia impone.

Viste impecable, con un traje a medida que acentúa sus hombros anchos y su postura erguida, llevado con una despreocupación que sugiere que no está completamente dispuesto a someterse a las convenciones de nadie.

Pero son sus ojos, del color del mar en una tormenta, tan azules que rayan en lo imposible, los que siempre me han cautivado. En ellos, veo un brillo de sorpresa, un destello de algo más, cuando finalmente se posan en mí.

Sus labios se curvan en una sonrisa, amplia y genuina, al verme avanzar hacia él. Es una sonrisa que transforma su rostro, y se queda en mi memoria grabada para siempre, suavizando las líneas duras de su mandíbula y encendiendo una chispa en esos ojos azules. Por un momento, todo lo demás se desvanece para mí y solo somos Nathaniel y yo en el mundo.

Me acerco, sintiendo cómo mi vestido roza el suelo con un susurro.

—Nathaniel —saludo, con una voz más firme de lo que me siento—, parece que ha pasado una eternidad.

—Briony —responde él, su voz baja y ligeramente ronca, resonando con una calidez que me recorre la espina dorsal—. De verdad, te ves... impresionante.

Sonrío, saboreando el cumplido antes de romper el breve hechizo de cortesía entre nosotros.

—Espero que no tanto. Me temo que navegar por la sociedad puede ser tan peligroso como tu océano, solo que aquí, en lugar de tiburones, tenemos damas y caballeros con dientes igual de afilados y no quiero atraer atención no solicitada, pero cuéntame: ¿has destripado a muchos antes de llegar a Londres?

Nathaniel se ríe, y hay un brillo travieso en sus ojos que conozco demasiado bien.

—Briony, por un momento, al verte así, tan elegante, pensé que estaba delante de una

verdadera dama —comenta con un tono juguetón, aunque no del todo burlón. Sin embargo, no puede evitar agregar—: hasta que has abierto la boca. Me pregunto si el Londres civilizado está preparado para algo más que tu apariencia esta noche.

Mi risa es genuina, liberadora, porque este es el Nathaniel que conozco y adoro, el que siempre me desafía y nunca se toma nada demasiado en serio.

—Hasta los piratas pueden pasar por caballeros, ¿por qué no habría yo de parecer una dama? —replico, dándole un toque ligero en el brazo, sintiendo la firmeza de sus músculos, incluso a través de la tela de su chaqueta.

Su risa es baja y sincera.

—Debo admitir que me has sorprendido —confiesa, mirándome de arriba abajo con una apreciación que me hace sonrojar a pesar de mí misma—. Pero, dime, Briony, ¿has dejado los árboles por los salones de baile ahora?

—Solo por una temporada. Prefiero los árboles. No son tan críticos —respondo, y ambos compartimos una sonrisa cómplice.

—¿Y qué pensará tu futuro marido de esas aficiones tuyas? —pregunta con una curvatura burlona en sus labios.

—Con suerte, conseguiré uno que no piense demasiado —replico con una risa ligera, disfrutando la facilidad con la que retomamos nuestra antigua dinámica de bromas y desafíos.

La sonrisa de Nathaniel se ensancha ante mi comentario, y sus ojos brillan con una mezcla de diversión y algo que no me atrevo a descifrar.

—Eso sería desperdiciar un espíritu tan vivaz como el tuyo, Briony —dice, y su tono se vuelve un poco más serio, casi reflexivo. —Siempre he pensado que el hombre que finalmente gane tu corazón tendrá que ser extraordinario para seguir tu ritmo.

—Bueno, eso asumiendo que alguien pueda realmente ganar mi corazón —contesto, poniendo un énfasis juguetón en «ganar», provocando otra carcajada en él.

Adele se acerca con dos copas de vino y nos interrumpe, entregando una a cada uno con una sonrisa.

—Espero que no estéis causando demasiados problemas ya —dice, entregándonos las bebidas.

—Nunca, Adele —responde Nathaniel, tomando la copa—. Estábamos discutiendo la improbable tarea de encontrar un marido adecuado para Briony.

—Cualquier hombre estaría encantado —dice Adele, guiñándome un ojo—. Pero estoy de acuerdo con Nathaniel, tendrá que ser alguien bastante impresionante.

Los comentarios de Adele añaden un aire de ligereza al ambiente, pero no puedo evitar sentir una pequeña punzada. La idea de casarme aún parece tan distante y abstracta, especialmente cuando mi mente y corazón están ocupados con el hombre que ahora mismo está de pie frente a mí, riendo y charlando como si no hubiéramos estado separados por un año y como si su sola presencia no alterara mi mundo entero.

—¿Y Thomas? —indaga Nathaniel, interesado por mi hermano menor, el hijo de Balthair y

Adele.

—Sigue en Eton College —respondo, mientras la luz temprana de la primavera se filtra por la ventana, recordándome los días cada vez más largos y cálidos que él estará disfrutando en los campos de la escuela.

—Ah, será un serio erudito como su padre —comenta con una sonrisa.

—Probablemente.

Contemplo la copa de vino en mi mano, consciente de que raras veces tengo acceso a este tipo de indulgencias. Adele, notando mi vacilación, me anima con un tono medio en broma, medio serio.

—Bébelo, Briony. Lo necesitarás. Sobre todo porque he oído que en Almack's no permiten el alcohol.

—¿Almack's? —se interesa Nathaniel, una ceja levantada en curiosidad—. Nuestra pequeña Briony apunta alto.

—Ya conoces a Alexander. Alguien le debía un favor —explica Adele, lo que provoca que Nathaniel suelte una carcajada resonante.

—¿Y cuándo piensas asentar tú la cabeza, Nathaniel? Y no me vengas con la historia de que te has casado con el mar y en tu vida no hay sitio para echar raíces en tierra —le espeta Adele con afecto—. Te echamos de menos. Te vemos muy poco.

Él toma un sorbo de su vino antes de responder, su expresión se torna inesperadamente seria.

—En realidad... estoy aquí... Bueno, no voy a negar que lo que me ha traído esta vez aquí es una mujer.

Adele se sorprende visiblemente.

—¿Oh? ¿Alguien que yo conozca?

—Una joven viuda. Se llama Lady Preston —responde él, y luego se vuelve hacia mí, sin darse cuenta de que acaba de romperme el corazón en mil pedazos—. ¿Podrías decirme si la ves en Almack's, Briony? Pero no te presentes como mi sobrina. No quiero que sepa todavía que estoy aquí.

El vino en mi boca se vuelve amargo, y de repente me siento fría. Las palabras de Nathaniel resuenan en mi cabeza como un eco cruel, cada sílaba es un martillazo en el frágil cristal de mis ilusiones.

Sin pensar, mi respuesta surge afilada y clara, cargada de un enfado que no puedo contener.

—No soy tu mensajero, Nathaniel, y mucho menos tu casamentera —digo con voz firme, mis palabras cortando el aire con una precisión que incluso me sorprende. En un impulso, me llevo la copa a los labios y bebo el vino de un trago, el líquido quemando su camino por mi garganta como el fuego de mi ira.

Sin esperar su respuesta, salgo disparada del salón, dejando murmullos y las miradas de sorpresa. Atrás queda Nathaniel, con una expresión que no puedo descifrar y que no me importa descifrar.

—Veo que el carácter no le ha mejorado nada —oigo que dice con su voz cargada de una

mezcla de sarcasmo y algo indefinible.

—Acabas de romperle el corazón, hermano —replica Adele, su tono es de reproche. Puedo imaginarla cruzándose de brazos, mirándolo con desaprobación.

—Soy demasiado mayor para seguir alimentando esas fantasías infantiles —responde él con una voz que pretende ser despreocupada, pero que a mis oídos suena forzada.

—Briony ya no es una niña —insiste Adele, defendiendo un punto que, aunque verdadero, llega demasiado tarde para cambiar el dolor que ya se ha asentado en mi pecho.

—Para mí siempre lo será —contesta Nathaniel, y sus palabras son el último clavo en el ataúd de lo que una vez fue una esperanza pueril de que él me viera como algo más que una niña.

CAPÍTULO 3

En el balanceo suave del carruaje, Lady Worsley se sienta frente a mí, su expresión impregnada de un disgusto palpable. Es una mujer de presencia imponente, con una actitud férrea y una lengua afilada que no teme usar.

—A nadie le gustará ver esa mueca de disgusto en el rostro de una señorita —comienza, su tono indicativo de que está a punto de impartir una lección—. ¿Así piensa encontrar marido? ¿De verdad cree que a los hombres les gustan las mujeres que se quejan y muestran disgusto?

La miro con desdén, incapaz de ocultar mi irritación por la forma en que intenta moldearme según las expectativas sociales.

«*¿Acaso no tengo derecho a sentir?*»

—Sonría —me exige.

«Sonreír más, claro, porque mis dientes no tienen mejor uso que decorar tu visión del mundo».

Obedeciendo más por desafío que por sumisión, tuerzo los labios en una mueca que de sonrisa tiene poco.

—¿Así está mejor? —pregunto, mi voz goteando sarcasmo.

Lady Worsley frunce el ceño, claramente insatisfecha con mi esfuerzo.

—Estoy dispuesta a convertirla en la rosa más preciada de esta temporada, niña, por el aprecio que le tengo a su tío. No me lo ponga difícil —advierte, pero su tono lleva un matiz de amenaza velada.

—No es mi tío —le corrijo de inmediato, molesta por la constante confusión y la informalidad con la que se aborda mi relación con Alexander—. No entiendo por qué todos se empeñan en ponerle ese título a quienes no lo son. Alexander es el primo de mi tío Balthair.

Ella me mira directamente, sus ojos duros como el acero, y luego asiente con la cabeza, como si estuviera catalogando mi respuesta para futuras referencias.

—En lo que a mí y a la sociedad respecta, es la hija de Sir Balthair Chisholm, un respetado miembro de la Cámara —dice con firmeza, dejando en claro que, para ella y para el mundo exterior, las apariencias y los títulos importan más que los hechos.

El carruaje da un sacudón sobre los adoquines, tan brusco como el tumulto de mis pensamientos.

—Pues que la sociedad ajuste sus gafas —respondo con una sonrisa fría—. Porque no tengo intención de actuar como alguien que no soy, solo para complacer a otros o para encajar en un molde que me es ajeno.

Lady Worsley me observa con una mezcla de irritación y, quizá, un atisbo de respeto reacio.

—Es terca y testaruda, Briony Chisholm —dice finalmente, y aunque sus palabras están teñidas de reprobación, hay una chispa en sus ojos que podría interpretarse como admiración.

—Y no cambiaría ni una pizca de eso por un marido —concluyo, manteniendo su mirada fija con la mía, desafiante y sin arrepentimientos.

En ese momento, sé que, a pesar de nuestras diferencias, Lady Worsley comprende algo fundamental sobre mí: mi rebeldía no es una fase, es mi esencia.

Me mira intensamente desde el otro lado del carruaje, sus ojos duros, pero inyectados en un entendimiento que solo los años y la experiencia pueden dar. Se acomoda en su asiento, preparándose para impartir una lección que cree vital.

—Escúcheme bien, señorita Chisholm. La única forma en que una mujer puede tener un poco de libertad es casándose, y cuanto más estatus tenga su marido, más permisiva será la sociedad con cualquier indiscreción, siempre que queden dentro de un ámbito cerrado. —Su tono es firme, cada palabra cargada con el peso de la verdad que ha vivido y observado.

Se inclina un poco hacia adelante, como si quisiera asegurarse de que cada palabra deja su marca en mí.

—Tomemos, por ejemplo, a Lady Caroline Lamb. Su público affaire con Lord Byron fue duramente criticado, no solo por la sociedad, sino más directamente por su suegra, la vizcondesa de Melbourne.

Hace una pausa, quizá para medir mi reacción o para recoger sus pensamientos.

—Es irónico, considerando los muchos amantes que ha tenido la propia vizcondesa. Incluso tiene una aventura con el rey Jorge. Pero el error de Lady Caroline no fue su indiscreción per se, sino cómo eligió airear sus altibajos delante de la sociedad, mediante poemas y escritos lanzados contra su último amante como venganza por su rechazo.

Lady Worsley suspira, una muestra de frustración o tal vez de pena.

—Ha sido readmitida en Almack's gracias a su cuñada, la condesa de Cowper, una de las Lady Patronesses. Pero le recomendaría que no se acerque demasiado a ella. Su estabilidad mental… es débil. El caso es que si hubiera mantenido su relación de forma discreta, la sociedad no la hubiera juzgado con tanta dureza, teniendo en cuenta que su marido también tiene… sus distracciones.

El carruaje se mece ligeramente mientras procesamos el silencio que sigue a su advertencia. Luego, casi como si hablara más para sí misma que para mí, añade:

—Ahora que lo pienso, ella también fue educada como un marimacho, con poca disciplina y supervisión.

Levanto una ceja, no del todo sorprendida por la comparación pero sí algo irritada.

—¿Me está llamando marimacho, Lady Worsley?

—Nada que no pueda solucionarse con un poco de dirección en el camino correcto y… menos sol en esa piel —responde la mujer rápidamente, con un tono que intenta ser tranquilizador, pero que no hace más que encender una chispa de desafío en mí.

Me guardo ese comentario mordaz con el pensamiento de compartirlo luego con Nathaniel para poder reírnos abiertamente de ello, pero… al parecer él va a estar ocupado estos días. ¿Qué tendrá esa mujer para haberlo conquistado? ¿O tal vez es solo conveniencia?

—Si esas personas se casaran por amor y no como un mero acuerdo, habría menos infidelidades —comento con sarcasmo.

—¿Amor? —Lady Worsley suelta una risa escéptica, casi burlona—. ¿No estará usted también influenciada por esas novelas románticas de hoy en día que hablan ridículamente de protagonistas que se enamoran y vencen las convenciones sociales?

El tono de Lady Worsley es condescendiente.

—El amor es una fantasía, algo irreal. Solo existe la atracción en todo caso, y cuando se apaga, todo queda reducido a cenizas —declara con firmeza, como si estuviera dictando un axioma inmutable de la vida.

Siento frustración al escuchar estas palabras. A pesar de mi juventud, he visto suficiente del mundo y de la complejidad de las relaciones humanas como para saber que el cinismo de Lady Worsley no es una verdad universal.

—No estoy de acuerdo —respondo, mirándola directamente desafiante—. El amor puede ser más que una mera fantasía. Y aunque el mundo insista en reducirlo todo a una subasta de carne disfrazada, creo que hay algo verdadero y humano en buscar una conexión que vaya más allá de la simple atracción física o el interés social. Todos mis tíos lo han hecho. Se han casado profundamente enamorados.

Lady Worsley escucha mi réplica con una mirada que combina sorpresa y escepticismo, como si la firmeza de mi convicción la desafiara más de lo que esperaba. Aun así, su respuesta no tarda en venir, teñida con la dureza de quien ha visto demasiadas veces el mismo desenlace.

—¿Sí? Veremos cuánto les dura ese amor tan irrompible. Es fácil amar cuando uno es joven y atractivo y todo es nuevo y excitante, pero... —Hace una pausa, sus ojos entrecerrándose ligeramente, como si eligiera con cuidado sus próximas palabras para impactar con toda su crudeza—… pero los hombres, querida, son criaturas fundamentalmente inconstantes. Su amor es tan fiable como la dirección del viento. A la menor dificultad, al primer signo de envejecimiento o decrepitud, sus ojos comienzan a vagar. Y entonces, ¿qué queda del amor? Nada más que un recuerdo melancólico de lo que alguna vez fue y una mujer abandonada a su suerte.

Las palabras de Lady Worsley me golpean con la fuerza de un puñetazo. Siento una mezcla de ira y dolor hervir dentro de mí. Su visión del mundo, tan cínica y desprovista de esperanza, me frustra profundamente. A pesar de esto, me mantengo firme, rechazando dejarme llevar por la negatividad de su perspectiva.

—Creo que subestima tanto la resiliencia de las mujeres como la capacidad de algunos hombres para ser leales y verdaderos —replico, mi voz vibrante de emoción contenida—. No todos los hombres son como los que describe y no todas las mujeres son víctimas pasivas de su inconstancia.

—No se haga muchas ilusiones. El tiempo y la experiencia le enseñarán, como lo han hecho con todos nosotros.

«Consejos amorosos de una prisionera de un matrimonio infeliz, justo lo que necesito para dormir tranquila».

Mientras el carruaje se detiene suavemente ante nuestro destino, Lady Worsley me dirige una última mirada, impregnada de una mezcla de advertencia y resignación. Sus ojos, que han visto más temporadas y corazones rotos de los que puedo contar, parecen pesar sobre mí con la gravedad de sus años.

—Por su bien —comienza a decir con voz baja, pero clara en la quietud que precede a nuestra despedida—, no busque amor, sea práctica e inteligente.

Esas palabras, aunque dichas con una intención que quizá sea protectora, resuenan en mí con un eco amargo. Bajo del carruaje, sintiendo el crujido de los guijarros bajo mis zapatos y el fresco aire de la noche que parece querer llevarse las palabras de Lady Worsley lejos de mí.

—Gracias por su consejo —respondo, ofreciéndole una sonrisa que espero sea tan enigmática como resuelta—. Pero creo que cada uno debe elegir su propio camino. Y yo elijo buscar algo más que conveniencia. El amor puede que no sea la norma, pero no significa que no exista o que no valga la pena encontrarlo.

—El amor duele. Claro que no vale la pena. —Su mirada es implacable, como si cada palabra estuviera tallada en piedra—. Ahora sonría tal y como le he dicho y mantenga la boca cerrada. Mucho me temo que su apariencia no será suficiente para encubrir el descaro de su lengua.

«Al menos estamos de acuerdo en algo. El amor duele».

—¿Y qué me dice de Lady Preston? ¿Es ella una compañía respetable? —pregunto, intentando sonar despreocupada, pero el latido apresurado de mi corazón delata mi verdadero interés.

Lady Worsley me observa con una mirada aguda, como si evaluara la profundidad de mi inquietud antes de responder.

—Lady Preston —comienza con un tono medido— es ciertamente una figura... interesante dentro de nuestra sociedad. Viuda de un Conde, sí, y con una fortuna y una posición que muchos encontrarían envidiables. Pero, querida señorita Chisholm, debe saber que no todos los que brillan en nuestra alta sociedad están libres de manchas.

Hago una pausa, asimilando sus palabras, cada una pesando más que la anterior.

—Ella es conocida por sus... cómo decirlo... extravagancias y sus inclinaciones a entablar amistades que algunos podrían considerar… cuestionables —continua Lady Worsley, cada palabra cuidadosamente elegida para inflamar mi imaginación sin decir demasiado.

—¿Amistades cuestionables? —repito, la idea de Nathaniel buscando a esta mujer, ahora teñida con los colores oscuros de los rumores y las insinuaciones de Lady Worsley, enciende una chispa de celos que me sorprende.

—Sí, se le conoce por mantener un círculo bastante variopinto. Y aunque no dudo de que pueda ser encantadora, la compañía que frecuenta... Bueno, digamos que no siempre es del todo respetable. Incluso se rumorea que ha mantenido ciertas conexiones... con personajes de reputación dudosa —dice, dejando que su comentario cuelgue en el aire como una nota disonante.

—En cualquier caso, no la encontrará en Almack´s. Eso téngalo por seguro.

CAPÍTULO 4

Esta noche, Almack's es un torbellino de melodías que se entrelazan con el titilar de las velas y los rostros sonrientes de la alta sociedad. Guiada por Lady Worsley, me adentro con cierta desgana en el laberinto de la élite, donde cada paso revela una nueva faceta de este intrincado tejido social.

Atravesamos el opulento salón y Lady Worsley, con una habilidad que denota años de práctica, comienza a presentarme a numerosas personas, cada una portadora de historias y posiciones que definen el delicado equilibrio de este ecosistema social.

—Permítame presentarle al señor Spencer, un distinguido miembro del Parlamento, y su esposa, Lady Spenser —dice, introduciéndome a una pareja elegantemente vestida.

Él saluda con una inclinación de cabeza, mientras que ella me ofrece una sonrisa cálida.

—Es un honor conocer a alguien cuya elocuencia llena las salas del Parlamento... y, supongo, ocasionalmente también los oídos de su esposa con algo más que solo política —comento, ganándome una risa sorprendida de Lady Spencer y una mirada reprobadora de Lady Worsley.

Continuamos moviéndonos por el salón, y cada nueva cara viene acompañada de un nombre y un título que no me esfuerzo en recordar.

—Y este es el joven Lord Carter, es un héroe de la reciente campaña en el extranjero —me explica Lady Worsley, presentando a un hombre alto de distinguido con medallas relucientes en su pecho.

Lord Carter toma mi mano y la besa ligeramente, su mirada llena de un brillo juguetón.

—Espero que las batallas en Almack's sean menos peligrosas que las que ha enfrentado, aunque he oído que las plumas aquí pueden ser casi tan afiladas como las espadas.

A medida que avanzamos, siento cómo los ojos de la sociedad están puestos en mí, evaluando y calculando.

Lady Worsley no solo me presenta como una debutante más; me presenta como una joven de gran potencial y promesa, haciendo hincapié en mi linaje y en mi relación con Sir Balthair Chisholm, pero parece cada vez más consternada por mi falta de tacto.

—Y aquí tiene a Lady Hamilton, una influyente patrona de las artes. Su apoyo puede abrir muchas puertas, querida señorita Chisholm —murmura, guiándome hacia una mujer de mediana edad con un vestido de terciopelo verde esmeralda y una colección impresionante de joyas.

Lady Hamilton me examina con un interés que parece ir más allá de la cortesía superficial.

—Lady Hamilton, con semejante arsenal de diamantes, estoy segura de que no solo patrocina las artes, sino que también podría patrocinar su propia pequeña revolución. —Lady

Hamilton abre la boca evidentemente impresionada por mi desafortunada observación.

Lady Worsley me lanza una mirada cargada de disgusto. Su tono es severo cuando se inclina hacia mí, apenas disimulando su frustración.

—Señorita Chisholm, ¿realmente es necesario hacer un comentario desafortunado sobre cada persona que se acerca? Sería prudente que, ocasionalmente, mantuviera la boca cerrada —susurra, pero con un tono de orden implícito en su voz.

Sin desanimarme por su reprobación, respondo con una sonrisa traviesa:

—Lady Worsley, conseguir que me quede callada sería como intentar atrapar la luna con las manos. Alexander siempre dice que tengo demasiado que decir. Y, ¿por qué debería callarme cuando tengo tanto que ofrecer?

Las palabras apenas se han desvanecido en el aire cuando unas risas suaves, pero claramente audibles, captan nuestra atención. Girándonos sorprendidas, nos encontramos con la mirada de dos figuras elegantes que parecen disfrutar de nuestra pequeña disputa con un deleite casi infantil.

Un caballero vestido por completo de negro, cuya presencia emana una sofisticación pícara, y una mujer de aspecto delicado, cuya belleza es tan evidente como su porte es regio.

Lady Worsley, recuperando rápidamente su compostura, se aclara la garganta y asume su papel con la gracia habitual de alguien acostumbrado a los giros inesperados.

—Ah, permítanme presentarles a la señorita Chisholm —dice, con un gesto que viene acompañado de una ligera reverencia hacia la pareja. Su tono, aunque todavía contiene un rastro de severidad debido a nuestro intercambio, se suaviza un poco—. Ellos son Lady Caroline Lamb y el Duque de Devonshire.

Lady Caroline nos ofrece una sonrisa encantadora, sus ojos brillando con una mezcla de curiosidad y diversión.

—Oh, por favor, no os detengáis por nosotros —dice con una voz musical que parece bailar en el aire—. Las conversaciones honestas son tan raras en estos eventos que uno casi se siente obligado a detenerse y apreciarlas cuando se presentan.

«Así que… esta es la famosa Lady Lamb, la de la historia escandalosa con Lord Byron, el poeta y escritor».

Es bien conocida por sus excesos y su comportamiento impredecible. La anécdota de su dramático gesto de desesperación, intentando cortarse las venas con un vaso roto en un evento social, es solo un ejemplo de los muchos escándalos que la rodean. A pesar de esto o quizá por ello, su presencia en cualquier reunión nunca pasa desapercibida.

El Duque de Devonshire, por su parte, mantiene una aura de misterio y un encanto oscuro. Su sonrisa maliciosa sugiere una disposición para el entretenimiento y quizá un gusto por el escándalo similar al de su prima. A su alrededor, las conversaciones parecen más cargadas, las risas un poco más forzadas, y los secretos mejor guardados.

—De hecho, la franqueza es un arte perdido me temo —le respondo—. Pero parece que lady Worsley no valora mi habilidad particular en ese frente —añado, con una sonrisa maliciosa.

—Oh, una alma afín, entonces —comenta el duque con una mirada cómplice hacia Lady

Lamb.

—Creo… creo que deberíamos irnos ya y seguir con nuestros saludos —dice Lady Worsley, con una voz que intenta mantenerse neutral, aunque es evidente su preocupación por cómo podría desarrollarse esta interacción.

—No se preocupe, Lady Worsley. No mordemos... al menos no en público. Puede dejar a su pupila con nosotros mientras usted saluda a sus amistades —comenta el duque con una sonrisa pícara.

—Pero, Su Gracia... —intenta protestar Lady Worsley, pero la firmeza oculta tras una expresión divertida del duque y la mirada de desafío de Lady Caroline hacen que sus objeciones se desvanezcan.

—Estoy segura de que la señorita Chisholm disfrutará de nuestra compañía tanto como nosotros de la suya —insiste Lady Caroline, extendiendo su brazo hacia mí como si ya fuéramos viejas amigas y… conspiradoras.

Con un suspiro resignado y una última mirada cautelosa hacia mí, Lady Worsley accede.

—Muy bien, pero tengan en cuenta que esta es la primera temporada social de la señorita Chisholm y su padre ha puesto su confianza en mí para su presentación —dice, antes de alejarse hacia un grupo de distinguidos invitados, su espalda rígida denotando su continua preocupación.

Una vez que Lady Worsley se aleja lo suficiente, Lady Caroline me guía con un brazo entrelazado hacia un rincón más reservado.

—Ahora, querida, cuéntenos todo sobre usted. Pero lo más picante, por favor —dice con una sonrisa jovial.

El duque asiente, claramente divertido por la situación.

—Y quizá pueda compartir con nosotros algunos de esos comentarios agudos que tanto preocupaban a su acompañante —agrega.

—Bueno, si de historias picantes se trata, puedo asegurarles que mi vida ha sido poco escandalosa —comienzo, con una sonrisa traviesa —. Pero no estoy segura de poder decir lo mismo de todos en este salón.

Lady Caroline ríe con deleite, claramente apreciando el juego de palabras y la insinuación.

—Oh, querida, eso es solo porque no has estado prestando atención a los lugares correctos o a las personas adecuadas. Con lo fácil que es armar un escándalo. No puedo creérmelo, señorita Chisholm.

El duque, recostado contra una columna con una elegancia desenfadada, se une a la conversación.

—Dígame, señorita Chisholm, ¿qué piensa de la institución del matrimonio? Es un tema que suele ser tanto la ruina como la redención de muchos en estos salones.

Considero su pregunta durante un momento, consciente de que mi respuesta podría ser reveladora.

—Creo que el matrimonio es como un gran baile —digo finalmente—. Todos buscan el mejor compañero posible, y algunos están dispuestos a cambiar de pareja a mitad de la canción si

la música no suena como esperaban.

Lady Caroline aplaude con suavidad, encantada.

—Exquisitamente dicho, querida. Tiene una forma de hablar que es tanto refrescante como incisiva. Debe unirse a nosotros más a menudo; este tipo de franqueza es justo lo que necesitamos para animar estas tediosas reuniones.

La conversación fluye con una facilidad que me sorprende y divierte, mientras los escándalos y las confesiones se entremezclan con la música que llena el aire de Almack's. Cuando el tema del matrimonio surge de nuevo, el Duque de Devonshire, con una sonrisa llena de ironía, declara:

—Por eso nunca me casaré.

Lady Caroline, rápida como siempre, responde con una sonrisa juguetona:

—No puedes asegurar eso de forma tan vil, Hart. Todas las madres de hijas solteras de Londres quieren echarte el guante para convertirte en su yerno.

Él finge un escalofrío exagerado, provocando risas entre nosotros.

—Esa es la razón por la que huyo más de eso que de cualquier otra cosa —dice, y aunque su tono es ligero, hay un brillo de verdad en sus ojos que revela su aversión al compromiso.

Intrigada, me atrevo a preguntar:

—¿Y si se enamora?

Lady Caroline lanza una carcajada.

—Ah, nuestra señorita Chisholm cree en el amor. ¿Acaso ha estado enamorada?

—Por desgracia —admito, y mi voz se torna un poco más suave, más seria.

El duque me observa con una nueva curiosidad, como si mi confesión le hubiera mostrado un aspecto de mi persona que no esperaba encontrar en la jovialidad de nuestra conversación.

—El amor es un terreno peligroso, señorita Chisholm —dice suavemente—, pero también es el único juego que vale la pena jugar, según dicen algunos.

La sinceridad en su voz me hace mirarlo con nuevos ojos. Aquí hay un hombre que, a pesar de su aparente cinismo, entiende la complejidad del corazón humano.

—Quizá —respondo, permitiéndome una pequeña sonrisa—. Y, tal vez, a veces, esas batallas que elegimos luchar, a pesar de saber que podemos perder, son las que realmente definen quiénes somos.

Lady Caroline asiente, impresionada por mi respuesta.

—Bien dicho, querida. Y no se preocupe por las batallas del corazón. Aunque sean las más complicadas, también son las que nos enseñan las lecciones más valiosas.

«Si el amor fuera simple, los poetas se morirían de hambre».

El duque inclina su cabeza, su mirada intensa y llena de sarcasmo.

—¿Ah, sí? ¿Qué te ha enseñado a ti, querida?—pregunta.

—Que no hay dignidad en el amor —responde ella, su voz cargada de melancolía y una resignada aceptación.

Es una confesión que siento profundamente, nacida de las cicatrices de un corazón que ha amado más allá de la razón, más allá del orgullo.

—También podría argumentarse que hay una cierta dignidad en permitirse ser vulnerable —comento—. Arriesgar el corazón por alguien, ciertamente, no siempre es digno a los ojos de los demás, pero ¿acaso no requiere su propio tipo de coraje?

Lady Caroline sonríe, su expresión ahora cálida y comprensiva.

—Exactamente, querida. Es usted un diamante en bruto.

El duque, siempre perspicaz, inclina la cabeza y me lanza una pregunta que corta al aire con precisión quirúrgica:

—Pero, dígame, señorita Chisholm, ¿quién es el centro de sus desvelos? ¿Quién es esa persona que hace que su corazón lata con tal fervor y la lleva a afirmar cosas tan valientes?

Respiro hondo, sintiendo la carga de mis palabras antes de pronunciarlas.

—Es… un hombre que insiste en verme solo como a una niña, a pesar de mis sentimientos por él —confieso, la tristeza teñida de resignación en mi voz.

—Espero que no estemos hablando de algún vejestorio decrépito, ¿es ese su tipo de hombre, querida? —pregunta con un brillo pícaro en los ojos.

No puedo evitar reír, agradecida por la ligereza con la que manejan el tema.

—No, no, claro que no —respondo, entrando en el juego de su humor—. No es tan mayor, pero siempre me hace llamarle tío cuando en realidad no lo es y... bueno, parece que ha puesto sus miras sobre otra mujer.

El duque asiente, su sonrisa es un tanto cómplice.

—Parece que nuestro querido caballero está un poco confundido sobre lo que quiere. Pero déjeme decirle algo —comenta, inclinándose hacia mí con una expresión conspirativa—, si él no puede ver la maravillosa mujer que tiene delante, entonces tal vez sea hora de que le enseñe que ya no es una niña.

—O tal vez —dice Lady Lamb—. es hora de que deje de preocuparse por lo que él ve o deja de ver, y empiece a buscar a alguien que realmente valore lo que tiene que ofrecer.

—¡Brindo por eso! —exclama el duque, levantando la mano como si sostuviera una copa, solo para darse cuenta de que, de hecho, está vacía.

Observando alrededor y notando la falta de bebidas, suelta una carcajada y agrega:

—Ah, este puñado de amargados sí que sabe cómo apagar el espíritu de una reunión.

Río sorprendida por un comentario tan mordaz de una persona que se supone en la cúspide de todo esta pirámide de poder.

—Entonces, brindemos con espíritu, por ese vino ausente —digo, levantando mi mano vacía al igual que el duque.

Lady Caroline se une a nosotros, y los tres hacemos un gesto de brindis al aire.

—Por los corazones valientes y las verdades dichas, sin importar lo amargas que puedan ser para algunos oídos —declara Lady Caroline, su voz fuerte y clara.

Con estas palabras y risas compartidas, la noche se despliega ante nosotros no solo como un evento social más, sino como el comienzo de algo nuevo y emocionante.

CAPÍTULO 5

Estoy en la biblioteca de la mansión de Balthair, un lugar que conozco bien, casi tan bien como las líneas de mi propia mano.

Esta es la primera noche que tengo libre sin baile ni reuniones y estaba deseando este momento de paz. Desde Almack´s no he vuelto a coincidir con el Duque de Devonshire ni con Lady Lamb, lo que hace que cada encuentro social se vuelva más tenso y cargado de expectativas no deseadas.

Un desfile interminable de rostros masculinos, con distintas formas y propósitos, que intentan entablar conversaciones superficiales y poco divertidas. Cada palabra y cada sonrisa forzada me recuerdan por qué valoro tanto estos momentos de retiro y reflexión personal en la serenidad de mi escondite entre los libros.

Aquí, entre estantes llenos de sabiduría y aventuras, siempre me siento atraída por esos tomos escondidos que Adele cree que he ignorado.

Hoy, mi curiosidad me lleva de nuevo hacia ellos, hacia esa literatura censurada que una vez me escandalizó pero que ahora despierta un calor inconfundible en mi cuerpo. Al principio, la idea de las intimidades descritas en esas páginas me resultaba extraña, casi alienígena, pero con el tiempo he descubierto una vibración estimulante en su lectura que hace eco en lo más recóndito de mi cuerpo.

Ahora, con una perspectiva nueva sobre lo que significa el deseo y la anatomía del hombre en su estado más ferviente, mi curiosidad no ha hecho más que crecer. Pese a que mi intención inicial era perderme en una novela de piratas y viajes marítimos, mis ojos se desvían, casi por voluntad propia, hacia el rincón donde reposan esos libros prohibidos.

Y aquí estoy, con el alma en vilo, sumergiéndome en las páginas de «Fanny Hill» de John Cleland. Un libro considerado no solo provocativo, sino peligroso.

Cada palabra que leo no solo alimenta mi imaginación, sino que enciende en mí un fuego que ni los fríos muros de esta mansión pueden contener.

Estoy tan absorta en la lectura que no oigo los pasos acercándose. No es hasta que una sombra se proyecta sobre la página que levanto la vista, sorprendida y un poco avergonzada. Con un movimiento rápido y torpe, intento esconder el libro entre los pliegues de mi falda, pero el gesto solo sirve para atraer más la atención.

Nathaniel sonríe con una mezcla de sorpresa y picardía, un brillo travieso en sus ojos que me hace temblar ligeramente.

—¿Y qué tenemos aquí, Briony? —pregunta, su voz baja y teñida de humor—. ¿Acaso es algo tan escandaloso que debes ocultarlo de mí? ¿Estás leyendo de nuevo libros censurados?

—¿Qué haces aquí? —le respondo a la defensiva, el corazón latiéndome con fuerza. Suponía

que estaba sola, Balthair y Adele ya se han retirado, y pensé que podría disfrutar de un rato de lectura sin ser interrumpida.

Nathaniel da un paso hacia adelante, su sonrisa no mengua, evidenciando que disfruta este pequeño juego de gato y ratón.

—Solo venía a buscar un libro, pero parece que he encontrado algo mucho más interesante.

Hago un movimiento para esconder el libro detrás de mí, pero Nathaniel es rápido. Con una agilidad que no me espera, rodea la mesa de lectura y está frente a mí en un instante.

Intento alejar el libro, pero él estira el brazo y sus dedos se cierran sobre el volumen, tirando ligeramente. Hay una tensión juguetona en sus ojos, pero yo me resisto, atrayendo el libro hacia mí.

—Nathaniel, no —digo con firmeza, aunque una parte de mí se alarma por la proximidad, por la forma en que su cercanía lo aviva todo lo que la lectura ha despertado.

Él tira más fuerte, y el libro se desliza de mis manos con un susurro de páginas.

—Vamos, Briony, seguro que no es nada que no haya visto o escuchado antes —dice él, abriendo el libro en una página al azar.

Al principio, su mirada recorre rápidamente las líneas impresas y su rostro permanece inexpresivo, como si estuviera tratando de procesar las palabras que lee. Pero conforme avanza, sus ojos se ensanchan, y una ligera elevación de sus cejas denota sorpresa.

—Fanny Hill, ¿eh? Interesante elección, Briony. —Su tono es burlón, pero hay un desconcierto en él que trata de ocultar.

Me cruzo de brazos, tratando de mantener una fachada de indiferencia.

—Es solo literatura, Nathaniel. No es más que ficción.

—¿Las aventuras sexuales de una mujer en un burdel, explicadas con todo lujo de detalles, te parecen solo un poco de ficción? —pregunta incrédulo.

—¿Ficción instructiva? —replico, intentando desviar la conversación hacia un terreno menos personal.

—¿Y por qué quieres esta clase de instrucción, Briony? —pregunta, dando un paso hacia mí.

—Tengo curiosidad —respondo sinceramente, y luego añado, con un hilo de voz que apenas me reconozco—. Y me gusta lo que me hace sentir.

Al escuchar mis palabras, él se detiene, como si mis respuestas hubieran pulsado una cuerda inesperada. Una sombra de nerviosismo cruza su rostro y, casi inconscientemente, lleva sus manos al cabello, revolviéndolo ligeramente en un gesto de desconcierto y turbación.

—Oh, demonios, ¿qué te hace sentir? —repite y su voz es un susurro cargado de una mezcla de asombro y una curiosidad cautelosa, como si de repente me viera bajo una nueva luz, más intrigante y profunda de lo que había imaginado

—Bueno... —empiezo, mi mente girando mientras busco las palabras correctas—. Cuando lo leo una oleada de calor recorre mi cuerpo, un calor que se enciende cada vez que paso las páginas. Despierta partes de mí… —No puedo mirarlo directamente a los ojos, así que bajo la vista—. Partes que... anhelan ser exploradas, entendidas.

Nathaniel cierra el libro de un golpe, y se le cae al suelo con un ruido sordo que parece resonar en la quietud de la biblioteca. Por un instante, se queda inmóvil, su rostro mostrando un desconcierto evidente. Su mirada se fija en el libro caído, y luego lentamente se eleva hasta encontrarse con la mía.

—Lo siento —murmura, agachándose para recoger el libro. Sus dedos se mueven inquietos mientras lo sostiene, un gesto que no pasa desapercibido para mí—. No deberíamos estar hablando de esto… Yo… no soy la persona adecuada…

—¿Por qué no? —insisto, desafiante, sin apartar los ojos de los suyos—. ¿Acaso no es natural tener curiosidad sobre… estas cosas?

Nathaniel se endereza, sosteniendo el libro con ambas manos ahora, como si buscara en él un soporte.

—Briony, tú… eres muy joven y hay cosas que…

—¿Que debería esperar a conocer en mi noche de bodas? —corto, mi tono cargado de ironía. Mi mirada es fija, desafiante—. No quiero sorpresas desagradables, Nathaniel. Prefiero estar informada.

Nathaniel parece desconcertado, sus ojos oscilan entre el libro y mi rostro.

—No es solo sobre estar informada. Es sobre experiencias que deberías… descubrir de otra manera, no a través de libros como este.

—Tú puedes ayudarme a entender, ¿no es cierto? —Mi voz baja a un susurro conspirador—. Dime, Nathaniel, ¿son estas historias verdaderas? ¿La gente realmente hace… estas cosas?

Se pasa una mano por el cabello de nuevo, claramente agitado, su compostura habitual desmoronándose bajo mi escrutinio.

—Briony, no es apropiado que me hagas esta clase de preguntas. No deberías hablar de esto conmigo.

—¿Quién mejor que tú? —replico—. Confío en ti más que en cualquiera.

Nathaniel da un paso atrás, como si mis palabras fueran golpes que lo empujaran.

—No es tan simple. Hay emociones, consecuencias…

—¿Como cuáles? —interrumpo, cada vez más fascinada por su turbación. Cada reacción suya solo aviva más mi curiosidad, mi deseo de romper esa imagen de niña que cree que tengo.

Él mira hacia otro lado, luchando por mantener su calma.

—Como el hecho de que empezaría a verte de una manera que no debería. No solo como la joven que siempre he conocido, sino como… —se detiene, tragando saliva—… como una mujer.

—Soy una mujer, Nathaniel, aunque tú no quieras verlo y… también siento deseos de experimentar.

Hay una pausa prolongada, donde solo el sonido leve de nuestra respiración llena el espacio entre nosotros. Nathaniel parece buscar las palabras adecuadas, lidiando con esto de manera poco tranquila. Parece como si quisiera desaparecer.

—Es natural tener curiosidad y es bueno que desees estar informada —comienza

cautelosamente—. Pero experimentar... eso es algo que debería ocurrir de manera natural, con alguien que... que te importe y que te trate con el respeto y la consideración que mereces.

—¿Como tú? —Mi pregunta sale más audaz de lo que había planeado, impulsada por la tensión del momento y la cercanía de su presencia.

—No juegues conmigo, Briony. No con esto —dice mucho más serio.

Se pasa una mano por el cabello, claramente alterado por la dirección que ha tomado nuestra conversación. Sus ojos claros y directos me estudian, intentando discernir si mis palabras son solo un capricho juvenil o una verdadera declaración de mis sentimientos y deseos.

—No estoy jugando, Nathaniel. Realmente quiero entender... desde un punto de vista práctico y emocional —insisto, cruzando los brazos, desafiante y decidida a obtener respuestas.

Él suspira, resignado, y después de un momento de silencio, asiente levemente.

—Está bien, Briony, ¿qué quieres saber? —Su disposición a dialogar me proporciona un pequeño triunfo.

—¿Cómo se siente realmente... estar con alguien de esa manera? —pregunto, mi curiosidad superando a mi vergüenza.

Nathaniel se toma un momento antes de responder, eligiendo sus palabras con cuidado.

—Briony, mi experiencia... no ha sido como las historias de amor que quizá imaginas o como debería ser idealmente. —Su voz se torna grave—. Las veces que he estado con alguien, han sido por necesidad, más física que emocional. No es algo de lo que esté orgulloso en particular.

Mis ojos se abren un poco más ante su confesión, sorprendida por su franqueza y la dureza de sus palabras. Finjo que no me perturba, que en realidad no me duele en lo más hondo de mi corazón que él haya tenido esa experiencia con otra u otras mujeres, aunque haya confesado que no había nada romántico.

—Entonces, ¿cómo se siente eso? —pregunto, con suavidad.

Nathaniel se cruza de brazos, claramente incómodo con la pregunta, pero decidido a responder. —Es complicado. Físicamente, puede ser gratificante en el momento, una liberación de tensiones, por así decirlo. Pero emocionalmente, es vacío. Te deja sintiendo menos, no más. Es un acto mecánico, desprovisto de los lazos que lo harían significativo.

—¿Y duele? —digo, casi en un susurro, captando toda su atención.

La pregunta parece sorprenderlo, y por un instante, su compostura se rompe.

—Puede doler la primera vez para una mujer, sí.

—¿Y para el hombre? ¿Es doloroso que se ponga… así?

Nathaniel parpadea, claramente desconcertado por mi serie de preguntas cada vez más directas.

—Para un hombre, no suele ser doloroso de la misma manera —explica, intentando mantener la calma—. Es una reacción física natural, no algo que cause dolor en sí, aunque, claro, hay circunstancias...

Me inclino hacia adelante, animada por la discusión y tal vez disfrutando un poco de su creciente incomodidad. —¿Y los azotes? He leído que algunos encuentran placer en eso. ¿Es eso cierto? ¿Incrementan el placer?

Su rostro se tiñe de rojo, una mezcla de sorpresa y embarazo mientras busca cómo responder. Por un momento, parece como si quisiera encontrar la puerta más cercana y escapar de la conversación.

—Eh... Briony, esos son... gustos muy particulares —tartamudea finalmente—. Para algunas personas, ciertas formas de dolor pueden ser estimulantes, sí. Pero es algo muy personal y definitivamente no es universal.

—¿Y tú? —La pregunta sale antes de que pueda detenerme, impulsada por una curiosidad pícara.

Nathaniel me mira como si acabara de proponerle un concepto extraterrestre.

—No es algo que me... eh, interese personalmente. Creo que el placer puede encontrarse en muchas formas más... convencionales.

—¿Convenientes o convencionales? —corrijo, con una sonrisa traviesa.

Él suelta un suspiro resignado, claramente derrotado por el curso de la conversación.

—Convencionales, Briony. Y, si me permites un consejo, enfócate en encontrar conexiones emocionales genuinas. El placer físico es solo una parte de las relaciones, y sin una base emocional fuerte, puede ser tan efímero como insatisfactorio.

Nathaniel parece a punto de recuperar su compostura cuando lanzo otra pregunta que lo descoloca completamente.

—Pero, ¿el hombre controla esa parte? ¿Puede hacerlo crecer cuando quiere? ¿O simplemente sucede... sin más? —pregunto, sin poder contener mi curiosidad sobre la fisiología detrás de sus reacciones.

Él me mira, y por un instante, no está seguro de cómo responder, claramente debatiéndose entre la educación y el deseo de terminar la conversación.

—Es... en gran parte involuntario. Depende de muchos factores, pero principalmente es una respuesta física natural a ciertos estímulos —responde, visiblemente incómodo, evitando mi mirada.

No satisfecha con su explicación y decidida a explorar hasta el final mi curiosidad, decido avanzar con una pregunta aún más audaz.

—Y... en términos de tamaño... —comienzo, sintiendo cómo el rojo tiñe mis mejillas pero demasiado comprometida con mi inquisición para detenerme ahora—, ¿eso también varía? ¿Hay... eh, un promedio?

Nathaniel se congela, sus ojos se abren ampliamente ante la audacia de mi pregunta. Por un segundo parece que va a reprenderme, pero en lugar de eso, toma una respiración profunda y decide responder.

—Sí, varía bastante y sí, hay promedios, pero Briony, no creo que eso tenga importancia —dice, su tono mezcla de exasperación y una cautela forzada.

—Solo intento entender, Nathaniel. Todo esto es parte del conocimiento humano, ¿no? —replico, intentando aligerar el ambiente que se ha cargado demasiado—. Además, si es tan grande como se menciona ¿cómo puede caber en algo tan pequeño?

—¿Pequeño? —repite él, claramente confundido por la dirección de la conversación.

—Sí, lo que he visto parece demasiado pequeño para eso —añado casualmente.

—¿Y exactamente qué es lo que has visto? —pregunta, la curiosidad venciendo su reserva inicial.

—Con un espejo —explico con un toque de orgullo por mi audacia—. Me he mirado, por supuesto.

Nathaniel parpadea, sorprendido por mi confesión y quizá admirando mi franqueza.

—Briony, eso es... No estaba preparado en absoluto para eso —admite, finalmente restregándose la cara con las manos—. Y en cuanto a tu pregunta, sí, las cosas... se acomodan. Nuestros cuerpos están diseñados para adaptarse.

—Entonces, ¿es como... magia? —pregunto, medio en broma, medio en serio.

Nathaniel suelta una risa, la tensión anterior disipándose un poco.

—No exactamente magia, pero sí, hay un poco de ciencia y mucha naturaleza involucrada. Cuando dos personas... cuando llega el momento, todo debería funcionar de manera que ambos estén cómodos y... satisfechos.

—Eso suena menos complicado de lo que los libros hacen parecer —comento, pensativa.

—Los libros tienen la tendencia de complicar las cosas o de simplificarlas demasiado. La realidad suele estar en algún punto intermedio —concluye Nathaniel, su tono más relajado ahora que el tema ha tomado un giro educativo en lugar de confrontativo.

—Briony… —dice de repente Nathaniel, su voz llevando un tono serio que capta toda mi atención—. No te apresures, ¿de acuerdo? Cualquiera no se merece que tú le des… Solo elige con cuidado. Procura que él sepa valorarte.

La intensidad de su mirada y la seriedad de su voz hacen que el aire a mi alrededor se sienta más pesado, más cargado de significado.

—¿Y si te dijera que ya he elegido? —Mi pregunta sale antes de que pueda pensarlo mucho, impulsada por una mezcla de desafío y revelación, aunque él no conoce el verdadero peso de lo que estoy diciendo.

Nathaniel se detiene, como si mis palabras lo hubieran golpeado físicamente. Una confusión palpable pasa por su rostro antes de que pueda mascararla con una expresión más neutral.

—¿Has elegido? —pregunta, intentando mantener su tono calmado, aunque sus ojos revelan su sorpresa—. Briony, espero que hayas pensado bien en esto. Es una decisión importante.

No puede ocultar completamente la preocupación que tiñe su voz, y aunque parte de mí quiere revelarle todo ahora mismo, otra parte se deleita en el misterio, en dejarlo un poco más en suspenso.

—Lo he pensado mucho, Nathaniel. No fue una decisión tomada a la ligera —digo con una pequeña sonrisa, tratando de aligerar el momento, a pesar del remolino de emociones que me

consume por dentro.

Él asiente lentamente, claramente procesando mi declaración, sus ojos todavía buscando respuestas en mi rostro que no estoy completamente lista para dar.

—Bien, solo asegúrate de que sea alguien que realmente te aprecie y te respete, alguien que te merezca —continúa, su voz firme pero suave, como siempre cuidándome a su manera.

—Lo haré, Nathaniel —respondo, mi voz apenas un susurro. Me muerdo el labio, luchando con el deseo de decir más, de revelar la profundidad de mis sentimientos hacia él. Pero no es el momento, todavía no.

Él ofrece una última sonrisa preocupada antes de dejar el tema, permitiéndome mantener mi secreto un poco más. Mientras se aleja, siento tanto alivio como frustración.

Elegirlo a él, en mi corazón, fue la decisión más fácil y la más difícil que he tomado. Y aunque él aún no lo sepa, cada día que pasa me lleva un poco más cerca de revelarle la verdad.

CAPÍTULO 6

La luz de la mañana ilumina la amplia mesa del comedor donde Adele, Balthair, Nathaniel y yo nos sentamos disfrutando de un desayuno típicamente inglés. Frente a nosotros, hay platos con huevos revueltos cremosos, tostadas doradas, y el aroma del tocino recién hecho impregna el aire, acompañado por tomates asados y champiñones salteados. El té caliente humea en nuestras tazas, añadiendo un confort casero a la conversación matutina.

Nathaniel, con una expresión mitad curiosa, mitad divertida, inicia el diálogo.

—¿Un duque, Briony? ¿En serio? —pregunta, levantando una ceja mientras unta mermelada en su tostada.

Lo ha escuchado de Balthair quien la otra noche fue informado por Lady Worsley quizá con entusiasmo un poco precipitado, cómo el Duque de Devonshire apenas se había separado de mi lado, una información sesgada, que insinúa más de lo que en realidad ocurrió.

Sonrío, tomando un sorbo de té antes de responder.

—Es divertido, misterioso, galante y culto. Además, dijo que yo era una mujer maravillosa.

—¿No es demasiado mayor para ti? —pregunta, su tono intenta ser casual, pero hay un leve rastro de preocupación.

—Desde cuándo importa la edad en un matrimonio. Además, no debe serlo mucho más que tú, pero claro, sin que las inclemencias del mar le hayan marcado —le respondo con una sonrisa pícara, provocando que Adele y Balthair intercambien una mirada divertida.

—¿Insinúas que estoy avejentado? —dice fingiendo sentirse ofendido, aunque en sus ojos baila una chispa de humor.

—No, claro que no —me apresuro a aclarar, pero sin poder borrar mi sonrisa—. Solo que has tenido una vida más dura.

—Eso forja el carácter, no la apariencia —responde él, con sarcasmo, sin que su mueca burlona abandone sus labios.

—Perdona, ¿te he ofendido, tío? —pregunto, usando el término tío con un tono ligeramente burlón que no pasa desapercibido para nadie en la mesa.

Nathaniel sonríe a regañadientes, sus ojos chispeando con un atisbo de humor.

—No, Briony, en absoluto. Supongo que para un corderito recién nacido como tú, es normal verme como alguien decrépito.

Se me borra la sonrisa de un plumazo.

—No me hace gracia.

Él se ríe abiertamente de mí sin una pizca de vergüenza.

—Lo siento, para compensarte, te llevaré esta tarde a mi barco. Hace tiempo que no subes a bordo.

—Hecho.

No hay nada de decrépito en él. Eso es incuestionable. Para mí, Nathaniel es el hombre más hermoso y atractivo del mundo. Su fuerza, su carácter forjado en mil batallas contra las olas y los vientos y esa mirada intensa que parece ver a través de todo...

Es cierto que sus manos están más ajadas que las de un duque, que su piel está curtida por el sol o que en sus ojos se forman algunas arruguillas cuando sonríe, pero todo eso no le resta ni un poco de encanto, al contrario, lo avivan.

Mientras reflexiono sobre esto, el sonido de pasos suaves se acerca y un mayordomo entra en el comedor con la bandeja del correo matutino. Balthair toma varias cartas y, tras revisarlas brevemente, extiende una hacia mí.

—Para ti, Briony —dice con una expresión curiosa.

Tomo la carta, percibiendo el sello distintivo y la elegante caligrafía en el exterior. Es del Duque de Devonshire. Mis dedos tiemblan ligeramente al abrir el sobre, consciente de las miradas de todos en la mesa, especialmente la de Nathaniel. Extraigo la carta y comienzo a leer, sintiendo cómo crece la expectativa a mi alrededor.

—Es realmente interesante —comento—. Parece que habrá un evento excepcional, una subasta de caridad en el prestigioso hotel Langham. Es conocida por reunir a lo más selecto de la sociedad londinense y el duque espera que lo acompañe junto a Lady Caroline Lamb.

Al terminar de leer, levanto la vista para encontrar a Nathaniel observándome.

—Eso hace que no tengamos que preocuparnos por tu carabina —comenta con un toque de cinismo Adele.

—Sí, en Escocia disfruto de una libertad que aquí en Londres parece chocar con un muro. Un muro que no impide que la ciudad albergue escándalos e infidelidades en cada esquina —añado, compartiendo una mirada conspirativa con ella.

—Es tan ridículo pensar que las mujeres casaderas deben ser acompañadas para ser consideradas respetables o para proteger su reputación —dice ella un poco alterada.

«El embarazo… ».

—Lady Caroline, al menos, parece compartir nuestro desdén por estas restricciones y es suficientemente influyente como para desafiarlas —le digo con cierta satisfacción.

Balthair, captando el tono de nuestra conversación, interviene con una sonrisa.

—Veo que ha despertado tu admiración —comenta.

—La respeto —afirmo con convicción—. No solo desafía las normas, sino que lo hace con tal elegancia y agudeza que es imposible no hacerlo.

—El duque y ella son primos, ¿verdad? —interroga Adele, interesada en conocer más sobre la dinámica familiar.

—Sí, prácticamente hermanos, ya que se criaron juntos en Devonshire y Roehampton —explico.

Adele, siempre atenta a los chismes literarios añade un dato fascinante.

—Tengo entendido que es la autora de la novela *Glenarvon*. Se publicó de forma anónima, por supuesto, pero es un secreto a voces que fue escrito por ella. Dicen que describe mordaces descripciones de la alta sociedad, en especial de la condesa de Jersey y por eso ella canceló sus vales a Almack´s.

—Creía que la condesa de Jersey era un dechado de virtudes —añade Balthair.

—Bueno, el duque dice que solo es una fachada para ocultar sus muchos asuntos… extramatrimoniales y dejar patente que ella no es como su suegra, la antigua condesa de jersey, que fue amante del rey o su hermana Lady Adela que se fugó con el capitán Ibbetson a Gretna Green para casarse —le comento sobre todo a Adele, haciendo que ponga los ojos en blanco.

—Qué típico, ¿verdad? Todos estos nobles que se presentan como pilares de la moralidad y luego, en la sombra, viven vidas que harían sonrojar a cualquier —dice con una risa seca.

—La virtud sirve de columna vertebral en una buena sociedad. Es su sostén —afirma Balthair con un tono solemne—. O al menos así debería ser —añade cuando Adele resopla con burla.

—Que conveniente para la buena sociedad que la virtud parezca requerir de poco ingenio —suelto sin poder contener mi sarcasmo.

—Precisamente el ingenio es lo que lo que empuja a ciertas personas por caminos... menos virtuosos —interviene Nathaniel con una sonrisa irónica y una ceja alzada en mi dirección.

Entrecierro los ojos en su dirección con una advertencia, consciente de que se refiere a mis lecturas y mis preguntas.

—Esta misma tarde iremos a encargar un vestido adecuado para la ocasión. No podemos retrasarlo —me advierte Adele, sabiendo que es probable que quiera escaquearme de ese menester para correr al barco de Nathaniel.

—Parece que tendrás una ocupada agenda social —comenta él con tono neutro.

La expresión de Nathaniel no cambia ni siquiera parece decepcionado, lo que inevitablemente me decepciona a mí.

—No te preocupes, Briony —continúa—. No debes decir no a la invitación de un duque. Iremos otro día.

—¡Claro que puedo! De todas formas, los vestidos no son tan importantes —me apresuro a añadir.

«Tal vez debería pedir un par de guantes de cautela y un abanico de discreción para poder disimular donde está realmente mi interés».

—¿Qué diría el duque si supiera que prefieres la cubierta de un barco a ir respetable en su compañía a esos bailes y reuniones? —comenta con una sonrisa maliciosa, llena de un desdén por toda esta parodia social que no es capaz de ocultar.

—No subestimes el encanto de los barcos. A veces, una cubierta puede ser tan intrigante como cualquier salón de baile, especialmente si el capitán sabe navegar bien —replico, dejando que mi comentario cuelgue en el aire con un doble sentido que estoy segura no pasará

desapercibido para él.

Nathaniel ríe, y por un momento, el calor de su risa parece llenar la habitación.

—Bueno, si el duque te decepciona, siempre puedes escaparte y venir al muelle. Mi barco siempre estará abierto para ti, Briony.

Mientras el eco de nuestras risas se desvanece, Balthair, con una expresión seria, extiende otra carta hacia Nathaniel. La tensión breve, como un cambio de marea, se palpa en el aire mientras él la abre con dedos ágiles.

Es de Lady Preston, invitándolo a la misma subasta de caridad a la que he sido invitada yo. Observo su rostro endurecerse por un instante antes de que una sonrisa ladina cruce sus labios.

—El pez ha mordido el anzuelo —comenta Nathaniel, sus ojos chispeando con un brillo travieso. Se gira hacia mí, su sonrisa ensanchándose—. Parece, Briony, que después de todo, yo también acudiré a ese evento.

Algo dentro de mí se retuerce. No puedo evitar que un tono de resquemor se deslice en mi voz al responder.

—No sé quién es esa mujer, pero desde luego no estaba en Almack's el otro día, así que no debe pertenecer a lo más selecto de la sociedad.

La idea de que Nathaniel también estará en el evento, y posiblemente en compañía de otra mujer, despierta un sentimiento incómodo que trato de disimular.

—Tampoco yo lo hago, querida Briony, y no tengo grandes aspiraciones al respecto —responde Nathaniel, su tono casual, casi desinteresado.

Sin embargo, hay un brillo de emoción en sus ojos que me hace preguntarme qué pensamientos cruzan por su mente. A pesar de nuestras constantes bromas y el cariño evidente que existe entre nosotros, momentos como este me recuerdan que hay aspectos de su vida sobre los cuales sé muy poco. Es frustrante, pero también un recordatorio de que ambos tenemos mundos separados que a veces se cruzan y otras veces, simplemente, coexisten.

—Entonces, parece que la subasta de caridad será más interesante de lo que pensaba —digo, intentando mantener mi tono ligero y despreocupado—. No solo tendré la compañía del Duque de Devonshire, sino que también podré descubrir qué hace que Lady Preston merezca tanto tu atención.

Mi intento de humor parece tensar aún más a Nathaniel, y noto cómo intercambia una mirada con Balthair.

—Creo que será mejor fingir que no nos conocemos, Briony —dice Nathaniel de repente, sorprendiéndome con la seriedad de su tono—. Es mejor que no nos relacionen.

Confundida y un poco herida, replico de inmediato,

—¿Quieres que finja no conocerte? No entiendo nada. ¿Te avergüenzas de mí o algo así?

—¿Estás de acuerdo con eso? —pregunta Adele a Balthair, claramente confundida y un poco molesta—. ¿Mi familia es motivo de vergüenza para la tuya?

—No, por supuesto que no, Adele —se apresura a decir Balthair, intentando calmar las aguas—. Es solo que...

—No, vale. No digas más. Es estupendo —corta ella bruscamente, levantándose de la mesa con un gesto abrupto y claramente molesta.

—Lo siento. Es el embarazo. La tiene un poco alterada —se excusa Balthair, levantándose para seguirla, intentando apaciguar la situación.

Quedamos Nathaniel y yo, mirándonos con una mezcla de sorpresa y desconcierto. La seriedad de la situación y la reacción de Adele me hacen reconsiderar las complicaciones de mi reacción. Aunque siento una punzada de dolor por la sugerencia de Nathaniel debería haberme callado.

«El problema es que no sé callarme a tiempo».

—Entiendo —digo finalmente con voz suave—. Simularé que no eres nada para mí. No te molestaré mientras estás con esa mujer, pero porque tú lo quieres, no por mí.

Al escuchar mi respuesta, la expresión de Nathaniel cambia. Hay una clara sorpresa en sus ojos, como si mis palabras hubieran golpeado una cuerda sensible que ni él mismo esperaba que resonara. Puedo ver que le afectan, quizá más de lo que cualquiera de nosotros anticipó. Por un instante, su máscara de indiferencia se desliza, revelando un destello de vulnerabilidad.

—No, Briony, no es eso lo que quiero —dice rápidamente, la urgencia en su voz más pronunciada de lo habitual—. No quiero que pienses que debes desaparecer o que eres una molestia. Es solo que… —se detiene sin poder ofrecer más explicación.

—No importa, Nathaniel. De verdad.

CAPÍTULO 7

Narrador omnisciente

Nathaniel desembarca del barco con una agitación poco habitual, su paso rápido y decidido mientras avanza por el muelle. El aire salado de la noche, normalmente un bálsamo para su alma inquieta, ahora solo parece un recordatorio de la prisa que tiene por llegar a la mansión.

Su barco, un robusto bergantín que ha sido su hogar más constante que cualquier lugar en tierra, mece suavemente sus amarras en respuesta al suave oleaje.

A pesar de la familiaridad del entorno marítimo, Nathaniel se siente inusualmente ansioso por dejarlo atrás esta noche. Hay un fenómeno especial en el cielo de Londres, una claridad estelar rara para una ciudad a menudo ahogada en la niebla y el humo industrial.

Quiere compartir esto con Briony, mostrarle las constelaciones en su máxima visibilidad, algo que ambos han disfrutado desde que ella era apenas una niña curiosa que miraba las estrellas con ojos llenos de maravilla.

A bordo, el trabajo todavía no ha terminado. Hay cajas de mercancías exóticas apiladas en la cubierta, esperando ser vaciadas y distribuidas a los diversos comerciantes e inversores que financiaron la expedición. Los marineros, curtidos por meses en el mar, se ocupan eficientemente de esta tarea bajo la supervisión de su primer oficial, quien asume la responsabilidad en ausencia de Nathaniel. Estos hombres están acostumbrados al duro trabajo y al ritmo incansable que exige la vida en el mar, pero también al alivio que viene con el retorno a tierra firme. La mayoría ya ha tomado rumbo hacia sus hogares o hacia las tabernas locales, buscando el confort de sus familias o el olvido temporal en el fondo de una botella.

La tripulación restante, aquellos sin familia en Londres o demasiado enraizados en la vida marítima, permanecerán en el barco por la noche, velando por la seguridad de la carga y del bergantín mismo.

El comercio de Nathaniel, aunque principalmente involucra bienes legítimos como especias, telas y pequeñas manufacturas, a veces roza los límites de lo legal debido a las restricciones y tarifas impuestas por las autoridades coloniales y locales. Esto requiere una vigilancia constante, no solo contra los ladrones, sino también contra los funcionarios demasiado curiosos.

En cuanto al pago y las ganancias, una vez que las mercancías sean vendidas, los ingresos se dividirán según los acuerdos previos con los inversores. Estos acuerdos suelen estar meticulosamente documentados en contratos que detallan las expectativas de cada parte. Nathaniel se ha ganado una reputación de ser un hombre justo y honorable en sus tratos, lo que ha facilitado la atracción de financiamiento para sus viajes.

Llega a la casa de Balthair, su cuñado, con el corazón latiendo de un modo que no puede atribuir solo al apuro de la caminata. La casa, un edificio imponente de ladrillo rojo, le da la bienvenida con sus ventanas iluminadas, promesa de calor y, lo que es más importante, de la

presencia de Briony. Su persona favorita en el mundo.

Briony ha sido una constante fuente de alegría para él. Es su espontaneidad, su incapacidad para no decir lo que piensa, lo que Nathaniel encuentra refrescante en un mundo a menudo gobernado por las apariencias y el decoro.

Ella desafía su perspectiva, prueba su paciencia y, lo más importante, despierta un sentido de protección y camaradería que él rara vez experimenta en su vida de constante movimiento.

Briony, con su inquebrantable honestidad y su falta de pretensiones, ilumina los rincones de su existencia que él mismo ha olvidado explorar. En su compañía, Nathaniel se encuentra riendo más fácilmente, desafiado a mirar el mundo a través de los ojos de alguien cuya curiosidad parece no conocer límites.

Por todo esto, al cruzar el umbral de la casa de Balthair esta noche, es el pensamiento de reencontrarse con Briony lo que lleva a Nathaniel a sentirse, por un momento, como si realmente hubiera llegado a casa.

Una vez dentro, Nathaniel apenas se detiene a saludar al servicio o a quitarse el abrigo. Sube las escaleras dos peldaños a la vez, dirigiéndose directamente a la habitación de Briony.

Al aproximarse a su habitación, oye su canto, melodioso y despreocupado, y en un impulso, que ignora la cortesía, empuja la puerta sin pensar ni llamar. Entra apresuradamente, consciente de que alguien más está subiendo las escaleras, pero se detiene en seco al descubrir a Briony en la bañera, su cuerpo desnudo, apenas oculto por el agua jabonosa.

La sorpresa la hace levantarse de un salto. El agua salpica en todas direcciones. Justo cuando está a punto de exclamar, Nathaniel se lanza hacia ella, presionando una mano sobre su boca para silenciarla movido por el miedo a ser descubiertos en una situación tan comprometedora por las personas que se acercan desde las escaleras. Utiliza la otra mano para empujarla suavemente desde la nuca de vuelta hacia el agua para ocultar su desnudez.

Mientras se agachan juntos, tratando de no hacer ruido, las voces de los criados resuenan por el pasillo, aproximándose cada vez más.

Nathaniel, esforzándose por mantener la compostura, fija su mirada en los ojos de Briony, tratando de transmitir tranquilidad. Sin embargo, es dolorosamente consciente de su piel mojada bajo sus dedos y de cómo las gotas de agua se deslizan desde sus hombros hasta su pecho, formando ríos diminutos que recorren las curvas de sus senos antes de desaparecer bajo la superficie del agua. La proximidad forzada, su respiración entrecortada y el calor palpable entre ellos añaden una carga eléctrica al aire.

Mientras intenta regular su propia respiración, Nathaniel lanza una mirada cautelosa hacia la puerta, asegurándose de que nadie haya oído nada, antes de volver a fijar sus ojos en Briony.

Lo que ve entonces despierta en él una conciencia nueva y profunda: las líneas maduras de sus caderas, el vello suave entre sus piernas que lleva su mirada hacia lugares más íntimos y la uniforme tonalidad dorada de la piel de Briony que reluce como si hubiera sido besada por el sol en cada rincón.

La realidad de su proximidad lo golpea con fuerza; Briony, con su esencia de mujer hecha y derecha, sus piernas largas y firmes presionando contra su pecho y abdomen, empapando su ropa oscura. Cada movimiento que hacen en el agua confinada de la bañera envía ondas que son un

suave recordatorio de la delicada situación en la que se encuentran.

Allí, en el resguardo de la sombra que proyecta el árbol que está fuera por la ventana, en ese pequeño santuario de porcelana, Nathaniel no solo ve a Briony, sino que la siente en cada detalle. Desde la respiración que alterna entre apresurada y pausada hasta la tensión de su cuerpo bajo el agua. Un mundo de sensaciones y descubrimientos se despliega ante él en un susurro de agua y deseo reprimido.

El sonido de las voces en el pasillo se aleja, dos criados charlando entre ellos mientras se dirigen hacia su ubicación. Los pasos se desvanecen gradualmente, y solo cuando el silencio se reinstaura en el pasillo, Nathaniel retira con lentitud su mano. Su rostro muestra una máscara de disculpa y turbación.

—No debí entrar así. Perdón, Briony —murmura, evitando su mirada.

Ella, recuperando su compostura, sonríe levemente.

—Ya que estás aquí —dice con un tono que intenta ser ligero, aunque sus mejillas arden con un rubor visible—, podrías pasarme esa toalla. —Señala sutilmente hacia un montón de lino blanco al lado de la bañera, su gesto es un intento tímido de restablecer alguna normalidad entre ellos.

Con un movimiento fluido y evitando mirar de forma directa a Briony, se la extiende, asegurándose de que sus manos no se toquen.

—Aquí tienes —dice con voz suave, sus ojos cuidadosamente fijos en un punto indeterminado más allá de ella. Briony acepta la toalla con una sonrisa agradecida.

Nathaniel se gira para darle privacidad, su mente, todavía procesando la inesperada intimidad del encuentro. Se siente un tanto desconcertado por la facilidad con la que Briony maneja la situación, su capacidad para transformar la tensión en algo más ligero.

—Parece que ambos tenemos un pésimo control del tiempo y del espacio —comenta ella con un tono que intenta ser liviano, aunque su voz tiene un leve titubeo.

Nathaniel se ríe a regañadientes, la tensión entre ellos aliviándose un poco.

—Eso parece. Debería… —se detiene, no seguro de qué más decir o hacer, su mirada volviendo de forma incontrolable a ella, que ya está envuelta en la toalla, antes de desviarla rápidamente hacia la puerta de nuevo—. Es solo que, con el cielo tan despejado esta noche, pensé que podríamos… observar las estrellas desde mi barco. Como en los viejos tiempos —explica él, con su voz ganando un tono nostálgico.

Briony sonríe entusiasmada.

—Eso suena maravilloso, pero déjame vestirme primero —bromea, señalando su estado de semi-desnudez.

—Por supuesto, te esperaré abajo —dice rápidamente, casi tropezando en su apuro por salir de la habitación y darle privacidad.

Mientras cierra la puerta detrás de él, Briony no puede evitar reírse suavemente, una risa que resuena clara y ligera, atravesando el aire con facilidad. Su risa hace que Nathaniel esboce una sonrisa desde el otro lado de la puerta, reconociendo en ese sonido una de las muchas razones por las que siempre ha encontrado a Briony tan especial.

Esa misma situación con cualquier otra muchacha habría resultado en un embarazo escandaloso, con susurros y miradas avergonzadas. Pero Briony tiene un don para manejar el caos con una gracia peculiar, convirtiendo los errores en algo casi divertido, que ríe en lugar de retorcerse de vergüenza y que enfrenta todo con una audacia que desarma.

CAPÍTULO 8

Narrador omnisciente

La noche se cierne sobre el puerto, cuyas luces tiemblan de forma perezosa, proyectando sombras inquietas sobre el empedrado. Nathaniel guía a Briony por un área poco frecuentada del puerto, donde las compañías respetables rara vez se aventuran. Aunque el ambiente es menos refinado, Briony, con su curiosidad insaciable, parece ajena a la reputación del lugar, su atención capturada por la vibrante vida nocturna del lugar.

A medida que avanzan, Briony saluda con una sonrisa abierta a una prostituta que se apoya en una esquina, su gesto de amabilidad inquebrantable ante cualquier semblante. Poco después, se agacha junto a una anciana que intenta recoger unas manzanas que se han esparcido por el suelo desde una bolsa rota. Briony ayuda diligentemente, sin percatarse de la prisa nerviosa de la anciana, ni de que las manzanas con probabilidad sean robadas.

Nathaniel observa la escena, su expresión tensa cuando un vendedor se acerca con el ceño fruncido, claramente dispuesto a reclamar su mercancía. Antes de que la situación escale, Nathaniel interviene, extendiendo unas monedas al hombre.

—Por las manzanas —dice con firmeza, su voz baja pero clara.

El vendedor, al principio sorprendido, examina las monedas y, comprendiendo que ha recibido más de su valor, asiente con un gruñido y se retira sin más reclamos.

Mientras Briony continúa su exploración con entusiasmo, Nathaniel nota las miradas de varios marinos apostados en las entradas de las tabernas cercanas. Sus ojos siguen cada movimiento de ella con un brillo de apreciación poco velado en sus miradas. Con un suspiro de resignación y preocupación, Nathaniel se apresura a alcanzarla, capturando su brazo con suavidad pero con fuerza.

—No te alejes tanto, o tendré que atarte con una cuerda —bromea, aunque su tono lleva un borde de seriedad.

Briony se gira hacia él, una ceja arqueada en diversión y desafío.

—Oh, ¿eso forma parte de tu famosa técnica de persuasión, Capitán Harwood? —replica ella con una chispa juguetona en sus ojos.

—Considéralo una medida preventiva —responde Nathaniel con una sonrisa torcida que revela un matiz de afecto mezclado con exasperación—. Este no es precisamente el mejor lugar para dar un paseo despreocupado, especialmente para alguien que parece empeñada en hacer de cada corazón del puerto su amigo.

Briony ríe, su mano libre tocando suavemente el brazo que la sostiene.

—Me aseguraré de mantenerte cerca entonces, para que no tengas que recurrir a la cuerda —dice, guiñándole un ojo antes de permitirle guiarla de vuelta hacia la dirección de su barco,

ambos moviéndose ahora con un paso más unido y cercano.

Al subir por la rampa aún desplegada, el ambiente en la cubierta es bullicioso, lleno de la actividad post viaje de los marineros. Entre ellos, el segundo oficial de Nathaniel y otros miembros de la tripulación, al notar la presencia de Briony, se acercan con sonrisas cálidas y saludos amigables.

El grumete, un chico solo un poco mayor que ella, se quita su gorra en un gesto de respeto mezclado con timidez, y la mira con admiración y nerviosismo. Nathaniel observa la escena, rodando los ojos ante la evidente fascinación del joven por Briony.

—¿Cómo está su sobrino, el pequeño Tom? ¿Ya camina? —pregunta Briony, su voz llena de un interés genuino que hace que el grumete casi brille de sorpresa y placer.

—Sí, señorita, ya anda por todos lados. Gracias por recordarlo —responde él, claramente emocionado de que ella recuerde tales detalles de su última conversación.

Mientras Briony continúa charlando con amabilidad y su franqueza con él, es evidente que no solo el grumete está cautivado por su presencia. Los hombres de la tripulación la miran con una mezcla de respeto y fascinación, claramente embelesados por su belleza y el calor de su trato.

Sin embargo, lo que de verdad incómoda a Nathaniel no es la admiración del grumete, sino la mirada del segundo oficial, un hombre de su edad, que observa a Briony con un interés demasiado evidente. Mientras ella ríe y conversa, el oficial la evalúa de arriba abajo con una apreciación que roza lo inapropiado, y su mirada llena de intenciones claras no escapa al ojo crítico de Nathaniel.

Siente cómo una irritación familiar se cuece a fuego lento en su interior, su mandíbula se tensa mientras observa. Aunque sabe que Briony es capaz de manejar la situación, la idea de que otros hombres la miren de esa manera enciende un fuego de protección y recelos en él.

—Es bueno verla de nuevo, señorita Chisholm —dice el hombre, extendiendo la mano para estrechar la suya un poco más tiempo del necesario.

—El placer es mío, señor MacAllister —responde ella, con una gran sonrisa.

Nathaniel, sintiendo un tirón en el pecho, sigue observando en silencio y sin intervenir con una mezcla de orgullo y algo más mientras Briony intercambia bromas y conversaciones con el resto de su tripulación. Su habilidad para relacionarse con ellos, sin importar su edad o posición, siempre lo ha impresionado, pero ahora, bajo la atenta mirada de esos hombres, esa admiración se entremezcla con una sensación de protección más acusada.

—Ha crecido mucho, señorita —dice uno de los marineros más veteranos, con una sonrisa amistosa. —Ya no hay rastro en usted de la niña que quería embarcarse con nosotros para surcar los mares.

—Puede que ya no sea una niña, pero sigo queriendo aventuras igual que antes —responde Briony con un brillo desafiante en los ojos, su espíritu indomable tan claro como siempre.

—Convenza al capitán para que la deje venir a nuestro próximo viaje. Seguro que lo hace más interesante —añade MacAllister, con una sonrisa pícara que parece amigable pero que lleva un matiz de provocación.

Nathaniel frunce el ceño al oír la insinuación de su segundo al mando. Se acerca a ellos, su presencia imponiendo inmediatamente un cambio sutil en la atmósfera.

—Creo que la señorita tiene suficientes aventuras en tierra como para necesitar buscarlas en alta mar —dice con un tono contundente, dirigiendo una mirada que no admite réplica a MacAllister y los demás.

Nathaniel se yergue en la cubierta con los brazos cruzados sobre su pecho, la tela oscura de su chaqueta batida por el viento salado que también agita su cabello largo, confiriéndole un aire casi salvaje. Sus ojos, de ese azul claro y penetrante, barren la cubierta con una intensidad que no deja lugar a dudas sobre su autoridad. La brisa marina no hace más que acentuar la firmeza de su postura, como un capitán inmutable frente a la tormenta.

Sus hombres, aunque acostumbrados a su liderazgo, no pueden evitar sentir un escalofrío de respeto mezclado con un temor reverencial al encontrarse bajo esa mirada incisiva. Nathaniel no es solo su capitán; es una leyenda viviente en la cubierta, un lobo de mar cuya reputación como líder justo y temido se extiende más allá de las aguas que navega.

Se cuentan historias, en susurros y con una mezcla de admiración y miedo, sobre cómo Nathaniel ha enfrentado peligros que harían vacilar al más valiente. Recuerdan la vez que, con sus propias manos, rompió el cuello de un hombre que intentó amotinarse, restableciendo el orden con una brutalidad eficiente. Hablan de cómo su espada se ha abierto camino a través de enemigos, defendiendo su barco de piratas despiadados, y de cómo ha salvado a náufragos de las fauces de tiburones, lanzándose al agua con una audacia que raya en lo sobrenatural.

Esta noche, aunque la situación sea menos dramática, el aura de Nathaniel como un hombre capaz de actuar con extrema decisión en momentos de peligro es palpable. Su presencia es un recordatorio constante de que, aunque generoso y leal, también es implacable en su aplicación de disciplina y respeto.

La tripulación, sintiendo el peso de su mirada, rápidamente modera su comportamiento. Las risas se apagan y el espacio personal alrededor de Briony se amplía respetuosamente. Aunque la interacción con ella es más que interesante, saben que la protección de Nathaniel hacia ella es un asunto serio y ningún hombre a bordo osaría desafiar sus límites.

Nathaniel, al notar el cambio sutil en la atmósfera, suaviza ligeramente su expresión. Aunque su rostro sigue siendo una máscara de control, hay una suavidad en sus ojos cuando vuelve a mirar a Briony, recordándole que, a pesar de todo, ella es la excepción a muchas de sus reglas.

Su protección hacia ella no es solo un acto de deber, sino un reflejo de un vínculo más profundo, forjado a lo largo de años de confianza y un cariño inquebrantable que ha crecido en secreto en las profundidades de su corazón tempestuoso.

Briony lo mira, un atisbo de desafío en su expresión.

—Nunca se sabe, Nathaniel. Tal vez algún día cambies de opinión o encuentre otro capitán para que me lleve.

Nathaniel la mira, la respuesta de Briony cargando un peso que siente hasta en los huesos. Conoce el espíritu inquebrantable de Briony, su deseo de desafiar los límites y explorar más allá de lo convencional. La idea de que ella podría buscar aventuras bajo el mando de otro capitán aviva una chispa de algo que Nathaniel no está completamente dispuesto a examinar.

—Si otro hombre se atreve a embarcarte en su barco, tendrá que vérselas conmigo —responde, la ligereza de sus palabras contrastando con la seriedad de su mirada. Su sonrisa tiene un tinte lobuno, mitad amenaza, mitad promesa.

Briony, captando la intensidad subyacente en su tono, le ofrece una sonrisa traviesa, un destello de desafío brillando en sus ojos.

—Eso suena casi como una amenaza, capitán. Pero no te preocupes, prefiero navegar bajo tu bandera... siempre que me permitas realmente navegar, claro.

Mientras caminan juntos por la cubierta, bajo el manto estrellado que ambos han aprendido a amar, Nathaniel reconoce que, aunque pueda enseñarle sobre estrellas y mares, Briony siempre será la maestra cuando se trate de enseñarle sobre la libertad y el coraje.

—Ya veremos, Briony —dice, con su voz teñida de una resignación afectuosa—. Aunque me pregunto qué opinará al respecto tu futuro esposo.

El comentario, casi escapándose de sus labios sin plena intención, lo sorprende. Briony, por su parte, no se muestra perturbada. Responde con una convicción que la envuelve en una nueva luz, una que Nathaniel no había anticipado.

—Confío en elegir a alguien que, en lugar de cerrarme puertas, esté dispuesto a atravesarlas a mi lado.

Nathaniel frunce el ceño, sorprendido por su respuesta. La idea de ella eligiendo a un esposo, de considerar el matrimonio como una opción viable cuando tantas veces ha expresado su desdén por la conformidad que eso implicaba, lo desconcierta.

—¿Estás considerando el matrimonio ahora? —pregunta, con tono neutro.

Se da cuenta de que, a pesar de sus años de camaradería, hay aspectos de Briony que siguen siendo un enigma para él, facetas de su carácter que ella aún está explorando y definiendo sin él.

—¿No es lo que se espera de mí? ¿Tengo elección?

—Me aseguraré de que cualquier pretendiente sea digno de ti, entonces —dice medio en broma, intentando volver a la ligereza habitual entre ellos.

—Solo asegúrate de que no seas tú mismo quien espante a esos pretendientes, Nathaniel. No quiero que mi futuro esposo tenga que pasar primero por un duelo contigo —le dice con cariño.

Nathaniel ríe, el sonido resonando genuinamente por primera vez esa noche en su barco. La idea le parece absurdamente cómica, pero no totalmente improbable, dada su naturaleza protectora. Su único deseo es verla feliz y realizada, sea en la cubierta de un barco o en los brazos de alguien que la ame y respete.

—Prometo contenerme, siempre y cuando él sepa apreciar la rara joya que eres —concluye, su mirada se torna seria, reflejando el profundo respeto y la alta estima que siente por ella.

—Cualquier hombre que se atreva a pretenderme no lo tendrá fácil, eso te lo aseguro —responde ella con una chispa traviesa en su voz—. Tiendo a comparar a todos con un cierto capitán, y déjame decirte, Nathaniel, que todos salen perdiendo en esa comparación.

Él se queda en silencio por un momento, aunque está acostumbrado a sus bromas y desafíos verbales, a veces las palabras de Briony parecen golpear más cerca su punto débil de lo que él

quisiera admitir.

—Solo espero que ese capitán tan idealizado no te tenga tan cegada que no puedas ver a los buenos hombres que podrían estar frente a ti —dice él, tratando de mantener la conversación en un territorio seguro, mientras una parte de él se retuerce incómodamente.

Briony se acerca un poco, su expresión se suaviza y su voz baja a un tono más íntimo.

—A veces, Nathaniel, el problema no es que esté ciega, sino que tal vez estoy viendo demasiado claro —dice, sus palabras cargadas de un significado que espera que él entienda.

Nathaniel se queda mirándola, capturado por la intensidad de su declaración. La brisa marina levanta mechones de su cabello, y la luz de la luna ilumina su rostro, dándole un aspecto etéreo que lo descoloca aún más. Aunque parte de él desea responder con despreocupación, el miedo a hacerla daño, lo detiene.

—Briony... —empieza a decir, buscando las palabras correctas.

—No importa, Nathaniel —lo interrumpe, fingiendo que todo está bien, que no le duele su indiferencia en realidad—. Enséñame esa costelación.

Nathaniel se sitúa justo detrás de Briony, su presencia una sólida certeza en la oscuridad del cubierta. Mientras ella levanta la vista hacia el cielo estrellado, él extiende su brazo por encima de su hombro, apuntando hacia el vasto lienzo nocturno.

—Mira allí —susurra él, su aliento cálido rozando la oreja de Briony. Sus dedos trazan el aire, delineando la configuración de Orión con un movimiento suave y seguro—. Esa es la constelación de Orión. Puedes ver el cinturón aquí, estas tres estrellas alineadas tan claramente.

Su otra mano descansa con ligereza en la barandilla del barco, proporcionando un apoyo tanto para él como para ella. Briony, sintiéndose envuelta por la seguridad de su proximidad, se relaja contra su pecho. Su cabeza se inclina ligeramente hacia atrás, encontrando el apoyo cómodo de su torso. Nathaniel, por su parte, siente el peso suave de Briony contra él, un encaje perfecto que le brinda un confort inexplicable.

Mientras continúa explicando, sus manos guían la mirada de Briony a través de las estrellas. Con cada nueva constelación que señala, su dedo se mueve con precisión, casi como si pudiera tocar las mismísimas estrellas.

—Y si sigues la línea hacia abajo, encontrarás a Rigel, uno de los pies de Orión —continúa él con su tono didáctico.

—Es impresionante, ¿no? —responde Briony, su voz teñida de admiración y un asombro genuino por la vastedad del universo que se despliega sobre ellos—. Tanta inmensidad, y sin embargo, estas estrellas han guiado a los marineros a casa durante siglos.

—Exactamente, y ahí, ¿ves esa estrella rojiza? Esa es Betelgeuse, la supergigante roja de Orión. Es fascinante pensar que aunque está a miles de años luz, aun así podemos verla desde aquí —continúa, su voz baja y reflexiva. Aprovecha la cercanía para inclinarse un poco más, asegurándose de que ella puede seguir su guía visual.

Briony asiente, permitiéndose perderse en la grandiosidad del cielo y en la voz de Nathaniel explicando cada detalle.

En ese momento, bajo el cielo infinito, el tiempo parece detenerse para ambos. La

inmensidad del universo y la intimidad de su proximidad se entrelazan, creando un momento único. Briony siente la firmeza de Nathaniel detrás de ella, un recordatorio de la fortaleza y la seguridad que siempre ha encontrado en su compañía.

Nathaniel se permite disfrutar de la sensación de tener a Briony tan cerca, compartiendo con ella no solo su conocimiento, sino también un pedazo de su mundo interno. La suavidad de su cabello bajo su barbilla y el perfume suave que emanaba de ella le recuerdan cuán profundamente se ha enraizado en su vida y lo dulce que resulta tenerla para él.

Mientras las estrellas parpadean sobre ellos, ambos se sumergen en un silencio cómodo, lleno de un entendimiento tácito que solo la noche y el cosmos podrían orquestar.

CAPÍTULO 9

Esa tarde, al subir al carruaje que me llevará a la subasta de caridad, encuentro al Duque de Devonshire y a Lady Caroline Lamb esperándome. Él, siempre impecable, luce un traje negro que resalta su porte aristocrático; sus largas piernas están elegantemente extendidas frente a él y su cabello dorado brilla con los rayos del sol que se filtran a través de la ventana, iluminando su rostro con un halo casi celestial.

Lady Lamb, por su parte, emana una elegancia etérea, vestida con un delicado conjunto de tonos claros que contrasta con la oscuridad del atuendo del duque, su comportamiento despreocupado y su sonrisa ligera añaden un aire de misterio y encanto.

Ambos me reciben con un gesto cálido y un brillo travieso en los ojos, evidenciando la complicidad y el entendimiento que ya hemos empezado a desarrollar.

—Robert Stewart, el marqués de Londonderry, se ha cortado la garganta con una navaja de afeitar —anuncia Lady Lamb abruptamente. Su tono casual contrasta con la gravedad de la noticia.

—¿Qué? ¿Se ha muerto? —pregunto, impactada por la crudeza de sus palabras.

—El pobre hombre hace tiempo que reconoció que había perdido la cabeza. Algo muy normal, por otra parte, en la época actual —responde el duque con un suspiro.

Lady Lamb afirma con la cabeza con una ligereza que casi roza lo macabro, y luego lleva una botella pequeña y oscura a sus labios para dar un trago. Al notar mi mirada inquisitiva, aclara:

—Láudano, querida, el néctar divino.

—Su familia perderá sus propiedades por el delito de suicidio —comenta el duque, retomando la conversación con un tono sombrío que contrasta con la ligereza anterior.

—Bueno, si demuestran que estaba loco, tal vez no —responde Lady Lamb, con un leve encogimiento de hombros—. Es sorprendente cómo la locura se vuelve convenientemente hereditaria cuando las propiedades están en juego.

La ironía en su voz es palpable, y por un momento, el duque y yo no podemos evitar soltar una risa contenida. La habilidad de Lady Lamb para encontrar humor en las circunstancias más sombrías es tanto una fascinación como una bocanada de aire fresco en el a menudo rígido ambiente de la alta sociedad.

—De hecho —continúa el duque con un guiño hacia mí—, en estos círculos, un diagnóstico oportuno de locura puede ser más valioso que un título nobiliario. Al menos, te permite mantener tus tierras y tu dignidad intactas.

—Personalmente prefiero un poco de locura. La cordura es solo otra palabra para la

conformidad, y, con franqueza, nunca ha sido tan interesante —comento, lanzando la frase al aire con un dejo de desafío en la voz.

El Duque de Devonshire asiente, su expresión pensativa.

—Totalmente de acuerdo —responde él, su voz llena de una seriedad inusual que contrasta con su habitual tono jocoso—. Es en esos momentos de locura donde se encuentran las verdades más profundas y las ideas más brillantes. La cordura tiene sus méritos, pero raramente conduce a la creación de algo extraordinario.

Lady Lamb, con un destello de desafío en sus ojos, se inclina hacia adelante, captando la atención tanto del duque como la mía con su propuesta audaz.

—Entonces hagamos hoy una locura —sugiere, su voz cargada de anticipación y un toque de rebeldía—. Propongo que cada uno de nosotros haga algo completamente inesperado en la subasta de caridad esta noche. Algo que rompa con nuestras habituales restricciones.

El duque y yo intercambiamos una mirada, el interés claramente despertado por la idea.

—Y bien, Caroline, ¿cuál sería tu locura esta noche? —pregunta el duque, claramente entretenido por el juego que ella está planteando.

Lady Lamb sonríe, una sonrisa que promete travesuras y sorpresas.

—Yo, por mi parte, pienso pujar una suma escandalosa por el objeto menos deseable de la subasta. Haré que todos se pregunten qué valor oculto he visto en él —declara, su entusiasmo creciendo con la idea—. Convertiré un simple capricho en el tema de conversación de toda la noche.

—Y usted, señorita Chisholm, ¿qué locura se atrevería a cometer? —pregunta el duque, volviéndose hacia mí con una ceja levantada en expectación.

Me quedo momentáneamente sin palabras, el pulso acelerado por una idea que es más que una locura, una hazaña total… Antes de que pueda formular una respuesta, el duque sugiere con un tono juguetón:

—¿Un beso, tal vez?

—¿Un beso? —repito, la idea revoloteando en mi mente como una mariposa caprichosa.

—Sí, creo que besaré a la mujer más bonita de la subasta —declara él con una sonrisa traviesa.

Lady Lamb interviene, su voz llena de diversión maliciosa:

—Pero tendrás que casarte con ella después.

El duque asiente, entrando en el juego.

—Entonces, le pediré matrimonio antes delante de todo el mundo. Luego alegaré que fue un momento de locura y retiraré mi propuesta, claro —explica con una sonrisa cómplice.

—Dios mío, eso será como encender un barril de pólvora —se ríe Lady Lamb, claramente deleitada con la audacia del plan.

—¿Y usted, mi querida señorita? —vuelve el duque hacia mí, expectante.

Inhalo en profundidad, sintiendo la seriedad de mi propia resolución pesar sobre mí.

—Creo que también haré una propuesta, aunque algo más personal y privada.

El duque inclina su cabeza, su mirada astuta.

—Algo me dice que está relacionada con cierto caballero —comenta, un brillo de curiosidad en sus ojos—. ¿Tendremos el honor de saber quién es en la subasta?

—No es probable —respondo, el peso de la situación tirando de la comisura de mis labios hacia abajo—. Aunque acudirá, lo hará acompañado de una mujer, y me ha advertido que es mejor que finjamos no conocernos.

El carruaje se llena de un silencio pensativo después de mis palabras, un silencio que el duque rompe con una pregunta cargada de preocupación.

—¿Está segura de que es merecedor de tu amor? —pregunta de forma suave.

—¿Cuándo lo son? —interviene Lady Lamb con una sonrisa irónica, siempre lista para aportar un toque de cinismo a la conversación.

Suspiro, todavía sopesando mis propios sentimientos y la complicada situación.

—Dice que es por mi propio bien —les respondo, intentando convencerme a mí misma tanto como a ellos.

El duque lanza una carcajada breve, aunque no del todo alegre.

—Yo creo que no quiere que su acompañante se sienta eclipsada por su belleza, señorita Chisholm. Probablemente sea una mujer horrible, tanto por fuera como por dentro —sugiere, su tono mezclando humor y una pizca de desdén.

Lady Lamb asiente, añadiendo su propia interpretación con un suspiro dramático.

—Pero con mucho dinero y una vez más nos enfrentamos a la historia de siempre —dice, resumiendo el eterno juego de poder y posiciones que a menudo dicta las relaciones en nuestra esfera social.

—Pero tal vez, esta noche, encontremos maneras de subvertir estas expectativas, aunque sea por un momento —comento, sintiendo un vínculo más fuerte con mis compañeros, gracias a nuestra disposición a discutir abiertamente mis penas.

El duque sonríe, asintiendo con un gesto resuelto.

—Al menos podemos intentar hacerla memorable.

Mientras el carruaje se balancea suavemente por las calles de Londres, Lady Lamb vuelve a llevarse la botella de láudano a los labios, tomando otro trago con un aire de teatralidad.

—Para buscar inspiración —comenta con una sonrisa pícara.

El duque, observando sus gestos con una mezcla de diversión y preocupación, advierte:

—Cuidado, tengo entendido que el láudano calienta la sangre y excita el cuerpo.

Lady Lamb ríe suavemente, como si estuviera deleitada por la advertencia.

—Para esos ardientes momentos, se dice que la Poción del Amor es infalible —responde, guiñándole un ojo al duque.

—¿La Poción del Amor? —pregunto, intrigada por la mención de algo tan místico.

—Sí, querida, un elixir legendario que, según cuentan, Cleopatra utilizaba para hacer que los hombres cayeran rendidos a sus pies —explica Lady Lamb con un tono de confidencia conspiradora—. Y se rumorea que el alquimista Paracelso logró recrear su fórmula, por orden del rey y se dice que absolutamente infalible.

El duque y yo intercambiamos una mirada de escepticismo mezclado con curiosidad.

—¿Realmente crees en tales historias, Caroline? —pregunta el duque, claramente entretenido por la idea.

—Oh, por supuesto, es todo muy dramático y probablemente más mito que realidad —admite Lady Lamb con una risa ligera—. Pero en noches como esta, ¿no es divertido imaginar que podríamos encontrar una poción mágica para resolver todos nuestros problemas amorosos?

El duque, capturado por el espíritu aventurero de la conversación, asiente con una sonrisa cómplice.

—Tienes razón, querida —responde con entusiasmo, golpeando suavemente con su bastón sobre el techo del carruaje para llamar la atención del cochero. Con un gesto decidido, se asoma por la ventana y da instrucciones al conductor—. Por favor, cambie de dirección y llévenos primero a la calle Broad, a la botica del alquimista Paracelso —indica con autoridad, su voz teñida de una mezcla de seriedad y diversión.

Lady Lamb y yo intercambiamos miradas de excitación y sorpresa. La idea de visitar la botica de un alquimista en busca de una poción legendaria y afrodisíaca añade un elemento de misterio y capricho a nuestra velada, transformando lo que era simplemente una salida a una subasta de caridad en una aventura imprevista.

—¿Realmente vamos a hacer esto? —pregunto y mi voz revela tanto escepticismo como deseo.

—Por supuesto —responde Lady Lamb con un brillo en los ojos—. La noche es joven, y ¿qué mejor manera de añadir un poco más de locura a nuestra expedición que con una visita a un alquimista?

El carruaje toma un giro inesperado, desviándonos de nuestra ruta original y llevándonos hacia el corazón de una historia que parece sacada de las páginas de una novela.

Mientras las calles de Londres pasan por nuestras ventanas, el aire dentro del carruaje se carga con una mezcla de anticipación y el dulce aroma del láudano aún persistente en el aire. Esta noche, parece, que será de todo menos ordinaria.

CAPÍTULO 10

El carruaje se detiene frente al pomposo Hotel Langham, cuya fachada impresionante se alza con elegancia en el atardecer de Londres. Las luces cálidas iluminan sus grandes ventanales y la entrada está adornada con alfombras rojas y arreglos florales exquisitos, dando la bienvenida a los invitados con un aire de sofisticación y esplendor.

Al entrar, nos recibe el murmullo suave de conversaciones entre los elegantes asistentes y el tintineo de copas de champán.

El salón donde se llevará a cabo la subasta de caridad es un espacio amplio y lujosamente decorado, con candelabros de cristal que cuelgan del techo y proyectan una luz brillante y acogedora sobre los invitados. Las paredes están adornadas con tapices intrincados y obras de arte cuidadosamente seleccionadas que añaden un toque de cultura y refinamiento al ambiente.

Las mesas dispuestas alrededor del salón exhiben la variedad de objetos que serán subastados. Cada pieza está cuidadosamente presentada sobre mantelería fina, con pequeñas tarjetas que describen el objeto y su significado o historia.

Hay desde joyería antigua y obras de arte, hasta manuscritos raros y objetos de coleccionista. Los invitados deambulan entre las mesas, examinando los todo con curiosidad, preparándose para las pujas que seguirán.

El ambiente es uno de anticipación contenida y elegancia discreta, donde la alta sociedad de Londres se reúne no solo para participar en la subasta, sino también para ser vistos y socializar.

Los camareros circulan discretamente ofreciendo canapés delicados y copas de vino, mientras que un cuarteto de cuerdas toca en un rincón del salón, llenando el aire con música clásica que añade un toque de serenidad al bullicio suave de la noche.

Este evento de caridad no es solo una oportunidad para recaudar fondos para una buena causa, sino también un momento para que los miembros de la élite social se conecten, negocien y, quizá, hagan alarde de su generosidad y estatus.

En este contexto de glamour y altruismo calculado, nos preparamos para una noche que promete ser inolvidable, con la posibilidad de cometer nuestras locuras y esos momentos de audacia que podrían alterar sutilmente las dinámicas habituales de esta esfera privilegiada.

El Duque de Devonshire me ofrece su brazo con un gesto elegante y caballeroso, y juntos comenzamos a recorrer las mesas adornadas con los objetos de la subasta. Mientras caminamos, intercambiamos sonrisas cómplices, compartiendo la emoción secreta no solo de nuestra posible locura, sino también de nuestra pequeña aventura alquímica y lo que podría deparar.

Nuestro paseo entre las mesas se convierte en un juego discreto de observación y comentario sutil sobre los variados y a veces extravagantes artículos ofrecidos. Cada objeto nos brinda la oportunidad de discutir sus posibles historias y el tipo de persona que podría desear poseerlo. El duque, con su conocimiento de arte y antigüedades, ofrece perspectivas fascinantes, mientras que

yo aporto observaciones más modernas y a veces humorísticas.

Los gestos galantes del duque y nuestra conversación animada hacen que el recorrido sea no solo una inspección de potenciales adquisiciones, sino también un deleite social. Nos detenemos ocasionalmente para saludar a conocidos o para que me introduzca a nuevos rostros, siempre manteniendo el aire de misterio y diversión sobre nuestra misión compartida.

La atmósfera en el salón es vibrante, y aunque estamos rodeados de la élite de Londres, en ese momento, el mundo parece consistir solo en nosotros y nuestra pequeña conspiración. La música de fondo, el murmullo constante de las conversaciones y las risas, y el ocasional tintineo de las copas componen una sinfonía de fondo perfecta para nuestra exploración.

Mientras examinamos una mesa adornada con exquisitas joyas y relojes antiguos, mi atención se desvía inesperadamente hacia el otro lado del salón. Allí, entre un grupo de distinguidos invitados, distingo a Nathaniel.

Está acompañado por una mujer cuya presencia es innegablemente deslumbrante; su tez inmaculada y sus rizos castaños, adornados con una elegancia muy visual de plumas y joyas, irradian un glamour exótico y excitante. Al lado de ella, mi sencillez y el estilo menos ostentoso que prefiero parece de repente mundano, y una oleada de mortificación me recorre.

Nathaniel, al sentir una mirada, levanta la vista y, por un breve segundo, nuestros ojos se encuentran. No hay señal de reconocimiento en su semblante, cumple con su promesa de pretender que no nos conocemos en público. El impacto de su indiferencia forzada me hiela el corazón momentáneamente.

El Duque de Devonshire, siempre atento, nota mi cambio repentino de comportamiento. Sin perder un segundo, se inclina hacia mí, su expresión mezcla distintos niveles de preocupación y curiosidad.

—¿Todo está bien, señorita Chisholm? —pregunta suavemente, su voz baja para que solo yo pueda escuchar.

Intento recuperar mi compostura, forzando una sonrisa que sé que no llega a mis ojos.

—Sí, claro, Su gracia. Solo pensé que había visto a alguien conocido —respondo, tratando de disimular mi desasosiego—. Pero estaba equivocada.

El Duque de Devonshire me observa con una mirada que parece penetrar más allá de mi respuesta evasiva. Tras un instante, su expresión se ilumina con una chispa de audacia y decide que es el momento perfecto para inyectar algo de ligereza a la situación.

—Ha llegado la hora de mi locura, —anuncia con una sonrisa traviesa que capta mi atención por completo. Con un aire de teatralidad, el duque se despega suavemente de mi lado, se gira hacia mí y, ante la mirada atónita de los presentes, se arrodilla. Todavía sosteniendo mi mano, con una sonrisa ladina y ese brillo travieso que lo caracteriza, el duque eleva la voz para que todos en el salón lo oigan.

—Querida señorita Chisholm, en este momento de pura locura y ante este distinguido público, me veo compelido a pedir la mano de la mujer más hermosa de este evento.

El murmullo de la multitud se suaviza en expectación mientras él continúa, su mirada fija en la mía, transmitiendo una intensidad que no había mostrado hasta ahora. Con una sonrisa juguetona y la elocuencia de un actor consumado, anuncia:

—Desde el instante en que nos encontramos, quedé absolutamente encandilado por usted. No hay belleza que se le iguale, ni encanto ni ingenio que se compare al suyo.

La sala, llena de invitados, observa en silencio, algunos con sonrisas de complicidad, otros con expresiones de sorpresa ante la seriedad de sus palabras.

—Su sentido del humor y su perspicacia son incomparables y me han cautivado de una manera que no creí posible. Por lo tanto, ¿me haría usted el inmenso honor de hacerme el hombre más envidiado esta noche y aceptar ser mi esposa?

La propuesta es tan disparatada y está tan claramente diseñada para provocar risas que no puedo evitar soltar una carcajada genuina, liberando parte de la tensión y el desconcierto que había sentido momentos antes.

Antes de que pueda responder y mientras la sala aún digiere la escena, el duque se pone de pie resuelto. No todos en la sala aprueban esa exhibición y nos miran con censura. Las propuestas de matrimonio se tratan con mayor privacidad y, por supuesto, con el consentimiento del padre de la dama.

—Y ¿qué ocurrirá cuando el momento de locura se apague, Su gracia? —le pregunto con una sonrisa, entrando en el juego y preparándome para declinar su oferta con estilo.

En ese preciso instante, Nathaniel interviene, su presencia inesperada y dominante. Coloca una mano en mi hombro, apartándome suavemente del duque y se enfrenta a él con una voz baja y tensa:

—¿Qué demonios está haciendo? ¿Por qué la avergüenza públicamente con una proposición así?

El duque parece sorprendido por la interrupción, pero se recupera rápidamente.

—Perdone..., pero ¿usted es...?

—Soy el Capitán Harwood y ella es mi protegida —responde Nathaniel, su tono firme y protector, sorprendiéndome tanto a mí como al resto de los presentes.

—¿De verdad? —El duque se vuelve hacia mí con una elevación de ceja—. La señorita Chisholm no me había comentado que lo conociera. Lo siento, ¿la he avergonzado?

—En absoluto, Su gracia —respondo, tratando de mantener la calma y la compostura—. Pero rechazaré su propuesta antes de que lo haga usted, con su permiso, para mantener mi dignidad intacta.

El duque sonríe, su admiración por mi respuesta evidente.

—Casi me dan ganas de perseverar —comenta con coquetería, insinuando que, de no ser por el juego, podría haber considerado su propuesta más seriamente.

Nathaniel se gira hacia mí, bloqueando con su cuerpo las miradas indiscretas que empiezan a lanzarnos los demás invitados. Su expresión está llena de confusión y preocupación.

—Briony, ¿qué carajos está pasando aquí? —pregunta, sus ojos buscando una explicación en los míos con un tono tenso.

Intento mantener la calma y le respondo con una sonrisa tratando de aligerar la situación.

—Solo nos estamos divirtiendo, Nathaniel —digo, esperando que mi tono despreocupado

mitigue su intranquilidad.

—¿Esto te parece divertido? —Su pregunta es incisiva, y puedo ver la seriedad que no se ha disipado de su rostro.

El ambiente se carga de una rigidez evidente. Nathaniel parece furioso.

—Fue una broma inocente, una juego —explico con más seriedad, buscando que entienda que no había malas intenciones detrás de la actuación del duque—. No había intención de causar molestias ni de comprometer a nadie. Simplemente fue una forma de añadir algo de emoción a la velada.

Nathaniel frunce el ceño, claramente preocupado por las implicaciones de lo ocurrido.

—Esto ha puesto el foco sobre ti, y no de buena manera —advierte con su voz baja e intensa, tratando de ocultarnos de las miradas curiosas que nos rodean.

El Duque de Devonshire interviene con una sonrisa astuta, claramente disfrutando del debate que ha surgido.

—Al contrario, acaba de rechazar a un duque. En este momento, se ha vuelto una pieza irresistiblemente atractiva de la temporada. Todos querrán acercarse a ella —argumenta, sus ojos brillando con un toque de malicia.

—¿Y eso le parece algo bueno? —lo desafía Nathaniel sus brazos cruzados sobre el pecho en una postura defensiva, su mirada fija en Devonshire.

Luego su mirada baja por él como si lo estuviera evaluando o haciendo una rápido análisis de él.

—Lo es, si quiere un buen esposo —responde el duque, encogiéndose de hombros levemente, como si la respuesta fuera obvia.

Nathaniel no parece convencido.

—¿Y ser atraído por algo tan mundano como la curiosidad o la competencia dónde coloca a ese buen esposo? —replica, marcando cada palabra con un escepticismo palpable.

El duque, sin perder su compostura, se inclina ligeramente hacia Nathaniel como si fuera a revelarle algo importante.

—Capitán Harwood, la competencia, a veces, solo actúa como una lupa, destacando emociones que son difíciles de percibir a simple vista —explica, con una ceja alzada.

El ambiente entre ellos es tenso, con Nathaniel claramente preocupado por mi bienestar y reputación, mientras que el duque ve la situación como una oportunidad más para divertirse. Yo me encuentro en el medio, evaluando las palabras de ambos, consciente de que cada uno tiene su perspectiva, pero también sintiendo la carga de ser el centro de atención no deseado de esta situación.

Nathaniel, con una mirada rápida hacia Lady Preston, que nos observa con una mezcla de curiosidad y confusión —y claramente no es la única en la sala que lo hace—, parece decidir que es momento de retirarnos. Su expresión está rígida, lo que es una clara señal de que desea poner fin a la conversación y protegerme de cualquier posible repercusión negativa.

—Briony, nos vamos —me dice con firmeza y un tono de urgencia. Su mano se cierra con

determinación sobre mi brazo.

—No lo haga. Hágame caso. Esto pasará como una alegre anécdota si deja las cosas como están. Si se la lleva como si ella hubiera hecho algo vergonzoso o incorrecto, la condenará —aconseja Devonshire, intentando infundir algo de serenidad a Nathaniel.

La advertencia del duque parece solo aumentar su irritación.

—Me está empezando a cabrear, duque —dice, claramente al límite de su paciencia—. Es usted el que la ha metido en este lío y el que debería arreglarlo.

—Nathaniel, por favor, escúchalo —digo, colocando mi mano libre sobre la suya en un gesto de apaciguamiento—. El duque tiene razón; podemos restar importancia a todo esto y tratarlo como una broma. No dejes que la situación escale a más de lo que es.

—Esta gente no tiene sentido del humor y condenan cualquier circunstancia consideren fuera de lugar —me dice con más suavidad, su genio apaciguado por mi intervención.

—Y a nosotros nunca nos ha importado —le recuerdo.

—Pero ahora estás aquí jugando sus reglas, Briony. Cada paso que das es observado y cada palabra que dices se evalúa con lupa. No quiero que te hagan daño.

Finalmente, con un suspiro pesado, Nathaniel afloja su agarre en mi brazo, aunque su expresión todavía muestra signos de descontento.

—Está bien —concede finalmente, aunque claramente no está completamente convencido, dirigiéndose al duque con una mirada más calmada—. Devonshire, espero que pueda manejar la situación con la misma destreza con la que la provocó. Permaneceré cerca, Briony. A la menor señal de incomodidad, nos vamos.

Con una rigidez que refleja su frustración contenida, asiente brevemente hacia el Duque de Devonshire, un gesto que, aunque cortés, no oculta la tensión subyacente. Se aleja entonces unos pasos, dirigiéndose hacia la mujer que lo acompaña, cuya curiosidad por nuestro intercambio no ha disminuido. Recibe a Nathaniel, quien le ofrece una breve explicación que no logro oír, pero que parece apaciguar su curiosidad momentáneamente.

Me quedo de pie, observándolo interactuar con ella, sintiéndome momentáneamente desplazada. El duque, por su parte, se queda a mi lado, ofreciéndome una sonrisa tranquilizadora.

—No deje que esto le perturbe demasiado, querida —me dice suavemente, asegurándose de que mi atención esté completamente en él ahora—. Las fiestas como esta están llenas de dramatismos pequeños y grandes. Lo importante es cómo los manejamos, y creo que ha manejado esto con mucha gracia.

—Gracias, Su gracia —respondo, permitiéndome relajar un poco más—. Supongo que cada evento trae su propia lección.

—¿Y qué ha aprendido de la interrupción de su tan anhelado caballero? —inquiere, con una ligera sonrisa que sugiere que conoce bien la dinámica entre Nathaniel y yo.

—Veo que no se les escapa una —admito, con pesar.

—Sería menos evidente si no se le cayera la baba en su presencia, querida, pero ¿no es él demasiado protector con usted?

—No, nunca lo ha sido. Siempre es el primero en interceder por mí frente a los demás para defender mis travesuras —digo, recordando los momentos en que Nathaniel ha sido más un cómplice que un guardián.

—Tal vez cuando solo era una niña… —sugiere el duque, elevando una ceja.

—Es lo que soy para él. Él está interesado en la mujer que lo acompaña —confieso, sintiendo una punzada de tristeza al admitirlo en voz alta.

—A quien no ha dudado en dejar de lado por usted —apunta el duque, observando cuidadosamente mi reacción.

—Su gracia, agradezco lo que intenta hacer, pero… si conociera a los hombres que me rodean sabría que tienen un alto sentido del honor y la lealtad. Y eso ha sido Nathaniel haciendo gala de esas cualidades —explico, defendiendo la intervención de Nathaniel no como un acto de posesión, sino como una muestra de su carácter.

El duque asiente, aparentemente satisfecho con mi respuesta, aunque su mirada sigue siendo ligeramente escéptica.

—Entiendo, señorita Chisholm. Solo espero que su caballero no la deje esperando en la sombra por demasiado tiempo —dice finalmente, ofreciendo su brazo para continuar nuestra caminata entre las mesas.

La subasta avanza con el usual intercambio de ofertas y murmullos, pero el ambiente cambia cuando Lady Lamb, con un destello de picardía en sus ojos, decide intervenir. Levanta su paleta y hace una oferta escandalosamente alta por un simple adorno de porcelana, el objeto menos valioso de la noche. Este gesto provoca una oleada de desconcierto entre los presentes, y yo no puedo evitar soltar una risa contenida al ver las expresiones de asombro.

Antes de que la sala se recupere de la sorpresa inicial, el Duque de Devonshire se une al juego, levantando su paleta y superando la oferta de Lady Lamb con una cantidad aún mayor. La confusión se multiplica, y las risas comienzan a resonar en el salón ante la evidente extravagancia de la puja por una mera baratija.

—¿Dos locuras en una noche, Su gracia? —le pregunto, aún riendo por el absurdo de la situación.

—En realidad, tres —responde él con una sonrisa enigmática, dejándome perpleja y curiosa sobre lo que implica su comentario.

El desconcierto de los demás invitados es evidente, y entre risas y cuchicheos, la subasta de la simple pieza de porcelana se convierte en el centro de atención. Lady Lamb disfruta visiblemente del espectáculo que ha creado, y su risa contagiosa se suma a la atmósfera de ligereza y diversión que ahora inunda la sala.

CAPÍTULO 11

Mientras el murmullo de la subasta va decayendo y los últimos aplausos se esfuman en el aire cargado de la sala, siento la suavidad del bronce y el peso cálido del ámbar de la horquilla que el Duque de Devonshire acaba de colocarme con un gesto lleno de una cortesía teatral.

Sus dedos rozan brevemente mi cabello, enviando un cosquilleo inadvertido a través de mi cuero cabelludo, un gesto familiar que no pasa desapercibido a nuestro alrededor.

—Briony, nos vamos a casa —interrumpe Nathaniel, su voz cortante en la intimidad del momento, arrancándome de la ligera bruma de atención del duque.

Me giro hacia él, encontrando su mirada cargada de una intensidad que no logro descifrar de inmediato. Nathaniel parece más un guerrero que un caballero en este instante, con la firmeza de su postura y el ceño fruncido que sombrea sus ojos.

El contraste entre su gravedad y la gentileza juguetona del duque no podría ser más pronunciado. Agradezco a Devonshire con una sonrisa, que intenta ser apaciguadora, antes de volver completamente hacia Nathaniel.

—¿Cenicienta se convertirá en calabaza si no regresa a casa antes de la medianoche? —pregunta el duque con una ceja alzada.

No puedo evitar soltar una risa corta. Nathaniel, por su parte, no parece tan divertido. Su mirada se endurece un poco más, pero decido tomar la palabra antes de que la atmósfera se vuelva demasiado grave.

—Quizá —respondo con un tono juguetón, intentando aligerar la situación—. Pero más que preocuparme por calabazas, mi intención está en no perderme la oportunidad de que me lleve a casa mi propio caballero... aunque a veces actúe más como un dragón guardián.

Nathaniel suelta un suspiro leve, casi inaudible y puedo ver una sonrisa renuente asomando en sus labios, una concesión a mi intento de suavizar las cosas entre nosotros.

—Vamos entonces, antes de que tu dragón aquí presente decida lanzar fuego —dice finalmente, con un tono que, aunque sigue siendo firme, ahora lleva un matiz de humor.

La tensión entre la ligereza del duque y la seriedad de Nathaniel crea un extraño equilibrio, y siento cómo el peso de la noche cambia, haciéndose más denso, más cargado de significados no expresados.

El duque da un paso atrás, inclinando su cabeza en un gesto de comprensión y respeto.

—Entonces, no les detendré más. Ha sido una velada memorable, señorita Chisholm, y espero que sus próximas medianoches sean igual de mágicas, sin importar la compañía que elija. Yo me despediré de Lady Lamb en su nombre.

Su adiós es elegante, dejando un eco de palabras no dichas flotando en el aire. Nathaniel

coloca su mano en la parte baja de mi cintura para guiarme y juntos nos dirigimos hacia la salida, dejando atrás el bullicio de la subasta y adentrándonos en la calma de la noche londinense.

—Francamente, estoy un poco sorprendida. Pensé que pasarías la noche velando por tu dama acompañante más que por mí —le digo cuando me ofrece una mano cálida para ayudarme a subir al carruaje.

Nathaniel se detiene un momento, su mano aún en la mía, y me mira con una seriedad que rara vez muestra.

—Yo también, Briony, pero no imaginaba que te encontrarías en el centro de… de todo eso —responde, subiendo al carruaje detrás de mí. Su tono lleva una mezcla de reprobación y preocupación que no puede ocultar.

—Solo estaba siguiendo el juego del duque. Fue divertido —explico, intentando aliviar la tensión.

En el oscilante interior del carruaje, la ciudad nocturna de Londres se desliza por las ventanillas, un caleidoscopio de sombras y luces que juegan sobre nuestras figuras. Nathaniel y yo compartimos un espacio que se siente cada vez más confinado, no solo por las paredes del carruaje, sino por la tensión que se entreteje entre nosotros y una sensación de cosquilleo que comienza a formarse en mi cuerpo.

—Solo tú serías capaz de juntarte con las dos personas más escandalosas de todo Londres para unirte a sus juegos. No creo que fuera esto en lo que pensaba Balthair cuando ideó esto.

—Lo tiene merecido, por arrastrarme a algo que no he pedido —replico, sintiendo cómo mi propio temperamento comienza a encenderse con la injusticia de la situación.

Hay un breve silencio mientras Nathaniel parece considerar mis palabras, su mirada recorriendo mi rostro con una intensidad que me hace preguntarme qué pensamientos cruzan por su mente.

Luego, de repente, noto una oleada de calor que me recorre, inexplicable y perturbadora. Mis dedos trazan inconscientemente el contorno de mi cuello, descendiendo por las clavículas hasta rozar la suave piel expuesta por el escote del vestido.

—¿No querías casarte, Briony? —pregunta él con curiosidad, rompiendo el silencio.

—¿Es una proposición? —respondo, mitad en serio, mitad en broma, tratando de aliviar la tensión que ambos sentimos.

—Creo que ya has tenido suficiente con una proposición por una noche. ¿En qué demonios estaba pensando ese hombre al lanzarte a una situación así delante de toda la sociedad? —responde con impaciencia.

—Ya te lo he dicho, estaba divirtiéndose. Los tres prometimos cumplir una locura esta noche. Él eligió declararse a la mujer más hermosa del evento y Lady Lamb decidió pujar una cifra escandalosa por el objeto más inútil de la subasta.

Nathaniel se ríe, esta vez más genuinamente, aunque veo cómo se afloja el cuello de su camisa y se pasa una mano por la cara, un gesto involuntario que indica que también siente el aumento inexplicable de inquietud que yo siento.

—No estoy seguro de querer saber cuál es tu locura —dice, mirándome con una mezcla de

diversión y algo que no logro identificar.

—Quiero que seas el primero —le suelto de golpe, mi voz más firme de lo que siento. El carruaje da un pequeño bote, como eco de mi audacia.

Él se tensa visiblemente, su postura se endurece.

—¿El primero en qué? —pregunta él, con el ceño fruncido, su respiración se entrecorta como si las palabras le costaran más de lo normal.

—¿De verdad vas a hacerte el tonto? —La frustración y el deseo se mezclan en mi voz mientras lo miro directamente—. Quiero perder la virginidad contigo. Solo contigo.

El silencio que sigue es denso. Puedo escuchar su respiración acelerada, ver cómo lucha por mantener la compostura. El aire entre nosotros se carga con un nuevo tipo de tensión, una que habla de posibilidades y de prohibiciones, de deseos largamente reprimidos.

Nathaniel se pasa una mano por el cabello, claramente desorientado, antes de fijar su mirada en la mía. Hay un destello de algo feroz y protector en sus ojos, pero también una vulnerabilidad que no había visto antes.

Hace una pausa, luchando con sus palabras, y puedo ver el conflicto que se desata detrás de sus ojos azules, oscuros como el mar en tormenta. La respiración se le hace más pesada, como si el aire mismo se hubiera vuelto escaso alrededor de nosotros.

—Tienes razón en que es una locura y algo que nunca ocurrirá —dice de forma firme y resuelta, interponiendo entre nosotros una barrera que se levanta tan alta e inesperada que casi puedo sentir el frío de su sombra.

—Nathaniel, por favor, escúchame —le suplico—. Quiero que seas el primero porque... porque eres el único para mí y siempre lo serás. Te amo, Nathaniel. No finjas no saberlo. Hace tiempo que me di cuenta de que siempre llovía en tu mundo. Incluso ahora. Y me he preguntado en miles de ocasiones, ¿cuándo dejará de llover en tu corazón? Y yo… yo quería ser esa persona que hiciera que el sol siempre brillará en ti porque es lo que tú haces por mí. —Cada palabra que digo está impregnada de la sinceridad y la desesperación de quien se ha ahogado en silencio por demasiado tiempo—. No es simplemente que te quiero, es que cada día sin ti se siente incompleto, y cada momento contigo es como un respiro después de haber estado sumergida bajo el agua demasiado tiempo. Cada gesto tuyo alimenta mi alma, cada palabra tuya me sostiene. Si pudiera hacer algo, cualquier cosa, para hacerte tan feliz como tú me haces a mí, lo haría sin dudar un segundo.

Hago una pausa, respirando hondo, dejando que las palabras se asienten en el espacio entre nosotros, esperando que calen hondo en su corazón como lo han hecho en el mío.

—No quiero presionarte, no quiero que esto sea una carga para ti —añado rápidamente, las palabras fluyendo ahora con una urgencia nacida del miedo a ser malinterpretada—. Pero si me permitieras, aunque solo fuera por una noche, mostrarte cuánto te amo, darte a ti lo que solo puedo imaginar contigo podría... podría enfrentarme a cualquier cosa que venga después con la certeza de que no dejé nada sin decir, sin intentar.

El silencio se extiende, un abismo que se ensancha con cada segundo que pasa sin respuesta. Nathaniel mira hacia fuera del carruaje, su perfil tensado contra la luz de las lámparas de la calle.

Sus ojos se encuentran con los míos, y hay un brillo de dolor allí, una tormenta que no sabe

cómo calmar.

—¿Qué se supone que quieres que te diga, Briony? Esto está mal por miles de razones y lo sabes. Yo... yo no puedo verte con fines románticos, mucho menos carnales. Es imposible. Balthair, Alexander, Adele, incluso Avery... me matarían. ¿No lo entiendes? Haría cualquier cosa por ti, menos esto, Briony.

—Deberías dar una charla, Nathaniel. Cómo ser de piedra: lecciones de un corazón cerrado. Sería un éxito rotundo —le digo con sarcasmo—. Solo te pido una noche. Quiero... quiero que sepas que mi corazón te pertenece de una manera que jamás podría pertenecerle a otro, y si únicamente puedo tener una noche contigo, para mostrarte cuánto significas para mí, entonces aceptaré ese regalo con gratitud y lo atesoraré por el resto de mi vida. Luego dejaré de quererte. Te dejaré ir y romperé este amor de ocho años no correspondidos...

—Estás confundiendo el embelesamiento infantil con amor, Briony.

—¡No ridiculices mis sentimientos! —exclamo, dejando que la ira y el dolor reluzcan a través de mis palabras—. Sé muy bien lo que he sentido durante todo este tiempo. ¿Crees que el deseo que siento de tus caricias y tus besos es infantil? ¡Quiero que me toques, Nathaniel! Entregarme a ti.

Nathaniel se pasa una mano por el rostro, claramente agitado.

—¡Maldita sea! ¿Qué demonios está ocurriendo? —dice con sobresalto, removiéndose y llevándose una mano instintivamente a su regazo sobre sus pantalones para ocultar el bulto que se ha formado debajo de ellos.

De repente, la comprensión me golpea como un rayo.

—Oh, Dios mío... La tercera travesura del duque. Debe haber utilizado la poción del amor que compramos al alquimista.

CAPÍTULO 12

—¿Qué? —se sobresalta, sus ojos se ensanchan en sorpresa.

Los míos, claro, van directos al lugar exacto que intenta ocultar entre sus piernas. Es algo instintivo, ¿sabes? Esa curiosidad que me hace preguntarme, porque vaya, siempre he tenido una imaginación bastante activa con estas cosas y he hecho especulaciones secretas y no tan infantiles sobre estas particularidades masculinas.

Hasta ahora, mi único punto de referencia han sido mis lecturas y los cambios de pañales y baños de mi hermano pequeño y esa imagen no logra alinearse con la idea que tengo de Nathaniel.

Y, la verdad, lo que se insinúa bajo la tela en este momento parece estar a otro nivel, prometiendo algo más imponente, algo decididamente menos... gracioso.

Atrapada en el acto de mirar, me siento mitad avergonzada, mitad totalmente intrigada. Esto no es simplemente un detalle más de Nathaniel; es una revelación épica, un misterio que de pronto se siente demasiado real, demasiado cercano. Y aunque parte de mí quiere desviar la vista, otra parte, impulsada por la poción y mis propios deseos largamente reprimidos, quiere entender, quiere saber.

—Briony… —dice Nathaniel, su voz ronca tratando de arrastrar mi atención hacia arriba, hacia sus ojos en lugar de dejarla fija en su... situación.

—Es un afrodisíaco egipcio o eso creo —me apresuro a explicar.

—¿Y tú? ¿Lo sientes también? —pregunta, claramente incómodo, pero con una mirada intensa que me dice que está tan afectado como yo.

Asiento con la cabeza, y la expresión en su rostro se oscurece aún más.

—Esto no tiene nada de gracioso. No se debe jugar así con las personas. Se ha pasado de la raya. ¿Y si no llega a ser conmigo con el que vuelves a casa o si todavía estuvieras allí? ¡Mierda!

Las palabras brotan de sus labios como una cascada, llenando el carruaje con una mezcla de furia y preocupación. Sus ojos azules, antes brillantes con diversión, ahora se oscurecen con una tormenta de emociones.

—Pues entonces tal vez le estaría entregando a él mi virginidad y no a ti —le digo con amargura.

Nathaniel me mira con una mezcla de exasperación y conflicto evidente en sus rasgos. Su tono es áspero, cortante, como si cada palabra le costara más de lo que quisiera admitir.

—Briony, no juegues con eso. No conmigo —Su voz se endurece, pero sus ojos delatan una tormenta de emociones contrapuestas.

Mi cuerpo tiembla bajo el efecto cada más acuciado de la poción, cada fibra de mí luchando

por mantener el control. El calor recorre mis venas como lava, haciendo que mi corazón lata con fuerza en mi pecho. Intento encontrar las palabras correctas, algo que explique el torbellino de sentimientos que me consume.

—Necesito… necesito algo. —Hago una pausa, tragando saliva mientras una oleada de calor recorre mi cuerpo y siento la excitación pulsando entre mis piernas.

El carruaje hace un giro brusco, y el movimiento envía una nueva ola de sensaciones que me hacen gemir ligeramente.

—No hagas eso —dice él con voz ronca, sin mirarme. Sus palabras son una súplica teñida de desesperación.

Echa la cabeza hacia atrás y traga saliva con fuerza, claramente luchando contra los efectos del afrodisíaco. Su garganta trabajando al tragar es un espectáculo que captura toda mi atención, exacerbando los efectos de la droga en mi sistema.

—Estoy intentándolo, pero es difícil —confieso, sintiendo cómo ca parte de mí responde a la proximidad entre nosotros.

—No puedo llevarte así a casa. Ni yo puedo bajar en este estado del carruaje —dice moviendo apenas su mano señalando el bulto que trata de cubrir.

He leído lo suficiente para saber qué es y que cuando un hombre está excitado se endurece y se hace más grande, pero… no me esperaba algo que se realzara tanto.

El silencio que sigue es pesado, cargado con el peso de nuestros deseos no expresados y las líneas que ninguno de los dos se atreve a cruzar. La tensión en el aire es casi tangible, y cada respiración compartida parece dibujar líneas más profundas en la complicada red de nuestros lazos.

Involuntariamente, mis dedos se estiran, movidos por un impulso que parece tener vida propia, alcanzando la base de su cuello. Allí, donde su piel se une con la tela de su camisa, descubro un espacio entre sus clavículas. Es una área de vulnerabilidad expuesta, y mis dedos exploran la textura suave, cálida de su piel, trazando los contornos definidos con una delicadeza que contrasta con la tormenta de emociones que nos rodea.

Nathaniel se tensa bajo mi tacto, sus músculos se contraen, su mandíbula se aprieta y su respiración se hace más aguda, y aunque su instinto inicial es retroceder, se mantiene firme, encerrado en el conflicto entre el deseo y la responsabilidad. Sus ojos, ahora oscuros y turbulentos, se fijan en los míos, buscando una explicación, una solución que ni él ni yo poseemos en este momento cargado de tensión.

—Briony… —Su voz es un susurro áspero, cargado de un deseo reprimido que se filtra a través de cada palabra. Su mano se alza, vacilante, antes de posarse suavemente sobre la mía, deteniendo el avance de mis dedos con una firmeza que es tanto una caricia como una barrera—. No importa lo que haya en ese brebaje. No dejaré que nada ocurra y menos bajo estas circunstancias. No puedo... —Su voz se quiebra, y en ese quiebre, escucho el eco de su propia batalla interna, el deseo contra la responsabilidad.

Mientras el carruaje avanza a trompicones por las empedradas calles de Londres, me encuentro luchando contra la oleada de sensaciones que el afrodisíaco despierta en mí. Mis dedos se deslizan involuntariamente por mi cuello, trazando la línea de las clavículas antes de rozar

apenas la suave piel de mi pecho expuesto por el escote del vestido. Cada toque es como una pequeña descarga eléctrica, exacerbada por la conciencia de que no estoy sola.

Sé que Nathaniel observa cada gesto, cada suspiro contenido, y esa conciencia solo sirve para avivar el fuego que el duque ha encendido imprudentemente con su juguetona travesura. Siento su mirada clavada en mí, pesada y penetrante. Es imposible ignorar la intensidad de sus ojos azules, que se oscurecen con algo más que mera preocupación o reprobación, respira con dificultad, su pecho sube y baja.

La tensión se convierte en un palpable tercer ocupante del carruaje, y cada sonido, cada mínimo roce, se siente amplificado. La atmósfera se satura de un anhelo silencioso, una danza de miradas y jadeos entrecortados que dibujan un mapa de lo que podría ser y lo que no debería ser.

Gimo suavemente tras otro bote abrupto del vehículo, un sonido que parece demasiado alto en el silencio tenso que nos envuelve. La tela de mi vestido se adhiere a mis pechos con cada respiración agitada, y cada movimiento involuntario me recuerda cuán delgada es la línea entre el control y el abandono.

Los sacudida del carruaje envían olas de sensaciones que se sienten demasiado intensas entre mis piernas y me encuentro moviendo las caderas, restregándome contra el cuero ondulado del asiento.

La intensidad de la situación me hace cerrar los ojos por un momento, intentando encontrar algún tipo de equilibrio en medio de este torbellino sensaciones.

Cuando los abro, encuentro que Nathaniel aún me observa, y el aire entre nosotros se carga con una nueva tensión, un magnetismo silencioso que promete tanto como amenaza. Su mirada no solo observa, sino que parece explorar, buscando entender lo que se agita bajo mi piel, bajo mis gestos involuntarios.

Mis suspiros se hacen más audibles con cada bote del carruaje, resonando demasiado alto en el silencio que nos envuelve. La lucha por mantener la compostura se vuelve más ardua con cada segundo que pasa, con el ardor que comienza a formarse entre mis piernas.

Estoy consciente de cada particularidad: cómo la luz de la luna filtrada a través de las ventanas del carruaje juega sobre los contornos de su rostro, cómo su respiración se alza y cae con una cadencia que parece en eco a la mía. Cada pequeño detalle se amplifica, y la atmósfera dentro del carruaje se siente cada vez más cargada, más intensa, como si estuviéramos en el ojo de una tormenta silenciosa pero poderosa.

Muevo de nuevo las caderas y dejo escapar un gemido, incapaz de contener las sensaciones que me dominan.

—Briony, detente —Su voz es un ronco susurro, cargada de una tensión muy implícita.

—No puedo —le respondo, muerta de vergüenza y la voz quebrada por el abrumador deseo, mientras continúo moviéndome contra el cuero, cada movimiento intensificando las olas de calor que me recorren—. He tenido esos momentos en que mi cuerpo deseaba algo más... incluso me he tocado, pero nunca fue tan intenso como esto.

—¿Qué te has… qué te has tocado? —balbucea Nathaniel, su confusión evidente en cada palabra entrecortada.

—Ya sabes, entre las piernas, hasta que todo mi cuerpo tiembla y se siente... bueno, un poco

como ahora —digo, con una sonrisa traviesa y un brillo en los ojos—. Tú también lo haces, ¿verdad? Porque la idea de pensar en ti así... —Mi voz se quiebra al imaginarlo haciendo lo mismo, y el pensamiento me envía otra oleada de calor.

Un gemido alto e involuntario sale de mi boca.

De pronto, Nathaniel tira abruptamente de mi brazo, girándome para sentarme frente a él entre sus piernas. Su pecho se aprieta contra mi espalda y una de sus manos cubre mi boca, sofocando mis gemidos. La otra mano me inmoviliza contra él, su agarre es firme, pero desesperado, como si luchara contra la misma tormenta que nos envuelve.

«¡Ay! ¿Cómo se respiraba?».

La presión de su bulto contra mis nalgas intensifica mis movimientos involuntarios, ahora impulsados no solo por el afrodisíaco sino por la proximidad de su deseo. Cada una de mis oscilaciones provoca un jadeo sofocado de Nathaniel, su respiración caliente y pesada contra mi cuello, su cuerpo rígido con un conflicto que se siente tan intenso como el mío.

—Maldita sea, estate quieta, Briony —me ordena, con un gruñido bajo cargado de desesperación.

Sin embargo, mi cuerpo no le obedece, dominado por una marea de sensaciones que me llevan hacia un precipicio del que no puedo, ni quiero, escapar.

—Ahhhh, Nathaniel, no puedo resistirme…

Sus manos, inicialmente firmes en su intento de mantenerme inmóvil, cambian de posición con un temblor apenas perceptible. Una de ellas se desliza desde mi cintura hasta mi cadera, estirando los dedos por ella y retorciendo la tela del vestido mientras guía de repente mi movimiento contra él, aumentando la fricción entre nuestros cuerpos.

—Briony, me estás matando —gruñe.

La presión de su mano es tanto una súplica como un mandato, y cada movimiento que él dirige me lleva más cerca de ese borde que ambos tememos y anhelamos al mismo tiempo. El calor de su aliento en mi cuello se mezcla con el aire frío de la noche que se cuela por las rendijas del carruaje, creando un contraste que envía escalofríos por mi espina dorsal.

Bajo la luna que observa a través de la ventana, el carruaje se convierte en un santuario y una prisión al mismo tiempo, encerrando nuestros susurros y gemidos en un espacio donde cada sonido parece demasiado íntimo, demasiado revelador. El mundo exterior se desvanece hasta convertirse en nada más que el eco de nuestras respiraciones entrecortadas y el latido desenfrenado de nuestros corazones.

La mano de Nathaniel en mi cadera no solo me mueve físicamente, sino que también tira de hilos de la poca cordura que me queda en ese momento mientras me restriego contra su pelvis con mi trasero y mi entrepierna contra el mullido cuero del asiento.

Mi mente se embota con el torrente de sensaciones que me asaltan, y a pesar de la neblina del deseo, una parte de mí se asombra de la intensidad de lo que siento. Él parece igualmente atrapado en la tormenta que hemos desatado, su cuerpo rígido con el esfuerzo de contenerse, de no cruzar más allá de los límites que se ha impuesto.

—Nathaniel —susurro, entre jadeos, mi voz ahogada por la mano que aún cubre mi boca—,

más rápido... más fuerte...

Él esconde su rostro en la curva de mi cuello y siento la suavidad de su cabello contra mi piel, la calidez de su aliento que se mezcla con susurros apenas audibles y su agarre se tensa, como si cada parte de él luchara contra la marea de emociones que lo arrastra.

—No puedo, Briony, no puedo resistir más —gime, su cuerpo tembloroso luchando contra la contención.

Se mueve con una decisión que parece rasgar el último velo de contención. Su pie se desliza con brusquedad entre mis piernas, separándolas de forma implacable y en un movimiento fluido y firme, me levanta, deslizando su mano bajo mis muslos para asentarme sobre su regazo. Mis piernas quedan abiertas a cada lado de las de él.

La cercanía rompe cualquier vestigio de reserva que pudiera haber quedado entre nosotros. Puedo sentir cada línea de tensión en su cuerpo, cada respiración agitada de él sobre la piel de mi cuello.

Y sus manos, me guían sobre él, sobre su sexo, incluso la que aún cubre mi boca. Hay una necesidad emocional en su agarre, como si tratara de fusionar nuestras soledades en una sola.

—¡Ay, madre mía! —murmuro, curvando la espalda para poder sentirlo más.

«Estoy sobre la cosa de Nathaniel y está muy dura y quema».

Su cuerpo bajo el mío es una masa de músculos tensos, y la dureza que presiona contra mí desde su entrepierna es imposible de ignorar. Es como un pulso firme, insistente, que late justo contra el centro de mi placer, enviando ondas de calor a través de cada cédula de mi cuerpo.

Con cada movimiento que hago, cada vez que me ajusto para encontrar una posición aún más íntima, la rigidez de Nathaniel se hace más evidente. Se siente sólida y demandante, una presencia que exige atención y despierta un deseo voraz en mí.

El tejido de su ropa apenas sirve como barrera; en lugar de ocultar, parece destacar cada contorno de su excitación, delineando su forma.

La dureza de Nathaniel se convierte en el eje de mis movimientos, presiona justo donde más lo necesito, es el núcleo duro contra el cual mi cuerpo busca fricción, buscando esa exquisita presión que promete el alivio de esta tensión interminable.

Cuando alcanzo el clímax, un grito sofocado escapa entre los dedos de Nathaniel, que cubren mi boca. Su cuerpo se tensa junto al mío, un testamento de su propia lucha interna mientras intenta mantener el control.

A pesar de sus esfuerzos, Nathaniel también alcanza el clímax. Su cuerpo se arquea involuntariamente, presionando su pelvis contra mí con una intensidad que corta la respiración. La fuerza de su reacción provoca un nuevo grito ahogado en mi garganta, mientras siento cómo él se aferra a mí, sus dedos clavándose en mi cadera en un gesto de posesión y desesperación.

Finalmente, cuando la oleada de placer se disipa, Nathaniel afloja su agarre, aunque no me suelta completamente. Nos quedamos en silencio, ambos recuperando el aliento, yo aún sobre su regazo al resguardo oscuro del carruaje.

Su frente descansa contra mi hombro y su respiración aún suena precipitada, una señal del profundo impacto de lo que acaba de suceder.

En ese tenso silencio que sigue, Nathaniel se aferra brevemente a mí. Poco a poco, sus manos, que hasta entonces me mantenían firmemente contra él, se relajan. Con un movimiento cuidadoso y deliberado, me ayuda a deslizarme de su regazo, guiándome para que me siente a su lado, estableciendo una distancia física que refleja la barrera emocional que intenta reconstruir.

Su rostro es una máscara de conflicto y arrepentimiento mientras se ajusta la ropa con movimientos rígidos y controlados. No me mira directamente, como si el contacto visual pudiera desencadenar otra ola de imprudencias que no puede permitirse.

—Briony, lo siento, lo siento —dice con una voz baja, tratando de imponer algo de orden al caos que acaba de envolvernos. Su tono es de disculpa, pero detrás de él, hay una firmeza que habla de límites que no desea volver a cruzar.

Mientras el carruaje se detiene y el frío aire londinense se cuela a través de las ventanas, siento cómo el efecto del afrodisíaco empieza a ceder, pero no así el eco de las emociones que ha desatado.

Nathaniel, con su postura tensa y los músculos rígidos, parece un monumento a la autodisciplina, una estatua que intenta recomponerse tras un terremoto interno.

—No tienes que disculparte, Nathaniel. No ha pasado nada irreversible y tampoco es como si hubieras podido controlar la situación. Pero, no voy a mentir, para mí se sintió muy real… e intenso. Ha sido… increíble —digo, sin poder contener mi lengua y mi emoción.

Nathaniel me mira con un torbellino de emociones aún danzando en sus ojos azules. Se ajusta incómodamente en el asiento, como si mis palabras fueran piedras en su zapato.

—Briony, no es tan simple —responde él con un suspiro, como si mis palabras pesaran más de lo que había anticipado.

—Lo sé —admito, mi voz firme pero suave—. No estoy tratando de simplificar nada. Solo necesitaba que supieras. Que entendieras que no era solo la poción hablando... era yo. Mi corazón, mis verdaderos sentimientos.

Él pasa una mano por su cabello, un gesto de frustración que conozco demasiado bien. Sus palabras siguientes me cortan con su frialdad deliberada.

—Esto que dijiste sobre querer... sobre mí y lo que ha ocurrido esta noche... lo vamos a olvidar, Briony. Lo ignoraremos tajantemente y jamás volveremos a hablar de ello. Es lo mejor para ambos.

El rechazo en su voz es una daga que se me clava no solo en ese momento, sino en todas las veces que imaginé un final diferente a esta conversación.

—¿Así que eso es todo? ¿Solo lo enterramos y fingimos que no te amo? —La agudeza en mi voz refleja la herida abierta en mi corazón.

—Dijiste que tratarías de olvidarme si te daba una noche, Briony —replica Nathaniel, su voz tensa, cada palabra pesada con más de un significado.

—¿Me tomas por tonta, Nathaniel? Sabes que me refería a el acto completo —le digo cargada de frustración y desafío.

—Pues tendrá que ser suficiente con esto —contesta, y su mirada se desvía hacia la puerta de mi casa, y luego baja con un suspiro hacia sus pantalones húmedos—. Tendré que comprarme

una maldita casa en Londres para no tener que enfrentar a tu padre durante un buen tiempo.

—No es mi padre —corrijo, sintiendo la irritación bullir dentro de mí.

—Para mí lo es. Y Balthair es un hombre que respeto profundamente —afirma con firmeza.

—¿Y ese respeto es un obstáculo para aceptar los sentimientos de su hija? —inquiero, mi voz llena de ironía y un dolor que no puedo ocultar.

Nathaniel exhala pesadamente, y aunque la luna ilumina su perfil, los contornos de su conflicto interno son claros incluso en la oscuridad.

—No se trata solo de respeto, Briony. Se trata de responsabilidad... y de lo correcto —dice, su voz baja, casi como si hablara consigo mismo.

—¿Correcto según quién? ¿El mundo? ¿La sociedad? ¿O tú, Nathaniel? —le desafío, no dispuesta a dejar que esto se desvanezca en una niebla de excusas y deberes.

—Según todo lo que sé y todo lo que he vivido. No puedo... no podemos simplemente ignorar las convenciones porque nos conviene en un momento de debilidad —responde él, su voz ahora un susurro ronco.

—Debilidad, ¿eh? Es curioso cómo la debilidad de un hombre siempre parece ser la fortaleza de una mujer —comento, con un toque de sarcasmo que hace que sus ojos se endurezcan.

Nathaniel se inclina hacia mí, su rostro tan cerca que puedo sentir el calor de su aliento.

—No entiendes, Briony. No es solo sobre mí o tus deseos... es sobre más que nosotros. Hay demasiado en juego.

—Siempre lo es, hasta que decidimos que lo único que realmente importa es lo que sentimos el uno por el otro —digo suavemente, permitiéndome un momento de vulnerabilidad.

—¡¡Pero yo no siento nada por ti!! —explota él, sus palabras golpean el aire entre nosotros como un trueno.

Me quedo sin resuello y el aire parece atascarse en mi garganta. Su declaración me hiere más de lo que esperaba, cada sílaba una daga que se clava en mi corazón. Me quedo mirándolo, sorprendida por la ferocidad de su reacción, el dolor brota fresco y agudo.

Él se pasa una mano por su rostro, claramente agitado, y cuando vuelve a mirarme, hay un atisbo de arrepentimiento en sus ojos.

—No de la manera que tú quieres, Briony. No de la manera que mereces —dice, su voz más suave, pero aún cargada de una firmeza resignada.

Nathaniel se pone de pie, sus movimientos son rígidos y su rostro está pálido. Ofrece su mano para ayudarme a bajar, pero esta vez, la distancia entre nosotros es más que física.

Bajo del carruaje sin su ayuda, con pasos firmes pero el corazón pesado.

—Gracias por la sinceridad, Nathaniel. Espero que algún día encuentres a alguien por la que valga la pena luchar.

CAPÍTULO 13

Mientras caminamos por las calles adoquinadas que nos llevarán a la sombrerería, Adele no deja de hablar de los preparativos para la cena de esta noche. Nathaniel ha invitado a Lady Preston, y por lo visto, es una especie de gran acontecimiento.

Desde que en la subasta se desveló su relación con los Chisholm, ya no parece tan importante ocultarlo. Nathaniel ha decidido hacer una presentación más formal e incluirla de lleno en su círculo social.

«Lo que me resulta tan emocionante como descubrir que he comprado por error un diccionario en un idioma que no hablo durante una subasta de libros raros».

Adele, siempre tan considerada y perfecta, se preocupa por el menú, los manteles y hasta por el vino que deberíamos servir. Cada palabra suya es como una pequeña aguja pinchándome justo en el ego.

—Briony, ¿crees que a Lady Preston le gustaría el pato? Nathaniel mencionó que era una de sus carnes favoritas —pregunta, con esa voz suave y dulce que siempre usa cuando me habla.

—¿El pato? Oh, sí, claro. Si es para impresionar a su queridísima Lady Preston, ¿por qué no servirle un cisne dorado mientras estamos en ello? —respondo, incapaz de contener ese borde sarcástico en mi voz—. Tal vez podríamos servir modestia en lugar de pato, parece ser lo que más escasea en estas reuniones.

Adele me lanza una mirada que dice más que cualquier palabra. Pero es que realmente, ¿qué se espera? Nathaniel ha estado evitándome desde aquella noche explosiva después de la subasta. Cada vez que nuestros caminos se cruzan, hay una especie de cortina invisible que él tira entre nosotros, fría y formal. Y eso duele, más de lo que quisiera admitir.

—Briony, sé que puedes estar… bueno, un poco molesta, pero Lady Preston es importante para Nathaniel. Puede que sea su futura esposa, después de todo —continúa Adele, intentando suavizar las cosas.

—Oh, maravilloso, ¿su esposa? Eso lo hace todo más festivo, ¿no crees? Quizá convendría agregar un poco de confeti al pato —digo, rodando los ojos.

«Claro, ¿por qué mi tormento interno debería importar cuando hay una boda en la mezcla?».

Caminamos en silencio por un momento, y yo aprovecho para mirar los sombreros en el escaparate de una tienda. Uno especialmente ridículo llama mi atención; es grande, con plumas ostentosas que con mucha probabilidad asustarían a cualquier ave de presa en un radio de cinco millas.

—Mira ese, Adele. Apuesto a que Lady Preston adoraría algo así. Combina con su... estatura imponente —comento, señalando el sombrero con un gesto teatral.

Adele ríe, a pesar de sí misma. Es imposible no hacerlo, supongo.

—Briony, a veces no sé si eres un soplo de aire fresco o simplemente un huracán en forma humana —dice, y aunque intenta parecer exasperada, la sonrisa en su rostro muestra lo contrario.

—Prefiero pensar en mí misma como una brisa ligera... que ocasionalmente arrasa con todo a su paso —respondo, ofreciéndole un guiño cómplice.

Noto a Adele masajearse la parte baja de la espalda, un gesto sutil de incomodidad que casi pasa desapercibido. Sin embargo, a mí no se me escapa nada, especialmente cuando se trata de ella.

—Adele, realmente no deberías estar aquí de pie, ayudando con los preparativos para la cena. Nathaniel podría ser un poco más considerado, sabiendo lo mal que llevas el embarazo —comento, no pudiendo ocultar el tono de reproche dirigido más hacia Nathaniel que hacia ella.

Ella me ofrece una sonrisa cansada, pero resuelta.

—Estoy harta de descansar. Además, mantenerme ocupada me ayuda a no pensar en las náuseas. Y Balthair... él lo hace lo mejor que puede, pero a veces se olvida de que no soy de porcelana. Y pronto ni estos vestidos de cintura alta podrán ocultar el volumen de mi vientre y tendré que comenzar mi periodo de confinamiento para ocultar mi embarazo. No vaya a ser que la esfera pública londinense se ofenda.

—Lo entiendo, pero organizar una cena completa no es exactamente lo que recomiendan los médicos para los embarazos complicados —digo, elevando las cejas irónicamente.

Adele ríe, un sonido suave y melodioso que siempre tiene el poder de aliviar un poco mi irritación.

—Es solo una pequeña cena, y además, quiero hacerlo. No te preocupes por mí. Nathaniel ha prometido encargarse de todo después de que llegue la invitada. Solo tengo que supervisar la cocina y luego puedo retirarme si me siento cansada —explica, tratando de tranquilizarme. Luego me observa atentamente—. Briony, ¿estarás bien? No quiero que te sientas muy incómoda.

—Es solo que... me siento un poco fuera de lugar últimamente. Como si fuera invisible para Nathaniel o peor —confieso, permitiendo que un destello de mi vulnerabilidad se muestre.

Adele se detiene y me mira, su expresión llena de comprensión.

—Entiendo por lo que estás pasando, Briony. Creo que no hay nadie que no sepa que él siempre ha sido especial para ti, pero… Nathaniel siempre ha sido así, ya sabes, un poco despistado con los sentimientos de los demás. No lo tomes como algo personal. Él te quiere mucho a su manera.

—No es fácil cuando no nota mi existencia, a menos que sea para pasarme el salero en la cena —digo, intentando hacer una broma de mi dolor, pero el humor se siente forzado.

Adele se ríe suavemente, apretando mi brazo con afecto.

—Vamos a encontrar un tocado o una diadema perfecta para ti. Algo que haga que incluso Nathaniel no pueda evitar mirarte.

Sonrío, agradecida por su intento de levantarme el ánimo, y seguimos nuestro camino. A pesar de todo, la compañía de Adele y la perspectiva de una tarde buscando el sombrero perfecto ofrecen un pequeño consuelo. Quizá, en el fondo, eso es lo que necesito: un recordatorio de que

hay más en la vida que los caprichos de un hombre, incluso uno que ha ocupado tanto de mi corazón.

—Tal vez podamos invitar al Duque de Devonshire. ¿Te gustaría? Aunque no estoy segura de que Nathaniel esté de acuerdo. Parece que le disgusta. A veces creo que es un poco territorial, especialmente cuando se trata de su familia.

«¡Uch! ¿Por qué le disgustará tanto? ¿Tal vez porque le hizo perder el control un poco? Vulnerabilidad, esa infame debilidad de los fuertes».

—Tal vez no le guste compartir su espacio o no quiera que nadie le robe protagonismo a Lady Preston esta noche. Tienes razón. Quizá debería invitar al duque solo para ver qué pasa —digo, más en broma que en serio.

—Es una gran idea —conviene radiante.

—Un poco de drama nunca ha hecho daño a nadie.

—Totalmente de acuerdo. Invítalo —insiste, con un gesto decidido y una sonrisa pícara, iluminando su rostro mientras juega con uno de los sombreros de la tienda, colocándoselo de forma coqueta. Su mirada es maliciosa, como si ya estuviera imaginando la escena que se desatará con la presencia del duque.

La idea me emociona y, a la vez, me inquieta un poco.

—Nathaniel se molestará —afirmo, recordando lo que los juegos del duque provocaron la última vez.

Adele me observa a través del espejo mientras se ajusta el sombrero, sus ojos brillando con complicidad.

—Definitivamente. Pero, Briony, hay que agitar un poco el avispero para ver qué sale de él. Invita a Lady Lamb también. Creo que es una mujer realmente interesante.

—Oh, sí. Te encantará, Adele —respondo, no pudiendo evitar una sonrisa al pensar en la energía vibrante de Lady Lamb y el efecto que suele tener en cualquier reunión.

CAPÍTULO 14

La cena se desarrolla en el gran comedor de la mansión, una habitación iluminada con candelabros que arrojan un resplandor dorado sobre la mesa elegantemente dispuesta. La llegada de Lady Preston marca el inicio de una velada que promete ser interesante. Ella entra con una gracia estudiada, llevando un vestido que acentúa su figura y una sonrisa cautivadora dirigida principalmente a Nathaniel.

—Capitán Harwood, gracias por invitarme —dice Lady Preston con una voz melodiosa, extendiendo una mano que Nathaniel toma y besa con cortesía.

—Es un placer tenerla aquí, Lady Preston. Espero que la velada sea de su agrado —responde él con una sonrisa que no llega a sus ojos.

Desde el otro extremo de la sala, observo la escena con un trago de mi bebida, intentando ignorar la punzada de celos que se agita en mi pecho.

Poco después, llegan el Duque de Devonshire y Lady Lamb, ambos con un aire de confianza que casi se puede tocar. El duque me ofrece una sonrisa cómplice mientras Lady Lamb se desliza a su lado con un vestido que desafía las convenciones con su corte y color rojo bermellón.

—Nathaniel, espero que no te importe que hayamos traído un poco más de compañía esta noche —le dice Adele, su voz llena de un humor no del todo oculto.

Él frunce el ceño ligeramente, una señal que no pasa desapercibida para mí, pero se recupera rápidamente.

—Por supuesto que no. Cuantos más, mejor —responde, aunque su tono sugiere lo contrario.

El duque se une a la conversación con su típica audacia.

—Espero que esta noche sea tan memorable como la subasta de caridad. Esa fue una velada... estimulante, ¿no creen? —Su mirada vuela brevemente hacia mí, y sé que está buscando reacciones.

Nathaniel se tensa, y por un momento parece que va a decir algo contundente, pero se contiene.

Lady Preston, ajena a la corriente subterránea de tensiones, se ríe de una forma que trata de ser encantadora… Pero…

«A mí me recuerda a una de esas hienas que vi una vez en un espectáculo itinerante».

—Oh, adoro las noches estimulantes. Capitán Harwood, espero que me prometas muchas de esas —dice, coqueteando abiertamente.

—Eso dependerá de cuán bien se comporte esta noche —responde Nathaniel con una sonrisa y un mensaje que se supone que solo ella podría descifrar, pero que revela muy profundamente su complicidad.

«Tengo ganas de vomitar».

Durante la cena, el ambiente se carga de una electricidad sutil pero innegable.

Nathaniel y Lady Preston continúan con su coqueteo abierto, riendo y compartiendo anécdotas que parecen excluir a todos los demás de la mesa, creando un círculo íntimo que solo ellos dos pueden disfrutar.

Desde mi lugar, junto al Duque de Devonshire, observo la escena con un nudo en el estómago. Cada risa compartida, cada mirada cómplice entre ellos me pica como una espina.

Balthair y Adele, sentados cerca de Lady Lamb, inician una conversación sobre literatura. Adele, con su curiosidad innata, pregunta sobre la afición de Lady Lamb por la escritura.

—He oído que está trabajando en una novela. ¿Podría compartir con nosotros de qué trata?

Lady Lamb, elegantemente vestida y con un aire de misterio que parece envolverla como su chal, sonríe con diplomacia, eligiendo sus palabras con cuidado antes de responder.

—Oh, es un pequeño proyecto, una exploración de los límites entre la moralidad y la pasión. No estoy segura de que sea del gusto de todos aquí —responde con una risa ligera, sus ojos escudriñando la mesa, como buscando aliados o detractores en su audaz emprendimiento—. Algunos lectores se empeñan en esperar que los personajes de un libro se comporten exactamente como ellos lo harían. Es absurdo, en verdad. Un libro debe desafiar, debe mostrar otras perspectivas y, sin embargo, hay quienes lo condenan solo porque el protagonista toma decisiones que ellos no aceptan. Es una falta de apertura mental que, tristemente, termina siendo más un reflejo de sus propias limitaciones que de cualquier defecto en la obra.

Adele asiente con entusiasmo. Balthair, observando el intercambio, interviene con su voz calmada y un tono de orgullo apenas velado.

—Mi esposa también escribe, ¿sabía? Ha creado una obra maravillosa, aunque nos enfrentamos a ciertos… obstáculos editoriales —comenta, su mirada se endurece al recordar las sugerencias del editor.

Adele toma la palabra, su tono revela un toque de frustración:

—Sí, me resisto a publicar bajo el nombre de mi esposo. Mi trabajo debería poder defenderse por sí mismo, sin necesidad de esconderse detrás de una figura masculina —dice con firmeza, su mano descansando sobre su vientre de forma protectora.

La respuesta de Lady Lamb es rápida, un brillo de complicidad en su mirada.

—Admiro su determinación, señora. En estos tiempos, las mujeres a menudo debemos ser más audaces que los hombres si deseamos que nuestras voces sean escuchadas. Mi seudónimo ha sido un escudo y una espada en más de una ocasión.

Nathaniel, que ha estado conversando animadamente con Lady Preston, capta la última parte del coloquio y se une, su interés picado por el tema.

—Es una pena que el talento deba ocultarse de esa manera. ¿Cree que la sociedad alguna vez cambiará en ese aspecto? —pregunta, su tono un poco más serio de lo usual.

Lady Lamb ofrece una sonrisa melancólica.

—El cambio es como la marea, Capitán Harwood. Lento pero inevitable. Solo podemos

hacer nuestra parte y esperar que nuestras pequeñas olas ayuden a mover el gran océano de la opinión pública —responde, levantando su copa en un gesto simbólico hacia un futuro quizá más prometedor.

Mientras la conversación sobre la literatura continúa, Balthair, siempre atento a los rumores literarios y las controversias del momento, introduce un tema que ha estado en boca de muchos en los círculos literarios.

—Hablando de seudónimos y autorías ocultas, ha surgido un rumor que tal vez encuentren de particular interés —comienza, asegurándose de tener la atención de todos—. Se dice que la novela «Frankenstein» que se atribuye a Percy Shelley, podría en realidad ser obra de su esposa.

Un murmullo de sorpresa recorre la mesa. Adele, cuya fascinación por las historias de autoras no reconocidas es bien conocida, se inclina hacia adelante.

—¿Mary Shelley? ¿La esposa del poeta? —pregunta, su voz llena de asombro y un toque de indignación.

Lady Lamb, con una sonrisa que sugiere que está bien versada en los secretos del mundo literario, asiente con la cabeza.

—Así es. Mary Shelley es una mujer de notable intelecto y pasión. La conocí cuando… Bueno, cuando frecuentaba la compañía de Lord Byron. Sería totalmente plausible que ella, y no su esposo, haya tejido la compleja trama de «Frankenstein».

—Recientemente he tenido el placer de leerlo —comento con entusiasmo—, y debo decir que es una novela extraordinaria. La profundidad con la que se exploran la ciencia y la moral es fascinante.

—Dicen que Mary Shelley se inspiró en una conferencia de Andrew Crosse, un científico que experimenta con electricidad y cadáveres... —comenta Lady Lamb, animada por el giro macabro de la charla.

—¿Electricidad? —pregunta Lady Preston.

—Sí, electricidad. Supuestamente, usaban cargas eléctricas para demostrar cómo se podían estimular los músculos de los cadáveres, haciéndolos moverse como si todavía estuvieran vivos. Bastante espeluznante, pero fascinante —explica Lady Lamb, captando el interés creciente de algunos y las miradas de escepticismo de otros.

Lady Preston frunce el ceño, claramente no convencida de que tales temas sean adecuados para una cena.

—Vaya, parece algo sacado de una novela de terror, no de la ciencia real.

—Exactamente por eso «Frankenstein» es considerado el precursor de la ciencia ficción moderna. Mary Shelley tomó esos experimentos científicos y los tejió en una narrativa que explora su integridad —añado otra vez entusiasmada por el contenido de la novela.

El Duque de Devonshire aprovecha la pausa para añadir su propio comentario, con una sonrisa ligeramente provocadora dirigida hacia mí:

—Imaginar que se podría devolver la vida a los muertos con solo un chispazo... Es un concepto que desafía nuestra comprensión de la vida y la muerte. ¿No les parece? Quizá algún día no solo conversemos con espíritus, sino que los traigamos de vuelta.

Nathaniel, que ha estado escuchando en silencio, interviene con cautela:

—Espero que algunos límites permanezcan respetados. No todo lo que se puede hacer, debe hacerse.

Lady Lamb asiente, mirando alrededor de la mesa.

—La ética siempre debe guiar la ciencia, pero la literatura... la literatura es donde podemos explorar esas preguntas sin las consecuencias del mundo real.

Lady Preston, con una sonrisa superficial, interviene entonces, revelando una falta de interés que parece casi orgullosa:

—Oh, la lectura nunca ha sido lo mío. Realmente, no logro pasar de la primera página.

No puedo evitarlo; las palabras se me escapan antes de que pueda contenerlas:

—Qué triste, ¿no? La vida debe ser bastante insulsa sin la lectura.

—¡Briony! —me reprende Nathaniel, su voz un susurro severo.

El duque, por su parte, disimula una sonrisa tras su copa de vino, claramente divertido por mi franqueza.

—Hablando de muertos —continúa, como si buscara suavizar el ambiente—, he oído que hay un famoso espiritista en Londres capaz de comunicarse con ellos. Debe ser realmente talentoso. Dígame, señorita Briony, ¿le gustaría poder hablar con alguien que ya no esté entre nosotros?

Trago saliva, sorprendida por la pregunta tan directa, y me tomo un momento antes de responder, sintiendo cómo las emociones se agolpan en mi pecho.

—Con mis padres, por supuesto... Me gustaría saber que están bien y poder preguntarles… si están orgullosos mí. Y quiero asegurarles que estoy bien, que Balthair ha sido un padre paciente y fantástico, un poco permisivo quizá —añado, intentando aligerar el momento con una risa—, pero no me voy a quejar sobre ello. Y que Adele no podría ser mejor ejemplo de resolución e inteligencia para mí...

Hago una pausa, sintiendo la emoción crecer en mí.

—Y me gustaría decirles que los quiero, aunque apenas tenga recuerdos de ellos. Sería un consuelo, una especie de cierre, supongo.

Las palabras cuelgan en el aire, resonando con una honestidad cruda que incluso parece sorprender a algunos de los presentes.

—Lo siento… no quería sacar a relucir pensamientos tan tristes, princesa —me dice el duque con suavidad.

Me mira con una comprensión que se siente casi palpable, como un abrazo cálido en un día frío. Respiro hondo, agradecida por su sensibilidad.

—No es tristeza, en realidad —respondo, sonriendo levemente—. Es más bien... gratitud. Gratitud por poder hablar de ellos, por tener gente aquí que escucha y, de alguna manera, comparte un poco de ese recuerdo conmigo.

El duque, captando la apertura en la conversación, se inclina un poco hacia mí con un brillo

de interés en los ojos.

—Entonces, ¿le gustaría ir? Puedo llevarla a una sesión espiritista. Podría ser... iluminador, quizá incluso sanador.

Antes de que pueda responder, Nathaniel interviene con un tono que bordea la protección y la advertencia.

—No la aliente con esos juegos de ilusionista, Duque. Briony siempre ha tenido una mente brillante, aunque a veces demasiado aventurera para su propio bien —dice, su voz teñida de un frío que parece querer poner distancia entre la oferta del duque y yo.

Devonshire sonríe, pero hay una chispa de desafío en su mirada.

—Oh, no considero que el deseo de entender más allá de lo visible sea simplemente un juego, capitán. La mente aventurera de Briony debería ser estimulada, no restringida.

Nathaniel frunce el ceño, claramente descontento con la insinuación del duque de que él podría ser menos que aventurero.

—Hay una diferencia entre explorar y ser estimulada en exceso —responde con un tono que intenta ser diplomático pero que revela una tensión subyacente.

—Pero tengo entendido que usted mismo es un gran aventurero, Capitán Harwood. De hecho, en algunos círculos le llaman «El Temido», un título que sugiere tanto respeto como precaución. ¿Cómo se ganó ese nombre, si puedo preguntar?

Nathaniel aprieta los labios, claramente irritado por la mención del duque, pero mantiene su compostura. Yo le miro con curiosidad.

«¿El temido?».

—Solo exploro los mares. Comercio y ocasionalmente algo de rescate en altamar entre las islas del Caribe e Inglaterra —responde, midiendo sus palabras con cuidado.

El duque ríe, su sonrisa llena de un desafío tácito.

—Con rescate se refiere ¿al salvamento de otros barcos?

—Exactamente. Nos encontramos con todo tipo de situaciones en alta mar. Desde barcos en apuros hasta enfrentamientos con piratas que aún consideran el Caribe su coto de caza personal. Es un mundo bastante diferente de los salones y bailes, pero tiene su propio tipo de... emoción.

Puedo sentir la mirada de Nathaniel sobre mí, pesada y complicada. Me encogería bajo esa intensidad si no fuera porque en realidad me atrae como las polillas a la luz.

—Oh, cuéntenos más, por favor, Capitán Harwood —le pide Lady Preston desplegando sus dotes de seducción ante Nathaniel y… su generoso escote.

Mientras él se embarca en su relato sobre tormentas y piratas, no puedo evitar sentir un cierto orgullo mezclado con una punzada de nostalgia. Siempre supe que era un hombre de acción, pero escucharlo hablar de sus aventuras en un tono tan apasionado hace que lo vea bajo una luz nueva, una que ilumina rincones de su alma que antes me parecían sombríos.

Lady Preston, hasta ahora una espectadora silenciosa de este tenso intercambio, se inclina hacia Nathaniel, colocando su mano sobre la suya de manera significativa.

—Debe ser emocionante vivir así, tan al límite —susurra, claramente tratando de recuperar su conexión con él.

El Duque de Devonshire con una sonrisa que raya en lo travieso, no se resiste a picar un poco más a Nathaniel.

—Es interesante, sin duda. ¿Y cómo maneja el tema de la competencia?

—¿A qué refiere exactamente?

—Imagino que no todos en los mares son tan caballerosos como usted —Su tono es ligero, pero la mirada que me lanza sugiere que está disfrutando sutilmente del desconcierto que provoca en Nathaniel.

Él se tensa, sus ojos se estrechan un momento antes de responder.

—Uno aprende a manejarlo. Al igual que en la sociedad, hay reglas no escritas en el mar. Y cuando no se respetan... —Hace una pausa, eligiendo sus palabras con cuidado— se toman medidas.

«Oh, seguir las reglas, por supuesto. ¿No sería terrible si alguien descubriera que somos humanos debajo de todas estas capas de seda y etiqueta?».

—Entonces, Capitán Harwood, ¿su vida es siempre esta mezcla de comercio y heroísmo? —pregunta el duque con un tono que raya en lo provocativo.

—Uno hace lo que puede para mantener interesante la vida. ¿No es eso lo que todos buscamos? —Su respuesta es cortés, pero sus ojos chispean con desafío.

—Para ser sincera, algunos tienen más oportunidades que otros —comento con acidez—. Yo apenas puedo jactarme de sobrevivir a las fiestas de temporada sin terminar pisando los pies de alguien en la pista de baile

—¿Eso quiere decir, princesa, que le gustaría enfrentarse al mar? —me pregunta el duque.

—Sí, creo que me encantaría poder disfrutar de un poco de aventuras a mí también.

—Es tan… audaz. La llevaré a Paris conmigo cuando tengamos ocasión. Tal vez encontremos algo de emoción durante el viaje.

—En serio, eso suena maravilloso. París, aventuras... ¿qué más podría pedir una dama? —exclamo, intentando mantener el tono ligero, aunque por dentro, una pequeña parte de mí reta a Nathaniel a intervenir, a mostrar algún signo de que le importo tanto como Lady Preston aparentemente.

Nathaniel aprieta los labios, claramente incómodo con la dirección de la conversación. Su mirada hacia mí es intensa, casi como si tratara de comunicar algo más allá de palabras simples.

—No debería hacer ofertas tan a la ligera —le advierte

—Oh, vamos, ¿por qué no? —respondo, alzando una ceja. Me encanta cómo puedo sacarlo de sus casillas sin mucho esfuerzo—. Me parece que el duque podría enseñarme una o dos cosas sobre cómo disfrutar de la vida, algo que algunos olvidan hacer.

Nathaniel se aclara la garganta, visiblemente frustrado con el rumbo de la conversación.

—Quizá deberíamos considerar menos las aventuras y más las responsabilidades que vienen

con nuestras elecciones —dice, mirándome directamente por primera vez en la noche.

La tensión entre Nathaniel y el duque es evidente y me doy cuenta de que estoy jugando con fuego. Pero la emoción del momento, potenciada por las consecuencias del afrodisíaco del otro día, hace que cada palabra, cada mirada, cada pequeña provocación se sienta como parte de un juego mucho más grande que yo misma.

El Duque de Devonshire arquea una ceja, su curiosidad claramente despertada por la respuesta de Nathaniel. Se inclina hacia adelante, su mirada intensa fijada en él buscando claridad en la nebulosa reacción que observa.

—Disculpe mi confusión, Capitán Harwood, pero su preocupación parece... paternal, casi como si fuera su tutor o, si me permite decirlo, un padre protector. ¿Es ese el caso? No me queda claro cuál es su posición exacta en la vida de Briony.

La mandíbula de Nathaniel se endurece como si estuviera luchando por mantener la compostura frente a la inquisitiva mirada del duque.

—No, no soy ni su tutor ni un padre para ella. Briony y yo... tenemos una amistad de largo tiempo. Mi preocupación es simplemente la de un amigo que desea lo mejor para ella —responde al fin, su tono rígido, tratando de poner fin a cualquier malentendido, pero la tensión en su voz sugiere que las palabras del duque han tocado un nervio sensible.

Devonshire asiente, aunque en sus ojos persiste un brillo de sospecha y diversión. Se reclina en su silla, cruzando los brazos con un aire de quien ha encontrado un nuevo y entretenido enigma.

—Entiendo, una amistad profunda entonces. Pero, dígame, capitán, ¿no cree que a veces incluso los amigos más cercanos pueden beneficiarse de un poco de espacio? Un poco de libertad puede abrir puertas que la cercanía constante podría mantener cerradas —insinúa, disfrutando del desconcierto que sus palabras provocan en Nathaniel.

—Por supuesto, Briony tiene libertad para hacer sus propias elecciones, pero considero que aprecia mis consejos y ciertas… circunstancias me hacen recelar de sus intenciones, Devonshire —dice, de forma tajante y dura haciendo que todas las conversaciones se detengan en la mesa.

—¿Nathaniel? —interviene Balthair dubitativo.

Él se endereza en su silla, su rostro tensándose aún más ante la mirada interrogante de Balthair. Puede que mi corazón esté dividido, pero no puedo negar la chispa de respeto por su franqueza, incluso cuando el ambiente se carga de tensiones no pronunciadas.

—Disculpad mi tono. No era mi intención sonar descortés —dice Nathaniel, su voz más controlada pero aún cargada de firmeza.

El duque asiente lentamente, una sonrisa comprensiva asomando en sus labios.

—Completamente entendible, Capitán Harwood. La protección de los seres queridos es un asunto serio, pero ¿a qué circunstancias se refiere exactamente?

—Eso me gustaría saber a mí también —replica Balthair.

—Bueno, me refiero a un incidente menor en la subasta de caridad que podría haberse interpretado de manera equivocada. Creo que es prudente ser cauto —explica Nathaniel, eligiendo sus palabras con cuidado para evitar revelar demasiado.

El duque apoya los codos en la mesa, su mirada clavada en Nathaniel con una curiosidad intensa.

—¿Un incidente menor? Parece que fue algo más, si todavía pesa en su conciencia, Capitán.

—Nada específico, simplemente precauciones generales. Usted entiende, Duque, el mundo está lleno de malentendidos —responde Nathaniel, intentando desviar el tema.

Miro de reojo, sintiendo cómo la tensión entre ellos se sigue espesando como una niebla.

Balthair, notando la evasiva, decide no presionar más, pero su mirada se posa en mí por un momento, lleno de una pregunta no formulada.

—Por supuesto, la prudencia nunca está de más —dice finalmente, dando por zanjado el tema, al menos por ahora.

El duque interviene con una sonrisa traviesa, claramente disfrutando de la incomodidad de Nathaniel.

—Vaya, suena como si las cosas se hubieran puesto... estimulantes.

Me quedo en silencio, observando el intercambio. Aunque me divierte un poco ver a Nathaniel en aprietos, una parte de mí se siente aliviada por su cuidadosa gestión de la situación. Agradezco internamente que no haya revelado más sobre esa noche, sobre nuestros momentos bajo la influencia del afrodisíaco.

—Por supuesto que no —responde Nathaniel con seriedad, echándome una mirada rápida.

El duque, notando la tirantez aún flotante, se inclina discretamente hacia mí, su voz baja, cargada de un matiz confesional que solo Nathaniel y yo podemos escuchar.

—Briony, debo admitir que hubo un pequeño error esa noche. La poción estaba destinada solo para mi copa; un experimento personal, por así decirlo —susurra con una sonrisa torcida—. Cuando me di cuenta de que había tomado mi bebida, ya era demasiado tarde.

Mi corazón se acelera ante la revelación. Miro a Nathaniel, cuyo rostro refleja sorpresa.

—¿Eso quiere decir que solo lo echó en su copa? —pregunto, mi voz apenas un susurro que lucha por mantenerse estable ante la magnitud de esa confesión.

—Exactamente, princesa. Nunca fue mi intención implicar a terceros en mis pequeñas aventuras —responde el duque, con un tono que intenta ser ligero, pero que no puede ocultar una cierta seriedad subyacente—. Sin embargo, usted equivocó las copas y bebió de la mía.

El entendimiento golpea tanto a Nathaniel como a mí con la fuerza de una ola inesperada. El impacto de esta revelación lo deja visiblemente sacudido, y siento cómo las piezas del rompecabezas emocional caen en su lugar entre nosotros. Mi corazón late con fuerza, dolor y esperanza mezclándose en una amalgama complicada.

El duque interviene nuevamente, su tono ahora serio, consciente del peso de su error inicial.

—Lamento sinceramente cualquier malentendido que esto haya causado. Fue un error de juicio, uno que no se repetirá.

Nathaniel asiente, pero puedo ver que está procesando más que solo las palabras del duque.

«¡Ay, madre mía! Eso quiere decir… ¿qué las acciones de Nathaniel no estaban provocadas

por el afrodisíaco?».

Le miro con una expresión anonada.

—Cierra la boca, Briony —me espeta él con disgusto—. No hace falta que tu cara compita en sorpresa con el drama de esta revelación.

CAPÍTULO 15

Narrador omnipresente

En el espacioso despacho de Balthair, los tonos cálidos de la madera y el cuero se entremezclan con el suave resplandor de la lámpara de aceite que ilumina la habitación. El aire está impregnado del aroma del brandy, que reposa en finos decantadores de cristal sobre una mesa de caoba. Los tres hombres, Balthair, el Duque de Devonshire y Nathaniel, se sientan alrededor de esta, cada uno con una copa en la mano, reflejando un ambiente de camaradería superficial que apenas disimula las corrientes subterráneas de tensión.

Balthair, con la franqueza que lo caracteriza, no tarda en abordar el tema que parece haber estado cocinándose a fuego lento desde la subasta de caridad y que tanto parece haber afectado a Nathaniel.

—Entonces, Duque, cuénteme qué ocurrió con exactitud en la subasta. Escuché rumores, pero prefiero la historia directamente de usted.

Devonshire, con una sonrisa que no logra ocultar su incomodidad, se acomoda en su silla antes de responder.

—Ah, esa noche... Fue una broma inocente que se nos fue de las manos. Acordamos, Lady Lamb, Briony y yo, cometer una locura aquella noche. Decidí que sería divertido pedir matrimonio a la mujer más bonita del evento, así que me arrodillé frente a Briony y se lo propuse. Pero, claro, todo fue en broma, y ella lo entendió así y me rechazó delante de todos.

Balthair levanta las cejas, visiblemente intrigado.

—¿Y si no le hubiera rechazado? ¿Qué hubiera ocurrido?

El duque se ríe, un sonido ligero que deja de manifiesto lo cómodo que se siente consigo mismo y lo poco que le perturba el tema.

—Bueno, todos saben que he estado huyendo del matrimonio por algún tiempo, pero tener una esposa como la señorita Chisholm no es algo que me disgustaría en absoluto.

Nathaniel, que hasta ahora ha mantenido una fachada de calma, no puede evitar tensarse.

—Debe estar de broma —dice, con un tono que es más una afirmación que una pregunta—. Usted es demasiado mayor para ella.

El duque le devuelve la mirada con serenidad.

—No entiendo qué tiene que ver la diferencia de edad en todo esto. ¿No tenemos la misma edad, Capitán Harwood? ¿Qué son catorce o doce años de diferencia cuando se trata de un enlace conveniente? Conozco matrimonios que entre los dos suman una diferencia de más de treinta años.

Balthair, absorbiendo la información, se inclina hacia adelante.

—Entonces, ¿esas son sus intenciones? Veo que Briony disfruta de su compañía y usted la hace reír. No todos los caballeros de Londres están preparados para su franqueza y su espíritu audaz, pero a usted parece no disgustarle, lo que significa que no estaría dispuesto a apagarla.

El duque asiente, su mirada flotando hacia Nathaniel por un instante antes de volver a Balthair.

—Eso sería lo último que haría con la señorita Chisholm, apagar todo lo que es ella o poner límites a su intrepidez —responde con sinceridad—. Pero se está apresurando, Sir Chisholm, ella no me aceptaría en la actualidad si me propusiera, creo que tiene sus ojos puestos en otro caballero.

En el despacho, Nathaniel se retuerce ligeramente en su asiento, consciente de que cada palabra que se pronuncia añade peso a una situación ya cargada.

Balthair, observando atentamente, se inclina un poco más, su curiosidad palpable.

—¿Es alguien que haya conocido recientemente? —pregunta, mirando directamente al duque.

Nathaniel siente la pregunta como un golpe. Toma un sorbo de su brandy, permitiendo que el calor del líquido le dé un momento para ordenar sus pensamientos.

—Es posible, Sir Chisholm —responde el duque haciendo que Nathaniel se tense aún más—, pero no me ha dado esa información. Pero, el corazón de una dama como el de la señorita Chisholm no se conquista fácilmente. Es una mujer de espíritu libre y decisión firme. Si sus afectos están puestos en alguien, seguro que hay razones de peso detrás.

Nathaniel aprieta ligeramente los labios. El duque observa la escena con un interés agudizado, como si cada interacción entre Nathaniel y Balthair añadiera una pieza más al rompecabezas que intenta resolver.

—Por supuesto, tiene razón —le responde Balthair—. Briony es libre de elegir, y yo... yo solo deseo su felicidad, sin importar lo que eso conlleve —dice y en su tono se revela un matiz de resignación.

Nathaniel se sobresalta ante la afirmación de Balthair, la preocupación grabándose en sus rasgos.

—¿Sin importar lo que eso conlleve? ¿Y si ese hombre no es en absoluto adecuado? —pregunta, su voz teñida de urgencia y un velo de protección que no puede ocultar.

Balthair lo mira fijamente, evaluando la intensidad de la preocupación de Nathaniel, antes de responder con calma:

—Confío en el juicio de Briony. Ella ha demostrado ser una joven de gran discernimiento y carácter. Además, es vital que aprenda de sus propias decisiones, ya sean buenas o malas.

El duque interviene con tono suave, como si intentara guiar la conversación hacia aguas más tranquilas.

—Capitán Harwood, a veces, lo más difícil para aquellos que cuidan profundamente es permitir que el objeto de su afecto tome sus propios riesgos. Es un acto de fe, y también un acto

de amor, permitir que la señorita Harwood elija su propio camino, incluso si eso implica errores.

Nathaniel se inclina hacia adelante, su mirada fija en Balthair, perforando el aire con una pregunta cargada de intensidad.

—¿Dejarías que cometiera un error como el que cometió Adele con aquel hombre? ¿De verdad no importa si su elección es errónea, Balthair? —insiste, tocando un punto de dolor que sabe que más duele a su cuñado.

Balthair se tensa, el recuerdo amargo visible en su expresión endurecida. Por un momento, el silencio pesado se apodera del espacio, marcando la gravedad de la referencia.

—Ese fue un capítulo doloroso —admite finalmente, su voz baja—. Pero también fue una lección valiosa. Adele se hizo más fuerte debido a esa experiencia. No deseo ese tipo de dolor para Briony, por supuesto, pero tampoco puedo protegerla de todas las realidades del mundo. Debe vivir su vida, Nathaniel, no la vida que nosotros elegimos por ella.

El duque asiente, apoyando la visión de Balthair con una serenidad que contrasta con la tensión previa.

—Exacto. Y a veces, esas experiencias difíciles son las que forjan el carácter más fuerte y las decisiones más sabias en el futuro. No podemos simplemente envolver a nuestros seres queridos en algodón y esperar que aprendan a navegar por las tormentas de la vida.

Nathaniel se pone de pie, inquieto, y empieza a dar vueltas por el despacho de Balthair. Sus movimientos reflejan la turbulencia de sus pensamientos, cada paso un eco de su conflicto interno. El duque, observando su agitación, decide cambiar de tema, quizá buscando aliviar la tensión o simplemente guiado por su propia curiosidad.

—Capitán Harwood, me ha llegado al oído que usted y Lady Preston podrían estar considerando un compromiso formal. La señorita Harwood me comentó algo al respecto. ¿Es eso cierto? —pregunta, con un tono neutro pero claramente interesado en la respuesta.

Nathaniel se detiene, su expresión se endurece ligeramente al escuchar la mención de Lady Preston. Intercambia una mirada con Balthair, buscando en él algún tipo de señal o apoyo. Después de un breve momento de vacilación, asiente con lentitud.

—Es posible —responde al fin, su voz un susurro forzado—. Hemos estado considerando algunas opciones, y un compromiso con Lady Preston podría ser beneficioso para ambas partes. Pero no hay nada decidido aún.

Balthair mantiene una expresión neutra sin entrar en la conversación.

—Entiendo —dice el duque, su tono suavemente inquisitivo—. Lady Preston es sin duda una elección interesante, capitán. Una mujer de considerable encanto y posición. Sería un enlace ventajoso.

—Sí, sería ventajoso —repite Nathaniel, con evidente incomodidad.

El duque asiente, pero hay una ligereza en su gesto que sugiere que percibe más en las palabras de Nathaniel de lo que este último está dispuesto a admitir.

—Bueno, sea cual sea su decisión, espero que traiga felicidad y prosperidad a todas las partes involucradas —dice, levantando su copa en un gesto de brindis no pronunciado.

Nathaniel asiente fingiendo estar agradecido. Regresa a su asiento, sumido en sus pensamientos, mientras Balthair y el duque continúan la conversación, ahora sobre temas más ligeros, permitiendo que la tensión anterior se disipe gradualmente en el aire cálido del despacho.

Adele, visiblemente cansada, entra en la estancia con una sonrisa avergonzada. Se despide con un breve:

—Voy a descansar un poco. —Y Balthair, siempre atento, se levanta de inmediato para acompañarla a su habitación, dejando a Nathaniel y al duque solos.

La partida de Adele parece ser la señal que el duque estaba esperando, y su expresión cambia ligeramente, adquiriendo un matiz de astucia divertida.

—Bueno, ahora que estamos solos, Capitán Harwood, quizá podamos hablar más... francamente —dice, dejando la copa de brandy sobre la mesa con un gesto deliberado.

Nathaniel, que ha estado rellenando su vaso, detiene su mano y lo mira con cautela. Siempre hay algo en la sonrisa del duque que le hace ponerse a la defensiva.

—No sé a qué se refiere, Devonshire.

El duque asiente, sin que su sonrisa mengue.

—Estaba pensando en nuestra pequeña charla sobre el afrodisíaco. Debo admitir que fue un juego bastante tonto de mi parte. Pero me aseguré de que solo mi copa estuviera... afectada.

Nathaniel frunce el ceño, el recuerdo de esa noche y el… desorden que siguió palpita de nuevo en su mente.

—¿Está seguro de eso? —insiste.

El duque levanta las manos en un gesto de paz, aunque sus ojos brillan con algo que podría interpretarse como malicia o quizá solo diversión.

—Por supuesto, y que lo bebiera la señorita Chisholm fue un absoluto accidente.

Nathaniel vacía su copa de brandy de un solo trago, la amargura del alcohol no es nada comparada con la que siente por la situación. Mira fijamente al duque, su desagrado por la ligereza con la que el otro hombre maneja el asunto es evidente.

—Su accidente podría haber tenido consecuencias desastrosas, duque. —Su tono severo refleja su preocupación no solo por la reputación de Briony, sino por su propia incapacidad para controlarse esa noche.

El duque arquea una ceja, claramente intrigado por la intensidad de Nathaniel.

—Oh, pero dígame, ¿ocurrió algo... irreparable entre usted y la encantadora señorita Chisholm? —pregunta con un tono que roza la provocación, pero también con una curiosidad genuina.

Nathaniel se siente atrapado entre la necesidad de proteger su privacidad y la frustración por la intrusión del duque. Sin embargo, mantiene la compostura, consciente de que cualquier admisión podría complicar aún más las cosas.

—Nada que concierna a otros, incluido usted, Su gracia —responde con firmeza, su mirada desafiante—. Y le agradecería que mantuviera sus juegos lejos de aquellos que me importan en el futuro.

—Puede estar seguro de que mi intención nunca fue causar un verdadero daño. De todas maneras, me alegra saber que no hubo consecuencias. A veces, un poco de agitación es simplemente eso, una manera de despertar el alma —le responde el duque.

—Seré sincero. Usted no me gusta y mucho menos para Briony.

Devonshire, aunque levemente sorprendido por la franqueza de Nathaniel, mantiene su postura relajada, casi desafiante. Su sonrisa es una mezcla de diversión y bravata.

—Comprendo, Capitán Harwood. Es su derecho. Pero, ¿no es cierto que a menudo los que nos desagradan pueden tener un efecto inesperadamente positivo en nuestras vidas, tal vez enseñándonos algo sobre nosotros mismos? —Su voz suena calmada, pero hay un filo en sus palabras que no pasa desapercibido.

Nathaniel siente cómo la irritación se agita dentro de él.

—Mi única preocupación es el bienestar de Briony —dice con firmeza—. Y no creo que su tipo de... agitación, sea beneficiosa para ella.

El duque se inclina ligeramente hacia adelante, sus ojos no dejan de estudiar a Nathaniel, buscando algún indicio de debilidad en su armadura emocional.

—Es interesante —comenta suavemente—. Usted habla de la señorita Chisholm como si su bienestar dependiera solo de las decisiones que otros tomen por ella. Pero permítame recordarle, capitán, que Briony no es una niña. Ella es una mujer con su propia mente, sus propios deseos. Sería prudente, creo, considerar que tal vez ella desea explorar la vida por sí misma, con o sin su aprobación.

Nathaniel se pone de pie, la tensión en su cuerpo es evidente. Sabe que el duque tiene razón en cierto modo, pero eso no alivia su necesidad de cuidar a Briony.

—Usted puede tener sus opiniones, duque, pero mientras Briony confíe en mí y valore mi opinión, haré todo lo posible para guiarla de la manera que considere más segura y beneficiosa para ella —su tono es definitivo, marcando el final de la discusión.

El duque asiente, reconociendo la firmeza en la postura de Nathaniel.

—Entonces, Capitán, espero que pueda encontrar la sabiduría para saber cuándo guiarla y cuándo dejarla volar sola. La verdadera prueba de cuidado, después de todo, no es cuánto protegemos, sino cuánto permitimos que crezcan. Claro que… ella ya ha crecido, aunque usted parece no darse cuenta.

—Claro que me he dado cuenta —le responde él con el ceño fruncido.

—Pues entonces también sabrá que es excepcional. Y las mujeres excepcionales requieren libertades excepcionales. No la subestime ni trate de encajarla en el molde de lo ordinario; ella está hecha para algo más grande. Si no está dispuesto a aceptar sus sentimientos, tendrá que dejarla ir. No la retenga más. Ella tiene la capacidad de navegar su propio curso, tal vez incluso mejor de lo que cualquiera de nosotros podría anticipar.

—¿Ella se lo ha dicho? —le pregunta Nathaniel incrédulo ante la mención del duque sobre los sentimientos de Briony.

El duque arquea una ceja, su expresión mezclando diversión y seriedad.

—Capitán Harwood, no es necesario que ella lo verbalice para que sea evidente. Briony es una mujer que no esconde bien sus emociones, especialmente no de aquellos que saben cómo mirar. Bebe los vientos por usted y eso la está haciendo daño.

Nathaniel se pasa una mano por el cabello, claramente agitado por la insinuación del duque y su propia confusión emocional.

—¡Nunca la haría daño! —le responde él con ira entre dientes—. Es cierto que he estado... distraído últimamente, pero me arrancaría un parte de mí antes de verla sufrir.

—¿Y cómo cree que la afecta ver su interpretación de galán con Lady Preston? No me malinterprete, Capitán, su vida es suya para dirigirla como mejor le parezca. Sin embargo, si Briony le importa tanto como insiste, tal vez debería considerar cómo sus acciones son percibidas por ella.

Nathaniel se tensa, la verdad de esas palabras golpeándolo más duro de lo que esperaba. Sus ojos se oscurecen con un torbellino de emociones mientras busca las palabras adecuadas.

—No es tan simple, Duque. Mi situación con Lady Preston es complicada por expectativas familiares y sociales.

Devonshire suspira, claramente frustrado por la respuesta de Nathaniel.

—Usted es un hombre de mar, acostumbrado a navegar tormentas y a cambiar de rumbo cuando es necesario. Briony no es una parada más en su viaje; ella podría ser su puerto. No deje que las convenciones dicten el curso de su corazón. Si realmente valora a Briony, encuentre una manera de demostrarlo. De lo contrario, haga lo honorable y déjela libre para que consiga a alguien que sí pueda hacerlo.

—¿Como usted se refiere?

El duque se detiene, girando hacia Nathaniel con una sonrisa torcida que no oculta su sorpresa ante la pregunta directa.

—Si fuera yo, ¿sería tan terrible? —responde, su tono ligero, pero sus ojos no esconden el desafío—. Soy alguien que puede comprometerse plenamente con ella, sin reservas ni reticencias.

Nathaniel siente cómo la tensión en sus hombros aumenta.

—Ya le he dicho que usted no me gusta y menos para ella y desde luego no necesito que nadie me diga lo que Briony significa para mí, ni cómo debería manejar... —empieza, pero se detiene, consciente de que su voz se ha elevado más de lo que pretendía.

CAPÍTULO 16

Narrador omnipresente

El duque levanta una mano, pidiendo calma. Entonces Balthair vuelve a entrar y los mira intrigado a uno y otro antes de preguntar:

—¿Está todo bien aquí, caballeros?

El duque sonríe suavemente, su expresión enmascarando la tensión del momento.

—Por supuesto. Estábamos discutiendo las complejidades del corazón humano, un tema siempre lleno de pasión.

Balthair mira a Nathaniel, cuyos puños aún están apretados, y luego de vuelta al duque.

—Espero que nadie se esté tomando nada personalmente. Es bueno tener diferentes perspectivas.

Nathaniel asiente con lentitud, sus ojos todavía fijos en el duque por un momento antes de responder.

—Sí, solo una charla amistosa. Nada de qué preocuparse —dice, pero su tono sigue siendo tenso.

Balthair parece aceptar esta explicación a medias y cambia el tema.

—Me alegra ver que ambos están en buenos términos.

—Por supuesto, el capitán y yo disfrutamos de nuestros distintos puntos de vista, pero tenemos algo muy valioso en común. Y ahora, si me disculpan, creo que es hora de que me retire. Ha sido una noche... iluminadora.

Nathaniel se queda atrás, mirando cómo el duque sale de la habitación. La presencia de Balthair, aunque tranquilizadora, no disminuye el torbellino de emociones que Nathaniel siente: una mezcla de frustración, confusión e ira.

—¿Y bien? —le dice Balthair cuando se quedan solos.

—¿Y bien qué? —le dice él.

—Bueno, es evidente que Devonshire no te gusta. ¿Hay algo que debería saber sobre él que ignore?

Nathaniel se toma un momento antes de responder, pasando una mano por su cabello en un gesto de exasperación contenida.

—No es tanto el duque en sí, sino sus métodos y su falta de seriedad lo que me preocupa. Es imprudente, y eso puede ser peligroso y, además, le gusta jugar con las personas, con sus emociones y reacciones. Es como si todos fuéramos piezas de ajedrez en su tablero y… nos utilizara para si propio divertimento —explica, eligiendo sus palabras con cuidado para no

revelar demasiado de su propio conflicto emocional.

Balthair lo observa con atención, asintiendo lentamente.

—Comprendo. Pero recuerda que a veces la gente muestra solo una faceta de sí misma. No todos tienen la fortaleza o la claridad que tú posees. Y sobre Briony... ¿Te preocupa que ella no vea eso en él? Porque yo creo que ella es muy aguda para detectar enseguida a la gente.

—¿De verdad estás aceptando la posibilidad de que ella se case con él?

—Bueno, Nathaniel, durante años viví con el miedo de que se hiciera a la mar contigo en un barco y perderla del todo sin saber si acabaría unida a un lobo de mar o un pendenciero. Y, créeme, sin ánimo de ofender, eso no me tranquilizaba en absoluto. Así que un duque es una alternativa a considerar. No solo por la estabilidad y el estatus que él podría darle, es que además, esa falta de seriedad que tú ves como algo malo, a mí me parece perfecta porque significa que sabrá tolerar las peculiaridades de Briony sin limitarla.

Nathaniel mira a Balthair, su expresión refleja una mezcla de incredulidad y resignación.

—¿Qué tiene de malo que se enamore de un marinero? —pregunta, su tono revela una vulnerabilidad rara en él.

Balthair mira a Nathaniel con seriedad, su tono es firme y su mirada directa.

—Un hombre así, Nathaniel, vive por y para el mar. Es un compromiso constante con la incertidumbre, la aventura y, sí, el peligro. No es una vida fácil, ni para él ni para los que se quedan en tierra esperando. La separación, las largas esperas... todo eso desgasta, incluso a los corazones más fuertes.

Se acerca un poco, bajando la voz como si compartiera un secreto doloroso.

—Y luego está la cuestión del regreso. Algunos vuelven cambiados, marcados por lo que han visto y vivido. No todas las relaciones sobreviven a tales pruebas. Y no todos los hombres que se hacen a la mar quieren volver a anclar en un solo puerto para siempre.

Nathaniel asiente lentamente, las palabras de Balthair resonando con una verdad que no puede negar.

—Es un estilo de vida que exige muchos sacrificios. Ella te adora y aun así he visto lo que tus idas y venidas le hacen, Nathaniel. Cada partida es una herida, y cada regreso es solo un alivio temporal. ¿Es justo para ella vivir al borde de la constante incertidumbre? ¿Querrías eso para ella? ¿Una vida de constantes despedidas y bienvenidas inciertas?

Nathaniel se queda en silencio, cada palabra de Balthair golpeando más fuerte que la anterior. Niega con la cabeza.

—No, merece alguien que esté presente —murmura con voz ronca—, que pueda compartir cada momento con ella, no solo en los intervalos entre viajes. —Un resoplido resignado escapa de sus labios mientras apoya los codos en sus piernas separadas, hundiendo sus dedos en su cabello largo y enmarañado—. Pero... has dicho que tu deseo es su felicidad, sin importar lo que eso conlleve.

Balthair observa a Nathaniel con una mezcla de comprensión y tristeza.

—Y así es, por mal que me pese —confiesa Balthair, su voz cargada de amargura—. Solo

espero que el pobre ingrato sea consciente de la suerte que tiene y le dé lo que ella se merece.

Un silencio pesado se posa entre ellos, roto solo por el crujir del fuego en la chimenea. Nathaniel se queda mirando a la nada, sus pensamientos perdidos en un laberinto de dolor y resignación.

—Bueno… y… ¿cómo llevas el tema con Lady Preston? —pregunta Balthair, su voz teñida de preocupación.

Nathaniel suspira, sus ojos clavados en el suelo.

—Lo siento por haberme involucrado de esa manera en la subasta con Briony. Hacer público nuestro vínculo ha complicado las cosas innecesariamente —admite con un suspiro de pesar.

Balthair le pone una mano en el hombro en un gesto de apoyo.

—Sin embargo, ella no parece tener ni idea sobre Adele, lo que podría jugar a tu favor. Nadie ha mencionado nada hoy, así que quizá aún estés a salvo de cualquier conexión indeseada —comenta, intentando infundir algo de optimismo.

Nathaniel levanta la vista, un brillo de preocupación aún visible en sus ojos.

—Es verdad, pero él sí podría unir los cabos tan pronto como sepa sobre mí —responde, su voz teñida de resignación.

Balthair se inclina un poco más, su expresión seria.

—Entonces debes adelantarte y asegurarte de que descubras su paradero antes de que pueda hacer cualquier conexión —aconseja con urgencia.

Nathaniel exhala profundamente, la frustración evidente en su rostro.

—No sé cómo lo hacía Alexander, mantener esa doble vida... Es agotador solo pensar en ello. No entiendo cómo lograba balancearlo todo sin desmoronarse —murmura, claramente agobiado.

—Alexander encontró su límite cuando involucró a alguien inocente; eso fue lo que al fin lo quebró. Todos tenemos nuestro punto de ruptura, Nathaniel. Solo asegúrate de no llegar al tuyo y piensa que ella no merece tu consideración. No es buena persona —dice Balthair, su tono lleno de simpatía pero también de advertencia—.

La habitación se cubre con un silencio pesado, cargado de emociones encontradas. Nathaniel baja la mirada de nuevo, sumido en sus pensamientos. La revelación de su relación con Adele ha puesto en jaque su plan y lo ha llenado de incertidumbre y… además, todo esto le hace daño a Briony.

—Me retiro yo también —anuncia Balthair—. Que descanses, Nathaniel.

Nathaniel se queda solo en el despacho, el eco de las palabras del duque zumbando en sus oídos. Aunque irritado, no puede negar el nudo de verdad en sus palabras. Briony es, de hecho, una mujer hecha y derecha, y por si fuera poco con un magnetismo muy especial.

Respira hondo, siente el peso del brandy en su mano y mira fijamente el líquido ámbar.

¿Cuánto de su protección ha sido realmente para Briony y cuánto ha sido para él mismo, para mantenerla cerca, para no enfrentar el vacío que su independencia podría traer? La habitación parece más grande de lo habitual, más solitaria.

Sabe que viene una decisión, un cambio. El duque, con su manera irritante de incitar a la reflexión, ha plantado semillas de duda y aceptación en su mente. Nathaniel se da cuenta de que el verdadero desafío no es proteger a Briony de otros, sino de su propia incapacidad para dejarla ir.

Pero, sobre todo, rumia las palabras de Balthair. Su franca admisión de que cualquier compañero para Briony podría ser preferible a un lobo de mar como él, se le graba con una mezcla de incomodidad y molestia.

Aunque tiene razón en algo, Briony necesita y merece vivir su propia vida, tomar sus propias decisiones y enfrentarse a sus propios errores. La protección, por más bienintencionada que sea, no debe convertirse en una jaula.

Con un suspiro cargado de resolución, deja el vaso sobre la mesa y se levanta para abandonar el despacho. Esta noche ha sido reveladora, sacudiendo sus certezas y obligándolo a considerar que, tal vez, es hora de reevaluar su papel en la vida de Briony.

CAPÍTULO 17

—¡Briony! ¿Qué demonios haces aquí? —exclama Nathaniel, frotándose los ojos, claramente desconcertado.

«Vale, admito que he sido bastante osada al colarme en su cuarto a estas horas, pero en mi defensa diré que no es la primera vez, aunque no sé si eso sirve de defensa».

Ahora, al verlo despertar, su expresión de sorpresa mezclada con una ligera irritación, y notando que no lleva camisa, un rubor involuntario tiñe mis mejillas. Realmente debería haber avisado o llamado a su puerta. Sí, creo que hablamos de que es importante hacerlo.

—Necesito hablar contigo —digo, intentando mantener la voz firme a pesar de la distracción que supone su pecho desnudo.

La luz de la luna que se filtra por la ventana ilumina su torso, destacando cada línea y contorno de sus músculos definidos. Su piel parece emitir un suave brillo, y cada respiración hace que sus pectorales y abdominales se marquen aún más, dibujando un paisaje de fuerza y tensión contenida que me cuesta ignorar.

Nathaniel se sienta en la cama, todavía intentando asimilar mi presencia. Ajusta la manta sobre su regazo, consciente de mi mirada fija.

—Briony, ¿qué quieres? —dice finalmente, con una resignación que le hace suspirar impaciente. Se frota la cara con las manos, como intentando borrar el sueño y la situación inesperada de su mente. Luego su mirada se detiene en mi fino camisón—. ¿Así vienes a mi habitación? —pregunta airado.

—Solo necesitaba hablar contigo. No pensé... bueno, en cómo vendría vestida —admito, tratando de sonar despreocupada, aunque mi corazón late con fuerza. Él se aclara la garganta, sus ojos evitando los míos.

—Está bien, dime entonces, ¿qué es tan urgente que no puede esperar hasta mañana? —Su evasión de mi mirada me da un impulso de audacia. Me siento en el borde de la cama, revelando mis pies descalzos.

—Si lo dejo para mañana volverás a evitarme.

Él traga saliva, duro, y su nuez baja y sube de manera destacable. Siempre me ha fascinado esa parte de él, el cuello firme y lleno de líneas largas y esa suave protuberancia.

—Bueno, Briony, yo… no está siendo fácil enfrentarme a lo que ocurrió… a… a esa falta de control por mi parte —reconoce.

—Pero no fue por culpa de la poción. No ocurrió porque sintieras los efectos si nunca la probaste.

—¿Y crees que eso mejora las cosas? ¿Que me hace sentir mejor?

—¿No?

—¡Por supuesto que no! Es peor, mucho peor, pero no cambia nada. Solo constata el hecho de que soy un canalla y tú… tú deberías mantener alejada de mí, sobre todo en este tipo de situaciones.

—Pero no quiero. Te lo dije. Me gustaría que fueras el primero.

—¡Basta, Briony! Te he dicho que no puede ser, que no siento lo mismo.

—Sin embargo… tu cosa se puso dura… sin poción. Eso quiere decir que sientes algo por mí ¿no?

—¡No, Briony, no! El sexo es solo sexo. Se puede sentir deseo sin amor.

—Pues eso es suficiente para mí. Por poco que sea lo que despierte en ti para mí es suficiente, Nathaniel. Me duele el corazón de tanto amarte y cualquier pequeña migaja es una cura con el que puedo remendarlo —le digo convencida.

Nathaniel mira hacia otro lado, la angustia clara en su expresión mientras lucha por encontrar las palabras correctas. Sus puños se tensan sobre las sábanas, signo evidente de su conflicto interno.

—Briony, esto no es justo. —Sus palabras salen con un susurro ahogado—. No es justo para ti ni para mí. No puedo darte lo que necesitas. No puedo ser el hombre que mereces.

Mi corazón se contrae ante su tono derrotado. Lágrimas me pican los ojos, y trago el nudo en mi garganta, sintiendo cada palabra como un cuchillo.

—Nathaniel, no entiendo... Si sientes deseo, ¿por qué luchar contra eso? —Mi voz es un susurro tembloroso, mis palabras apenas audibles sobre el sonido de mi corazón roto.

Él pasa una mano por su cabello, un gesto de frustración y fatiga.

—Porque no es suficiente, Briony. El deseo que sentí esa noche... podría ser real, sí, pero no es suficiente para construir algo duradero. No quiero darte migajas cuando mereces mucho más que eso. No quiero ser solo un capítulo en tu vida; sería injusto para ti.

—Pero yo... yo solo quiero estar contigo, aunque sea por un momento. —Mi voz se quiebra, las lágrimas ahora deslizándose libremente por mis mejillas.

Nathaniel se acerca, su rostro marcado por el dolor mientras coge mi cara entre sus manos con un suspiro.

—Briony, sería egoísta por mi parte tomar lo que ofreces. No puedo hacerte eso. No sería el hombre que tú crees que soy, que esperas que sea. Necesitas encontrar a alguien que pueda amarte como tú mereces, Briony. Y yo... yo necesito aprender a dejarte ir. No porque no me importes, sino porque me importas demasiado. Me aterra la idea de lastimarte más de lo que ya lo he hecho.

Un sollozo agudo sacude mi cuerpo. Nathaniel me abraza, sus brazos envolviéndome en un refugio contra el dolor y la incertidumbre. Su calor se infiltra a través de mi camisón, reconfortante y tormentoso a la vez. Lloro contra su pecho, mis lágrimas humedeciendo la piel de su torso desnudo. Él suspira, su aliento agitado acariciando mi cabello. Siento su corazón latiendo, fuerte y desbocado, bajo mis palmas mientras mis dedos exploran, casi sin darme

cuenta, la textura de su piel a la altura de su pezón, marcada por el esfuerzo y la vida en el mar.

—No puedo... no debo... —murmura, pero sus brazos no me sueltan. Al contrario, me aprietan más cerca, como si en este momento, dejarnos ir fuera el acto más difícil del mundo.

Entre sollozos, alzo la mirada hacia él, nuestros rostros tan cerca que su aliento cálido mezcla con el mío. Mi voz es un susurro tembloroso, un hilo de esperanza entre la desesperación.

—¿Y un solo beso? —digo, intentando infundir un tono ligero a mi voz, una capa de broma sobre mi sincera súplica. Nathaniel rueda los ojos, un gesto que arranca una risa ahogada de mi garganta, una chispa de humor en medio del dolor.

Era una broma… creo, pero su expresión vacila, su rostro es un lienzo de conflicto y deseo. Sus ojos oscurecen, la intensidad de su mirada profundizándose mientras la tensión entre nosotros se teje más apretada. Finalmente, con un suspiro que parece arrancarle el alma, se inclina hacia mí. Sus labios encuentran los míos y ahogo un grito de sorpresa.

El beso inicia con una suavidad cautelosa, como si Nathaniel temiera romper algo irremplazable. Mis labios, bajo los suyos, sienten la suave presión de unos labios carnosos, definidos por líneas precisas que invitan a explorar cada contorno. A medida que respondo, su beso se vuelve más decidido, más hambriento, sus labios presionan con mayor intensidad, reclamando, reescribiendo nuestra historia con un ardor que podría haber llenado libros enteros.

Sus labios van y vienen, marcando pequeñas presiones que se profundizan gradualmente. Siento sus dientes rozar ligeramente los míos, una caricia fugaz que envía un escalofrío a través de mi espina dorsal. En ese instante, separo ligeramente los labios, embelesada por la sensación, y justo entonces, oigo mi nombre escapar de sus labios en un gemido que rompe cualquier reserva que quedase.

Su lengua penetra mi boca y se desliza contra la mía, un encuentro audaz que explora, desafía, y me sumerge en la dulzura de un contacto terriblemente íntimo.

Me siento febril.

Una de sus manos acaricia mi cabello mientras la otra me toma la parte trasera de mi cabeza, profundizando el beso, guiándolo con una urgencia que comunica más que palabras.

Y entonces, la pasión se desborda. Con un movimiento fluido y seguro, Nathaniel me tumba sobre su cama, sin romper el beso, su cuerpo presionando suavemente contra el mío desde arriba y por alguna razón intuyo que está desnudo debajo de esa sabana que ahora apenas lo cubre.

Mis dedos se enredan en su pelo, tirando ligeramente de los mechones, mientras su mano desciende hasta mi cadera, aferrándose con una mezcla de desesperación y control a la vez que su pelvis se fricciona contra la mía y está tan duro y eso está tan cerca de mi entrada que si no fuera por la tela de mi camisón o la sabana podría sentirlo dentro.

El mundo se reduce a la sensación de su peso sobre mí, la textura de su piel bajo mis dedos y el sabor embriagador de su beso.

Cada movimiento es un eco de deseos no dicho, cada respiración una promesa de lo que aún podría ser. La intensidad del momento se construye en cada contacto, cada roce, transportándonos a un lugar donde el pasado y el futuro se disuelven, dejando solo el ahora en su forma más cruda y hermosa.

—Briony —vuelve a gemir sin dejar de besarme.

Mientras Nathaniel murmura mi nombre entre besos, siento una oleada de poder: el poder de afectarlo tan profundamente como él me afecta a mí. La responsabilidad de ese poder es aterradora y embriagadora a la vez. Me pierdo en la sensación de su cuerpo respondiendo al mío, en la perfecta sincronía de nuestros deseos al encontrarnos en este espacio compartido de vulnerabilidad y pasión.

Mi mano se desliza con temor y fascinación por el contorno de sus músculos, delineando la curva de su hombro hasta el ancho de su espalda. La piel de Nathaniel es una expansión suave, caliente al tacto, y todo en mí se siente atraído por la sensación eléctrica que produce su contacto.

Los músculos de su espalda se tensan bajo mis dedos, cada uno definido y fuerte, respondiendo a cada caricia con un temblor casi imperceptible que me incita a explorar más.

Es como trazar un mapa que solo yo conozco, cada línea y cada sombra tallada en mi memoria con una claridad asombrosa.

Los movimientos de su cuerpo contra el mío son fluidos, cada uno revelando una nueva faceta de su fuerza contenida.

Mi exploración se torna más audaz, mis dedos se deslizan por la línea de su columna, sintiendo la textura de su piel cambiar sutilmente a medida que me acerco a los bordes de su cintura y luego deslizo más abajo la mano y me encuentro con la curva de su nalga, redonda y firme.

Nathaniel responde a mi toque con un suspiro contenido, su cuerpo tensándose brevemente antes de relajarse bajo mis manos y sus labios dejan los míos para trazar un camino por mi mandíbula, hacia mi cuello, cada caricia se siente como una chispa eléctrica que traza líneas de fuego bajo mi piel.

Su lengua desliza suavemente, explorando con una delicadeza que contrasta con la firmeza de sus manos que ahora sostienen mi cuerpo con seguridad. Siento la rugosidad de su barba incipiente, un cosquilleo agradable que añade una textura rica a la suavidad de sus besos.

Se detiene en el hueco de mi cuello, respirando profundamente, como si intentara memorizar el aroma de mi piel en ese instante. Su aliento caliente contra mi piel húmeda provoca un escalofrío que me recorre, y un gemido suave escapa de mis labios sin que pueda contenerlo.

Nathaniel responde a este sonido elevando la intensidad de su beso, presionando más su cuerpo contra el mío, como si quisiera fundirnos en uno solo.

La pasión crece, envolvente y urgente y sus manos comienzan a moverse con un propósito más claro cuando su boca roza mi pezón por encima del camisón.

Mis respiraciones se vuelven rápidas y poco profundas, cada exhalación entrecortada por el placer sorpresivo que despierta el roce de sus labios contra la tela del camisón. La tela, delgada y apenas un obstáculo, permite que cada sensación se transmita casi intacta, como si la barrera fuera inexistente. Nathaniel parece consciente del efecto que provoca, y sus labios juegan a lo largo del contorno de mi pecho, mientras una de sus manos asciende con audacia para trazar la curva de uno de ellos, deteniéndose justo bajo el borde del camisón.

Con un movimiento deliberado y lento, tira suavemente de la tela, explorando la piel recién expuesta con sus dedos, masajeando y cubriendo el seno entero antes de seguir con sus labios.

El contacto directo de su boca en mi piel es ardiente, me hace jadear y retorcerme debajo de él, cada pequeño toque avivando el fuego que crece dentro de mí.

Su tacto es seguro y explorador, sabiendo instintivamente dónde y cómo moverse para provocar una respuesta más profunda y vibrante de mi cuerpo.

CAPÍTULO 18

Nathaniel se detiene abruptamente, su cuerpo aún vibrante de deseo, pero ahora tenso como si estuviera luchando contra una tormenta interna. Su frente se frunce en concentración y frustración, mientras maldice en voz baja, palabras que parecen talladas en el aire pesado entre nosotros.

—Maldita sea, Briony... ¿qué clase de hechizo utilizas en mí? Yo… yo nunca pierdo el control —susurra, su voz ronca y cargada de un conflicto palpable.

Me quedo inmóvil debajo de él, mi respiración agitada aún resonando en el silencio que sigue. Su mirada se encuentra con la mía, sus ojos oscuros como el océano en tempestad, reflejando un torbellino de emociones que no puede, o no quiere, ocultar.

—No… no soy así, nunca lo he sido. No debería estar haciendo esto... no contigo. No de esta manera —dice, apretando los dientes como si cada palabra le costara un esfuerzo sobrehumano —. Debes irte ya, Briony.

Nathaniel exhala un suspiro tembloroso, sus manos aún en mi piel como si fueran a dejar una marca permanente.

—Muy bien, Nathaniel. No te molestaré más. No será contigo. Pienso que lo mejor es que me vuelva promiscua, así podré comprobar qué tiene tan de especial el sexo y no tendré que atarme a un solo hombre para conseguirlo.

Nathaniel se queda mirándome, sus ojos destellando una mezcla de horror y consternación ante mis palabras.

—¿Qué demonios estás diciendo, Briony? —exclama Nathaniel, su enfado palpable y sus ojos oscurecidos por la incredulidad.

Su tono me hace encoger un poco, pero la frustración y el dolor me empujan a decir lo que pienso, aunque parte de mí teme las consecuencias de mis palabras impulsivas.

«La realidad es que solo comienza el fuego cuando alguien lo enciende…».

—Digo que si no puedo tener lo que quiero con alguien a quien realmente amo, tal vez debería dejar de preocuparme tanto por el amor y más por... explorar. Al menos de esa manera no estaré esperando algo que claramente no va a suceder —digo más resuelta de lo que realmente estoy.

Nathaniel se queda mirándome, paralizado por un momento, como si tratara de entender si mis palabras son un desafío o una confesión sincera.

—No puedes hablar en serio. Esto no eres tú, Briony. No puedes simplemente... —empieza a decir, pero se detiene, su expresión mezclada con horror y desesperación.

—¿Por qué no? —replico—. ¿Por qué no puedo ser como cualquier otra mujer que decide

por sí misma qué quiere hacer con su vida, con su cuerpo?

Nathaniel se endereza como si mis palabras fueran golpes físicos que lo alcanzaran.

—El sexo no es solo... es más que eso. Es más que una exploración física, tiene consecuencias, emociones involucradas... mereces más que simples... experiencias vacías. No eres de las que toman algo tan íntimo a la ligera. No debes dejarte llevar por el dolor o la frustración para tomar decisiones que podrían lastimarte aún más —dice finalmente, su voz baja y urgente.

— Tú dijiste que el sexo a veces solo era sexo. Deja de creer que sabes lo que necesito o me conviene, Nathaniel, o que me conoces tanto. Al fin y al cabo, solo eres esa persona con la que he estado involucrada una o dos veces al año apenas unas semanas. Odio que tomes esos aires paternalistas conmigo y creas que me conoces.

Nathaniel parece herido por mis palabras, y por un momento, su postura se vuelve defensiva. Luego, con un suspiro profundo, su expresión se suaviza, reflejando una mezcla de comprensión y tristeza.

—¿Y qué pretendes qué haga? ¿Me hago a un lado y dejo que tomes una decisión precipitada, empujada por el dolor que sientes ahora?

—¡No se trata de dejarme hacer o no! —exclamo, mi voz elevándose con la emoción—. Se trata de respetar que puedo tomar mis propias decisiones, sean acertadas o no.

Nathaniel se endurece, su mandíbula se tensa y su expresión se oscurece con una ira contenida.

—¡Entonces hazlo! ¡Decide! Pero no uses tus decisiones como un arma contra mí, Briony. No cuando cada parte de ti sabe que cada decisión que tomas me afecta tanto como a ti.

—¿Que yo te afecto? —pregunto con burla.

—¡Mira lo que me haces! —exclama, agarrando mi mano y guiándola hacia su cuerpo, hacia esa parte de él que siento tensa y ardiente bajo mi palma bajo la sábana. No hay tela que nos separe, solo piel caliente y una pulsión que no puede ser más explícita—. ¿Crees que esto es suficiente prueba de cómo me afectas?

«¡Ay, madre mía! Tengo la cosa de Nathaniel en mi mano y no es nada como había imaginado. ¿Cómo puede algo ser tan duro y suave a la vez?».

Él se aparta ligeramente, pero no suelta mi mano, dejándola en su lugar como si demostrara un punto crítico.

—Te he visto crecer, Briony, y esto no debería ser así, pero... cada peculiaridad tuya, tu espontaneidad, tu falta de filtro, esa manera en que me miras con adoración como si yo fuera algo más que un alma perdida... me afecta más de lo que debería. Crees que solo aparezco cuando me conviene… pero he estado ahí, más de lo que parece y de lo que convendría, observándote, pero tratando de no hacerlo ¡maldita sea! —Sus palabras fluyen rápidas, cargadas de emoción.

Su mirada baja a nuestras manos unidas en su intimidad, donde mis dedos comienzan a explorar movidos por una curiosidad innata.

Se ha retirado un poco, dejando espacio entre nosotros y sujetándose por los brazos y eso me

da un acceso más fácil y una visión parcial gracias a la luz de la luna que entra por la ventana y… es fascinante. Siento un impulso casi magnético, de entender más, de explorar más.

«Es como un centinela erguido, firme y orgulloso, siempre alerta ante los estímulos».

Recorro la superficie con la yema de mis dedos y descubro un paisaje de contrastes. Su forma alargada y curvada sugiere una fuerza contenida, un poder aún por descubrir. Noto cómo se agranda aún más bajo mi tacto, como si respondiera a mi curiosidad.

Nathaniel contiene la respiración y afloja la presión de su mano en la mía mientras sigo explorando.

La superficie es suave al tacto, con una textura que va desde la tersura aterciopelada hasta la más delicada seda. Venas, como ríos diminutos, surcan la piel, revelando un mapa de secretos internos.

Y en la cima toco el glande, una protuberancia sensible y delicada, coronada por un pliegue de piel más blanda. Un aroma almizclado, ligeramente picante, emana de él cuando una gota brota del orificio que lo corona y él emite un gemido ahogado cuando lo toco ahí e impregno mis dedos de ese líquido blanquecino.

Ese ligero roce provoca una respuesta inmediata: se estremece ligeramente, como si se despertara de un sueño profundo.

Le observo mientras mis manos bajan hacia abajo con curiosidad. Él mira atentamente a los ojos, observando todas mis expresiones. Cada caricia mía parece arrancarle un susurro de aire, una lucha contra la oleada de sensaciones que le provoco. Su pecho desnudo sube y baja con respiraciones agitadas, los músculos marcados y tensos, cada línea definida por la luz de la luna que se filtra a través de la ventana.

—Eres demasiado audaz —murmura con una voz ronca, cargada de una mezcla de admiración y reproche. Un gemido involuntario se le escapa cuando mis dedos envuelven con delicadeza sus testículos. Los sostengo con una suavidad calculada, maravillada por la textura única y el peso significativo en mis manos. Tiro de ellos hacia arriba observando como se amoldan a mi mano.

Noto cómo se calientan ligeramente bajo el calor de mis manos, como si cobraran vida. La piel que los recubre es tensa y brillante, de un tono rosa nacarado y un vello fino y suave los cubre parcialmente.

Nathaniel me mira fijamente, sus ojos brillan con una mezcla de deseo y conflicto. La proximidad de nuestros cuerpos, con él aún posicionado parcialmente sobre mí en la cama, crea un campo magnético de atracción y resistencia. Cada movimiento suyo es medido, como si cada segundo de control que mantiene estuviera a punto de romperse.

—Briony… —dice, su voz temblorosa con el esfuerzo de mantener la compostura—. Voy a…

«¿Uhm? ¿Se va?».

Pero en lugar de alejarse, se queda inmóvil, su cuerpo rígido, con tensión, claramente luchando contra el impulso de ceder a la química palpable que existe entre nosotros. El conflicto en su expresión es evidente, atrapado entre el deber y el deseo, mientras yo continúo explorando, fascinada y cautivada por la reacción de su cuerpo a mi toque.

—¡Mierda! Soy un maldito bastardo. Yo… no puedo resistirme más.

Exhala un suspiro tembloroso, su cuerpo cediendo al torbellino de sensaciones que mi toque evoca. Con una decisión abrupta, su mano guía la mía, mostrándome exactamente cómo quiere que lo explore. Sus dedos se entrelazan con los míos, asegurándose de que rodeo su longitud con firmeza y precisión. Mi mano se desliza bajo su dirección, la piel sobre su miembro cediendo y deslizándose con una suavidad hipnotizante.

La respiración de Nathaniel se convierte en jadeos cortos y agudos, cada movimiento de mi mano lo lleva más cerca del borde. Su pecho se eleva y cae rápidamente, y sus ojos permanecen fijos en los míos, oscurecidos por la intensidad del momento.

—Así, justo así... —murmura con voz ronca, sus palabras entrecortadas por la respiración agitada. Su agarre en mi mano se afloja ligeramente, dándome más libertad para moverme, pero se mantiene cerca, guiando, enseñando.

La intimidad del acto, combinada con la vulnerabilidad de su entrega, intensifica la conexión entre nosotros. Cada roce es una conversación no verbal, cada gesto una confesión de deseos ocultos y pasiones reprimidas.

Nathaniel finalmente cierra los ojos, su rostro marcado por líneas de placer y tormento, un testimonio del conflicto interno que lucha por reconciliar. Sus músculos se tensan bajo mi tacto, y un gemido más profundo se escapa de sus labios cuando se acerca al clímax.

—Briony... —Su voz es un susurro quebrado, un llamado que mezcla advertencia y súplica cuando se derrama y de su miembro sale una crema espesa y blanca que se estrella contra mi camisón a la altura de mi vientre.

Nathaniel se queda inmóvil por un momento, respirando pesadamente, mientras la realidad de lo que acaba de suceder se asienta entre nosotros. Su mirada es intensa, casi abrumadora, mientras observa la marca visible en mi camisón.

—Joder, soy un depravado, un animal. Mira lo que te he hecho —dice con voz ronca, claramente angustiado.

No puedo evitarlo; una risa se escapa de mis labios.

—En realidad, he sido yo la que te lo ha hecho a ti, así que... supongo que la depravada debo ser yo.

La tensión en la habitación cambia sutilmente con mi risa, un ligero alivio que parece permear el aire cargado entre nosotros. Me mira, sorprendido por mi respuesta, y aunque aún hay sombras de conflicto en sus ojos, una esquina de su boca se tuerce en una sonrisa.

—Tal vez un poco... —responde él, su voz profunda teñida de un humor que no logra ocultar del todo la intensidad de su mirada.

—Oh, pero ha sido muy interesante —confieso con una sonrisa maliciosa.

—Interesante —repite, levantando una ceja.

—Sí, eres interesante, tu cuerpo lo es y… lo que ocurre con él.

Hace un gruñido de queja y se deja caer suavemente sobre mí, su cuerpo alineándose con el mío. Puedo sentir su sexo ahora en mi muslo.

Su rostro busca refugio en el hueco de mi cuello, donde su aliento caliente contra mi piel provoca un escalofrío que recorre mi espalda.

Cierro los ojos, dejándome llevar por la sensación de cercanía, mientras mis manos encuentran instintivamente su espalda, los dedos trazando las líneas de sus músculos

—Deberías aprender a moderar tu lengua, Briony, o al menos a guardar algunos de tus pensamientos para ti sin vocalizarlos —susurra, su voz ronca cargada de un afecto palpable. Su mano se desliza hasta mi mejilla, acariciándola suavemente, un gesto raro en su usual reserva—. Aunque eso... eso es lo que te hace irresistible. Olvídalo, no cambies. No lo hagas nunca. Pero cada vez que hablas de esa manera, cada vez que desafías al mundo… —continúa él, su aliento cálido en mi oreja mientras sus dedos se deslizan hacia atrás, enredándose ligeramente en mi cabello—. Me recuerdas por qué me es imposible alejarme de ti, incluso cuando debería.

La tensión entre nosotros se disuelve poco a poco, reemplazada por un entendimiento mutuo profundo, complicado. A pesar de sus palabras, su abrazo se tensa, como si temiera que el mundo exterior pudiera romper este momento de vulnerabilidad.

—Eres mi caos favorito, Briony. —Su confesión es casi inaudible, pero las palabras vibran entre nosotros, cargadas de una verdad que ni él puede ocultar.

Luego, en un impulso, se separa ligeramente, buscando mi mirada con la suya. Su expresión es seria, casi sombría, pero sus ojos están vivos con algo que rara vez muestra: un rastro de miedo.

—Dios, tendré que comprarme una casa. Ahora sí que no seré capaz de mirar a tu padre a la cara… He dejado que ocurra esto bajo su techo…

—Balthair no es mi padre.

—Como si lo fuera. Y tú debes irte ya, Briony, o acabaré tomando lo que tan a la ligera me ofreces sin pensar en las consecuencias —su voz es un gruñido bajo, lleno de un deseo reprimido y una advertencia seria.

Abro la boca para decirle que es justo lo que quiero, que deseo que tome lo que ofrezco, pero él pone un dedo sobre mis labios, silenciándome. Sus manos son firmes, pero gentiles mientras toma el borde de mi camisón y lo ajusta sobre mi pecho, cubriéndome con un cuidado que contrasta con la crudeza de sus palabras.

Con un movimiento rápido, se hace a un lado y me empuja suavemente fuera de la cama. La distancia física que pone entre nosotros no logra ocultar el deseo evidente en su mirada.

—Sabes que seguiré haciendo lo que quiera, ¿verdad? —digo, desafiante y con un destello de rebeldía, sin poder evitar sonreír ante su expresión frustrada.

—Eres una mimada, consentida y demasiado descarada —responde él, su tono mezcla de reproche y cariño, un reconocimiento de mi naturaleza indomable que tanto lo exaspera como lo atrae.

Nathaniel se levanta de la cama, su figura imponente y desnuda recortada contra el tenue resplandor que se filtra a través de la ventana. La luz de la luna baña su piel, destacando el contorno de cada músculo y sombra, y revelando una estampa tan peligrosa como hipnotizante.

La tensión de su sexo, se relaja lentamente y su miembro cuelga entre sus piernas, un

recordatorio íntimo de la vulnerabilidad que incluso un hombre como él puede exhibir.

Además, en su muslo, es visible una cicatriz larga y pálida, un recuerdo brutal de una herida ganada en la guerra contra Napoleón, que le provocaba una ligera cojera cuando le conocí y que le sigue molestando de vez en cuando. .

Sus ojos, fijos en mí, no ocultan la tormenta de emociones que luchan por salir. Aunque sus palabras suenen duras, un suave temblor en su voz delata la complejidad de sus sentimientos.

—Ve a dormir, Briony.

Pero yo no le escucho. Estoy sin aliento ante la visión de su desnudez.

«Ay, madre mía. Es tan hermoso… ».

Nathaniel es la encarnación de un predador elegante, un enorme felino en la plenitud de su fuerza, cuya simple presencia exuda una promesa de peligro. Sin embargo, hay una suavidad en su severidad, un ruego tácito en su firmeza que me alcanza en lo más profundo.

Con un esfuerzo visible, desvío la mirada, como si arrancarme de este momento requiriera cada onza de mi voluntad. El aire se espesa con todo lo que queda suspendido entre nosotros.

—Buenas noches, Nathaniel —digo, con un susurro que apenas logra romper la tensión mientras él suspira audiblemente.

Salgo de la habitación, cerrando con suavidad la puerta detrás de mí. A pesar de la barrera física, siento su presencia justo al otro lado, tan potente y embriagadora como el vino más fuerte. En la quietud de mi propia habitación, todo lo ocurrido esta noche se queda anclado a mi mente.

Nathaniel siempre ha sido el epicentro de mi mundo emocional. Recuerdo el día que lo vi por primera vez con una claridad que el tiempo no ha podido erosionar.

Era un día claro de primavera, y él llegó a nuestra casa como si fuera parte de un sueño, imponente, con una sonrisa que iluminaba todo a su alrededor. Desde ese instante, algo dentro de mí supo que nunca miraría a nadie más de la misma manera.

Después de los años, mi amor por Nathaniel no ha hecho más que crecer y profundizarse. No es el capricho de una niña ni una simple fascinación juvenil; es un amor lleno de profundidad, un sentimiento tan arraigado en mí que se ha convertido en parte de quien soy. A lo largo de los años, cada ausencia suya ha sido una tortura, un dolor físico que tenía que soportar en silencio. Sus partidas eran como el invierno llegando a mi corazón, dejando todo frío y desolado hasta su regreso.

Cada vez que Nathaniel regresaba, era como si el sol volviera a brillar solo para mí. Pero incluso esos momentos estaban teñidos con la anticipación del dolor de su inevitable partida. Vivir enamorada de él en silencio «vale, igual no tan en silencio» ha sido una lucha constante entre la alegría y la tristeza, un vaivén de emociones que solo yo podía entender.

El amor que siento por Nathaniel es complejo, tejido con hilos de dolor y esperanza. Con cada latido de mi corazón, siento tanto el peso de los años de espera como la ligereza de la alegría recién descubierta.

Nathaniel es mi sueño hecho realidad, el dolor y el placer entrelazados en un solo nombre.

Durante años, he soñado con este momento, fantaseado con la idea de que él pudiera sentirse

afectado por mí, aunque solo fuera una fracción pequeña de lo que yo siento por él. Pero siempre ha habido un miedo subyacente, un temor a que estas fantasías fueran solo eso, meras ilusiones creadas por mi corazón solitario.

CAPÍTULO 19

Estoy en la entrada de la casa, colocándome los guantes hasta los codos mientras espero que Devonshire venga a recogerme para llevarme a esa prometida sesión de espiritismo, cuando me cruzo con Nathaniel. Un ligero azoramiento se apodera de ambos al encontrarnos así, tan de repente.

—¿Te vas? —me pregunta con una nota de sorpresa en su voz.

—Sí, Hart viene a buscarme —le respondo mientras ajusto el último guante.

—¿Hart? —repite, frunciendo el ceño, claramente desconcertado.

—Oh, así es como llaman al duque sus más cercanos, y me ha dado permiso para hacerlo —explico, intentando ocultar mi repentina timidez con él.

—Ah —responde él, su tono se vuelve cortante y algo distante—. Y... ¿a dónde es esta vez? ¿Un baile, una reunión, una subasta, otra pedida de mano? —pregunta con un dejo de sarcasmo que no me pasa desapercibido.

—Vamos a ver a un médium —le respondo, con jovialidad.

Nathaniel suspira, y por un momento veo una sombra de preocupación cruzar por su rostro.

—Briony... no pongas muchas esperanzas en esos farsantes —me advierte con seriedad, su expresión suavizándose—. No juegan justo; manipulan las emociones de las personas. Entiendo tus deseos y añoranzas, lo hago de verdad, pero...

Hace una pausa, buscando las palabras adecuadas sin perder la intensidad de su mirada.

—Solo ten cuidado, ¿de acuerdo? No quiero que te hagan daño con falsas esperanzas o trucos baratos —concluye, su voz baja y cargado de sincera preocupación.

—Lo tendré en cuenta, Nathaniel. Gracias —murmuro. Su preocupación por mí siempre es algo tan evidente en él.

—Por cierto... he visto una casa en Mayfair, creo que es perfecta para mí. ¿Te gustaría verla? —lanza la pregunta casualmente, pero hay una chispa de algo más en su mirada, una especie de emoción.

—¿De verdad te vas a comprar una casa? —le pregunto con una sonrisa incrédula.

—Sí, creo que ya es hora de tener algo firme en tierra —responde con un asentimiento, su tono un poco más serio de lo habitual.

—Ya suenas como uno de esos gordos y acomodados aristócratas que sufren de gota por culpa de sus excesos. ¿Qué será de tus aires de pirata si te acomodas? Perderás parte de tu encanto, Nathaniel —me burlo, disfrutando de la facilidad con la que podemos caer en este juego de palabras.

—Eso quiere decir que... perderé también tu atención... —me reta, con una ceja arqueada y una sonrisa torcida que sugiere que disfruta tanto de este intercambio como yo.

—Es muy posible. Un hombre en tierra firme tiene tan poco encanto... —sigo, mordiéndome el labio en una muestra de fingido desdén.

Nathaniel da un paso más cerca, su sonrisa creciendo en confianza.

—Entonces, tendré que asegurarme de mantener algo de misterio... y peligro, por supuesto. No puedo permitir que te aburras conmigo, Briony —dice, su voz baja y seductora, prometiendo muchas aventuras.

—Oh, confío en que lo harás. Y quizá deberías incluir una biblioteca secreta o un pasadizo oculto en esa nueva casa. Para mantener las cosas interesantes —sugiero, entrando al juego, mi tono ligero pero lleno de implicaciones.

—Una excelente idea. Todo pirata necesita un buen escondite, incluso en Mayfair —concuerda, con un guiño cómplice.

—Solo asegúrate de que el escondite sea lo suficientemente grande para dos —añado, no pudiendo evitar la emoción que surge con la idea de compartir incluso un rincón secreto con él.

Nathaniel ríe, su carcajada resonando en el espacio entre nosotros, lleno de calor y promesas.

—No tendría sentido de otra manera —afirma, con más seriedad de lo que la conversación requiere.

—Tal vez haya esperanza para ti aún —continúo sin perder el ritmo.

—Tal vez deberías venir a verla antes de juzgar. Podría sorprenderte lo que un pirata puede hacer con un poco de tierra firme —dice él, extendiéndome una mano en un gesto de invitación.

Pongo mi mano sobre la de él con una sonrisa enorme que no soy capaz de contener.

—Está bien, te tomaré la palabra. Pero ten cuidado, si el encanto del lugar no está a la altura, no seré indulgente en mis críticas —advierto tratando de sonar dura.

—Nunca esperaría menos de ti, Briony —responde él, su sonrisa amplia y genuina mientras se lleva el dorso de mi mano enguantada a los labios para un beso aparentemente frugal, pero que hace que mi corazón lata desbocado porque es la primera vez que lo hace, que me trata como a una dama.

****

En la penumbra de la casa del espiritista, el duque me observa con una ceja arqueada en un gesto burlón. Su voz, impregnada de ironía, rompe el silencio cargado de expectación.

—Con cierta insatisfacción debo reconocer que no creo que esa sonrisa sea por mi causa —declara, removiendo la felicidad que se esconde en mi mirada.

—Su compañía siempre me eleva el ánimo, Hart —respondo con un tono juguetón, dejando que la ambigüedad florezca en el aire.

—Es posible —concede, su voz cargada de intriga—, pero algo me dice que su buen ánimo se debe a otro caballero.

Una expresión pícara se dibuja en mis labios.

—Una dama nunca revela el motivo de sus sonrisas —le digo con un guiño coqueto.

—Oh, qué desilusión —se lamenta el duque, fingiendo decepción—. Me hubiera gustado saber qué tal se porta el capitán... Un hombre interesante sin duda.

—Sin duda —confirmo, dejando que la imagen de Nathaniel dance en mi mente.

Las puertas de la sala se abren de par en par, revelando un interior envuelto en una atmósfera tenebrosa. Sombras alargadas se proyectan en las paredes, creando un escenario digno de una novela gótica. El aroma a incienso y cera derretida impregna el aire, acentuando la sensación de misterio.

El espiritista, con su túnica negra y mirada penetrante, nos invita a pasar al salón principal. Al cruzar el umbral, una mesa ovalada iluminada por velas nos recibe, rodeada de figuras que permanecen en silencio, observándonos con curiosidad.

En el centro de la mesa, Lady Preston, con su elegancia habitual, preside la reunión. Junto a ella, una dama de rostro pálido y mirada melancólica me observa con recelo. Un caballero de porte distinguido completa el cuadro, su presencia emanando una aura misteriosa.

El duque, con su habitual galantería, se adelanta para saludar a Lady Preston. Una sonrisa traviesa adorna su rostro mientras inclina la cabeza en un gesto cortés.

—Oh, Lady Preston, qué grata coincidencia —exclama con voz suave y melodiosa—. Es un placer verla aquí esta noche.

Ella le devuelve el saludo con una sonrisa elegante.

—Bueno, dado que fue usted quien me habló del talento de este hombre, es normal que sintiera curiosidad —responde con una sonrisa que no llega a los ojos.

Su mirada se dirige hacia mí, evaluándome con una mezcla de interés y recelo.

—¿Qué tal, señorita Chisholm? —pregunta con tono formal—. Veo que, Su gracia, es un hombre de palabra.

El duque se inclina de nuevo, esta vez con un aire burlón.

—Yo siempre cumplo mis promesas con la señorita Chisholm, Lady Preston —responde coqueto.

Ella suelta una risa que suena más forzada que genuina.

—Oh, disculpadme —se apresura a decir, recuperando su compostura—. Dejad que os presente a Lord Wentworth y a la señora Belhaven

Lord Wentworth se levanta de su asiento con un porte que, a pesar de las cicatrices de su rostro, denota una distinción innegable. La mitad de su cara está marcada por una profunda quemadura, que le ha arrastrado la ceja y ha dejado su ojo en un tono blanquecino y turbio, confiriéndole un aspecto casi fantasmal. Sin embargo, su presencia no deja de tener un aire imponente y algo melancólico. Al acercarse, su cojera es apenas perceptible, un vestigio más de las batallas pasadas.

Con un movimiento suave y medido, toma mi mano entre las suyas, que, a pesar de la fuerza que sugieren, actúan con sorprendente delicadeza. Lleva mi mano a sus labios en un gesto de saludo que, pese a la severidad de su rostro desfigurado, transmite un respeto y una cortesía que

contrastan profundamente con su visión intimidante. Su tacto es cauteloso, como si estuviera consciente del efecto que su apariencia puede tener en los demás, y quisiera suavizar esa impresión con su comportamiento gentil.

—¿Ha dicho Chisholm? —pregunta con curiosidad mientras me mira a los ojos.

—Sí, soy escocesa —le respondo con una sonrisa orgullosa—. De las tierras altas.

Lord Wentworth asiente con la cabeza.

—Querida, ni aunque intentara ocultarlo podría disimular su origen —interviene Lady Preston con una risita burlona—. Salta a la vista que lo es —añade con un tono que no deja lugar a dudas sobre su desaprobación.

Un incómodo silencio se apodera de la sala. La tensión entre Lady Preston y yo se tensa y puedo sentir que la mirada inquisitiva de Lord Wentworth sobre mí. Me siento como un animal exótico bajo una lupa, expuesta a la crítica y el juicio de los demás.

—De lo cual me alegro —le respondo sin duda alguna—. Los escoceses tenemos el don de ser nosotros mismos. De no disculparnos por nuestras raíces ni avergonzarnos de nuestra herencia. Somos un pueblo de guerreros y poetas, de agricultores y filósofos. En nuestras venas corre la sangre de héroes y soñadores.

—Muy intenso... como todo lo de ustedes —se burla Lady Preston con una sonrisa irónica, echando un vistazo a todos en la sala.

Cruzo mi mirada con Devonshire, expresando mi incredulidad. ¿Esta es la misma mujer que, al lado de Nathaniel, parece dócil y encantadora? Parece imposible que esa fachada suave oculte una lengua tan filosa.

El Duque, captando el absurdo de la situación, imita el sonido de un gato, aludiendo a la naturaleza felina de la confrontación. No puedo evitarlo y una risa se me escapa, que rápidamente oculto detrás de mi mano, intentando mantener la compostura en este ambiente ya de por sí cargado.

—Parece que no tiene especial aprecio por los escoceses, Lady Preston —le dice, aún con el eco de la burla resonando en su voz. Su mirada chispeante se posa en mí, cómplice.

—Solo he hecho una observación honesta sobre la señorita Chisholm, Su Gracia. No tengo nada en contra de nuestros compatriotas —responde ella, aunque el brillo en sus ojos sugiere que hay bastante más.

—Siéntense, por favor —nos invita el médium con un gesto, apareciendo de manera silenciosa e interrumpiéndonos.

Sin perder un segundo más, nos dirigimos hacia la mesa ovalada donde la sesión de espiritismo está a punto de comenzar, dejando atrás el intercambio punzante, pero no el recuerdo de nuestro pequeño duelo verbal.

Mientras me siento, sigo pensando en la dualidad de las personas, cómo pueden cambiar dependiendo de la compañía y la situación.

—Es una víbora —le susurro a Hart, sin quitarle el ojo de encima a Lady Preston, quien conversa animadamente con Lord Wentworth.

—Lo es —me responde él, su voz baja y seria—. Y apunta con su veneno hacia usted. Tenga cuidado, Briony.

Asiento sutilmente, agradecida por su preocupación y alerta ante la advertencia.

El espiritista invita a cada participante a unir sus manos con las de sus vecinos, formando un círculo. Una vez que todos estamos conectados, él se coloca al norte de la mesa, cerrando los ojos y elevando las manos en un gesto dramático.

—Espíritus del más allá, guías de la eternidad, invocamos vuestra presencia esta noche para desvelar los misterios ocultos y conectar con las verdades que trascienden el tiempo —declama con voz resonante y profunda.

La sala queda en silencio, solo interrumpido por el crujir ocasional de la madera y el chisporroteo de las velas. Después de unos momentos tensos, el espiritista baja las manos y abre los ojos, que ahora parecen más oscuros, más profundos.

—Comenzaremos haciendo preguntas a los espíritus. Uno a uno, podrán hacer una consulta y esperar la revelación —anuncia, y su mirada se detiene un momento en cada uno de nosotros, como si pudiera ver más allá de lo que mostramos.

En el aire cargado de incienso y misticismo, Lady Preston toma la palabra, su voz clara resonando en la tensa quietud de la sala envuelta en sombras. Con una elegancia calculada, se inclina ligeramente hacia el espiritista, la luz de las velas reflejando destellos en sus ojos astutos.

—Quisiera saber cuánto tardaré en estar comprometida —dice con una sonrisa segura—. Y, más específicamente, cuánto falta para que el Capitán Harwood me pida matrimonio. ¿Será una buena elección aceptarle? ¿Seremos felices?

A su lado, la señora Belhaven con una voz suave se inclina hacia Lady Preston, entusiasmada por la conversación.

—Querida, es evidente que el Capitán Harwood bebe los vientos por usted —comenta la mujer con una sonrisa cómplice—. ¿No fue ayer mismo cuando la llevó a enseñarle su nueva casa en Mayfair?

Lady Preston asiente, una sonrisa satisfecha adornando sus labios.

—Sí, me dijo que la compra para nosotros. Solo falta que sea oficial.

La mujer a su lado emite un suspiro de admiración.

—Tiene suerte. Tengo entendido que el Capitán Harwood es un hombre muy rico, que ha hecho mucha fortuna con el comercio. Es un soltero muy codiciado.

—Así es, pero su encanto no radica solo ahí —responde Lady Preston, jugando con el borde de su vestido en un gesto que pretende ser modesto—. Es un hombre tan apasionado... Tengo que frenar sus avances constantemente —agrega con una risa que intenta ser tímida—. Ayer mismo... No, no, es mejor que me calle —dice tapándose la boca, sonrojada, compartiendo una risa con su amiga.

La revelación de Lady Preston hace que el ambiente a mi alrededor se sienta aún más frío y solitario. Las voces se vuelven un murmullo distante, y la figura del espiritista, con sus gestos dramáticos y sus palabras enigmáticas, parece de repente un actor en una obra trágica en la que yo no deseo tener un papel.

Siento una opresión en el pecho, una mezcla de dolor y desilusión que hace que me cueste respirar.

Mi turno para hacer una pregunta se acerca, pero las palabras se me atascan en la garganta. ¿Qué puedo preguntar ahora que el peso de la realidad se siente tan aplastante? Miro hacia abajo, luchando por mantener mis emociones a raya, sintiendo que cada segundo en esta sala amplifica mi desdicha, cada susurro sobre el futuro y la felicidad me recuerda lo que probablemente nunca tendré.

El Duque, observando mi malestar, presiona suavemente su mano contra la mía con afecto. Aunque sus gestos son sutiles, transmiten una solidaridad silenciosa que en ese momento resulta reconfortante. Con ese leve apretón, me recuerda que no estoy completamente sola en este mar de conflictos turbulentos.

—Briony, no permitas que las palabras de los demás dicten la paz de tu corazón —murmura en voz baja, asegurándose de que solo yo pueda oírle.

Asiento con ligereza, agradecida por su consuelo, pero incapaz de disipar completamente el nubarrón de tristeza que se ha asentado sobre mí. Lo peor de todo es que no sé si tengo derecho a sentirme dolida, ya que Nathaniel nunca me prometió nada y lo que ocurrió estuvo teñido por su reticencia y más tarde arrepentimiento.

CAPÍTULO 20

El espiritista, ajeno a la tormenta emocional que me azota, continúa con la sesión. Invoca a los espíritus con más fervor, sus manos elevadas y su voz cadenciosa llenando el espacio con una energía casi palpable. A medida que el ritual avanza, las velas parpadean como si respondieran a sus palabras, lanzando sombras que danzan sobre las paredes, transformando la sala en un teatro de oscuridades y susurros.

—Ahora, señorita Chisholm, es su turno de hacer una pregunta —anuncia el espiritista, volviendo su intensa mirada hacia mí.

La presión de la situación y la necesidad de mantener la compostura me empujan a participar, a pesar del tumulto en mi interior. Inspiro profundamente.

—¿El camino que elija me llevará a la felicidad? —pregunto, sintiendo cómo la sala se sumerge en un silencio expectante.

El espiritista, con su túnica oscura moviéndose suavemente con cada gesto, cierra los ojos y parece sumirse en una profunda concentración. Las velas parpadean como si fueran a extinguirse, aumentando la tensión en el aire. Después de un momento que parece eterno, abre los ojos y me mira de forma directa.

—La felicidad es un viaje, no un destino —responde enigmáticamente—. Las elecciones que haces, las personas que eliges amar y cómo decides enfrentar tus desafíos, formarán el tejido de tu vida. No busques un final feliz en cada paso, encuentra la belleza y la lección en cada uno de ellos.

Escucho sus palabras con una ceja alzada. Me parecen crípticas, una especie de consuelo filosófico que no ofrece nada más.

«Si quisiera confusión envuelta en misticismo, habría comprado un libro de acertijos en lugar de buscar un vidente».

La siguiente vez que pregunto:

—¿Qué deparará el futuro para aquellos cercanos a mi corazón?

Me responde con solemnidad:

—El futuro es un río que fluye, cambiante y eterno. Aquellos que amas encontrarán caminos de felicidad y desafíos, como todos los mortales.

En medio de la penumbra de la sala, iluminada solo por el parpadeo suave de las velas, mi incredulidad crece ante la respuesta sin sentido del espiritista. Ruedo los ojos, mostrando mi escepticismo. Las respuestas ambiguas y generales no son lo que había esperado de una sesión que prometía revelaciones.

Tomando un momento para reunir mis pensamientos, decido hacer una tercera pregunta, esta

vez una más personal y directa, esperando quizá un poco más de claridad.

—¿Me ven mis padres? ¿Están orgullosos de mí?

El hombre cierra los ojos brevemente, su rostro se vuelve más serio, como si estuviera escuchando voces distantes o ecos de otro mundo. Después de un largo momento de silencio, su voz resuena de nuevo en la sala, tan enigmática como antes.

—Las estrellas brillan sobre todos nosotros, sin distinción —comienza a decir—. Y en su luz, puede que aquellos que alguna vez caminaron a tu lado vean el reflejo de tus acciones y sienten el eco de tus palabras.

Al oír otra respuesta envuelta en misticismo y vaguedades, siento una mezcla de frustración y decepción que me hace reaccionar. La paciencia se me escapa como arena entre los dedos, no, como una duna en una ventisca desértica.

—¿Pero qué significa eso realmente? —exclamo, no pudiendo ocultar el borde de irritación en mi voz—. Necesito algo más concreto, ¿realmente puede comunicarse con mis padres?

El espiritista me mira fijamente, sus ojos oscuros. Él se esfuerza por mantener una fachada de tranquilidad y conexión con el más allá, mi frustración hierve y se desborda cuando responde:

—El orgullo es una joya que se lleva en el corazón, visible para algunos, oculto para otros.

——Disculpe, señor, pero no he venido en busca de filosofías vagas que bien podrían ser leídas en un salón de té lleno de damas aburridas —digo, mi voz subiendo de tono a pesar de mis esfuerzos por controlarla—. Esperaba algo más sustancial de esta sesión, algo que realmente hiciera contacto con mis padres, no un discurso de moralejas que bien podría haber salido de un púlpito.

El Duque de Devonshire, ante mi visible frustración, no puede evitar dejar escapar una risa ahogada, cubriendo rápidamente su boca con la mano en un vano intento por disimular su reacción. Me giro hacia él con una ceja levantada, no segura de si sentirme indignada o unirme a su diversión forzada.

—¿Te parece divertido? —pregunto, aunque el tono de mi voz lleva ya un matiz de resignación divertida, dándome cuenta de lo absurdo de la situación.

—Perdone, señorita Chisholm, no debería reír —se disculpa él, conteniendo su regocijo a duras penas—. Es solo que... tu cara de incredulidad fue demasiado pintoresca. Además, creo que tus palabras podrían haber hecho reflexionar a cualquier charlatán con dos dedos de frente.

—Pues parece que no a este —replico, pero ya no puedo contener una pequeña risa que brota a pesar de mi irritación. La tensión se disuelve un poco, y el ridículo de esperar respuestas profundas en un ambiente tan teatralmente oscuro me golpea de lleno.

*****

El Duque ofrece su brazo, que acepto, y salimos de la casa del espiritista. La frescura de la noche parece más acogedora después del cargado aire de dentro. A medida que avanzamos hacia la casa, el humor ligero se mantiene entre nosotros, una tregua bienvenida después de la tirantez con Lady Preston en la sesión.

Al regresar a casa, Balthair nos recibe y de inmediato ofrece al Duque de Devonshire una bebida. Entramos en el salón y allí, casi oculto en las sombras, está Nathaniel. Al verlo, siento

una ola de incomodidad. Me esfuerzo por evitar su mirada, consciente de que su presencia aviva emociones que preferiría mantener en calma.

Sin embargo, antes de que pueda distraerme con algo más, la situación me lleva a expresar, en tono mitad serio, mitad juguetón, lo que llevo pensando desde que dejamos la sesión de espiritismo.

—Hart, realmente, me ha engañado llevándome allí como un perro de presa para lanzarme al cuello de ese farsante —digo, intentando mantener un tono ligero pero con un verdadero reproche escondido entre las palabras.

El duque, con su copa en mano, me sonríe comprensivamente.

—Jamás podría pensar en usted como un perro de presa, mi querida Briony, algo más elegante y sutil, quizá, y sobre todo maravillosamente sincero y osado. Mientras los demás se tragaban la palabrería de ese hombre, usted simplemente le ha puesto en su lugar —dice él, levantando su copa en un gesto de tributo a mi actuación.

—¿Por qué tengo la impresión de que era una prueba? —le pregunto con burla, aún medio en juego, medio en serio.

—En absoluto, pero si hubiera sido así, la habría superado con creces —responde él con una sonrisa que no alcanza a ocultar una chispa de admiración real.

Antes de que pueda responder, Nathaniel interviene con una voz que lleva un filo de dureza:

—¿Van a decirnos de una vez qué es lo que ha ocurrido o van a seguir hablando de ello como si estuvieran solos en el mundo?

—Puedes preguntárselo a Lady Preston —replico rápidamente, tratando de aparentar indiferencia—. Estaba allí, muy interesada en conocer su futuro, más bien su inminente compromiso.

—Sí... —interviene el duque, uniéndose a la conversación con un tono pensativo—. Creo que hablé con demasiado entusiasmo de ese espiritista y desperté la curiosidad de Lady Preston y estaba allí y... digamos que ella ha dejado caer demasiada información.

—Desde luego. No solicitada —coincido, aunque no puedo evitar que mi tono revele un matiz de irritación—. Incluso noté cierto desdén en su voz por los escoceses. ¿Usted qué diría, Hart?

El duque me mira con un brillo malicioso en sus ojos.

—No sabría especificar si era un desdén hacia los escoceses en general o solo hacia una en especial —responde él con una sonrisa traviesa.

El comentario provoca una mezcla de risas entre nosotros y miradas incómodas en Nathaniel que ha estado observando la interacción con una expresión cada vez más difícil de descifrar.

—Tal vez el espiritista nos habría dicho si el desdén era específico o general, si hubiéramos podido sacarle algo más que vaguedades poéticas —le respondo arrancando otra carcajada en él.

Nathaniel, cuya paciencia parece estar llegando a su límite, se cruza de brazos y nos observa a todos con una ceja elevada, su tono es frío, cortante como el viento invernal.

—Parece que la noche ha sido fructífera —comenta con sarcasmo, su mirada oscilando entre

el duque y yo—. Quizá la próxima vez podríamos simplemente organizar una lectura de tarot en el salón y ahorrarnos el desplazamiento.

—Lo haremos si prometes no invitar a Lady Preston, aunque podríamos invitar a ese caballero que estaba con ella. Era bastante agradable —añado, intentando aportar un toque ligero a la conversación.

—Bueno, eso lo dices porque él fue especialmente galante contigo, querida Briony, y pareció disfrutar mucho de tus intervenciones, a pesar de su inquietante apariencia —apunta el Duque, guiñándome un ojo.

—¿Había un caballero con Lady Preston? —pregunta Balthair, claramente interesado en la conversación.

—Sí, un tal Lord Wentworth —respondo, notando su curiosidad poco disimulada.

—¿Y, cómo era? —insiste Balthair, pareciendo cada vez más intrigado.

—Pues… tendría tu edad, con el cabello dorado y ojos verdes, al menos uno, ya que tiene una quemadura en la mitad de su cara. Alto y con gestos galantes —describo, tratando de recordar cada detalle que capté durante nuestra breve interacción.

—¿Y se mostró interesado en ti? —pregunta ahora, su voz cargada de un nerviosismo inusual y una curiosidad más intensa.

La insistencia me toma por sorpresa, y por un momento, me siento como si estuviera bajo un escrutinio raro, con todos los ojos del salón puestos sobre mí. Intento mantener la ligereza en mi respuesta, consciente de la atención que he despertado.

—Bueno, no diría que mostró un interés particular... Pero fue amable y cortés, como cualquier caballero debería ser en una reunión social —concluyo, intentando desviar la atención hacia un tema menos personal y más general.

Balthair y Nathaniel intercambian una mirada rápida, llena de significados no expresados, que capto al instante. Hay algo en su interacción que sugiere una conversación pendiente, quizá sobre lo acontecido esta noche o quizá algo más profundo y personal. No puedo evitar sentir un poco de curiosidad, pero la discreción me impide indagar.

En ese momento, el Duque se levanta, ajustando su chaqueta con un gesto elegante y formal. Se despide con una inclinación de cabeza y una sonrisa cordial dirigida a cada uno de nosotros.

En la puerta me promete que pronto nos reuniremos de nuevo bajo circunstancias menos espirituales y más terrenales.

—Ha sido una velada… iluminadora, por decir algo —dice con un brillo juguetón en los ojos—. Espero que la próxima vez podamos encontrar entretenimiento en algo menos controvertido.

Con un último asentimiento, se lleva el dorso de mi mano a los labios con un guiño y una sonrisa y sale por la puerta, dejando un breve silencio tras su partida.

Cuando entro de nuevo al salón, Balthair se vuelve hacia mí con una expresión de inquietud.

—Briony, ¿podrías pasar a ver cómo está Adele? Me dijo que no se sentía muy bien y estoy preocupado.

Asiento, entendiendo la gravedad implícita en su tono. Adele, siempre tan vital y llena de energía, rara vez se queja de su salud, y que ahora lo haga es motivo de alarma.

—Por supuesto, Balthair. Iré a verla de inmediato —respondo, preparándome para dejar el salón.

Me despido de Nathaniel con un gesto de cabeza, y noto que está absorto en sus pensamientos, probablemente ajeno a la distancia emocional que he puesto entre nosotros esta noche. Si de verdad se hubiera fijado, habría percibido cuan dolida estoy, aunque quizá sin razones sólidas para sentirme así. Pero ¿qué más puedo hacer si así me siento? ¿Cómo puedo endurecer mi corazón y simplemente olvidarlo?

No puedo seguir viviendo de esta manera, aferrándome a cada momento junto a él para luego enfrentarme a la realidad de que es inalcanzable para mí. Siento que debería renunciar a esta esperanza que me ha impulsado día tras día: la esperanza de verlo, de sentir su presencia, de recibir una sonrisa suya. Me siento ridícula al darme cuenta de la imagen que debo proyectar.

Todos mis seres queridos saben que bebo los vientos por él; han sido testigos de mi devoción desde que Adele mencionó su nombre por primera vez. Qué ridícula debo haber parecido, cuántas veces se habrán reído a mis espaldas, pensando en la pobre Briony, enamorada de Nathaniel, sin darse cuenta de que él no siente lo mismo.

Esta dura realidad me pesa más de lo que puedo expresar, y mientras camino hacia la habitación de Adele, siento una tristeza profunda y un anhelo de liberarme de este dolor que parece consumirme. Necesito encontrar una manera de proteger mi corazón o temo que esta obsesión por Nathaniel pueda terminar devorando mi alegría por completo.

Al entrar en la habitación de Adele, la encuentro aún despierta, recostada sobre la cama, y me recibe con una sonrisa amable. Sin embargo, incapaz de contener mis emociones un momento más, me arrodillo junto a ella y dejo que las lágrimas fluyan libremente.

—Briony, mi niña, ¿qué ha ocurrido? —me pregunta, su voz llena de intranquilidad.

Yo nunca lloro; ella lo sabe.

—¿Te encuentras bien? —le pregunto a ella, intentando ocultar mi rostro entre mis brazos apoyados en la cama.

—Mejor que tú, al parecer —responde, su mano acariciando mi cabello con ternura.

—¿Cómo se supera un corazón roto? —logro decir entre sollozos.

—Con el tiempo, Briony. El paso de los días te hará ver las cosas de otra manera, pero... ¿Quién te ha roto el corazón? —insiste.

—¿De verdad hace falta decirlo? —respondo, casi en un susurro.

Adele guarda silencio un momento, procesando mis palabras.

—Él te quiere a su manera, Briony, pero es un hombre que regresó de la guerra con muchas cicatrices, que se cerró en sí mismo. Además, esa vida en alta mar lo ha endurecido de formas que quizá ninguno de nosotros pueda comprender del todo. Dudo que Nathaniel sea capaz de abrir su corazón completamente a alguien alguna vez.

—¿No lo ha hecho acaso con Lady Preston? —pregunto, la duda y el dolor tejiendo mi voz.

—No lo creo. Ella es simplemente una opción conveniente para él. Nathaniel, a pesar de su juventud, lleva un alma mucho más vieja que cualquiera de nosotros. Eso hace que la brecha generacional entre vosotros parezca aún mayor. Pero a pesar de todo, estoy segura de que eres su persona favorita. Ambos perdisteis a vuestros padres siendo muy jóvenes y, aunque Avery hizo lo posible por mantenernos unidos y hacernos sentir queridos, creo que a él, más que a ninguno, le faltó el cariño de sus progenitores. Tú, con tu amor incondicional y tu manera de hacerlo sentir importante y querido sin reservas, le ofreces algo que ni él sabe que necesita.

Las palabras de Adele, aunque reconfortantes, también son un recordatorio de la complejidad del afecto que siento por Nathaniel. Me doy cuenta de que debo cerrar página y seguir hacia delante. Es hora de decir adiós.

CAPÍTULO 21

Narrador Omnisciente

Nathaniel observa a Briony alejarse por la puerta, sintiendo una pesadez en el pecho que no puede explicar completamente. Ella siempre tiene una sonrisa para él, una mirada brillante o palabras impetuosas que lo hacen reír, pero esta noche, su comportamiento ha sido evasivo, concentrando su atención en Devonshire, lo que enciende en él un sentimiento inconfesable de celos, como un niño que de repente se ve privado de la atención que siempre ha disfrutado.

Se pregunta qué ha podido cambiar en apenas unas horas para que ella altere su trato de forma tan notable. Y, más perturbador aún, ¿por qué le afecta tanto este cambio? Hoy, al verla colocarse sus guantes de seda plateada antes de salir, la piel morena bajo ellos, resplandeciendo con un brillo dorado, se sintió sin aliento al recordar cómo esas manos lo habían modelado igual que arcilla, con una curiosidad valiente y apasionada.

Recuerda la última vez que estuvieron juntos, los gemidos de Briony bajo su cuerpo, su risa suave, aquel beso apasionado del que ninguno de los dos parecía tener suficiente y se olvida de todos los motivos por los que sabe que está mal lo que siente por ella.

Hacía un año que no la veía cuando llegó. Un año lleno de peligros y persecuciones en alta mar, siguiendo la pista de un hombre escurridizo, hasta descubrir que había vuelto a Londres. No esperaba encontrarse con que Briony se había transformado no solo en una mujer, sino en una beldad deslumbrante e irresistible.

La comodidad de su compañía no había cambiado, porque ella seguía siendo audaz, generosa y franca; pero ahora, Nathaniel no podía seguir viéndola como a la niña descarada de antaño. Esa que iba creciendo delante de sus ojos convirtiéndose en una tentación constante.

Se da cuenta de que no es tan estoico como había pensado en lo que a ella se refiere y mucho menos podía ser indiferente a lo que ella siente por él.

Briony le ofrece un amor profundo y sincero, un afecto y una comprensión sin condiciones. Con ella, Nathaniel encuentra el raro regalo de poder ser él mismo sin reservas.

«Siempre llueve en tu corazón», le había dicho y esas palabras lo habían afectado profundamente, mucho más de lo que había permitido que se notara. Especialmente porque Briony aspiraba a ser su refugio, su salvación frente a las tormentas emocionales que él llevaba dentro.

Ella le promete sin reservas un espacio donde sus cicatrices de guerra y las heridas de su alma son entendidas y acogidas. En su presencia, se permite sentir esperanza y alivio, una rareza en una vida marcada por la dureza y el retraimiento emocional. Briony, con su luz natural, parecía disipar las sombras que tanto tiempo lo han seguido, mostrándole que incluso un corazón tan endurecido como el suyo puede encontrar calma y quizá, eventualmente, sanar.

—¿Crees que ese tal Lord Wentworth podría ser él? —pregunta Balthair, pensando en un

antiguo adversario.

—Es posible. No sería descabellado que usara un nombre falso para ocultar sus actividades —responde Nathaniel, sumido en sus pensamientos.

—¿Y esa quemadura en la cara? ¿Sabías algo de eso?

Nathaniel se encoge de hombros ligeramente.

—Incendié uno de sus barcos hace tiempo; quizás estaba en la bodega entonces.

—¿Y no te aseguraste de que no hubiera nadie a bordo antes de prender fuego? —pregunta con incredulidad Balthair.

—Cuando se trata de piratas y contrabandistas, no siempre tienes el lujo de verificar cada escondrijo. —Nathaniel frunce el ceño, su tono endureciéndose—. Si estuvo en la bodega durante el incendio, solo demuestra que estaba en el lugar equivocado en el momento equivocado.

Balthair observa a Nathaniel. En su mirada se entrelazan el entendimiento y una sombra de inquietud; reconociendo que Nathaniel es, sin duda, un hombre curtido por duras realidades, cuya capacidad para tomar decisiones difíciles se ha moldeado en el fragor de la lucha y la supervivencia.

—Solo puedo pensar que estaba en la sesión del vidente porque sabía que estaría Briony, y eso significa que quiere vengarse a través de mi hija, Nathaniel. No puedo dejarla sola. Yo tengo que cuidar de Adele, pero tú tendrás que estar a su lado, protegiéndola en todo momento. Prométemelo.

—Claro que lo haré —contesta suavemente, consciente del esfuerzo que supondrá mantenerse al lado de Briony y no acercarse más de lo debido.

—¿Por qué no le ponemos sobre aviso? ¿No sería mejor decirle la verdad y también mis verdaderas intenciones respecto a Lady Preston? Creo que esa mujer la ha disgustado esta noche —sugiere Nathaniel, incómodo con seguir fingiendo interés por otra dama delante de Briony. Sentirse como un canalla que le causa dolor es demasiado para él.

—¿Decírselo a Briony? Vamos, Nathaniel, la conoces. Ella no sabe ocultar ni uno solo de sus pensamientos. Es como un libro abierto. Diría algo indebido delante de Lady Preston o, peor aún, delante de Adele, y no quiero que ella sepa nada que pueda perturbarla en estos momentos. No podemos decírselo —objeta Balthair, cerrando la conversación con un tono que admite poca réplica.

Así quedan las cosas, con Nathaniel aceptando a regañadientes la tarea de proteger a Briony, mientras batalla con sus propios sentimientos turbulentos y la carga de secretos que no puede compartir.

—Escribiré a Avery para ponerlo al día e informarle de todo —dice Balthair con un tono resuelto.

Nathaniel asiente lentamente, aunque hay una sombra de duda en su mirada.

—Creía que esta justa era tuya, que era tuyo más que de ninguno el deseo de atrapar a ese hombre —replica, recordando las largas conversaciones y planes que han trazado juntos.

Balthair suspira, pasando una mano cansada por su rostro.

—Supongo que es un poco de todos nosotros y de Adele… Y de ti, que has ido recogiendo los desastres que él iba dejando —reconoce Balthair, mirando a Nathaniel con una mezcla de gratitud y preocupación.

Nathaniel se inclina hacia adelante, sus manos juntas en una expresión de intensa seriedad.

—Me preocupa que tenga interés en Briony. Ese hombre no tiene escrúpulos. —Nathaniel traga saliva, su voz baja y grave—. Nunca he visto tanta inhumanidad y crueldad en una sola persona, y he visto lo peor y más miserable del hombre durante la guerra.

La revelación oscurece el aire entre los dos, un silencio pesado se instala mientras procesan la gravedad de la amenaza. Balthair mira fijamente a Nathaniel, sus ojos endurecidos por la resolución.

—Es imperativo que mantengamos a Briony lejos de sus garras. No podemos consentir que se acerque a ella —afirma Balthair, su tono implacable.

—Nunca permitiría que le ocurriera nada malo —le dice él suavemente, dejando en esas palabras más de sus emociones de lo que pretendía.

Balthair sostiene la mirada de Nathaniel por unos segundos prolongados, sus ojos penetrantes buscando algo más allá de las palabras. En el silencio que se extiende entre ellos, hay una comunicación no verbal intensa, una evaluación mutua de compromisos y confianza. Finalmente, asiente ligeramente, su expresión suavizándose.

—Lo sé —dice, con un tono que lleva peso y un matiz de alivio—. Por eso te lo encargo. Siempre ha habido algo especial entre vosotros. Una extraña conexión, incluso obviando su evidente enamoramiento por ti... —Balthair esboza una sonrisa, intentando aligerar el ambiente tenso con un toque de humor, aunque sus ojos siguen reflejando la seriedad de la situación.

Nathaniel, por su parte, siente un nudo en la garganta al oír esas palabras. La mención de la conexión especial que comparte con Briony le hace cuestionar, una vez más, la naturaleza de sus propios sentimientos hacia ella.

Es una mezcla de responsabilidad, cariño y algo más profundo que no se atreve a explorar del todo. La observación de Balthair sobre el enamoramiento de Briony no es ninguna novedad para él, pero escucharlo en voz alta de labios de Balthair hace que la realidad de la situación se asiente con más fuerza en su mente.

—Haré todo lo que esté en mi mano para protegerla —promete Nathaniel con firmeza, su voz llevando un eco de esa resolución que le define y no deja lugar a dudas sobre su intrepidez.

—Pero no espantes a sus posibles pretendientes, por favor. Tu hostilidad por el duque es demasiado evidente. Ya es hora de que Briony madure, deje de lado sus sentimientos por ti y extienda sus horizontes —insiste Balthair con un tono mitad serio, mitad burlón.

—¿Tan malo es que me quiera? —pregunta Nathaniel, dejando entrever un resquicio de vulnerabilidad.

—No quiero que soporte más daño —responde Balthair con firmeza—. Ya no es una niña y con la madurez también maduran sus sentimientos y el dolor que ellos le provocan. Tú no puedes darle lo que ella necesita, y eso solo la trae sufrimiento. Lo único que deseo es su felicidad.

Él frunce el ceño, impactado por la dureza en las palabras de Balthair. Su mente lucha por aceptar esa lógica, pero su corazón se resiste.

—Pero, ¿no habías dicho que debía ser Briony quien decidiera lo que quiere y necesita? —pregunta, la voz teñida de un desafío suave.

Balthair lo mira fijamente, evaluando la intensidad en los ojos de Nathaniel. Hay un cambio en la forma en que él habla de Briony, una profundidad que no ha notado antes, o tal vez ha elegido ignorar, esperando que se disipara con el tiempo.

—No me pongas a prueba, Nathaniel. Sabes muy bien lo que quiero decir. Ella necesita un amor que la impulse a crecer, a explorar, a ser feliz más allá de la comodidad que encuentra en ti. —La respuesta de Balthair es directa, perforando la cortina de formalidades que normalmente envuelven sus conversaciones sobre Briony.

Nathaniel se toma un momento, sopesando sus palabras, consciente de que lo que diga podría alterar irreversiblemente todo, teniendo que ocultar que se ha dado cuenta de que su mundo es más tranquilo, más brillante, cuando ella está cerca. Y el pensamiento de que otro pueda…

Se detiene, incapaz de terminar ese pensamiento, de verbalizarlo delante de Balthair, incluso de sí mismo.

Se queda en silencio por un momento.

—Quiero lo mejor para ella, como tú —le dice finalmente—. Haré lo que sea necesario para que sea feliz.

CAPÍTULO 22

Mientras me ajusto el guante, observo por la ventana del carruaje cómo las luces de Londres parpadean con la promesa de una noche inolvidable. Sin embargo, el ambiente dentro del vehículo es todo menos prometedor.

Me encuentro atrapada en un pequeño espacio con Devonshire y por alguna razón que escapa a mi comprensión, Nathaniel y Lady Preston.

Esta última me lanza miradas que bien podrían cortar el acero y se entromete en cada interacción que intenta Nathaniel conmigo. Su comportamiento es el de un halcón vigilando a su presa, siempre alerta, siempre listo para interceptar.

Por mi parte, he decidido mantenerme al margen de cualquier conversación con Nathaniel, y mucho menos con ella. Esta mañana, durante el desayuno, él ha intentado entablar la típica charla amena que solíamos tener, pero se ha encontrado con un muro impenetrable. Mi frialdad lo ha dejado desconcertado, haciendo que frunza el ceño, probablemente confundido por mi cambio repentino de actitud.

No estoy de humor para fingir que no me duele saber que esa casa que ha comprado... es para ella, que tiene la intención de establecerse finalmente con otra mujer, que es otra quien le ha dado motivos para querer asentarse.

Debería haberme dicho algo antes de que, esa noche, yo le pidiera que me besara. Si él hubiera sido claro conmigo... No, ¿a quién estoy engañando? Ni siquiera eso me habría detenido. Así soy yo con él, insistente y pesada hasta el aburrimiento, siempre luchando por un resquicio de su atención como si no tuviera ni orgullo ni dignidad.

Pero eso se acabó. Todos tienen razón. Es hora de crecer.

El silencio en el carruaje es tenso, roto solo por el ruido de los caballos y el ocasional comentario de Devonshire queriendo suavizar el ambiente.

Observo a Nathaniel de reojo, intentando descifrar sus pensamientos, pero mi corazón ya está demasiado herido para intentar acercamientos. Esta noche, en el fiesta, será el comienzo de algo nuevo para mí. Una nueva Briony, más fuerte y más decidida a no dejar que los sentimientos por Nathaniel dicten su felicidad. Esta noche, en la fiesta, será el inicio de un nuevo capítulo, uno donde yo sea la protagonista de mi propia historia, no una secundaria en la de alguien más.

Esto no será fácil, pero es necesario. Por mi bien.

Nathaniel, con un tono que roza la obligación más que el agradecimiento genuino, se dirige a Devonshire.

—Gracias por conseguir las invitaciones para Lady Preston y para mí.

Devonshire, ajeno o indiferente a la tensión responde con un aire de jovialidad.

—Oh, no fue difícil en absoluto. Su fama le precede, Capitán Harwood. Su papel en la lucha contra la piratería en el Mediterráneo, especialmente su valiente rescate de aquel barco mercante británico capturado por piratas argelinos, parece haber sido comentado con profundo respeto en muchos círculos. Su audacia y su lealtad a la corona son bien conocidas. Es un honor para cualquiera tener a alguien de su valía en cualquier evento. Es usted un héroe.

Yo, que estoy mirando por la ventana tratando de ocultar mi incomodidad. De repente, me giro hacia Nathaniel cuando Devonshire menciona su heroísmo. Mis ojos se abren de par en par, sorprendida por la revelación. No tenía ni idea.

El desconcierto se transforma rápidamente en enfado. Frunzo el ceño, molesta por mi propia ignorancia y por el secreto no revelado. Nathaniel me mira de reojo, captando el cambio en mi expresión, pero no dice nada.

Me vuelvo de nuevo hacia la ventana, mi mirada fija en el paisaje que pasa rápidamente. La revelación no solo me ha mostrado una faceta desconocida de Nathaniel, sino que también ha destacado la distancia emocional y personal que ahora siento entre nosotros.

«¿Cuánto más no sé sobre él?».

Me pregunto si en realidad, a pesar de mis sentimientos, nunca he conocido a Nathaniel tan profundamente como creía. Reflexiono sobre cuánto de lo que sé de él podría haber sido embellecido por mi imaginación, adornándolo hasta convertirlo en el personaje perfecto de mi mente y corazón.

En ese momento de introspección, Lady Preston, con una voz cargada de familiaridad y admiración, interviene, interrumpiendo mis pensamientos:

—Es cierto lo que dice, Su gracia; Nathaniel es alguien muy admirado en todos los círculos sociales. No es solo un héroe, sino también un hombre de gran influencia y carácter.

Su comentario, dicho con una naturalidad que implica un conocimiento profundo y personal, solo añade sal a la herida. Es evidente que ella está al tanto de aspectos de la vida de Nathaniel que a mí me han sido completamente ajenos. La facilidad con la que habla de él, como si compartieran un mundo del que yo estoy excluida, intensifica el sentimiento de alienación y la duda que ahora nublan mi percepción de él.

Impulsada por una mezcla de irritación y un deseo descarado de cortar la admiración unidireccional, me inclino hacia adelante, interrumpiendo la conversación.

—Debe ser maravilloso contar con la admiración de todos los círculos sociales, especialmente cuando uno es tan esquivo. Nathaniel aquí es casi como un fantasma: todos hablan de sus hazañas, pero apenas se le ve el rostro lo suficiente como para confirmar que es de carne y hueso.

El Duque, sentado a mi lado, suelta una carcajada sorprendida, claramente divertido por mi comentario punzante. Nathaniel, por su parte, frunce el ceño, desconcertado por mi tono.

—¿No es ese el encanto de todos los héroes? ¿No es el misterio y la reserva lo que engrandece sus mitos? —me pregunta Devonshire.

Le devuelvo una sonrisa irónica, saboreando la oportunidad de continuar con esta línea de conversación poco convencional, especialmente frente a Nathaniel, quien parece cada vez más incómodo.

—Sin duda, el misterio añade a su encanto —respondo, mirando directamente a Nathaniel con una ceja levantada—. Pero en la vida real, tiende a complicar las cosas más que a engrandecerlas. Supongo que es fácil ser un héroe cuando nadie te conoce realmente.

Nathaniel se tensa, su mandíbula se endurece como si cada una de mis palabras lo golpeara más fuerte que un puño. Lady Preston, por su parte, parece mortificada, alternando su mirada entre Nathaniel y yo, como si intentara mediar en un combate invisible.

Tras un breve momento de silencio en el que parece estar midiendo sus palabras cuidadosamente, responde con una voz baja pero clara, mirándome directamente a los ojos.

—Es cierto, Briony, las leyendas a menudo adornan más de lo necesario. Pero a veces, aquellos que permanecen en las sombras lo hacen porque algunas luces pueden ser bastante cegadoras, especialmente cuando se mira demasiado de cerca.

La respuesta de Nathaniel lleva un matiz de desafío que no había anticipado, pero no estoy dispuesta a retroceder.

—Eso no resulta muy valiente para un héroe —continúo, mi tono desafiante, mientras mantengo la mirada fija en la suya. Aprovecho la oportunidad para presionar aún más, buscando alguna reacción que revele más de lo que sus palabras cuidadosamente medidas intentan ocultar.

Nathaniel se toma un momento, sus ojos oscuros perforándome como si pretendiera descifrar mi estrategia. Finalmente, suelta una risa breve, casi inaudible.

—La valentía no siempre reside en la batalla abierta, Briony. A veces, la verdadera valentía está en saber cuándo permanecer en silencio y cuándo hablar, cuándo revelarse y cuándo retirarse, aunque supongo que tú sobre eso… sabes poco. —Su tono es calmado, pero hay un filo en su voz.

Su comentario, claramente diseñado para picarme, logra su objetivo. Siento cómo mi orgullo se enciende, impulsándome a responder con igual agudeza.

—Oh, entiendo. Así que, ¿ahora la valentía se mide por la capacidad para ocultarse? —replico, inclinando mi cabeza ligeramente, una sonrisa irónica jugando en mis labios—. Interesante teoría, Nathaniel. Siento ser tan honesta y cobarde.

Él mantiene mi mirada, y por un momento, el espacio dentro del carruaje parece demasiado pequeño para contener la creciente tensión entre nosotros.

—La honestidad es una virtud, Briony, pero no cuando se usa como arma. —Su voz es baja y firme, y aunque sus palabras están envueltas en la calma, el brillo en sus ojos revela su frustración. —No todo el mundo necesita exhibir sus cicatrices al mundo para demostrar su valor.

Me reclino en mi asiento, cruzando los brazos mientras digiero sus palabras.

—No te preocupes, Nathaniel. Ya había decidido dejar de importunarte con mi honestidad y mantener mis reflexiones para mí misma —digo, mi tono destilando un sarcasmo agudo. Mi mirada se endurece mientras lo observo, desafiante.

—Parece que tenemos definiciones muy distintas de importunar —responde él, claramente molesto. La atmósfera en el carruaje se torna aún más cargante, con cada palabra nuestra agregando peso al ya palpable aire de tensión.

—Definiciones distintas de muchas cosas, aparentemente —continúo, sin poder resistir la oportunidad de pincharlo un poco más—. Pero dime, Nathaniel, ¿no es conveniente para ti etiquetar como importuna cualquier honestidad que te complica la vida?

Su mandíbula se tensa visiblemente, y por un breve momento, puedo ver que mis palabras han golpeado un nervio sensible.

Lady Preston incómoda con la dirección de nuestra conversación, trata de interponerse, pero su intento es rápidamente descartado por un gesto de la mano de Nathaniel.

—Por favor, Lady Preston, permítanos resolver esto.

—Resolver ¿qué exactamente, Nathaniel? A veces me pregunto si tu corazón es como un tesoro enterrado, tanto misterio solo para encontrar al final que es una caja vacía —digo, sintiendo cómo mi propia furia y frustración se acumulan con cada intercambio.

—Cuidado, Briony —su advertencia es baja, casi un gruñido—. No querrás decir algo de lo que puedas arrepentirte más tarde.

—Demasiado tarde. Ya me he arrepentido de muchas cosas que he dicho y hecho —replico rápidamente, sintiendo cómo la brecha entre nosotros se ensancha con cada palabra cargada que intercambiamos.

Nathaniel me mira con una mezcla de sorpresa y molestia evidente en su rostro. El ambiente en el carruaje se ha vuelto eléctrico, cargado con nuestra tensión palpable.

Devonshire, quien ha permanecido en silencio hasta ahora, interviene, intentando mediar en la situación con una sonrisa forzada.

—Quizá deberíamos todos tomar un momento para respirar y recordar que estamos en camino a una fiesta, no a un campo de batalla.

Las ruedas del carruaje se detienen con un crujido suave frente a la majestuosa mansión Crawford, cuyas luces brillan acogedoras a través de las amplias ventanas, prometiendo una noche de elegancia y festividad. Por un breve momento, nadie se mueve, como si el peso de nuestra conversación hubiera anclado a todos en sus asientos.

Finalmente, Devonshire es el primero en reaccionar. Rompe el silencio al abrir la puerta del carruaje y extiende una mano hacia mí con una sonrisa cordial.

—Permítame, Briony —dice, ayudándome a descender las estrechas escaleras del carruaje.

Acepto su mano, agradecida por la oportunidad de dejar atrás la tensión del viaje, aunque el eco de nuestras palabras aún zumba en mi mente. Mientras piso el pavimento adornado con piedras, levanto la vista hacia la entrada de la mansión, donde se congregan los invitados en sus finos atuendos, un murmullo de conversaciones y risas flotando en el aire fresco de la noche.

Nathaniel y Lady Preston siguen detrás de nosotros, saliendo del carruaje con menos algarabía pero con una eficiencia que sugiere el deseo de pasar desapercibidos después de nuestro tenso intercambio. A pesar del consejo de Devonshire de dejar las disputas atrás, siento cómo la presencia de Nathaniel carga el aire y siento su mirada en mi espalda.

—Vamos, este tipo de fiesta… No, decididamente no cambiará los ánimos. Creo que es probable que los avive —comenta con un tono jovial.

—Pero ¿qué clase de fiesta es? —le pregunto con una sonrisa suave que apenas disfraza la maraña de emociones que siento.

—Es una velada de indulgencia, querida Briony. Una en la que las máscaras de la decencia se cuelgan junto con los abrigos —responde Devonshire, con un tono sugestivo que promete más que simples conversaciones de salón—. Hablando de máscaras… Todos deben ponerse una y ocultar su identidad.

CAPÍTULO 23

Mientras nos adentramos en la mansión, el ambiente cambia palpablemente. Los sonidos se vuelven más intensos, risas mezcladas con el tintineo ocasional de copas de cristal y música de cuerda que se filtra desde las salas interiores. Cada invitado que pasa a nuestro lado lleva una expresión de anticipación, algunos con sonrisas cómplices, otros con miradas que insinúan secretos a punto de ser revelados.

Al cruzar el umbral del gran salón, me golpea el aroma embriagador del incienso mezclado con perfumes florales y algo más picante, casi terrenal. La decoración es decadente, con telas ricas colgando de las paredes y candelabros que despiden una luz suave, creando un espacio que roza lo irreal.

A medida que avanzamos por el salón, el ambiente se vuelve cada vez más licencioso. Un grupo de invitados, apenas vestidos con atuendos que rozan lo translúcido, ríen y se contonean con una soltura que desafía cualquier convención social que yo haya conocido antes. La luz de los candelabros baña sus figuras, creando sombras que danzan sobre sus cuerpos en un juego de revelación y ocultamiento.

A lo lejos, una mujer vestida como una diosa griega, con drapeados que dejan poco a la imaginación, toca lascivamente la lira mientras un hombre que podría ser su Paris, observa hipnotizado. Alrededor de ellos, un círculo de espectadores aplaude y silba, animándolos a actos aún más atrevidos.

Nathaniel, cuya irritación ha ido en aumento con cada paso que damos, finalmente estalla:

—Devonshire, ¿qué clase de farsa es esta? —exclama Nathaniel, su voz baja pero feroz—. ¿Por qué has traído a Briony a un lugar como este?

El duque, claramente complacido con la escena, simplemente sonríe con indulgencia.

—Querido, debe recordar no decir nombres. Esta es una celebración de la vida en todas sus formas. Aquí, los convencionalismos sociales se suspenden para dar paso a una libertad que pocos se atreven a explorar. ¿No es acaso liberador?

Nathaniel no comparte su entusiasmo, pero yo no dejo de mirar todo y a todos.

Una pareja pasa junto a nosotros, riendo abiertamente dedicándose caricias y besos con descaro y una falta de inhibiciones que es chocante pero curiosamente divertida.

El duque, notando mi mirada curiosa hacia la pareja, sonríe ampliamente.

—Esta noche, princesa, le invito a explorar los límites de su curiosidad —dice, ofreciéndome su brazo—. Quién sabe, quizá descubra un lado de sí misma que ha estado esperando la oportunidad de ser libre.

Antes de que el duque pueda responder, un grupo cercano inicia un juego que capta la atención de todos los presentes. Una mujer, también oculta por una máscara, como todos aquí,

con una voz suave y seductora, lee en voz alta las reglas:

—Cada participante debe escoger una tarjeta y realizar el acto que esta dicta, sin importar lo audaz o íntimo que sea.

La multitud alrededor del juego crece, sus risas y comentarios alimentando la atmósfera cargada. Impulsada por un deseo de entender mejor este mundo tan diferente al mío, me acerco un poco más.

Nathaniel, viéndome avanzar, se apresura a mi lado.

—No tienes que hacer esto —dice, en un intento desesperado de guiarme lejos de la multitud.

Me vuelvo hacia él con una mi mirada desafiante.

—No tengo miedo. Y tú no tienes que protegerme de todo. Quiero hacerlo, experimentar... por mí misma.

Mi audacia parece desconcertarlo; sin embargo, él permanece a mi lado, un guardián silencioso en medio de la tempestad de desinhibición que nos rodea.

—Recuerda, Briony, que la libertad viene con sus propios riesgos y responsabilidades —me dice a regañadientes con los labios apretados en una dura línea.

Respiro hondo, sintiendo cómo la energía del lugar se infiltra en mí, y con un gesto decidido, tomo una tarjeta del montón que ofrece la anfitriona del juego. La miro brevemente, notando cómo mis mejillas se tiñen de rojo al leer la sugerencia escrita en ella. Es atrevida, directa y sin duda, algo que normalmente no consideraría hacer. Pero esta noche es diferente; esta noche quiero probar los límites de mi propio coraje.

—¿Qué dice? —pregunta Nathaniel, intentando mirar la tarjeta.

—Es un secreto —respondo con una sonrisa traviesa—. Tendrás que verlo por ti mismo.

Los ojos de Nathaniel se estrechan, pero antes de que pueda decir algo más, me dirijo al centro del círculo formado por los otros participantes. La tarjeta dicta que debo dar un beso a un participante elegido al azar por la anfitriona. Mi corazón se acelera ante la idea, pero estoy decidida a seguir adelante.

La anfitriona, con una sonrisa maliciosa, señala a un joven apuesto con un antifaz en color burdeos que parece más que dispuesto a participar. Me acerco a él, consciente de la mirada intensa de Nathaniel sobre mí. Con un gesto suave, coloco una mano en la mejilla del joven y me pongo en cuclillas para besarlo. Sus labios son suaves, y el beso, aunque breve, es dulce y lleno de promesas.

—Es usted muy apacible, señorita —dice el joven con una voz tan cálida como su sonrisa.

Mientras me alejo de él con una sonrisa de agradecimiento, siento una extraña mezcla de liberación y culpa. He cruzado un umbral esta noche, uno del que no puedo volver atrás. Aunque el beso fue inocente, la decisión detrás de él marca un cambio definitivo en mí.

Nathaniel no dice nada, solo observa con los brazos cruzados.

A medida que la noche avanza, la atmósfera de la fiesta se torna más intensa y audaz. Junto a una mesa, varias personas se dan de comer a la boca de manera sensual.

—Pruebe esto, princesa —me dice Devonshire.

Asiento con una mezcla de curiosidad y nerviosismo, acercándome a su figura enmascarada que me extiende una uva brillante cubierta de chocolate. La música de fondo, un vals lento y sensual, añade una capa de intimidad a la escena. Tomo la uva con los labios, asegurándome de no tocar su mano, un gesto que, aunque pequeño, me hace sentir audaz y en control.

La uva es dulce y el chocolate se derrite al instante, un contraste perfecto que envía una oleada de placer a través de mi paladar. Observo cómo los demás participantes se entregan a actos similares, algunos con sonrisas coquetas, otros con miradas de deseo apenas disimulado.

Lady Preston se ofrece voluntaria para ser la primera en llevar una venda y atrapar de esa forma a alguna presa. La veo ajustarse la tela alrededor de su máscara, cubriendo sus ojos con un gesto dramático, disfrutando la oportunidad de ser el centro de atención.

Mientras ella gira lentamente en el centro, los invitados comienzan a moverse, algunos con la intención de ayudar, otros claramente buscando confundirla.

Observo cómo Nathaniel se mantiene al margen con una expresión indescifrable y luego me mira mientras vuelvo a abrir la boca para recibir otra uva bañada en chocolate.

Pero esta vez no es de manos del duque, sino de un desconocido. Juega a dármela y ponerla fuera de mi alcance hasta que mis labios se deslizan por sus dedos para atraparla.

Él me sonríe a través de su máscara de manera seductora y me doy cuenta de que es el hombre al que he besado antes, el de la máscara burdeos.

—Ven —me dice tirando de mi mano.

Escaneo la sala en busca de Hart, pero parece haberse esfumado entre la multitud. Sin resistencia, me dejo guiar por mi misterioso acompañante hacia otro juego seductor. En este, los participantes debían elegir a alguien, susurrar confesiones secretas al oído, revelar deseos ocultos o compartir anécdotas vergonzosas. Todo mientras las damas se sientan sobre los regazos de los caballeros, aumentando el tono íntimo del desafío.

Justo cuando estoy a punto de ser guiada hacia el regazo de mi acompañante, una mano firme se posa en mi hombro y una voz suave, profundamente familiar, susurra en mi oído:

—Briony, tenemos que hablar.

Me tenso, cruzando los brazos sobre el pecho como si eso pudiera protegerme de él.

—Nathaniel, estoy... intentando seguir adelante.

Él da un paso más cerca, acortando la distancia entre nosotros, su presencia dominando mi espacio personal tras mi espalda.

—No parece que estés intentando seguir adelante. Parece más bien que estás huyendo de mí. ¿Por qué? —insiste, su tono volviéndose más urgente.

—¿De verdad quieres saberlo? —respondo, levantando la mirada para encontrarme con sus ojos—. Porque duele, Nathaniel. Duele verte con ella, saber que planeas un futuro en el que yo no tengo cabida. Duele sentir que no soy una opción para ti.

Nathaniel abre la boca para replicar, pero yo levanto una mano para detenerlo.

—No me interrumpas. Estoy cansada de ser la que espera, la que se conforma con migajas

de atención. Si de verdad quieres que sea honesta, aquí tienes: te amo, Nathaniel, pero no puedo seguir lastimándome, esperando algo que nunca va a suceder. Ahora si me disculpas, hay alguien que requiere mi compañía.

—Briony, no te vayas con él detrás de la cortina, por favor. Por allí no habrá ningún límite.

El temblor en su tono me hace girar hacia él, encontrando sus ojos a través de las sombras de su máscara. Su voz suena más como una súplica que una simple petición.

—¿De qué hablas? —le pregunto, escudriñando su mirada en busca de una explicación.

Nathaniel señala sutilmente hacia una puerta oculta tras una cortina, por la que varias parejas desaparecen entre susurros y risas, buscando un rincón más privado.

—Sospecho que no tardará en pedirte que vayas allí con él, y si no es él, será otro —dice, su voz ronca de tensión.

—¿Y qué? No es asunto tuyo —replico con desafío, mi tono elevándose ligeramente—. ¿No deberías estar más preocupado por las propuestas que pueda estar recibiendo tu acompañante?

—No, solo me preocupas tú y lo sabes bien —me responde.

—No, yo no sé nada de ti. Creía que sí, pero me he dado cuenta de que en realidad hay partes de ti que nunca conoceré.

El hombre que me ha llevado hasta allí me hace una señal para que me siente sobre él y doy un paso hacia el sofá de terciopelo donde el juego ha comenzado, pero Nathaniel me detiene.

—¿Quieres jugar? Muy bien, Briony, juguemos —dice y me lleva con él con firmeza. Se sienta y me arrastra sobre su regazo.

Siento la dureza de sus muslos debajo de mi trasero y sus manos tensarse en mi cintura, los dedos clavándose ligeramente en mi carne. Trato de darme la vuelta para observarle, pero él me mantiene quieta, su pecho firme contra mi espalda.

—¿Qué estás haciendo? ¿Por qué estoy sentada sobre ti? —le inquiero, tratando de girarme.

Él acerca su boca a mi oído y, como si fuera su revelación, susurra:

—Porque no quería que lo hicieras sobre otro.

Me quedo inmóvil durante un segundo, sintiendo su aliento cálido en mi cuello, y luego me vuelvo de nuevo hacia el frente con un giro brusco sobre él que le hace rechinar los dientes.

Me quedo inmóvil por un momento, sopesando sus palabras y la intensidad de su mirada. Bajo un poco la guardia, permitiéndome sentir el calor de su cuerpo bajo el mío, la firmeza de sus manos en mi cintura, el latido acelerado de su corazón.

—Nathaniel... —comienzo a decir, confundida.

—No hables si no es para hacerme una confesión, Briony. Cumple las reglas del juego. Antes no tenías problemas en compartir tus deseos conmigo. ¿Pretendes llegar hasta el final en esta pseudo fiesta?

—Te he dicho que no es asunto tuyo —le respondo.

—¿No querías que tu primera vez fuera conmigo? —dice él.

Me vuelvo de nuevo hacia él con sorpresa. Siento la tensión en su mandíbula, la cercanía de su boca a mi oído.

—Briony... deja de moverte tanto. Me lo estás poniendo muy difícil —murmura entre dientes mientras intenta mantener una expresión serena a pesar del evidente conflicto interno que le provoco cada vez que me muevo sobre su regazo—. Estate quietecita.

—Dijiste que no —le reprocho, ignorando su queja—. Además, he cambiado de opinión. Y voy a desenamorarme de ti —le digo sin pensar, sintiendo la verdad y la mentira en mis palabras.

Él me mira incrédulo.

—¿Crees que el amor es así? ¿Que se puede encender y apagar como una vela a voluntad? —Su voz baja y firme, cada palabra impregnada de un reproche amargo—. Me dijiste que nunca podrías amar a nadie como a mí.

—¡Me he cansado de quererte, Nathaniel! —exclamo con una voz que tiembla por la intensidad de mis emociones—. Estoy cansada de ser la única que siente algo. ¿Qué te importa? Tú ya tienes a alguien. Deja que yo también me distancie.

—Sé que te he causado dolor —admite, su voz temblorosa por la emoción. Su semblante refleja un arrepentimiento genuino.

—Y sé que nunca fue tu intención —respondo, mi propia voz temblando con la carga de nuestras memorias compartidas—. Pero quiero olvidarme de ti por completo, así que ayúdame, por favor.

CAPÍTULO 24

Nathaniel se queda quieto, como si mis palabras fueran un viento frío que lo ha congelado en su lugar. Por un momento, el dolor cruza su rostro, una muestra de lo mucho que mis palabras lo afectan. Sujeta mi cintura con más firmeza, como si temiera que pudiera escaparme de su alcance.

—¿Quieres olvidarte de mí? —Su voz es apenas un susurro, lleno de incredulidad y tristeza.

Asiento, aunque cada fibra de mi ser se retuerce con la complejidad de mis emociones. Siento el latido de su corazón acelerarse detrás de mi espalda.

—Es lo más difícil que he tenido que pedir —digo, mi voz firme a pesar del temblor interior —. Pero es necesario. Tengo que avanzar, Nathaniel, y no puedo hacerlo aferrada a lo que pudo haber sido.

—Ah, maldita sea, Briony, ¿qué se supone que quieres que haga ahora? ¿Te dejo marchar con otro? —susurra con una mezcla de desesperación y deseo—. De cualquier forma, me estoy volviendo loco y los ojos de todos los hombres que te miran me molestan y me vuelven más loco aún porque... porque me recuerdan que podría perderte.

—Dime, Nathaniel, ¿es el viento el que decide hacia dónde te inclinas cada día?

Siento una mezcla de emociones: ira, deseo, tristeza, y una profunda conexión que me resulta imposible ignorar, pero lo cierto es que las palabras sinceras de Nathaniel me envuelven y la proximidad de su cuerpo, la firmeza de sus muslos bajo los míos, la calidez de sus manos en mi cintura…

En ese momento el hombre del antifaz burdeos se acerca a mí y se inclina para susurrarme algo al oído.

—¿Qué te ha dicho? —pregunta Nathaniel, su voz tensa.

Lo miro, notando cómo la tensión moldea sus facciones.

—Quiere que me vaya con él.

Nathaniel frunce el ceño, y una sombra de ira cruza su rostro. Por un momento, parece perdido en sus pensamientos, evaluando sus opciones. Luego, su expresión se endurece, y sus palabras salen con una determinación que no esperaba.

—No irás con él, Briony. No puedo permitirlo.

Sus palabras resuenan con un tono de posesión que me sorprende y me desafía a la vez. No estoy acostumbrada a que me digan lo que tengo o no tengo que hacer, menos aún por él, quien siempre ha respetado mi independencia, aunque sea protector.

—No es tu decisión, Nathaniel. No tienes derecho a decirme con quién puedo o no ir — respondo, mi voz igualmente firme.

—¡Lo sé! Maldita sea, pero te lo estoy suplicando.

Respiro hondo, sintiendo cómo el peso de su mirada me invita a reconsiderar mi siguiente movimiento. Mi corazón late con fuerza, consciente de la complejidad de nuestros sentimientos, del delicado hilo que aún nos une.

—Dame una razón para quedarme —digo finalmente, mi voz apenas un susurro.

—Yo iré contigo —me dice—. Si lo que buscas es explorar, si necesitas experimentar eso que tanto te intriga, entonces hazlo conmigo. Te digo que sí, que pasaré la noche contigo.

La honestidad bruta en su confesión me hace vacilar. Nathaniel nunca ha sido de abrirse así, de mostrar su vulnerabilidad. Y ahora, en medio de una fiesta que celebra el libertinaje y la exploración, él se planta firme contra la corriente, por mí.

—Deja que te lleve a casa —dice con voz tensa, pero resuelta—. Ahora mismo.

Con cuidado, me levanta del regazo, ajustando rápidamente su chaqueta sobre sus muslos. A pesar de la oscuridad de la sala, la evidencia de su excitación es innegable, una prueba de que más de que le afecto. Mientras me pongo de pie, mi mirada se desvía brevemente hacia el hombre del antifaz burdeos, que me espera con una mezcla de expectación y desilusión.

—Lo siento. He decidido irme —le digo con una sonrisa forzada.

Él finge un dolor en el pecho, dramatizando su decepción, lo que me arranca una risa breve. Sin embargo, antes de que pueda reaccionar, él me toma por la barbilla y me besa. No es un beso casto como el anterior; es profundo, lento y roba el aliento. Cuando finalmente me separo de él, mi corazón late furiosamente por la audacia del gesto.

Al volverme hacia Nathaniel, lo encuentro observándonos con una expresión grave y tensa, sus ojos oscurecidos por una emoción que no logro descifrar del todo. Sin una palabra, me toma del brazo, su agarre firme pero no doloroso, y me guía apresuradamente a través de la multitud.

Las largas zancadas de Nathaniel me obligan casi a correr para mantener el paso. Cuando llegamos al carruaje, él me ayuda a subir con un movimiento brusco que bordea la urgencia. Me siento, aún tratando de recuperar el aliento, y lo miro, buscando alguna señal de lo que está pensando.

—¿Estás enfadado? —pregunto.

—¡No! —exclama Nathaniel con una vehemencia que retumba en el pequeño espacio del carruaje. Se detiene un momento, cerrando los ojos como si intentara controlar su frustración—. No estoy enfadado, Briony... No contigo al menos. —Su voz es firme, pero hay un matiz de suavidad que no había antes. Se pasa una mano por el cabello, desordenándolo aún más—. Estoy frustrado porque Devonshire te puso en esa situación... y ese hombre... —Hace una pausa, mordiéndose el labio con fuerza—. No soporto la idea de que te besara.

—Puedes manejar un beso, Nathaniel. He soportado que Lady Preston insinúe cosas sobre ti y ella. —Mi tono es igual de firme, intentando transmitirle que soy más fuerte de lo que parezco.

—¿Qué ha dicho? —pregunta, sus ojos repentinamente alerta.

—Algo sobre contener tu pasión... Y me molesta más pensar en esa casa que has comprado para ella y ya le has enseñado. —Mis palabras son un murmullo, llenas de resignación y un dolor que no quiero admitir.

Nathaniel se acerca, reduciendo la distancia entre nosotros hasta que puedo sentir el calor de su cuerpo. Su mirada es intensa, buscando en mi rostro alguna señal de mis verdaderos sentimientos.

—Ella no ha visto mi casa. Se enteró de la compra a través del vendedor y... Briony, no me interesa en absoluto. Es complicado, pero... confía en mí. No hay nada entre ella y yo, y nunca lo ha habido. —Sus palabras son un torrente, apresuradas y cargadas de urgencia.

—No entiendo nada, Nathaniel. —Confieso, sintiendo cómo la confusión se mezcla con un atisbo de esperanza.

Él sonríe, un gesto que alivia la tensión entre nosotros.

—Lo sé y lo lamento. Estoy investigando a un hombre, y ese hombre está conectado con Lady Preston. Eso es todo. Pero Adele no debe saberlo. Es importante que esto quede entre nosotros —explica, su voz baja y confidencial.

—¿Quién es ese hombre? ¿Lord Wentworth? —pregunto, captando un destello de preocupación en su mirada.

—Briony, maldita sea, mantente lejos de él. Es más peligroso de lo que imaginas —advierte con severidad.

—¿Balthair lo sabe? —Mi pregunta es casi un susurro.

—Sí, él está al tanto —admite. Luego sonríe levemente—. Eres una niña, Briony. Todo esto ha sido porque estabas celosa y dejaste que ese hombre te besara, por despecho.

—Me tomó por sorpresa, pero admito que fue agradable. Sabía lo que se hacía —respondo, picada porque me ha llamado niña.

Él frunce el ceño.

—¿Qué carajos estás diciendo, Briony? —pregunta molesto—. ¿Quieres volverme loco?

Golpea el techo del carruaje con el puño y se asoma por la ventana para darle instrucciones al cochero.

—¿A dónde vamos? —pregunto, curiosa por su plan repentino.

—A pensar, a hablar sin el temor de ser descubiertos o interrumpidos —explica mientras el carruaje se detiene junto a un parque.

Me ayuda a bajar con un gesto firme pero cuidadoso y, sin decir nada, me guía por un sendero.. Intrigada y un poco preocupada por su urgencia, no me resisto y lo sigo.

Una vez alejados de cualquier posible escucha, se detiene bajo la sombra de un gran roble. La risa se me escapa, sorprendida por la adrenalina y lo insólito de la situación.

—Me recuerdas a aquellos días en Erchless, Nathaniel. Cuando me enseñabas a trepar a los árboles conmigo colgada de tu espalda. ¿Recuerdas cómo solías decir que si podíamos ver el cielo a través de las hojas, aún había espacio para subir más alto? —digo nostálgica, evocando memorias de un tiempo más simple.

Nathaniel asiente, su sonrisa, iluminando su rostro en la penumbra.

—Lo recuerdo. Y tienes razón, es una buena metáfora para la vida. Tal vez eso es lo que

hemos estado haciendo todo este tiempo, tratando de encontrar nuestro camino, mirando a través de las hojas para ver el cielo oculto tras ellas. —Su mirada se encuentra con la mía, y por un momento, todo lo demás parece desvanecerse bajo el manto de la noche.

El destello de sus ojos se intensifica al tiempo que se acerca a mí, atravesando la corta distancia que se había creado entre nosotros. Me toma por la cintura con un movimiento decidido, sus manos fuertes pero temblorosas. Su aliento cálido roza mi rostro mientras inclina su cabeza, acercando su boca a la mía.

—Bien, ahora puedes gritarme todo lo que quieras y reprocharme todo lo que consideres. Aquí nadie te va a oír.

Aspiro profundamente, el aire frío de la noche chocando contra el calor de nuestro enfrentamiento. Mi voz es firme, aunque cada palabra vibra con la intensidad de la situación.

—No quiero gritarte, pero ¿cómo esperas que reaccione, Nathaniel? Cada acción tuya me empuja y luego me retira, como si no pudieras decidir qué lugar ocupo en tu vida. Me haces sentir como si estuviera atrapada entre lo que quiero ser y lo que soy cuando estoy contigo.

Nathaniel suelta un suspiro pesado, su mirada se suaviza al tiempo que me atrae más hacia él, reduciendo cualquier espacio que pudiera haber entre nosotros.

—Yo también estoy atrapado, Briony. Atrapado en un deseo que no sé cómo manejar sin lastimarte o sin lastimarme. No es justo para ti, lo sé, nunca lo ha sido.

—Pero cada vez que intento alejarme, haces algo que me hace cuestionar todo de nuevo. Dices que no quieres lastimarme, ¿pero entiendes cuánto me duele esto? —Mis palabras brotan cargadas de la frustración acumulada. Mis manos tiemblan sobre su pecho.

—Lo entiendo, y me odio por ello. Me odio por lo que esto te hace sentir, por cómo te miro y no debería, pero tampoco puedo parar de hacerlo —confiesa Nathaniel.

La conversación se intensifica, cada confesión sumando capas a nuestra ya compleja relación.

—¿Entonces qué somos, Nathaniel? ¿Qué significo para ti? —Mi voz se eleva llena de frustración y de dolor.

—Eres todo para mí, Briony, pero tengo miedo de lo que eso significa. Tengo miedo de arrastrarte a mi caos, de no ser lo suficiente para ti —responde él, con dolor.

—Pero, ¿es suficiente? ¿Es suficiente solo desear algo que claramente nos está destrozando? —Mi pregunta corta el aire, cargada de un miedo real a la respuesta.

Nathaniel mira hacia el suelo, luchando con sus palabras, antes de levantar la vista hacia mí con una determinación renovada.

—¡No sé si es suficiente, pero es todo lo que tengo! No puedo prometerte un futuro, Briony, pero tampoco puedo dejarte ir. Esto... tú... eres lo único que anhelo, incluso si no debería. Te necesito de maneras que no debo, de maneras que no puedo explicar sin romper las promesas que me he hecho a mí mismo.

—¡Entonces demuéstralo, Nathaniel! ¿No entiendes que cada vez que me empujas, me rompes un poco más? ¿Por qué luchas tanto contra esto? ¿Por qué no puedes simplemente aceptarlo? —Mis palabras son casi un grito, y por un momento, el dolor en sus ojos es casi

demasiado para soportar.

—Porque cada vez que lo intento, me doy cuenta de las consecuencias que podría tener para ambos. No es solo sobre nosotros, hay más en juego aquí, Briony, cosas que afectan más que nuestros propios deseos.

—¡Yo decido lo que importa en mi vida, Nathaniel! Ya no soy una niña a la que dirigir, proteger o que debe pedir permiso para amar a quien quiere. ¡Pero eres tú el que tiene que decidir si me ve como una niña o una mujer! —exclamo con firmeza, desafiando su tormento y su deseo con mi propia fuerza.

—Eres Briony, te veo como mi Briony, la que me vuelve loco. Nada más importa —afirma él, su voz quebrada por la emoción—. ¡Ah! Maldita sea, voy a besarte.

Antes de que pueda darle una respuesta, Nathaniel cierra la brecha entre nosotros apoya su mano en mi mejilla, siento como si un millar de mariposas revolotearan en mi estómago. La suavidad de su nariz rozando la mía es el preludio de una conexión más profunda, y cuando nuestros labios finalmente se encuentran, el mundo se desvanece a nuestro alrededor.

La forma en que muerde ligeramente mi labio inferior, provocando una respuesta involuntaria de mi cuerpo, es solo el comienzo. Sus besos, húmedos y exploratorios, me obligan a abrir más la boca en respuesta a su insistencia. Su lengua no tarda en encontrar la mía, enredándose en un baile lento y profundo que me hace cosquillas en el paladar y dispara chispas a través de cada nervio de mi cuerpo.

Cuando me presiona contra el tronco del árbol, la firmeza de su cuerpo contra el mío elimina cualquier espacio o reticencia entre nosotros. La mano que sostiene mi nuca es tanto un gesto de control como de cariño, guiando nuestros movimientos y profundizando el beso hasta que cada respiración es compartida, cada suspiro es un eco del otro.

El cambio en el ángulo de nuestro beso abre nuevos territorios de sensación, y Nathaniel los explora con una codicia que me roba cualquier pensamiento coherente. El tumulto de emociones que desata en mí fluye libre y salvaje, incendiando cada parte de mi ser con un deseo ferviente.

Mis brazos, actuando con voluntad propia, se levantan para rodear su cuello, atrayéndolo más cerca, si es que eso es posible. Nathaniel responde con un gemido bajo, su cuerpo temblando contra el mío en una confesión tácita de su propio deseo descontrolado.

—Mi Briony —susurra contra mi boca, sus palabras un mantra que sella nuestro destino entrelazado.

En ese momento, bajo la sombra protectora del árbol y el manto estrellado del cielo, no hay dudas ni pasado doloroso que valgan. Solo estamos Nathaniel y yo, redescubriéndonos en cada roce, cada beso, cada suspiro, permitiéndonos caer en la profundidad de lo que siempre hemos sido el uno para el otro. El mundo exterior desaparece, y solo queda la certeza de que, sin importar lo que venga, este momento será el ancla a la que siempre podremos regresar.

CAPÍTULO 25

Silenciosamente abro la puerta de la habitación de Nathaniel.

Esta vez, no lo encuentro desprevenido; está despierto, sentado en la cama, las mantas tiradas hasta la cintura, apoyado contra el cabecero y los brazos cruzados sobre el pecho desnudo como si hubiera estado esperando mi llegada.

Mis pasos son prudentes, pero mis latidos retumban en mis oídos, casi ahogando el suave crujir de la puerta al cerrarse tras de mí. Lo encuentro mirándome, sus ojos claros reflejan una mezcla de estoicismo y algo más profundo, más cauteloso.

—Briony… —Su voz es suave, casi un susurro en la quietud de la noche—. Creía que habíamos quedado que era importante llamar a la puerta.

Sonrío.

—No quería despertar a nadie —admito, deteniéndome al borde de la cama. La distancia entre nosotros parece tanto un abismo como un hilo frágil listo para romperse con cualquier agitación brusca.

Nathaniel observa cada uno de mis movimientos, su expresión indescifrable. Perezosamente, levanta una mano hacia mí, una invitación silenciosa pero clara.

Con una respiración que se atora en mis pulmones, me acerco más, permitiéndome al fin cruzar el espacio que nos separa y sentarme a su lado en la cama.

Él baja la mano lentamente, dejándola caer sobre la manta, cerca de mi pierna. Su gesto es cauteloso, como si cada movimiento pudiera romper el delicado equilibrio que nos mantiene en un silencio cargado de significados no dichos.

—No deberías estar aquí.

—No empieces.

—Empezar es lo que evito.

—¿Otra vez con lo mismo? Me voy.

Sujeta mi mano para retenerme y cierra los ojos, una expresión de tormento cruza brevemente su rostro antes de que pueda esconderla. Cuando los abre de nuevo, todo parece haber desaparecido.

—Briony, no sé cómo ser más claro. Cada vez que te acercas, me haces cuestionar todo lo que creía saber sobre control, sobre responsabilidad, sobre... sobre cómo proteger a las personas que me importan —admite por fin, su voz un susurro ronco que apenas logro oír sobre el latido de mi propio corazón—. No soy tan paciente como parezco. Ya es bastante difícil controlarme sin que me entusiasmes demasiado.

Me inclino hacia adelante, mi frente casi tocando la suya, nuestra respiración mezclándose

en el aire frío de la habitación y coloco una mano sobre su pecho desnudo.

Su piel es caliente bajo mi palma, una ligera capa de sudor añade un brillo tenue a la luz de la luna que se filtra a través de la ventana. Puedo sentir la firmeza de su torso, los músculos bien definidos que se tensan ligeramente bajo mi tacto.

Mi mano libre desciende lentamente, explorando la textura de su piel, la línea de su esternón, las curvas de sus pectorales. Cada contacto es una revelación, un mapa de sensaciones que se graba en mi memoria. Nathaniel respira más profundo, su pecho subiendo y bajando de manera irregular bajo mi mano.

Suspiro.

«No es un ser humano. Es una piedra, una escultura, pero en movimiento».

Cuando mi mano va a aventurarse más abajo, sobre eso que ya refleja cierta tensión bajo la manta. Su mano encuentra la mía, deteniendo su viaje, pero sin alejarla. Sus dedos se entrelazan con los míos, apretando ligeramente en un gesto que parece tanto de contención como de unión.

—Parece que tienes un efecto bastante... perturbador sobre mí, señorita —dice Nathaniel, una media sonrisa jugando en sus labios mientras sus ojos bajan, por un instante, hacia mi camisón de seda casi transparente.

Alzo una ceja, mi corazón saltando ante el deseo que refleja su mirada.

—¿Solo parece? Creí que mi efecto era bastante obvio, Capitán Harwood —le digo señalando con la barbilla su erección poco disimulada.

Su sonrisa se ensancha ante mi tono desafiante.

—Claro que es obvio y lo sabes bien. —Su tono es ligero, pero la profundidad de sus ojos no deja lugar a dudas sobre el torbellino de emociones que se agita bajo la superficie—. Me haces perder la cabeza.

Me río suavemente, disfrutando del juego de palabras y la cercanía.

—¿Perder la cabeza? Me sorprende, capitán. Pensé que era más resistente a los encantos femeninos.

—Resistente, sí. Inmune… cuando se trata de ti definitivamente no —confiesa, y su mano se desliza desde la mía hasta mi codo, luego sube por mi brazo, dejando una estela de calor que me hace estremecer.

—Eso suena casi como una rendición —afirmo. Mi corazón va a estallar cuando me inclino hacia él hasta que nuestros labios casi se tocan.

—No del todo —responde él dejando que sus dedos se enreden en mi pelo suelto.

—Entonces… ¿Tal vez debería haber aceptado la propuesta del caballero de la fiesta?

En un instante, el aire entre nosotros muta, la tensión se condensa como una tormenta lista para estallar. Nathaniel cambia nuestra posición con una rapidez que me deja sin aliento, sus brazos fuertes y decididos me giran hasta dejarme tumbada bajo él en la cama. La sorpresa me hace emitir un pequeño grito, más por el repentino movimiento que por temor.

—No me provoques, Briony —dice con voz ronca, su mano enredando un mechón de mi cabello y tirando ligeramente para exponer mi cuello—. Porque puedo jugar este juego tan bien

como tú... o incluso mejor.

Mi respiración se entrecorta, atrapada por la intensidad de su mirada y la presión de su cuerpo.

La habitación parece girar ligeramente cuando Nathaniel se inclina, su boca encontrando primero la suavidad de mi cuello. Sus labios se mueven con una mezcla de suavidad y fuerza, depositando besos que queman la piel a su paso, cada uno un pequeño eco de su enfado y su deseo por mí.

La punta de su lengua traza un camino ardiente hasta el lóbulo de mi oreja, provocando un estremecimiento involuntario que recorre todo mi cuerpo. Un suspiro se escapa de mis labios cuando siento sus dientes, capturando suavemente la carne sensible, tirando con una gentileza que contrasta con la urgencia de sus manos colándose por debajo de mi camisón y encontrando mi cintura para mantenerme firme bajo su cuerpo.

Después, su boca sigue descendiendo, su aliento caliente barriendo mi mandíbula hasta alcanzar la línea de mi barbilla. Su lengua, audaz y exigente, dibuja un sendero lento y deliberado hacia mis labios.

No hay tiempo para prepararse, ni para pensar. Sus labios se cierran sobre los míos con una insistencia que borra cualquier pensamiento que no sea él, cualquier realidad que no sea esta. La presión es firme, casi dominante, pero es su lengua la que demanda entrada, explorando mi boca con una intensidad que me roba el aliento.

Me rindo al beso, a la exigencia de su boca, mientras nuestras lenguas se encuentran y luchan en un baile tan antiguo como el tiempo. Todo en mí se concentra en este punto de contacto, en este intercambio feroz y apasionado que parece consumir todo el oxígeno de la habitación.

—Dime, Briony —susurra contra mis labios, su aliento mezclándose con el mío, caliente y excitante—, ¿aún consideras otras proposiciones?

Mi mente tropieza, las palabras se disuelven en el calor que se propaga por mi cuerpo, amplificado por su cercanía abrumadora.

—Yo… yo… —Mi voz se quiebra, las palabras se pierden en un suspiro.

Nathaniel sonríe, un gesto que es tanto victorioso como endiabladamente seductor.

—Me aseguraré de ser el único en tu mente —promete y su expresión es como la de un depredador antes de abalanzarse sobre su presa.

Luego, con una lentitud torturadora, baja por mi cuerpo. Sus manos, firmes y exigentes, tiran del camisón para descubrir mi desnudez. Su boca encuentra un pezón, y mi espalda se arquea bajo él al liberar un gemido involuntario. Sin detenerse, sigue descendiendo, sus manos robustas agarrando mis muslos para abrir paso entre ellos con sus anchos hombros.

La sensación de su piel contra la mía es electrizante. Besa mi estómago y el peso de su cuerpo me obliga a abrirme más, acogiendo su presencia entre mis piernas. Un grito se me escapa cuando su descenso llega a su destino final, sus ojos fijos en la intimidad que acabo de revelar.

—Así que lo estuviste observando con un espejo —murmura con una mezcla de sorpresa y

deleite, su voz un murmullo bajo—. Yo también quiero hacerlo.

El aire se vuelve más denso, saturado de anticipación. Su aliento caliente sobre mi piel, justo donde el deseo arde más fuerte, promete sensaciones que ninguna palabra puede describir.

Sus dedos acarician mi pubis con una delicadeza que eriza cada pulgada de mi piel. Se sumergen entre los rizos oscuros, trazando líneas tentativas que convergen hacia ese punto neurálgico de mi deseo, un centro que clama por su atención, casi como si lo llamara por su nombre.

Aunque ya he explorado esta zona antes, ninguna de esas veces se compara con las sensaciones que despierta Nathaniel cuando sus dedos, firmes y conocedores, finalmente lo encuentran. Sus yemas tocan con precisión, apenas rozando el clítoris, ese nudo diminuto de placer pulsante y exquisitamente sensible.

Todo en mí se tensa, el placer acumulándose rápidamente como una tormenta. Siento, casi en trance, cómo sus dedos expertos manipulan con habilidad, deslizándose entre los labios húmedos y turgentes. El movimiento es meticuloso y artístico, casi reverencial, mientras explora y cartografía cada pliegue y contorno con una devoción que me roba el aliento.

Y luego introduce un dedo en mí y lo mueve dentro.

El aire entre nosotros se carga de un calor húmedo, pesado con el perfume de mi excitación. Sus ojos, fijos en su tarea, brillan con un deseo puro y una fascinación que añade otra capa de intensidad a cada caricia. Cada contacto es una promesa, cada roce una provocación, llevándome al borde de un abismo que promete un éxtasis indescriptible.

—Siempre tan curiosa, siempre tan dispuesta a explorar... —murmura, su voz baja y ronca reverberando con cada palabra. Su mirada se eleva desde mi sexo hasta encontrarse con mis ojos, una chispa traviesa y ardiente brillando en ellos—. Pero déjame mostrarte cómo se siente cuando yo hago la exploración.

Sin más preámbulos, su boca encuentra el lugar que sus dedos acaban de abandonar. Su lengua se desliza con una suavidad contrastante, lamiendo con trazos largos y deliberados que recogen la humedad acumulada. Cada movimiento es profundo y medido, su lengua se introduce en mi entrada con embestidas firmes y precisas, emulando un acto más íntimo y penetrante.

Jadeo sorprendida, intento mover mis caderas y como sus manos no me lo permiten, cierro los puños sobre la sabana para poder controlar algo, cuando todo lo demás parece fuera de él.

Siento cómo cada embestida de su lengua me lleva a acumular más calor, más necesidad. Nathaniel maneja cada sonido que escapa de mis labios como si fuera un maestro de orquesta, cada gemido un acorde en la sinfonía que estamos componiendo juntos. Su boca es ávida, consumiendo todo lo que tengo para ofrecer, y cada retirada es una promesa de que volverá a sumergirse con igual o mayor intensidad.

La sensación de su lengua explorando, insistiendo, abriendo paso entre mis pliegues, es abrumadora. Cada toque está cargado de una urgencia que parece crecer con cada segundo, con cada lamida, con cada respiración compartida en este espacio confinado y cargado de deseo. Su barba incipiente roza intermitentemente contra la piel sensible de mis muslos, añadiendo una textura áspera que contrasta con la suavidad de su boca, intensificando cada sensación hasta que todo lo que siento se concentra ahí de forma intempestiva.

Mi cuerpo tiembla bajo la precisión de su lengua, cada movimiento calculado para elevar la intensidad del placer que me recorre. El punto de ebullición se acerca inexorablemente, cada embestida de su lengua un golpe directo a mi cordura.

—Oh, Dios mío, Nathaniel —gimo.

—Shh, Briony, baja la voz. Debes permanecer en silencio —me advierte su voz, su aliento caliente contra mi piel aumentando la sensación, mientras su boca sigue firmemente adherida a mí, enviando vibraciones profundas cada vez que habla. La vibración de su voz, combinada con la suavidad y la firmeza de su lengua, me empujan hacia un borde del que no tengo esperanza —ni deseo— de retroceder.

Atrapada bajo el peso de su cuerpo y la fuerza de sus manos, siento cómo mis caderas intentan desafiar la gravedad, buscando más de ese contacto exquisito, pero Nathaniel las mantiene firmemente ancladas. No hay escapatoria, no hay alivio de la intensidad que construye, solo la certeza abrumadora de que estoy completamente a su merced.

Y entonces, sin previo aviso, el clímax me arrolla como una ola desbocada. Es brutal e inmenso, arrasando con todo a su paso. Muerdo mi puño, casi al borde de la desesperación, tratando de sofocar los gritos que amenazan con escaparse. Nathaniel no cede, no se detiene; su lengua sigue moviéndose con un ritmo firme y decidido sobre mi clítoris, cada golpe prolongando el torrente de sensaciones que me sacuden.

El placer se convierte en algo casi tangible, una fuerza que me llena por completo y luego me vacía, dejándome temblorosa y exhausta, pero profundamente satisfecha. La habitación parece girar ligeramente cuando finalmente, Nathaniel reduce la intensidad de sus movimientos, permitiéndome aterrizar suavemente de la vertiginosa altura a la que me ha llevado.

CAPÍTULO 26

Levanto la vista hacia él, encontrando sus ojos fijos en mí, brillantes y llenos de satisfacción.

Su boca se eleva desde el lugar de su conquista, dejando un rastro de besos ardientes a lo largo de mi estómago, ascendiendo hasta que sus labios encuentran los míos. El beso es profundo, un intercambio que lleva el sabor de mi propia esencia.

Nathaniel se mantiene justo en el umbral, su respiración entrecortada mezclándose con la mía, cada exhalación un susurro de la tensión que nos rodea. Puedo sentir la dureza de su deseo presionando insistente, un recordatorio palpable de lo que ambos queremos, pero que él se resiste a consumar sin una confirmación más.

Sus ojos se encuentran con los míos, buscando permiso o quizá fuerza para romper la última barrera que nos separa. Su cuerpo vibra con la necesidad contenida, y las venas en sus antebrazos resaltan, marcadas por el esfuerzo de mantenerse en control. Cada músculo de su torso está tenso, dibujando un mapa de pasión y contención que me invita a explorar cada línea.

—Briony —susurra su nombre como si fuera una oración y una maldición, todo en uno—, dime que esto es lo que quieres.

Mi mano se desliza por su brazo, sintiendo la calidez de su piel y la firmeza de su músculo bajo mis dedos. Asiento ligeramente, incapaz de romper la conexión de nuestras miradas, cada una cargada con el peso de nuestras historias y deseos.

—Sí, Nathaniel. Esto es lo que quiero —digo con una voz apenas audible, un susurro tembloroso pero seguro.

Con un gemido bajo, mezcla de alivio y deseo, Nathaniel finalmente cierra el espacio entre nosotros. Su movimiento es deliberado, controlado, pero lleno de una urgencia que hemos contenido durante demasiado tiempo.

Mueve sus caderas contra las mías y La punta de su sexo, caliente y suave, se posa suavemente contra mi entrada, dándome un instante para acostumbrarme a la presión antes de que se mueva de nuevo. Al empujar más profundamente, siento una mezcla de dolor y placer cuando mi cuerpo se adapta a él, a su tamaño.

Luego empuja más fuerte y siento el desgarro. Una punzada aguda que me hace contener el aliento, él se detiene de inmediato, sus ojos buscando los míos, cargados de una disculpa silenciosa.

—Lo siento, Briony, no sabía… no me di cuenta de que sería tan doloroso —susurra, su voz teñida de arrepentimiento.

A pesar del dolor inicial, el calor de su cuerpo contra el mío, su presencia envolvente y protectora, me hace sentir segura y querida. Mi mano se alza para acariciar su mejilla, buscando tranquilizarlo tanto como a mí misma.

—No, está bien, Nathaniel. Sigue, por favor. Quiero esto… te quiero a ti.

Con un suspiro que parece aliviar parte de su tensión, Nathaniel me besa suavemente, su boca moviéndose con ternura sobre la mía mientras espera que la intensidad del momento inicial disminuya. Cuando siento que el dolor se desvanece, sustituido por una sensación de plenitud y calidez, asiento ligeramente bajo él.

Alentado por mi respuesta, Nathaniel comienza a moverse de nuevo, esta vez con una lentitud meticulosa. Cada empuje es considerado, medido para asegurarse de que el placer va superando cualquier vestigio de dolor.

Y finalmente, con un gemido bajo, mezcla de alivio y deseo, Nathaniel cierra el espacio entre nosotros y se introduce del todo.

Su movimiento es deliberado, controlado, pero lleno de una urgencia que hemos contenido durante demasiado tiempo.

Se desliza dentro y fuera de mí, lento pero inexorable, cada centímetro que avanza marcado por un suspiro compartido. Nuestro beso se rompe solo para tomar aire, y luego nuestras bocas se encuentran de nuevo, sellando el momento con la promesa de un ahora que hemos elegido juntos.

El dolor se desvanece hasta convertirse en un recuerdo lejano mientras él se mueve dentro de mí y luego soy yo, la que responde con un ritmo creciente, ajustando mis caderas para recibirlo más profundamente.

Mis brazos se enlazan alrededor de su cuello, y mis piernas se cierran en torno a su cintura, cada movimiento sincronizado con el suyo.

Él sostiene mis nalgas, levantándolas ligeramente, facilitando un acceso que intensifica cada embestida. Nathaniel abre los ojos ampliamente, una mezcla de asombro y sensibilidad profunda reflejándose en su mirada. Parece casi sobrecogido, como si la intensidad de lo que ambos sentimos en ese momento trascendiera lo que había anticipado.

Cada penetración, profundizada por su firme agarre en mis nalgas, le lleva a través de un territorio emocional que nunca antes había explorado, y eso se refleja en la forma en que sus pupilas dilatadas me estudian, buscando mi reacción, asegurándose de que cada movimiento sea tanto un deleite como un acto de conexión profunda.

Su respiración se entrecorta, y sus labios se separan ligeramente, como si las palabras se perdieran en el camino. El calor entre nosotros se construye en un crescendo de sensaciones que se intensifican con la vulnerabilidad visible en su expresión, mostrando un lado de Nathaniel que raramente veo: abierto, sin reservas, entregado completamente a la experiencia y a mí.

—Briony…, ¿esto es real? —pregunta con tono bajo—. ¿De verdad se puede sentir tanto?

La pregunta de Nathaniel es un susurro cargado de maravilla, vibrando con la magnitud de lo que estamos experimentando.

Sus ojos recorren mi rostro, como queriendo memorizar cada detalle en este momento inesperadamente tierno. Un suave suspiro se escapa de sus labios antes de que retome el ritmo lento y constante de sus movimientos

La experiencia de estar con Nathaniel de esta manera es abrumadora, superando todas las

fantasías que había albergado, cada una de ellas un susurro de deseo que ahora se materializa con una intensidad que sacude el alma. Esto no es solo un acto de amor; es una revelación, una unión esperada en profundidad y muy emocionante.

Es una consumación de sueños y anhelos largamente retenidos, ahora desatados en una tormenta perfecta de pasión y ternura.

Cuando el siguiente clímax se acerca, arrollador en su intensidad, Nathaniel acelera, sus movimientos se tornan impetuosos, perdiendo toda cautela previa. Sujeta mis manos firmemente, entrelazando nuestros dedos mientras los coloca sobre mi cabeza, anclándome bajo el peso de su cuerpo que ahora se mueve con una urgencia frenética que borra cualquier pensamiento que no sea él, él, siempre él.

El mundo se reduce a la intensidad de su ritmo, a la sensación abrumadora de su cuerpo que me penetra más profundamente con cada embestida. Siento cómo la presión se construye, una ola gigante al borde de romperse.

Y justo cuando el placer amenaza con desbordarse en un grito que seguramente llenaría la habitación, Nathaniel sella nuestros labios en un beso profundo y exigente. Su boca captura la mía, robando el sonido de mis labios, entrelazando nuestra respiración mientras su propio gruñido de liberación vibra contra mí, un sonido ronco y profundamente masculino que se mezcla con el aire caliente entre nosotros.

Es un momento de conexión total, en el que cada barrera entre nosotros se desvanece, dejándonos crudos y reales, expuestos en nuestra vulnerabilidad compartida y en la intensidad de una pasión que nos redefine a ambos.

En ese instante de abandono absoluto, siento el semen de Nathaniel inundarme, un flujo cálido y húmedo que se derrama dentro de mí.

Su cuerpo se tensa sobre el mío, cada músculo claramente definido en un momento de intensa liberación. Su respiración es agitada, cada exhalación una mezcla de alivio y triunfo, mientras se relaja de forma gradual aún unido a mí.

Se reacomoda en el colchón, trayéndome consigo hasta quedar yo encima de su cuerpo. Todavía con la sensibilidad vibrante en mi ser, bajo la mirada hacia donde nuestros cuerpos se encuentran y veo manchas de sangre en las sábanas.

—Debe ser mi periodo, aunque soy regular como un reloj y no debería estar en esos días —murmuro, aunque una parte de mí sabe que no es eso.

—Briony, no es eso —me corrige suavemente—. Es normal sangrar la primera vez.

—Ah, claro, lo sabía —respondo, un poco avergonzada por mi olvido momentáneo. Eso le arranca una sonrisa satisfecha, y lo observo, sus labios curvados en una mueca que le da el aspecto de una pantera somnolienta pero complacida. Sus manos continúan deslizándose con suavidad por mi espalda, en un gesto que me tranquiliza.

—¿Y qué pasará cuando las criadas vean esa mancha en tu sábana? —pregunto, intentando imaginar la escena.

—Yo me ocuparé de ellas —responde con un deje de humor.

Su respuesta me calma, recordándome que no hay nada de qué preocuparse realmente con él,

y el calor de su cuerpo bajo el mío me invita a relajarme aún más en su abrazo.

—¿Recuerdas esa vez? ¿La primera vez que sangré? Estaba contigo, me llevabas a cuestas y manché toda tu camisa —recuerdo con una mezcla de vergüenza y nostalgia.

Nathaniel asiente, sonriendo mientras su mano sigue dibujando círculos perezosos en mi espalda.

—Claro que lo recuerdo. Estábamos en una de nuestras escapadas por el bosque. Estabas tan preocupada, no querías que nadie más se enterara —dice con voz es suave.

—Y usamos uno de los manteles finos, sin darnos cuenta de lo costoso que era. Lo desgarraste para hacer trozos de tela que pudiera usar —continúo, una sonrisa formándose en mis labios al recordar nuestra travesura.

—Y me olvidé de quitarme la camisa y Adele casi se desmaya al verla cubierta de sangre. Creyó que me habían herido gravemente —añade él, soltando una risa.

—Y después, Adele me dio toda una charla sobre cómo estas situaciones solían incomodar a los hombres, y que las mujeres debíamos manejarlo con discreción —continúo—. Pero yo solo podía pensar en ti y en lo natural que te resultó ayudarme, sin darle la menor importancia.

Nathaniel se ríe suavemente, sus ojos brillando con un calor que profundiza la intimidad del momento.

—Lo único que me importaba era asegurarme de que estuvieras bien y cómoda, Briony —dice él, su tono sincero y lleno de afecto—. Ese día, como hoy, mi prioridad eras tú, nada más.

—¿Lo ves? Es normal que me enamorara de ti. Nunca tuve ninguna oportunidad de evitarlo. Tienes que aceptarlo, aunque no quieras —le digo con voz suave, pero cargada de humor.

—Nunca quise hacerte pensar que no eras importante. Si he fallado en mostrarte cuánto significas para mí, lo siento —añade, su mano acariciando mi mejilla con ternura.

—Lo cierto es que me encantaría quedarme aquí, disfrutando al escuchar cuánto te importo, pero supongo que debería irme... —murmuro, irguiéndome sobre él con una pierna a cada lado de sus caderas.

En ese instante, siento su tensión, su cuerpo respondiendo bajo el mío. Sorprendida, mis ojos se abren ampliamente al notar su rigidez renovada. Inclino la cabeza, curiosa y un poco traviesa.

—¿Eso significa que podemos empezar de nuevo? —pregunto, un brillo juguetón en mis ojos.

—No, Briony. No sería considerado por mi parte ignorar que podrías estar dolorida —responde él, su tono serio pero sus ojos contradiciéndolo con un brillo travieso.

—Realmente no me siento dolorida —insisto, enfatizando cada palabra con un ligero movimiento de cadera que arranca un suspiro contenido de sus labios.

Él sonríe, una mezcla de resignación y deseo iluminando su rostro.

—Deberías irte, Briony. No me pongas a prueba; mi resistencia tiene límites —dice, pero su voz baja y ronca sugiere todo menos un deseo de que me marche.

—¿Acaso estás sugiriendo que no confías en tu autocontrol, Capitán Harwood? —replico con una sonrisa maliciosa, jugando con un dedo sobre su pezón.

—Solo contigo... —murmura, y aunque sus palabras indican que me aleje, sus manos en mi cintura me dicen otra cosa muy diferente.

Parece pensárselo un momento, y luego, con un gruñido que resuena con frustración y deseo, me gira de nuevo, depositándome suavemente sobre las sábanas.

—Vete, Briony —me ordena, pero sus labios buscan los míos en un nuevo beso, apasionado. Su boca se mueve sobre la mía con una intensidad que contradice sus palabras, haciendo que cada parte de mí se rebele contra la idea de dejarlo.

Una de sus manos traza un camino ardiente por mi espalda mientras me sostiene firme, casi suspendida en el aire, pegada a su cuerpo que está inclinado de medio lado. Sus dedos llegan hasta mi trasero, donde presiona con firmeza, ejerciendo un suave, pero decidido apretón y luego me suelta para dejar una suave palmada sobre él que marca el final de nuestro beso.

—Vete, Briony —insiste, sin parecer convencido del todo.

Con un movimiento fluido y ágil, salto de la cama y me deslizo de vuelta en mi camisón en un solo gesto.

—Eres un gato, Briony. Un auténtico felino —comenta él, una risa cálida adornando sus palabras.

—Es curioso, porque yo suelo pensar en ti como una gran pantera oscura y peligrosa —replico, mientras me ajusto el camisón y recojo un mechón de cabello detrás de mi oreja.

Nathaniel me observa desde la cama, apoyando su cabeza sobre su brazo doblado, la manta tirada hasta la cintura, ocultando justo lo suficiente para atormentarme con la promesa de más.

—Tú eres más peligrosa —dice, y aunque su tono es ligero, sus ojos no dejan lugar a dudas sobre la seriedad de su afirmación.

Sin perder el brillo travieso en los míos. Me vuelvo hacia él.

—Bueno, gracias —digo, dándole un toque ligero de despedida en el hombro.

Nathaniel eleva una ceja, su tono burlón y desafiante.

—¿Gracias? —repite, esbozando una sonrisa torcida—. ¿Acaso lo consideras algún tipo de servicio?

Río suavemente, mientras recojo mi cabello en un gesto despreocupado.

—Tal vez debería, teniendo en cuenta lo habilidoso que eres. Pero no, es solo cortesía, Capitán Harwood. Algo que, estoy segura, un caballero de tu calibre puede apreciar.

Le oigo reírse cuando doy media vuelta y me dirijo a la puerta con un andar seguro y un último vistazo por encima de mi hombro, dejando atrás una habitación cargada de promesas tentadoras.

CAPÍTULO 27

Esa mañana, me encuentro con una sorpresa en la mesa del desayuno. Avery, el mayor de los hermanos Harwood, y Alexander, primo de Balthair y esposo de Emily, también una Harwood, se han unido a nosotros. Están sentados en la amplia mesa de madera, decorada con un mantel de lino blanco y platos de porcelana fina. Avery, con su porte elegante, toma un sorbo de café mientras revisa el periódico. Alexander, más relajado, se reclina en su silla y mordisquea una tostada, su mirada juguetona recorriendo la sala.

—¿Qué hacéis aquí? —Es lo primero que pregunto, alzando una ceja con curiosidad.

—Vaya, Briony, nosotros también nos alegramos de verte —responde Alexander, su tono impregnado de ese sarcasmo que siempre parece acompañar sus palabras.

—Vaya, Alexander, también me alegro de verte —respondo, imitando su tono irónico—. Seguro que tía Emily, cansada de traer niños al mundo, te ha echado de casa, ¿no?

Avery suelta una carcajada mientras Alexander rueda los ojos, pero no puede ocultar una sonrisa resignada ante mi descaro habitual.

—No, es que ya no podía vivir sin ver tu encantadora cara cada mañana —me responde él.

Me acerco a Avery y le deposito un beso afectuoso en la mejilla justo encima de donde su barba ya comienza a adquirir algún tono plateado. Él deja el periódico a un lado y me devuelve la sonrisa.

—¿Yo te lanzo los halagos y el beso se lo lleva él? —protesta Alexander, fingiendo indignación.

—Bueno, es que tío Avery es el más guapo de todos —le respondo con una sonrisa pícara, volviéndome luego hacia él para darle un rápido beso en la mejilla.

En ese momento, Nathaniel aparece en la puerta, cruzado de brazos y con una expresión fingidamente molesta. Lleva una camisa un poco desabotonada y el cabello desordenado, señal de una noche agitada.

—¿Él y no yo? —pregunta, elevando una ceja como si estuviera indignado por mi reparto de afectos.

Alexander no pierde la oportunidad de provocar:

—Oh, Nathaniel, ¿acaso sientes celos? No te preocupes, tú eres el del encanto misterioso y sombrío —dice con un tono burlón, dándole un toque teatral a sus palabras.

Nathaniel se acerca con una sonrisa resignada y me da un beso en la frente. Luego toma asiento a mi lado, sirviéndose una taza de café con movimientos mecánicos con una mano mientras coloca la otra sobre mi muslo por debajo de la mesa y lo presiona ligeramente. Oculto una sonrisa, bajando la cabeza a la mesa.

—¿Sombrío? —repite ofendido.

—Asegúrate de mantener esos besos distribuidos equitativamente, Briony. No querríamos que alguien se sintiera menospreciado — añade Avery, guiñándome un ojo mientras unta mantequilla en una rebanada de pan.

—Sombrío, sí —continúa Alexander, disfrutando claramente de la oportunidad de molestar a Nathaniel—. Aunque supongo que debes mantener algo ardiente, escondido bajo esa capa de enigma, que tanto atrae a las damas

Nathaniel lanza una mirada de fingida exasperación hacia Alexander mientras revuelve su café con más fuerza de la necesaria.

—Si por ardiente te refieres a la capacidad de tolerar tus bromas, entonces sí, soy un volcán en erupción —replica con un tono seco, provocando mi risa.

Alexander se inclina hacia adelante con una sonrisa maliciosa.

—Nathaniel, de verdad, no te ofendas. Ese tono melancólico te sienta muy bien. Además, agrega carácter.

Nathaniel lanza una mirada de advertencia helada tipo Harwood hacia Alexander, pero hay un destello de humor en sus ojos.

—¿Y cuándo habéis llegado? —pregunto, llevándome un trozo de tostada a la boca y masticando lentamente.

—Anoche, mientras vosotros estabais disfrutando de algún tipo de gala para los muy dignos —dice Alexander con una mueca burlona.

—Yo no describiría exactamente el evento de anoche como una gala para los muy dignos —admito sin pensar, viendo a Nathaniel apretar los labios mientras intenta contener su frustración.

Avery levanta una ceja, una simple señal para que nos expliquemos mejor.

—Parece que el Duque de Devonshire está empeñado en mostrarle a Briony los rincones más escandalosos e inoportunos de la sociedad —dice Nathaniel renuente a dar más explicaciones, su voz cargada de una mezcla de cansancio y molestia.

—¿Y que había de escandaloso en esa reunión? —insiste Alexander, intrigado.

—Todo —respondo impulsivamente, antes de que Nathaniel añada con más cautela:

—Era una fiesta de máscaras... con ciertas... licencias.

—¿Y tú se lo permitiste? —interviene Avery con un tono cargado de sorpresa.

—La saqué de allí tan pronto como pude, pero... yo no soy su guardián. Briony es completamente capaz de tomar sus propias decisiones, escandalosas o no —responde Nathaniel, con tono firme mientras aparta su taza y cruza los brazos, mostrándose más tenso.

—¿Y Lady Preston? ¿La dama de tu interés donde queda en todo esto? —pregunta Alexander con picardía, observando con atención la reacción de Nathaniel.

Él abre los ojos, dándose cuenta de que la dejó allí, en la fiesta y me mira con una mezcla de

frustración y resignación.

—Mira, Alexander, yo no soy como tú. No sé fingir un interés que no siento —le dice sin quitarme los ojos de encima.

—Eso es evidente —comenta Avery, observando el intercambio entre Nathaniel y yo. Se gira hacia mí con una expresión divertida—. Veo que Briony está al tanto de todo. Dijimos que...

—Sí —concede Nathaniel con reticencia—. Y no me importa lo que decidimos, Avery. No estoy aquí para jugar al escondite.

Alexander, apoyando los codos sobre la mesa y con una expresión grave que contrasta con su habitual desenfado, mira a Nathaniel y luego a mí.

—Briony, por favor, asegúrate de no caer en las garras de un duque libertino —solicita con una voz que intenta sonar preocupada pero no oculta del todo su tono jocoso.

—Hart es simplemente un amigo —me defiendo con una sonrisa, intentando aligerar el tono mientras tomo un sorbo de mi té.

—¿Hart? —repite Alexander, elevando una ceja en burla y luego dirigiendo una mirada cómplice a Nathaniel, quien no puede evitar sonreír.

—Bueno, mientras esto no termine en un duelo o con alguien exiliado, supongo que todo está bien —comenta Avery, elevando su taza de té con una sonrisa.

Sin perder el ritmo, Alexander se inclina un poco más hacia Avery, bajando la voz en un susurro audible solo para los presentes.

—¿Crees que podría llegar a ese extremo? —pregunta con un tono cargado de misterio y complicidad.

—Bueno, dado que es bien conocido por su temperamento... —comenta Avery, haciendo una pausa dramática—. Es sin duda el menos templado de todos.

—Oh, por favor, ser menos templado que tú apenas es un logro, Avery —interrumpe Alexander, con una carcajada.

—Yo también he tenido mis momentos —responde él con una leve sonrisa.

—¿Podéis dejar de hablar de mí como si no estuviera presente? —se queja Nathaniel antes de dar un sorbo a su taza sin dejar de observar a los dos hombres.

—Estoy pensando… —comienzo, con la mirada fija en la mesa del desayuno, observando los detalles de la vajilla y el suave resplandor de la mañana entrando por las ventanas.

—Que Dios nos coja confesados —murmura Alexander con su típico tono sarcástico.

Le lanzo una mirada exasperada antes de continuar.

—Debemos averiguar si ese tal Lord Wentworth es realmente quien buscáis y, a priori, parece dispuesto a entablar una relación cordial conmigo, por lo que...

—No —interrumpe Nathaniel, su voz seca y cortante mientras sigue cruzado de brazos.

—¿Por qué no? —pregunto airada—. Ninguno de vosotros puede acercarse a él sin levantar sospechas y Lady Preston no parece ser un enlace fiable. Tía Emily se acercó a Lord MacGregor para infiltrarse en su círculo... Yo podría hacer lo mismo.

—No —repite Nathaniel con firmeza—. Ese escocés no era ni de lejos tan peligroso como Wentworth, Briony, y además...

—¿Además qué? —insisto, buscando entender su renuencia.

—Emily es mucho más cautelosa que tú y él te descubriría enseguida. No sabes disimular —explica, su preocupación evidente.

Alexander intenta intervenir, pero Nathaniel lo corta de nuevo.

—No, Alexander. Y Balthair está de acuerdo conmigo. No puedes involucrarte en esto.

—Pero tú ya me has involucrado —señalo exasperada.

—Informarte no es lo mismo que usarte de cebo —afirma Nathaniel, marcando una clara distinción.

—Acabas de decir que soy capaz de tomar mis propias decisiones —le reprocho, frustrada.

—Pero no cuando tu seguridad está en juego de una manera tan peligrosa —responde él, la firmeza en su voz no deja lugar a réplicas.

—Hagamos una votación —propongo, intentando buscar apoyo en los demás.

—Tres votos en contra, cuatro si contamos a Balthair, la respuesta es no. Ya lo tienes, Briony —insiste, cerrando la discusión con una mirada que no admite más debate.

Adele aparece en la puerta, su voz cargada de enfado rompe el tenso silencio que se ha formado en la habitación.

—¿Quién demonios es ese Lord Wentworth? —exige saber.

Todos nos sobresaltamos, sorprendidos por su inesperada presencia. Lleva un vestido holgado, apropiado para su avanzado estado de embarazo, y sus ojos brillan con una mezcla de ira y curiosidad.

—Mierda —murmura Alexander bajo su aliento, pero el silencio prevalece bajo la implacable mirada de Adele.

Ella avanza un paso, su expresión feroz.

—Mirad, tengo los tobillos hinchados como los de un elefante —suelta, bajando los ojos hacia ellos—. Eso creo porque ya ni me los veo. Mi estómago no para de darme vueltas, estoy cansada y enfadada la mayor parte del día y no estoy para secretitos familiares. Así que, vais a explicarme ahora mismo qué está pasando y por qué demonios no me habéis dicho nada.

El tono de su voz no admite excusas; es una demanda clara de transparencia y honestidad. Nadie se atreve a hablar primero, conscientes de que cualquier cosa que digan podría intensificar su furia.

—Creemos que es Oliver Ashford —confirma Balthair con un tono sombrío a su espalda.

—¿Oliver? ¿Mi exprometido? —repite Adele, su voz llena de incredulidad, mientras se gira hacia Balthair. Este asiente, la seriedad marcada en su rostro.

—Nathaniel ha estado tras su pista por los mares durante años, pero Ashford es astuto y resbaladizo como un pez.

Adele palidece al escuchar esto, la sorpresa y el enfado evidentes en su expresión. Nathaniel toma la palabra, con tono grave:

—Oliver se dedica al tráfico ilegal de personas, los compra y vende como si fueran mercancía y los transporta en sus barcos. Lleva años en este nefasto negocio. He estado tras él, intentando poner fin a sus operaciones.

Avery añade con un tono de respeto y admiración:

—Nathaniel ha enfrentado innumerables peligros en alta mar, persiguiendo a Ashford. En más de una ocasión, ha salvado a grupos de personas que estaban destinadas al mercado de esclavos. No muchos habrían tenido el coraje de enfrentarse a los riesgos que él ha asumido.

Nathaniel se aclara la garganta antes de explicar cómo llegó a la pista de Oliver en Londres, su voz se endurece con cada palabra:

—Descubrimos que Oliver estaba en Londres a través de una serie de documentos interceptados en uno de sus barcos que logramos abordar cerca de las costas de Francia. En ellos encontramos correspondencia que indicaba sus intenciones de estar en la ciudad y sus conexiones aquí.

Se detiene un momento, midiendo el impacto de sus siguientes palabras:

—Entre esos contactos, aparece el nombre de Lady Preston. Hace negocios con ella. Por lo que hemos recopilado, Oliver le ha proporcionado jóvenes bajo la fachada de que son sirvientes traídos de distintos rincones de Europa.

Avery interviene, su tono es serio y preocupado:

—Jóvenes que Lady Preston usa para su propio entretenimiento, y posiblemente ofrece como parte de sus fiestas privadas a selectos grupos de la aristocracia.

Nathaniel continúa:

—Por eso he fingido estar interesado en ella. Organiza regularmente eventos donde, bajo el disfraz de exclusivas reuniones sociales, se llevan a cabo actividades que... cruzan los límites de lo legal y moralmente aceptable.

Me vuelvo hacia Nathaniel, mi sorpresa palpable.

—Lo de ayer... esa fiesta en la que estuvimos… —comienzo, mi voz vacilante.

Nathaniel asiente con gravedad.

—Sí, es uno de esos eventos. No es solo Lady Preston quien los organiza —confirma con un tono sombrío.

—Y entonces... el joven que me besó... ¿podría ser uno de ellos? —pregunto, la voz temblando ante la revelación.

De nuevo, Nathaniel asiente.

—¿Por qué no me lo dijiste antes? —le reprocho, la ira mezclándose con mi miedo.

Balthair interviene con su voz profunda y preocupada:

—¿Quién te besó, Briony? ¿Y a qué clase de fiesta fuiste anoche?

—No pasó nada, Balthair. Yo estuve con ella todo el tiempo —responde Nathaniel rápidamente.

—¿Incluso cuando un hombre la besaba? —insiste Balthair con una mezcla de protección y acusación en su voz.

—Sí, y lo habría evitado con mucho gusto. Créeme —afirma Nathaniel, la frustración clara en su voz.

La tensión en la habitación es palpable mientras todos procesan la gravedad de la situación, y Nathaniel busca en mis ojos una señal de entendimiento o perdón.

—¿Estaba Oliver allí? —pregunta Adele casi sin voz.

—No lo sé con certeza. Todo el mundo llevaba máscaras y se mantenía en el anonimato —explica Nathaniel, su voz reflejando la frustración de no poder dar una respuesta más concreta.

—Hay que atraparlo y llevarlo ante la justicia, sea como sea —habla Adele con un tono decidido, pero luego su expresión cambia a una de frustración y coloca una mano sobre su vientre abultado—. Y yo aquí, inútil por culpa de esta cosa que tú —le increpa a Balthair —has puesto dentro de mí y no para de crecer.

Balthair sonríe con ternura ante la descripción de su futura progenie.

—No estoy seguro de que «cosa» sea el término más cariñoso para referirse a tu hijo...

Alexander, que nunca pierde la oportunidad para un comentario, interviene:

—Tal vez «pequeño tirano» sería más adecuado, considerando de quién viene.

Adele ignora la broma y se dirige a mí con una mirada firme.

—Briony, necesitas hacerte ver en el parque, lleva un libro que pueda dar pie a una conversación. Ahora que Oliver sabe quién eres, se acercará a ti. También asistirá al baile de los Chesterfield. Asegúrate de ir con el Duque.

Nathaniel se pone tenso, claramente en desacuerdo.

—Espera, Adele, ¿qué estás sugiriendo? Ese hombre te secuestró y ¿vas a exponer a Briony así?

—No hay nadie en quien confíe más que en ella para manejar esta situación. Es más capaz que cualquiera de nosotros de atraer y enfrentarse a ese hombre. Es hora de cambiar de estrategia —responde Adele con una convicción que deja poco espacio para la réplica—. Son cuatro votos a favor contra dos, eso gana por mayoría —añade, mirando alrededor de la mesa.

Avery, quien había permanecido en silencio, levanta las manos en señal de rendición.

—Yo... todavía no he dicho nada.

—No necesitas decir nada, tu voto siempre cuenta como apoyo a la causa más sensata —responde Alexander con una sonrisa.

La tensión en la habitación es palpable mientras todos asimilan el peligro y la responsabilidad de la tarea que Adele ha delegado en mí.

Alexander intenta aliviar la tensión con un recuerdo ligero:

—Recuerda, Nathaniel, aquella vez que Briony se encontró con un ladrón en el granero y cómo lo dejó fuera de juego con una patada en... digamos, una zona bastante delicada de la anatomía masculina.

Nathaniel, sin embargo, no parece dispuesto a suavizar su postura.

—Oliver Ashford no es un simple ladrón de poca monta —contesta con seriedad, captando la atención de todos—. He perseguido a ese hombre durante años. No comprendéis la magnitud de su crueldad, su completa falta de humanidad. Después de seguirle la pista hasta uno de sus... purgas, he terminado vomitando por lo que he visto. Lleva a cabo carnicerías sin rastro de misericordia y no le importa que sean hombres o mujeres. Es inclemente con todos ellos. —Su tono es sombrío, y la intensidad en sus ojos revela la profundidad de las atrocidades que ha presenciado—. Y muy probablemente te odia, Balthair. ¿Vas a dejar a tu hija en sus manos?

Balthair frunce el ceño, contemplando la gravedad de la situación, pero Adele interviene antes de que pueda responder.

—No estamos dejando a Briony en sus manos, Nathaniel —dice con firmeza, su voz cortante a pesar de su estado—. Estamos utilizando nuestra mejor carta. Briony es astuta, valiente y, sobre todo, sabe cuidarse. Además, no estará sola en esto.

Nathaniel me mira, buscando algún indicio de miedo o duda, pero encuentra una determinación que le es demasiado familiar. Se pasa una mano por el cabello, claramente frustrado.

—No me malinterpretes, Adele. Confío en Briony más que en nadie, pero Ashford es peligroso. Si algo le pasara...

—Nada me pasará, Nathaniel —interrumpo, intentando infundir en mi voz tanto coraje como pueda—. Y si podemos atraparlo, evitaremos que lastime a otros. ¿No es eso lo que has estado intentando hacer todos estos años?

Alexander se inclina nuevamente, tratando de aliviar la tensión con un poco de humor:

—Vamos, Nathaniel, es Briony. Probablemente terminará pateando a Ashford en esa misma zona delicada.

CAPÍTULO 28

Camino junto a Lady Worsley por Hyde Park, el paseo más elegante y concurrido de Londres en 1822. Nuestro propósito no es otro que captar la atención de Lord Wentworth.

El parque hoy se ha transformado en un escenario vibrante; mantas extendidas sobre la hierba para un picnic improvisado, sándwiches de pepino y té a la sombra de los árboles centenarios. Los caballeros, ataviados con pantalones y camisas blancas, parecen inmunes a la suciedad mientras se entregan a una partida de cricket.

Algunas damas, entre risas y secretos, hacen apuestas sobre otros caballeros que compiten corriendo, tratándolos como si fueran caballos de carreras. Aunque sé que Nathaniel y Alexander rondan cerca, mi deber es permanecer sentada bajo una carpa, participando en conversaciones frívolas que apenas logran captar mi interés.

En medio de una de estas charlas, una dama, con un tono curioso y apenas disimulado, se inclina hacia mí y pregunta:

—Señorita Chisholm, querida, cuéntenos más sobre su amistad con el Duque de Devonshire —inicia Lady Harcourt, una dama de ojos curiosos y voz suave.

—Oh, su compañía me es muy grata. Es muy divertido —respondo con un tono casual, ajustando el abanico en mi regazo.

—He oído que sus padres, los duques, tenían un arreglo bastante... poco común —comenta Lady Ingram con un levantamiento de ceja—. Que incluso la amante de su padre era la mejor amiga de la duquesa. Y cuando ella falleció, su padre no tardó en casarse con su amante.

Las damas cercanas inclinan sus cabezas, agudizando el oído.

—Dicen que esa amiga... era amante de ambos —interviene Lady Smythe con una risita conspirativa.

Lady Worsley, que había estado escuchando con una mezcla de interés y horror, se lleva un pañuelo a la boca, claramente escandalizada.

—¡Qué escándalo! No puedo creer que tales... arreglos existieran entre personas de nuestra clase —exclama, mirando a su alrededor como si temiera que las mismas hojas de los árboles pudieran escuchar y esparcir el chisme.

—Oh, querida Lady Worsley, ¿de verdad piensa que nuestro círculo es inmune a tales... extravagancias? —pregunta Lady Ingram, con un tono de diversión en su voz.

Mientras la conversación fluye, una de las damas, con un aire de suficiencia, se dirige a mí con una sonrisa forzada.

—Su tez es tan... exótica. ¿Nunca ha pensado en utilizar algún remedio para aclarar tu piel? Yo uso una infusión de manzanilla que es maravillosa, o los polvos de perlas que son

absolutamente divinos para dar luminosidad.

Su comentario, cargado de una crítica velada, me hace fruncir el ceño ligeramente, aunque mantengo la compostura. Lady Worsley, al captar la tensión, interviene rápidamente, con un tono que intenta ser conciliador.

—Oh, pero la señorita Chisholm tiene una belleza tan natural y única, querida —dice, lanzándome una mirada de complicidad—. Esas modas de palidecer la piel son tan del siglo pasado. Además, la naturalidad es lo que ahora se lleva en la corte francesa, ¿no es así? Y su piel hace destacar el color de sus ojos tan claro y gris.

—Yo conocí a alguien con ese mismo color de ojos —comenta la señora Godwin, viuda de un banquero muy rico, lo que la coloca cerca de la cima de la pirámide social—. Supongo que su parentesco con Sir Balthair Chisholm es evidente.

—Es mi tío —respondo con una sonrisa educada—. ¿Lo conoce usted personalmente?

—Sí, su tío era un gran amigo de mi hermano, Lord Ashford —revela la señora Godwin, y su tono evoca un pasado lleno de recuerdos que parece alegrarle la mirada.

Contengo el aliento, aunque mantengo mi expresión serena y mi interés puramente social.

—Oh, sería maravilloso si pudieran reunirse de nuevo. ¿Dónde se encuentra su hermano ahora? —pregunto, intentando sonar tan casual como me es posible.

La expresión de la señora Godwin cambia abruptamente, oscureciéndose con una sombra de tristeza.

—Murió —dice drásticamente—. En un naufragio nefasto, hace algunos años. Una verdadera tragedia para todos quienes lo conocimos.

La noticia me sorprende y me obliga a recalibrar rápidamente mis pensamientos. Me muerdo ligeramente el labio, mostrando la debida empatía por su pérdida.

—Lamento mucho escuchar eso —respondo con sorpresa—. Debe haber sido muy duro para usted y su familia.

La señora Godwin asiente con solemnidad, su mirada perdida en recuerdos lejanos.

—Mi madre nunca lo superó y poco a poco se fue apagando... —Hace una pausa, sus ojos reflejan una mezcla de tristeza y resentimiento—. Creo sinceramente que la causante de todo fue aquella mujer de la que se enamoró Oliver. Desde que apareció, la desgracia no dejó de perseguir a nuestra familia.

Lady Worsley, siempre interesada en los chismes y las historias dramáticas, inclina la cabeza, animándola a continuar.

—¿Qué sucedió exactamente? —pregunta con un tono lleno de curiosidad.

La señora Godwin suspira, como si el simple acto de recordar fuera un peso.

—Era una sencilla institutriz, pero logró seducir a mi hermano con sus artimañas. No solo me robó unas joyas muy valiosas, sino que, después de que Oliver descubriera su verdadero carácter, se fugó seduciendo a su mejor amigo —explica con un tono amargo, clavando su mirada en mí como si buscara una reacción.

—Es curioso, señora Godwin, cómo cambian las historias dependiendo de quién las cuente

—digo con un tono que no logra ocultar mi disgusto. La sorpresa y la indignación se entremezclan en mi voz mientras me obligo a mantener la compostura—. La versión que yo he escuchado es completamente distinta. Pero, por respeto, prefiero no compartirla.

La señora Godwin me mira con una mezcla de sorpresa y quizá un poco de recelo, su ceja arqueada en un gesto de desafío sutil.

—Oh, ¿es así? —responde ella, con desdén—. Me pregunto qué versión será esa y quién habrá sido tan generoso en alterar la verdad.

—La verdad, señora Godwin, a menudo es más compleja y menos escandalosa de lo que las conversaciones de salón nos quieren hacer creer —replico, sosteniendo su mirada firmemente.

Lady Worsley interviene, quizá percibiendo la tensión creciente, con una risa nerviosa y un cambio rápido de tema.

—Bueno, ¡qué día más espléndido para un picnic! ¿No creen, damas? —dice, señalando hacia los grupos alegres dispersos por el césped. Su intervención es oportuna, pero el aire entre la señora Godwin y yo queda saturado de un silencio cargado.

—En cualquier caso, ella nunca estuvo a la altura de mi hermano, ni mucho menos de su amigo. ¿Un caballero de la nobleza escocesa casándose con alguien de una familia tan humilde? Las clases sociales existen para mantener cierto orden y diferenciación en nuestra sociedad —afirma la señora Godwin con un tono que denota firmeza en sus convicciones.

—Las personas no deben ser juzgadas ni valoradas por su cuna, sino por sus acciones y su carácter. Y permítame decirle, he conocido a nobles que carecen de la nobleza que su título sugiere, y a gente común que posee una grandeza que ningún título podría conferir.

La señora Godwin parpadea, sorprendida por mi vehemencia. Algunas de las damas presentes intercambian miradas.

—Y si alguien elige amar más allá de esas barreras artificiales, deberíamos celebrarlo, no condenarlo. La valentía de vivir según los propios términos es lo que verdaderamente deberíamos admirar. Tal vez no habría tantos amantes clandestinos entre la nobleza, ni esposos abandonando tan rápidamente sus camas conyugales, si se casaran por amor en lugar de por interés y para mantener un estatus social.

—El amor es para los pobres —insiste Lady Godwin, con un tono de desdén que no logra ocultar una cierta amargura.

—Pues siento compasión por todas ustedes, porque nunca conocerán lo que es despertar cada mañana con una sonrisa, simplemente porque podrán ver el rostro de quien aman. Nunca sentirán ese cosquilleo en el estómago cuando esa persona especial les tome de la mano, ni conocerán la calidez de un abrazo que parece fundir todos los miedos del mundo ni sentirán esas caricias que hacen latir el corazón más rápido. Ese amor, Lady Godwin, es el mayor tesoro que alguien puede tener, y no se compra con oro ni se negocia en los salones de baile —les increpo sin poder contenerme—. Buenos días —les digo después.

Tras despedirme bruscamente, me alejo de ellas, caminando con paso decidido hacia el estanque de patos del parque. Mis puños están cerrados, y mi ceño fruncido no hace más que profundizar con cada paso.

«¡Cómo se atreven estas estiradas cacatúas a juzgar el amor de Balthair y Adele, un amor

que he admirado desde niña, que me ha enseñado lo que significa amar y ser amado con una ternura y respeto que trasciende cualquier otra cosa».

*****

Un rato después, noto la presencia de un caballero vestido de oscuro, su rostro parcialmente oculto bajo un sombrero de ala ancha. Sin mirarme, habla con una voz que reconozco de inmediato.

—Briony... no dejes que te afecte lo que dicen —dice Nathaniel suavemente, tratando de calmarme—. Debes recordar que no todos verán las cosas como tú. La mayoría está demasiado atrapada en sus propios prejuicios y en mantener las apariencias.

«Claro, mantengamos las apariencias. Nada dice tanto integridad como esconder lo que realmente somos».

—Lo sé, y usualmente puedo manejarlo, pero cuando se trata de algo tan cercano a mi corazón... —Mi voz se quiebra ligeramente, revelando más de lo que pretendía.

Él sonríe más ampliamente.

—¿Qué normalmente puedes manejarlo? Briony, eres una de las personas más fuertes y apasionadas que conozco. Pero no eres moderada en absoluto. Nunca puedes callarte nada que encuentres injusto.

—Oye, eso no es cierto… del todo. Acaso ¿has oído lo que se ha dicho? —pregunto, aún con la voz cargada de rabia y apenada por la mención de su familia como algo indigno.

Él asiente despacio, sus gestos reflejan una paciencia y un pesar profundos.

—Sí, lo he oído. Te dije que estaría cerca, aunque no me vieses y comprendo por qué te duele, pero las opiniones de otros no importan. Ellos no viven ni respiran por ti; su visión del mundo no define la tuya.

—El amor de ellos es el ejemplo que siempre he querido seguir —admito, sintiendo cómo la rabia da paso a una tristeza momentánea.

Nathaniel se ajusta el sombrero, ocultando sus ojos de los rayos del sol que ahora se reflejan sobre el estanque, creando destellos sobre el agua.

—Y es un buen ejemplo a seguir. El amor genuino, el que ellos comparten, es raro y, por lo tanto, a menudo incomprendido. Pero es real y fuerte —dice con convicción.

—Y… mutuo —digo con tristeza—. No debe haber nada mejor en el mundo. Cuando ellos se miran, parece que no hay nadie más a su alrededor.

Nathaniel me mira con curiosidad y parece que va a decir algo cuando otra figura emerge del camino.

—Mi querida Briony —dice Devonshire—. ¡Qué alegría ver una cara amiga en este circo! La perdí de vista durante la fiesta en casa de los Crawford.

Nathaniel interrumpe a Devonshire con un tono que no deja lugar a dudas sobre su descontento.

—Yo la saqué de allí —dice, su voz tensa y la mirada fija en el duque, marcando territorio de alguna forma.

Devonshire levanta las manos en un gesto de paz y me mira con una sonrisa encantadora.

—Mi más sincera disculpa si se sintió incómoda, Briony. No era mi intención. A veces estos eventos pueden volverse un poco... excesivos —admite con un ligero encogimiento de hombros.

—Entonces, ¿cuál era exactamente su intención al llevarla a un evento de esa naturaleza? —Nathaniel no puede contener el reproche en su voz.

Devonshire me mira directamente, buscando transmitir sinceridad.

—No era aprovecharme de la situación ni de Briony de ninguna manera indebida —responde con calma—. Tampoco sabía muy bien en qué consistía. Solo me dijeron que era desinhibida y que en ella se podía ser uno mismo.

Nathaniel frunce el ceño, claramente no convencido.

—Si hubiera intentado algo inapropiado, le aseguro que su cabeza habría salido volando —le interrumpe Nathaniel.

—Muy moderado, Nathaniel, sí —le murmuro incrédula.

Devonshire levanta las cejas, impresionado, pero sonríe con resignación.

—Aprecio su claridad, Capitán Harwood.

Nathaniel no parece amilanarse, y su mirada permanece firme y alerta.

—Solo asegúrese de que sus futuras invitaciones sean apropiadas —dice con un tono que no admite réplica.

—¿Un paseo en barca lo sería? Lady Lamb está por aquí y nos acompañará. Podemos ir los cuatro o… ¿está lady Preston por aquí? No le he visto con ella últimamente —dice, su tono insinuante.

Nathaniel responde con una frialdad calculada.

—Es posible que Lady Preston simplemente se haya cansado de mi compañía —dice de forma seca y cortante, evitando entrar en detalles.

Devonshire sonríe con una mezcla de incredulidad y diversión.

—Oh, lo dudo mucho. Parecía completamente cautivada por usted, capitán —comenta, observando la reacción de Nathaniel.

Él ignora el comentario y cambia de tema, claramente incómodo con la dirección de la conversación.

—Briony, ¿te gustaría dar ese paseo en barca? —pregunta, intentando desviar la atención de Devonshire.

—Me encantaría —respondo con entusiasmo, agradecida por la oportunidad de cambiar de ambiente y aliviada de alejarme del tema de Lady Preston.

Devonshire sonríe, satisfecho con mi aceptación.

—Perfecto. Lady Lamb estará encantada de tener otra compañía femenina, y yo estaré encantado de tener la suya, Briony.

Mientras nos dirigimos hacia el pequeño embarcadero donde una barca de remos nos espera,

siento la tensión entre Nathaniel y Devonshire.

Nathaniel camina a mi lado, su postura rígida y su mirada fija en el camino de delante. Devonshire, por su parte, parece disfrutar sutilmente de la incomodidad de Nathaniel, lanzándole miradas ocasionales que mezclan provocación con curiosidad.

Al llegar al embarcadero, Lady Lamb nos saluda con una sonrisa radiante, aliviando un poco la atmósfera tensa.

Devonshire lanza una mirada a Nathaniel y comenta con una sonrisa burlona:

—Dado que tenemos un capitán de barco entre nosotros, estoy seguro de que nuestra pequeña travesía será la más segura posible.

Lady Lamb, animada y siempre dispuesta a aligerar el ambiente, añade con un tono juguetón:

—¡Oh, maravilloso! Alguien que realmente sabe manejar los remos. Eso sí que es una novedad.

Luego, girando hacia mí con una curiosidad chispeante, pregunta:

—Pero cuéntenos, querida Briony, ¿cómo va esa búsqueda de un esposo? ¿Algún candidato interesante en el horizonte?

Miro a Nathaniel, cuyo ceño se frunce ligeramente ante la pregunta, aunque rápidamente se concentra en prepararse para remar. Se quita la chaqueta con movimientos deliberados y se remanga la camisa, mostrando una determinación tranquila mientras toma los remos.

Los demás esperan mi respuesta entretanto yo solo lo observo a él, entusiasmada por la forma en que se ondulan sus músculos con el movimiento.

—¿Y bien? —insiste Lady Lamb, con una mezcla de impaciencia y curiosidad.

—Se ha distraído, dale un momento —interviene Devonshire, su voz teñida de diversión.

Recobrando la compostura, les revelo con una sonrisa traviesa:

—En realidad, hay un hombre que ha capturado mi interés de manera especial.

Lady Lamb finge escuchar un sonido lejano y dramático.

—Oh, creo que acabo de oír romperse un corazón —bromea, llevándose la mano a la oreja.

Devonshire se une al juego, fingiendo dolor.

—Sin duda el mío. Dígame, Briony, ¿con quién tendré que batirme en duelo por su afecto?

Nathaniel frente a mí rueda los ojos con irritación ante el comentario del duque.

—Se trata de Lord Wentworth —digo, observando sus reacciones.

—No lo conozco —murmura Lady Lamb, frunciendo el ceño.

Devonshire frunce el ceño también:

—¿Lord Wentworth? Ese hombre es un enigma. ¿Cómo es que le interesa alguien tan misterioso y… desfigurado?

—Bueno, dije que me interesa, no que me casaré con él. Hart, ¿qué sabe de él? —pregunto,

volviendo mi atención hacia Devonshire.

—Poco, realmente. Es algo escurridizo. Nadie parece conocerlo bien, aunque se mueve en los círculos de Londres como pez en el agua —responde, encogiéndose de hombros.

Lady Lamb interviene con curiosidad:

—Un hombre salido de la nada y con un título es ciertamente raro. Debería hablar con Lady Worsley, querida, ella conoce todos los secretos y cotilleos de la ciudad.

La mirada de Nathaniel se cruza con la mía, llena de una intensidad que sugiere una conversación pendiente.

—¿Qué opina usted de ese hombre, Capitán Harwood? ¿No es Lord Wentworth amigo de Lady Preston? Sin duda ella podría darle más información a Briony —comenta el duque.

Detiene brevemente los remos, clavando sus ojos en el duque antes de responder. Su tono es cauteloso, medido, pero su expresión muestra una clara desaprobación.

—No conozco a Lord Wentworth y Lady Preston... —hace una pausa, eligiendo sus palabras con cuidado— es alguien a quien apenas conozco más allá de lo superficial.

Devonshire levanta una ceja, evidentemente intrigado por la frialdad en la voz de Nathaniel.

—Vaya, me sorprende, Capitán. Pensé que alguien con su... experiencia tendría una red de contactos más amplia. Especialmente con alguien tan comentado últimamente como Lord Wentworth.

Nathaniel sonríe con cierta ironía, sus manos ajustan los remos antes de responder.

—Prefiero mantener cierta distancia de algunos círculos, Duque. Y en cuanto a la señorita Chisholm, su interés en cualquier caballero, incluso en Lord Wentworth, es asunto suyo, aunque, por supuesto, siempre estaré cerca para aconsejarla o asistirla si es necesario.

—Eso suena muy noble de su parte, aunque por experiencia sé que incluso los caballeros pueden tener secretos o, peor aún, agendas ocultas —responde Devonshire, enviando una mirada cómplice hacia mí, como si compartiera algo conmigo que solo él y yo podríamos entender.

Miro a Nathaniel, esperando que responda, pero él simplemente se concentra en remar, llevándonos suavemente a través del agua, su perfil serio y pensativo contra el fondo del lago tranquilo.

Lady Lamb se inclina hacia mí con una sonrisa astuta, claramente disfrutando de la conversación ligera pero cargada de insinuaciones.

—¿Y qué opina de nuestro querido Hart, señorita Chisholm? —me pregunta, sus ojos brillan con curiosidad—. Parece que llevamos esperando que se case desde hace una eternidad. De hecho, las apuestas sobre cuándo ocurrirá son tan altas como la catedral de San Pablo desde que se os ha visto juntos en varias veladas.

Sonrío, encontrando la situación tanto divertida como ligeramente incómoda.

—El duque es un hombre encantador y un amigo estimado —respondo con diplomacia—. Ciertamente, su compañía es siempre agradable y su consejo, valioso. Pero temo que las apuestas podrían estar colocadas en el lugar equivocado.

Devonshire, que ha estado escuchando con atención, suelta una risa.

—¡Oh, parece que los apostadores de Londres necesitarán revisar sus libros! —exclama, claramente entretenido por mi respuesta.

—Pero, ¿no es la amistad una buena manera de comenzar un matrimonio? —comenta Lady Lamb—. Mi esposo es un gran apoyo para mí, aunque nuestros corazones viajen en direcciones apuestas.

Nathaniel, que ha mantenido un perfil bajo durante este intercambio, simplemente continúa remando, aunque un pequeño rictus se forma en su boca, indicando que sigue cada palabra con atención.

—Yo siempre he pensado que la amistad es el mejor cimiento para cualquier relación —prosigo con firmeza—. Pero debo confesar, también creo en la pasión y en el amor que toma por sorpresa, que sacude hasta el alma y hace reconsiderar cada certeza que se tenía.

—¡Vaya! Alguien aquí es una verdadera romántica, ¡y me encanta! —exclama ella, con una risa.

—Ahora me dan más ganas de conquistarla, querida Briony —comenta Devonshire.

El remo se hunde en el agua con un poco más de fuerza, y un silencio cargado de significado se extiende por un breve instante antes de que Nathaniel rompa el hielo.

—No apueste por ello.

CAPÍTULO 29

Narrador Omnipresente

Nathaniel se halla en uno de los reservados del exclusivo White's Club, lugar de encuentro de la aristocracia masculina donde las damas no tienen entrada. Rodeado del tenue resplandor de las lámparas de gas y el aroma del tabaco, se sienta en un sofá de cuero junto a Avery y Alexander. En su mano, una copa de brandy refleja los movimientos lentos y medidos con que la gira, mientras sus amigos esperan una actualización sobre su búsqueda.

—¿Y bien? —pregunta Avery, su voz cargada de expectativa directa y franca.

—No hay rastro de ese hombre por ahora —revela Nathaniel, con un tono que delata su frustración contenida. El líquido ámbar en su copa gira suavemente, un espejo de su inquietud interna.

Alexander, siempre dispuesto a aligerar el ambiente, le lanza una sonrisa socarrona.

—Tal vez porque siempre estás a su alrededor. No hay nada que espante más a alguien interesado que un tipo ceñudo con cara de pocos amigos ahuyentando a todos los posibles pretendientes alrededor de una mujer.

El comentario saca un bufido de Nathaniel, cuyo ceño se frunce en una mezcla de aceptación reticente y negación silenciosa.

—¿Debería despreocuparme, entonces? —plantea Nathaniel, más como un pensamiento en voz alta que como una verdadera pregunta.

Inclinándose hacia delante, apoyando los codos sobre las rodillas, Alexander no pierde su sonrisa.

—Afloja un poco. Entre el Duque de Devonshire y tú, Briony parece estar muy solicitada.

Ese pensamiento hace que Nathaniel se detenga a reflexionar. La línea entre proteger a Briony y coartar su libertad es fina y peligrosa. La imagen de ella, con su vitalidad y capacidad de enfrentarse al mundo, lo persigue constantemente.

Tomando un sorbo de su brandy, busca un momento de consuelo en el calor que desciende por su garganta. A pesar de la ligereza de Alexander, el peso de la responsabilidad que siente no se aligera; si algo, se siente más pesado con cada día que pasa sin progresos. Nathaniel sabe que debe encontrar a Lord Wentworth y asegurarse de que Briony esté a salvo, sin importar el costo personal.

—¿Te fías de ese duque? —inquiere Avery, observando a Nathaniel con una mirada penetrante.

—No —responde tajante Nathaniel, su expresión severa. Sin embargo, añade—, pero Briony disfruta de su compañía, y eso no puedo ignorarlo.

Alexander, quien siempre tiene información valiosa, se inclina hacia adelante.

—He estado investigando al duque. Es un tipo excéntrico y atípico. Nunca ha mostrado interés por una mujer hasta Briony, lo que ha llamado la atención de toda la sociedad. No es solo el título lo que lo hace un partido codiciado; también posee extensas tierras y propiedades. Pero él detesta todo lo que rodea a la aristocracia. Supongo que encuentra a Briony refrescante.

Nathaniel escucha atentamente, procesando cada detalle.

—Es paradójico —comenta finalmente—. Un hombre que rechaza su círculo aristocrático, pero que al mismo tiempo se convierte en el centro de atención por las mismas razones que desprecia. ¿Crees que sus intenciones hacia Briony son genuinas?

Nathaniel asiente lentamente, aunque con una mueca de desaprobación que no logra disimular.

—Briony siempre ha sido... única. Supongo que no debería sorprenderme que haya capturado la atención del duque. Pero eso no significa que tenga que gustarme —admite, frunciendo ligeramente el ceño.

Alexander sonríe con complicidad, percibiendo la tensión subyacente en la voz de Nathaniel.

—Es cierto que las atenciones del duque pueden estar disuadiendo a otros posibles pretendientes —comenta, considerando las implicaciones sociales de tal situación.

Avery interviene con una sonrisa juguetona.

—Y no subestimemos el poder disuasorio de la franca honestidad de Briony. No todos los hombres están preparados para manejar sus verdades sin filtros —dice, provocando una risa contenida de Alexander y un asentimiento resignado de Nathaniel.

Alexander se recuesta en su silla, mirando hacia la chimenea con un aire de nostalgia.

—Ah, siempre supe que Briony se convertiría en una mujer excepcional —comenta con cariño—. Echaré de menos nuestras charlas sin restricciones. Ella nunca me regaña por mis comentarios, al contrario de la mayoría.

Avery sonríe, asintiendo con complicidad.

—Deberías decir por tus bromas a menudo inapropiadas —corrige—. Y eso es porque a ella le divierten más que a nadie.

—Sin duda, como audiencia es insuperable —accede Alexander, su tono ligeramente melancólico—. Si se casa con ese duque, casi siento que la perderemos. Será extraño no verla corretear por los pasillos de Erchless.

Nathaniel, que hasta entonces ha permanecido más callado de lo habitual, no puede evitar intervenir:

—Ella no va a casarse con él. Briony solo lo ve como un amigo que aprecia —afirma con un tono que no admite discusión.

Alexander le lanza una mirada burlona.

—Bueno, ya sabemos de quién está realmente enamorada… pero eso no significa que no acepte un matrimonio con el duque.

—No lo hará —insiste Nathaniel con firmeza.

Avery se inclina hacia delante, clavando su mirada en Nathaniel con una expresión inquisitiva.

—¿Has decidido dejar de fingir? —pregunta con una ceja alzada.

Nathaniel parece desconcertado por un momento.

—¿A qué te refieres? —responde, evitando el contacto visual.

—No te escondas detrás de esa fachada, Nathaniel —dice Avery, su voz baja pero intensa—. Has estado cuidando de ella desde siempre, pretendiendo ignorar lo que ella sentía.

—No es tan simple —repite Nathaniel, su voz baja y pensativa—. Ella es joven y... bien podría haber sido solo fascinación. Siempre pensé que se le pasaría con el tiempo.

Alexander, con una risa resonante, sacude la cabeza.

—Si de fascinaciones hablamos, Briony tendría más razones para sentirse atraída por Avery, que según ella, es el más guapo de nosotros. Dicho por ella, claro está —comenta con un guiño—. Yo creo que donde esté el encanto escocés, que se quite el refinamiento inglés...

Ambos miran a Alexander, con su mirada Harwood típica, azul y penetrante y él finge un escalofrío.

—Bueno, vuestro refinamiento puede ser aterrador, puestos a ser honestos —dice con buen humor.

—Nathaniel... —empieza a decir Avery, dándole un tono cauteloso a la conversación.

—¿Qué? —responde él con un tono algo brusco, claramente no dispuesto a profundizar en discusiones personales.

Avery suspira y comparte una mirada cómplice con Alexander antes de seguir.

—Te has comprado una casa, ¿verdad? No sabía que tenías esa intención.

—No puedo seguir imponiendo mi presencia en la casa de Balthair cada vez que estoy en Londres —explica Nathaniel con un deje de molestia en su voz.

—¿Y por qué no? Yo lo hago —replica Alexander con una sonrisa burlona.

—Supongo que valoro mi privacidad más que tú —responde Nathaniel con un tono seco.

—¿Y eso qué implica exactamente? —inquiere Alexander, curioso—. ¿Qué tipo de... privacidad estás buscando?

—Ninguna en particular —corta Nathaniel rápidamente.

—Siempre el misterioso —comenta Alexander, no pudiendo evitar el sarcasmo.

—El caso es que sí, he comprado una casa y en unos días será oficialmente mía —admite Nathaniel, intentando poner fin a la sucesión de preguntas.

—¿Eso significa que planeas pasar más tiempo en tierra? —presiona Avery, intentando descifrar los planes de su hermano.

—Puede ser —responde Nathaniel, manteniéndose enigmático.

—No te molestes en buscar respuestas claras con este hombre, Avery —bromea Alexander, echando un vistazo a Nathaniel—. Es más probable que descifres los secretos del mar que sus intenciones.

—Lo sé, pero eso no deja de molestarme —comenta Avery, no pudiendo ocultar su frustración.

—Tranquilo, algún día Nathaniel nos revelará todos sus secretos... o al menos uno o dos —dice Alexander, guiñando un ojo a Nathaniel, quien solo responde con una leve sonrisa.

—O quizá nunca lo haga, y todos seguiremos especulando eternamente —añade Avery con un tono resignado, levantando su copa en un brindis solitario.

—Es posible que eso sea lo que atraiga tanto a Briony. —comenta Alexander con una sonrisa—. Su misterio frente a la franqueza de ella podría ser justo el tipo de contraste que hace que las cosas... funcionen.

—Tal vez, pero también podría ser que a Briony le gusten los desafíos —sugiere Avery, con una sonrisa comprensiva hacia Nathaniel—. Y todos sabemos que descifrar a Nathaniel podría ser el mayor de todos.

Nathaniel suelta un suspiro resignado, pero hay un brillo de aprecio en sus ojos.

—Briony no necesita desafíos adicionales en su vida; ya es bastante perspicaz por sí misma —responde, su tono suavizándose cuando menciona su nombre.

—Pero admitirás que la dinámica entre vosotros es única —insiste Alexander—. Y eso, querido Nathaniel, es algo que no puedes negar ni ocultar, por mucho que lo intentes.

Nathaniel asiente lentamente, su expresión se suaviza al pensar en Briony.

—Es cierto, nuestra relación siempre ha sido… diferente —admite finalmente.

—Y tal vez, solo tal vez, sea hora de que empieces a considerar lo que eso significa para ella —sugiere Avery con seriedad.

—¿Quieres decir que debería hacer algo al respecto? —pregunta Nathaniel, con una mezcla de cautela y curiosidad en su voz.

Se queda pensativo, mirando hacia el fondo de su vaso, como si en su contenido pudiera encontrar las respuestas a las preguntas que no se atreve a hacer en voz alta.

Quizá debieras considerar darle algo de espacio —sugiere con cautela.

Nathaniel levanta la mirada, su expresión indescifrable.

—¿Espacio? —pregunta, como si la idea fuera completamente ajena.

—Sí, déjala que ponga los ojos en otro hombre, que tenga la oportunidad de enamorarse de alguien más —continúa Avery, buscando palabras que suenen neutrales, sin insinuar lo que todos saben pero nunca se dice.

Alexander se une a la conversación con una sonrisa burlona.

—Dale la oportunidad de ver qué más hay allá fuera. Siempre puedes estar ahí, ya sabes, como su tío misterioso.

Nathaniel suspira, sabiendo que la sugerencia viene de un lugar de preocupación genuina.

—Es de Briony de quien estamos hablando —dice finalmente—. Ella hace lo que quiere, sin importar lo que yo haga o deje de hacer.

De repente, se levanta bruscamente, dejando su copa sobre la mesa tras vaciarla de un trago.

—Tengo cosas que hacer —anuncia, y sale del club sin más despedidas.

Alexander y Avery observan cómo se aleja.

—¿Qué estamos haciendo exactamente? —pregunta Avery a Alexander, su voz teñida de duda.

—Confía en mí, Avery. A veces es necesario agitar el panal para sacar la miel —responde Alexander con una sonrisa astuta.

—No sé si eso funcionará con Nathaniel. Cuanto más lo presionamos, más se encierra. Él es de los que toman distancia para protegerse a sí mismo y a los demás —replica Avery, frunciendo el ceño.

—A veces, la única manera de saber si algo está realmente roto es empujándolo un poco —sugiere Alexander, sonriendo ligeramente—. Nathaniel podría necesitar un pequeño empujón para ver las cosas más claramente, eso es todo.

Avery suspira, aún escéptico, pero asiente, reconociendo que a veces las tácticas menos convencionales pueden ser necesarias para romper las barreras que uno mismo construye.

—Recuérdame nunca convertirme en tu enemigo —comenta Avery con una mueca.

—Incluso si lo fueras, te respetaría, Avery —responde Alexander, alzando su copa en un gesto de brindis.

Ambos chocan las copas ligeramente, manteniendo el tono ligero pero con un matiz de seriedad subyacente.

CAPÍTULO 30

Nathaniel sale a mi encuentro en el momento en que me dispongo a dejar el jardín trasero de la mansión, donde he estado recogiendo algunas flores para decorar la sala de estar.

—Vamos —dice con urgencia, cogiéndome de la mano.

—¿A dónde vamos? —inquiero con una sonrisa, sorprendida por su súbito ímpetu.

—No preguntes. Es una sorpresa —responde él, guiándome por un sendero que se adentra en una parte del jardín que rara vez visitamos.

Mi curiosidad se dispara mientras sigo sus pasos rápidos, preguntándome qué podría tener planeado.

Un caballo blanco nos espera al final del sendero, su pelaje brillando bajo el sol del atardecer. Nathaniel me ayuda a subir, colocando sus manos en mi cintura con delicadeza pero firmeza, y me acomodo en la silla de montar de medio lado, como dictan las convenciones para las damas.

«Las convenciones, esos pequeños detalles que hacen que la vida sea tan predeciblemente aburrida».

Luego, con un movimiento ágil, Nathaniel monta detrás de mí. Al instante me encuentro rodeada por sus brazos, uno sosteniendo las riendas y el otro asegurándome contra su pecho. La cercanía de su cuerpo y la calidez que emana me hacen sentir un cosquilleo inexplicable.

—En Escocia no tendría que montar de esta forma —me quejo, tratando de disimular mi nerviosismo por la proximidad—. ¿Qué problema hay con que las mujeres abramos las piernas?

Nathaniel suelta una carcajada, su pecho vibrando contra mi espalda.

—Briony... —me amonesta con una sonrisa en la voz.

—Es que no entiendo tanta tontería —insisto, no dispuesta a dejar pasar el tema.

—A mí me da problemas que abras las piernas —murmura él, su aliento cálido rozando mi oído—. Y que lo hagas sobre mi montura más aún.

Al captar el doble sentido de sus palabras, un calor me sube a las mejillas y me sonrojo profundamente.

—Parece que siempre te doy problemas, ¿verdad? —digo, mi voz casi un susurro.

—Sí, tienes razón. Muchos, Briony, pero disfruto cada uno de ellos —responde él con un tono juguetón.

Dicho esto, Nathaniel atiza al caballo, que se lanza al trote. Me aferro a él, tratando de estabilizarme mientras el paisaje comienza a pasar rápidamente a nuestro alrededor. En ese momento, solo existen para mí el sonido de los cascos del caballo y el ritmo sincronizado de

nuestros cuerpos.

—Dime adónde me llevas —insisto, mi curiosidad picada por el misterio.

—Ten un poco de paciencia —responde Nathaniel, su voz teñida de diversión.

—¿Acaso me estás secuestrando como un pirata, para llevarme en tu barco en busca de un tesoro? —bromeo, dejando volar mi imaginación.

—No me tientes —dice él, su tono juguetón.

El caballo se desvía hacia un sendero apartado y Nathaniel saca un pañuelo de seda de su bolsillo, mostrándomelo con una sonrisa misteriosa.

—¿Qué es eso? —pregunto, un poco alarmada.

—Un pañuelo. ¿Qué te enseñan en la salvaje Escocia? —se burla él.

—A desconfiar de los pañuelos en manos de rufianes —replico.

—¿Rufián? Eso sí que es un insulto —responde, fingiendo estar ofendido.

Con cuidado, Nathaniel detiene el caballo y desciende primero para ayudarme a bajar. Con el pañuelo en mano, se acerca y suavemente cubre mis ojos, asegurando el nudo detrás de mi cabeza. La tela de seda oscurece mi vista completamente, sumiéndome en la oscuridad.

—Ahora, déjame guiarte —dice, su mano encontrando mi antebrazo y sujetándolo con firmeza pero delicadeza.

Me guía por el sendero con seguridad, su presencia a mi lado es una constante reconfortante. Aunque no puedo ver, la confianza en su toque y la calidez de su cercanía hacen que cualquier aprensión se disipe, dejándome llevar por la aventura que Nathaniel tiene planeada.

—Supongo que este secuestro tiene un propósito. ¿Vas a pedir rescate por mí? Espero que sea una suma considerable —bromeo, intentando adivinar sus intenciones.

—Te subestimas, Briony. Pediría un reino por ti, nada menos —contesta Nathaniel, siguiéndome el juego.

—Espero que este secuestro incluya al menos un buen refrigerio o dos —comento, intentando sonar lo más seria posible.

—Podría incluirlos, pero ¿qué tal si te sorprendo con algo mejor? —responde él, su voz cerca de mi oído.

—Debes estar planeando algo grandioso. ¿O es solo tu manera de mantener cautiva a una dama?

—Briony, no necesito trucos para mantenerte interesada —dice Nathaniel, y puedo imaginar la sonrisa juguetona en su rostro.

—Vaya, veo que hago grandes aportaciones a tu ego —le recrimino y Nathaniel ríe, un sonido rico y cálido que reverbera a nuestro alrededor.

—Si te digo que es un viaje hacia un tesoro, ¿me creerías?

—Depende del tesoro. Si es una tarta de manzana de Mrs. Malloy, entonces quizá consideraría dejarte secuestrarme más a menudo.

—Vamos, que el tesoro espera, y prometo que no incluye tarta de manzana, aunque no descarto incorporarla en futuras negociaciones de rescate.

Continuamos avanzando, y aunque no puedo ver, el sonido de nuestros pasos sincronizados y el olor fresco de la naturaleza me llenan de anticipación. La brisa me trae el aroma de las flores silvestres, y puedo oír el murmullo de agua cercana.

—¿Me llevarás a navegar en un estanque en lugar de en el océano? —pregunto, intentando adivinar nuestro destino.

—Algo así, pero espero que sea aún más impresionante —dice Nathaniel, deteniéndonos. Siento cómo su mano deja mi brazo para posarse en mi espalda, guiándome con cuidado.

De repente, sin previo aviso, me levanta en brazos, y suelto un grito de sorpresa. Mis manos, inicialmente en el aire, ascienden por su pecho y se posan alrededor de su cuello en busca de estabilidad mientras él comienza a subir unas escaleras.

—¿Recuerdas cuántos años tenías cuando me pediste que te cargara así? —me pregunta, con un tono de voz que mezcla diversión y nostalgia.

—Creo que dieciséis, pero me lanzaste sobre tu hombro de manera bastante deshonrosa —le reprocho, recordando aquel momento con una sonrisa a regañadientes.

—Espero que ahora consideres perdonarme —dice él, con una sonrisa audible en su voz.

—No, juré nunca hacerlo. Aún estoy pensando en la venganza adecuada —respondo, intentando mantener un semblante serio.

Nathaniel ríe, un sonido profundo y resonante que vibra contra mi cuerpo.

—Acepto mi castigo —asegura, subiendo el último peldaño y deteniéndose por un momento antes de seguir avanzando.

Al sentir cómo me coloca suavemente en el suelo, mi curiosidad se dispara, pero la oscuridad del pañuelo aún me impide ver. Con un gesto cuidadoso, Nathaniel retira el pañuelo de seda, permitiendo que mis ojos se adapten a la luz.

Frente a nosotros se yergue una elegante casa, con paredes de un blanco inmaculado que reflejan la luz del sol, contrastando con detalles en madera oscura y grandes ventanales que prometen vistas acogedoras del interior.

—¿Es esta tu casa? —le pregunto, mi voz rebosante de emoción y curiosidad.

Él asiente, una sonrisa orgullosa dibujándose en sus labios mientras gira el picaporte con una mano.

—Eres mi primera invitada —me dice con un tono que insinúa tanto honor como nerviosismo.

La puerta se abre con un susurro suave, invitándonos a entrar en lo que promete ser un espacio tan intrigante como su dueño.

Al cruzar el umbral, la calidez de la casa nos envuelve. El interior está elegantemente amueblado, mezclando modernidad y confort con un toque clásico que parece reflejar el carácter de Nathaniel. Los suelos de madera pulida brillan bajo la luz que se filtra a través de las cortinas ligeramente descorridas, y cada mueble parece contar una historia de meticulosa selección.

—¿Te gusta? —pregunta Nathaniel, observando mi reacción mientras cierra la puerta detrás de nosotros.

—Es maravillosa —respondo sinceramente, dejando que mi mirada recorra la sala antes de volver a fijarme en él—. Se siente acogedora, a pesar de su elegancia.

Él sonríe, claramente complacido con mi aprobación.

—Quería que fuera un refugio, un lugar lejos del tumulto del mar y las demandas de mi otra vida —explica, guiándome hacia el salón, donde un par de sofás invitan a sentarse y disfrutar del ambiente tranquilo.

—Un refugio suena perfecto —digo, tomando asiento en uno de los sofás. Nathaniel lo hace a mi lado, dejando un espacio respetuoso entre nosotros.

—¿Quieres algo de beber? —ofrece, levantándose de nuevo—. Tengo un poco de oporto que creo que podría gustarte.

—Vale —respondo, deseando prolongar este momento de compartida tranquilidad.

Él asiente y se dirige a una pequeña barra en la esquina del salón para preparar dos bebidas. Mientras mezcla el whisky con un experto giro de muñeca, no puedo evitar sentir admiración y asombro.

Nathaniel me entrega el vaso con una expresión pensativa.

—Todavía falta comprar algunos muebles y contratar al servicio… He pensado en que tú me ayudaras a decidir. Creo que un poco de tu espontaneidad daría vida a este lugar —dice, y puedo notar un leve matiz en su voz.

—¿Yo? Nathaniel, llenaría todo de cuadros escoceses y cosas poco refinadas, y elegiría al servicio por su simpatía, no por su eficiencia —respondo entre risas.

—Lo sé —afirma él, manteniendo una seriedad que contrasta con mi tono jovial.

—¿En serio me dejarías hacer eso? Emily sería una elección mucho más acertada para aconsejarte. Ella sí que tiene gusto refinado y un ojo crítico —digo, sonriendo ante la idea.

Él suspira profundamente.

—Vamos, te enseñaré el resto de la casa —propone, y nos ponemos en pie.

Noto el pañuelo de seda que Nathaniel ha usado antes descuidadamente tirado sobre una mesa. Una idea me cruza la mente y recojo el pañuelo, acercándome a él con una sonrisa misteriosa.

—Creo que ya sé qué venganza tomaré por aquella vez que me cargaste sobre tu hombro de manera tan poco honrosa —digo, agitando el pañuelo.

—¿Y qué planeas, Briony? —pregunta él, alzando una ceja con curiosidad y un toque de desafío.

—Pues, vas a experimentar algo de tu propia medicina —respondo con firmeza. —Agáchate, por favor.

Con una sonrisa, Nathaniel se inclina obedientemente, y con movimientos suaves, pero decididos, le vendo los ojos con el pañuelo.

—Ahora, guíame —le digo, tomando su mano—. Vamos a ver cómo te manejas en tu propia casa sin ver.

Nathaniel suspira con resignación mientras me ajusto el pañuelo de seda alrededor de sus ojos.

—No conozco la casa demasiado bien todavía —advierte, su voz tintada de diversión.

—Eso lo hace más divertido —respondo, dándole vueltas suavemente.

Sus primeros pasos son torpes y casi lo llevan contra una pared, pero me río y lo detengo justo a tiempo, su cuerpo tenso por la sorpresa.

—Cuidado, casi decoras esa pared con tu nariz —bromeo, y él suelta una carcajada ahogada.

Intenta llevarme hacia lo que él supone que es la cocina, pero al abrir la puerta, nos encontramos en una biblioteca.

—¿Planeas cocinar entre libros? —pregunto, incapaz de contener mi risa mientras él frunce el ceño debajo de la venda.

—Al menos aquí siempre habrá algo para devorar —responde él, su voz llena de diversión.

Guiándose con más confianza ahora, subimos las escaleras hacia el segundo piso. Nathaniel se mueve con una sorprendente soltura, y pronto llegamos al pasillo de los dormitorios. Abre una puerta y entramos en una habitación vacía.

—Este será mi dormitorio —dice él, explorando el espacio con sus manos.

—¿Y dormirás en el suelo? —me burlo, echando un vistazo.

—¿No tiene cama? —pregunta él, fingiendo sorpresa—. Me he equivocado. Es la tuya entonces. Tú serás la que duerma en el suelo.

Intenta quitarse el pañuelo, pero me lanzo hacia sus manos para detenerlo.

—No puedes quitarte la venda, Capitán Harwood —le advierto con una sonrisa maliciosa.

—Eres cruel, Briony —murmura él, su voz baja y ronca.

Nathaniel asiente con una sonrisa que puedo escuchar en su voz, mientras sus manos permanecen cautivas entre las mías. Está sin chaqueta, la camisa ligeramente abierta en el cuello, exponiendo la clavícula marcada y la piel bronceada que contrasta con el tono usualmente pálido de los londinenses. La proximidad revela el calor de su cuerpo, y el ligero aroma de sal marina que aún perdura en él.

—¿Quieres ver mi habitación? —propone, con un tono que bordea la invitación y el desafío.

—¿Serás capaz de encontrarla? —le pregunto, divertida, ante la idea de seguir jugando a este juego de ciegos.

En respuesta, Nathaniel inclina su cabeza hasta que nuestras mejillas rozan suavemente. La textura de su piel contra la mía envía un escalofrío a través de mi cuerpo. Sus labios encuentran los míos en un contacto tan leve que más bien parece una promesa.

—Guíame tú, Briony —susurra, sus labios apenas rozando los míos con cada palabra.

CAPÍTULO 31

Tomo la iniciativa, guiándolo con cuidado a través del umbral hacia su futura habitación. Nathaniel sigue mis indicaciones con una confianza que habla de más que solo juego; es una entrega tácita a lo que pueda traer este momento compartido. La tensión entre nosotros crece, tejida con la promesa de algo indefinido pero intensamente palpable.

Cada paso que damos juntos bajo mi dirección se carga de una electricidad que parece desafiar la ausencia de luz que él experimenta bajo la venda. Al llegar al centro de la habitación, me detengo y, sin soltar sus manos, me coloco justo frente a él, nuestros alientos mezclándose.

—Aquí estamos —digo, mi voz baja casi a un susurro. La cercanía me permite sentir el leve temblor de su cuerpo, una vibración de anticipación o quizá nerviosismo.

Nathaniel se inclina, su intención clara, y esta vez nuestros labios se encuentran con una urgencia que rompe cualquier vestigio de juego.

Nathaniel me guía hacia atrás, hacia la cama que se yergue en medio de la habitación, y su mano baja hasta mi muslo, presionando suavemente mientras sus labios continúan explorando los míos con una urgencia creciente. Su lengua caliente sondea mis labios entreabiertos, vaga bruscamente dentro de mi boca, probándome a fondo, mientras la mía se desliza lentamente por su paladar. Se encuentran y no dejan de acariciarse y enredarse, en un baile que roza lo desesperado.

Con una mano aún en mi muslo, Nathaniel camina hacia atrás hasta que sus piernas chocan contra el colchón. Hace el amago de quitarse la venda de los ojos, pero lo detengo con un suave toque en su mano.

—No, Nathaniel. No puedes quitarte la venda... ni usar las manos —digo, mi voz teñida de desafío y un ligero tono de juego.

Nathaniel emite un suspiro que reverbera entre nosotros, la nuez de su garganta subiendo y bajando visiblemente. Su respiración es profunda y entrecortada, un testimonio del efecto de nuestros besos.—Briony... —su voz es un ronco murmullo lleno de una mezcla de frustración y deseo—. ¿Qué planeas hacer?

Lo miro fijamente, sosteniendo su mirada a pesar de la tela que cubre sus ojos, sintiendo el calor de su cuerpo tan cerca del mío.

—Voy a enseñarte cómo se siente estar completamente a merced de la voluntad de otra persona —respondo con una sonrisa juguetona, aumentando la tensión entre nosotros.

La intensidad de su respiración y la firmeza de su agarre en mis caderas revelan la tormenta que se avecina en su interior. Con un movimiento suave, mis dedos trazan el contorno de los músculos tensos de su pecho, explorando cada centímetro mientras la camisa cae a un lado, dejando su torso expuesto a mi curiosidad y deseo.

Los labios de Nathaniel se entreabren cuando deposito besos ardientes sobre su pecho, cada contacto marcado por su respiración entrecortada. Al llegar a su pezón, lo tomo entre mis labios, succionando suavemente, lo que provoca un gemido ronco que escapa de su garganta controlada.

—Briony... —su voz es un gruñido suplicante, su cuerpo se estremece bajo mi tacto.

Mi respuesta es una mirada desafiante, aún consciente del poder que tengo sobre él en este momento. Con determinación, comienzo a desabrochar los botones de su pantalón. Su erección se libera, imponente y demandante, y mis dedos la recorren, explorando su longitud y firmeza, mientras observo su reacción.

Nathaniel inhala profundamente, su pecho se eleva con cada respiración agitada. A medida que mis dedos danzan sobre su piel, él lucha por mantener el control, sus manos temblando a los lados, deseando tocar, sostener, reclamar.

—No te he traído aquí para esto —consigue decir entre jadeos, la voz temblorosa y cargada de un deseo no planeado—. Esta no era mi intención.

Pero la tentación es demasiado fuerte, y mi deseo de explorarlo, de sentirlo completamente, es abrumador. Ignorando sus protestas, mis labios encuentran los suyos en un beso que sella cualquier duda, un beso que es una promesa y un castigo a la vez.

—Entonces, ¿debería detenerme? —murmuro contra sus labios, la invitación clara en mi voz y en la presión de mi cuerpo contra el suyo.

Nathaniel respira hondo, cada fibra de su ser vibrando con la intensidad del momento. Finalmente, con una mirada que mezcla deseo con resignación, asiente ligeramente.

—Demasiado tarde —susurra, entregándose a la experiencia, a la aventura que yo propongo, permitiendo que, por una vez, el capitán sea guiado en lugar de guiar—. Me estoy desesperando ya.

Al empujarlo, Nathaniel cae de espaldas sobre la cama, y en ese instante, su control se desvanece junto con cualquier restricción previa. Aunque sus ojos siguen cubiertos por la venda, sus manos encuentran mi cuerpo con una urgencia evidente, tirando de mi vestido hacia arriba y de la suya que le imposibilita el paso, quitando las barreras que nos separan e impiden que su sexo llegue al mío.

Me coloco encima de él, sintiendo el calor que irradia de su cuerpo. Mis piernas se extienden a cada lado de sus caderas, y con ambas manos, tomo su miembro, palpando su textura sedosa pero firme. La respiración de Nathaniel se acelera mientras guío su erección hacia mí, el glande grueso, deslizándose entre mis pliegues húmedos, cada movimiento provoca oleadas de sensaciones que recorren mi cuerpo.

Observo los músculos de su abdomen, tensos y definidos bajo mis dedos, la piel bronceada cubierta de un vello fino que la hace más tentadora al tacto. La vulnerabilidad de Nathaniel, con los ojos cubiertos por la venda, añade una intensidad especial al momento; hay confianza en su entrega, una confianza que se siente profundamente conmovedora.

Al ajustarme sobre él, siento la impresionante dureza de su miembro, palpable y exigente. Nathaniel emite un jadeo ahogado cuando me hundo lentamente, tomando todo de él en un movimiento fluido que nos hace a ambos contener el aliento. La sensación de llenura es intensa, abrumadora, mientras comienzo a moverme, mis caderas encontrando un ritmo que él me deja

controlar y que hace mi clítoris golpeé contra su pelvis haciéndome gemir.

—¿Lo ves? Me metes en problemas cuando me cabalgas, Briony —murmura con voz ronca y densa.

Y luego, con un impulso visceral, pierde toda reserva. Nathaniel mueve sus caderas con fuerza. Sus manos se aferran a mis nalgas, las presiona, guiando nuestros movimientos y tirando de mí hacia él, marcando un ritmo que crece en intensidad y profundidad.

Puedo sentir cada pulso de él, cada contorno que me llena más y más profundamente.

—No te contengas ahora —susurra con voz ronca, cada vibración de su voz amplificando las sensaciones que recorren mi cuerpo—. Quiero oír todos tus gemidos, Briony. No me prives de ellos.

Con una sonrisa traviesa y lobuna, de repente cambia nuestra posición, y antes de que pueda reaccionar, estoy debajo de él, tumbada en el colchón. Con movimientos ágiles, se deshace de la venda que cubría sus ojos y me mira directamente, sus ojos oscuros llenos de una intensidad que me hace temblar.

—Parece que no aceptas bien las reglas, Nathaniel —le digo, intentando mantener un tono de reproche a pesar del calor que me consume—. Se suponía que ibas a dejarte guiar por mí, que yo tomaría el mando.

Él sonríe, una sonrisa que habla de desafíos y promesas no dichas.

—Digamos que soy un mal alumno, en lo que a seguir instrucciones se refiere —admite, inclinándose para capturar mis labios en un beso lento y medido que amenaza con derretir todas mis reservas—. Pero puedo asegurarte, Briony, que en otras áreas, soy un experto.

Sus manos se mueven por mi ropa con urgencia, descubriendo mi piel al contacto. Se deshace de cada prenda con una destreza desesperada, dejándome completamente desnuda bajo su mirada. La luz del día entra por la ventana, iluminando cada pulgada de nuestros cuerpos sin ningún velo que nos cubra.

Los ojos de Nathaniel recorren mi desnudez con una intensidad abrasadora, devorando cada detalle de mi piel. Su mirada se detiene en mis pechos, observando cómo mis pezones se endurecen bajo su escrutinio. Luego, sus ojos siguen el camino de mis curvas, apreciando la suavidad de mi abdomen y la línea de mis caderas hasta llegar a mi entrepierna. El deseo en sus ojos es palpable, y puedo sentir cómo su atención hace que mi piel arda.

Nathaniel se yergue frente a mí, su cuerpo esculpido por años de esfuerzo físico, con músculos definidos y una piel bronceada por el sol. Mis ojos se posan en su miembro, duro y firme, apuntando hacia mi vientre. La humedad de ambos lo ha cubierto, haciendo que brille con un resplandor que solo aumenta mi deseo. Es una visión de pura virilidad y poder, una promesa de la intensidad que está por venir.

Se inclina hacia mí, sus manos vuelven a recorrer mi cuerpo, esta vez con una caricia más lenta, como si quisiera memorizar cada centímetro de mi piel. Sus dedos se deslizan por mis costados, bajando por mis muslos y subiendo de nuevo, rozando mis zonas más sensibles con una delicadeza que contrasta con la urgencia de antes. Mi respiración se entrecorta mientras siento cómo cada caricia enciende una llama dentro de mí.

Nathaniel me toma por las caderas y me acerca a él, su miembro rozando mi piel, húmedo y

caliente, provocándome. Mi cuerpo reacciona de inmediato, buscando más contacto, más fricción. Él sonríe, satisfecho con mi respuesta, y sin más preámbulos, se posiciona y me penetra con un movimiento firme y decidido.

El placer es inmediato, un estallido que recorre mi cuerpo y me hace arquear la espalda. Nathaniel empieza a moverse, sus embestidas profundas y constantes, cada vez más intensas. No hay palabras, solo el sonido de nuestra pasión llenando la habitación mientras nos consumimos el uno al otro en una vorágine de deseo y necesidad.

Su boca en mi pecho, caliente y exigente, arranca un gemido de mis labios que se pierde en el aire espeso de la habitación. Cada movimiento suyo es un eco de mis propias fantasías, aquellas que había guardado solo para las noches solitarias y los momentos de deseo inadvertido.

—Esto… es mucho mejor de lo que había imaginado —reconozco entre jadeos.

—¿Cómo lo imaginabas, Briony? —insiste, su voz un ronco susurro contra la curva de mi cuello, provocando un escalofrío que me recorre entera.

—A veces, me imaginaba que un desconocido entraba en mi habitación por la noche. No veía su rostro, solo sentía su presencia, fuerte y dominante —admito, mis manos buscando su cabello, entrelazándose en él para traerlo más cerca.

Nathaniel se detiene un momento, su aliento caliente contra mi cuello, escuchando.

—Estaba dormida y él me despertaba no con palabras, sino con sus manos en mí, reclamándome sin preguntar. Me tomaba por la espalda, sin previo aviso, sin permiso... tan seguro y dominante que no podía hacer más que rendirme —continúo, mi voz temblorosa no solo por la fantasía, sino por la realidad de Nathaniel escuchando cada palabra.

—¿Y qué más, Briony? —susurra Nathaniel, ahora completamente inmerso en la fantasía que le relato.

—Me sujetaba con una mano en la cintura y la otra... la otra jugaba libremente —añado, sintiendo cómo la imagen me invade tanto como las manos de Nathaniel—. No había preliminares, solo necesidad cruda. Nunca decía nada. Solo actuaba. Cada empuje era más profundo, más firme. Su control era absoluto, como si conociera cada rincón de mi cuerpo, cada suspiro que podía arrancarme. Él no paraba hasta que ambos estábamos consumidos.

—Un desconocido, ¿eh? —murmura antes de darme la vuelta con brusquedad y ponerme de cara al colchón.

—Un desconocido muy familiar —me justifico con una sonrisa, pero contengo el aliento cuando su mano se desliza por mi pubis y encuentra ese núcleo sensible de mi deseo que palpita dolorosamente. El contacto es directo, sin vacilaciones, y un gemido de puro placer escapa de mis labios.

Sus manos descienden con firmeza desde mis hombros, palpando y explorando cada pulgada de piel hasta llegar a la curva de mis nalgas. Mi espalda se arquea involuntariamente al sentir cómo una de sus manos se desliza hasta mi cintura y tira de mis caderas hacia arriba para levantar mi trasero hacia él.

Se inclina sobre mí y puedo sentir su aliento caliente en mi cuello mientras su mano se mueve rítmicamente, arrancándome jadeos y suspiros. Con un movimiento rápido, se posiciona detrás de mí, su dureza presionando contra mi entrada. Mi cuerpo tiembla de anticipación y

deseo.

—¿Qué tal si te muestro cómo se siente con alguien conocido? —susurra él con voz dura mientras sus dedos exploran mis pliegues húmedos, arrancándome jadeos que llenan la habitación.

Entonces, sin más preámbulos, me penetra con una fuerza que me hace gritar de goce.

Mi cuerpo se tensa y se relaja al mismo tiempo, acogiendo su invasión con un placer casi doloroso.

Cada empuje es más profundo, más determinado. Sus manos me sujetan con fuerza, marcando su control absoluto sobre mi cuerpo y mi voluntad. No hay ternura en sus movimientos, solo una necesidad cruda que ambos compartimos en ese momento.

Nathaniel baja la cabeza y susurra en mi oído, su voz ronca y cargada de deseo:

—Ahora, dime quién te reclama, Briony.

Mi mente se pierde en la marea de sensaciones, mis palabras salen entrecortadas por el placer:

—Tú... solo tú.

—Quiero oír mi nombre, Briony —insiste, su tono imperativo y lleno de deseo.

El ritmo de sus embestidas aumenta, su control absoluto se convierte en mi única realidad. Mis gemidos llenan la habitación, mezclándose con el sonido de nuestros cuerpos encontrándose una y otra vez. No hay espacio para nada más que el éxtasis compartido, el vínculo indisoluble que se forja en cada momento de intimidad feroz y apasionada.

Cuando el clímax se aproxima, potenciado por sus embestidas y su mano que se mueve hábilmente entre mis piernas, la intensidad es casi insoportable. Siento cómo cada fibra de mi cuerpo se tensa, preparándose para el estallido final. La presión de su mano y la fuerza de sus movimientos me llevan al borde, y en el momento en que alcanzo el orgasmo, todo mi ser se rinde.

—¡Nathaniel! —grito, entregándome por completo a la ola de placer que me consume.

Su nombre escapa de mis labios como una declaración de rendición, resonando en la habitación mientras mi cuerpo se arquea bajo el suyo, temblando con la intensidad del clímax. Nathaniel sigue empujando, su propio placer alcanzando su punto máximo, y juntos nos perdemos en el torbellino de sensaciones que nos envuelven, unidos en una vorágine de pasión y deseo incontrolable.

CAPÍTULO 32

La oscuridad se cuela por la ventana mientras nosotros seguimos echados desnudos sobre su cama en su casa nueva. Solo los dos en un lugar tan grande parece algo extraño. Está lleno de una intimidad que no podríamos disfrutar en ningún otro lugar.

Estamos entrelazados, con nuestros cuerpos aún brillantes, por el sudor compartido. Mi cabeza descansa sobre su pecho, escuchando el latido firme y constante de su corazón. Nathaniel tiene un brazo alrededor de mi cintura, manteniéndome cerca, mientras su otra mano acaricia suavemente mi espalda, dibujando círculos perezosos sobre mi piel.

Mis piernas están enredadas con las suyas, sintiendo la calidez de su cuerpo contra el mío. Su respiración es tranquila, pero hay un resplandor en sus ojos que habla de una satisfacción profunda y completa. Sus dedos trazan líneas delicadas desde mis hombros hasta la curva de mis caderas, explorando cada rincón con una ternura que contrasta con la pasión feroz de antes.

Mi mano descansa sobre su pecho, sintiendo cada respiración, cada movimiento. Acaricio con lentitud la línea de sus músculos, admirando su fuerza y la suavidad de su piel. Muevo ligeramente mi pierna, rozando su muslo con la mía, disfrutando del contacto continuo de nuestras pieles desnudas.

Nathaniel se inclina y deposita un beso suave en mi frente, su aliento cálido contra mi piel. Sus labios se mueven con una delicadeza que me hace cerrar los ojos y suspirar de contento. Su mano se desliza hasta mi cabello, jugueteando con los mechones sueltos, y sonrío, sintiendo una paz que solo él puede darme.

El cuarto está lleno de una serenidad que no necesita palabras. La luna ilumina nuestras siluetas, y el sonido suave de la noche se mezcla con nuestras respiraciones entrelazadas. Me siento segura, amada, y completamente en sintonía con él. Es como si este lugar, grande y vacío, fuera nuestro refugio personal, un mundo donde solo existimos nosotros dos.

Nathaniel me mira, sus ojos azules brillando con un afecto que va más allá de lo físico. Me acaricia la mejilla con la yema de los dedos, su toque ligero como una pluma, y me inclino hacia él, buscando más de esa conexión silenciosa pero poderosa.

Nos quedamos así, entrelazados y en calma, compartiendo un momento de absoluta intimidad y ternura. En su abrazo, encuentro un hogar más cálido y verdadero que cualquier otro lugar.

—Debería estar preparándome para el baile de los Chesterfield. Debe ser algo fuera de lo común porque no es tan elitista como otros y acudirán muchas personas —le comento.

—Eso lo convierte en el lugar que más evitaría de ser posible —murmura él, su voz teñida de desdén.

—Irá Lady Preston — le digo, observando su reacción.

—Aún peor. Tendré que fingir un aprecio que no siento, si es que no es ya consciente del poco interés que tengo en ella —responde Nathaniel, suspirando con exasperación.

Sus palabras me hacen sonreír, y me acerco más a él, mi mano dibujando líneas suaves en su pecho. Nathaniel me mira con ternura, su mano acariciando mi mejilla y bajando lentamente por mi cuello. Sus dedos rozan mi clavícula y se detienen en mi hombro, donde hace pequeños círculos con el pulgar.

—Creía que irías con ella. Hart dijo que... —empiezo a decir, pero Nathaniel me interrumpe bruscamente.

—No lo nombres aquí, en mi cama —dice, su tono más firme, mientras me atrae hacia él, apretándome con más fuerza contra su pecho.

—¿Qué? —me río, sorprendida—. ¿Por qué?

—Supongo que voy asimilando, que es el más indicado para ti como los demás —responde, y puedo sentir cómo su cuerpo se tensa ligeramente.

Sus palabras hacen que me tense también. La idea de Hart como mi futuro esposo nunca me había parecido tan desagradable como en ese momento. Me muevo, buscando una posición más cómoda, y Nathaniel aprovecha para envolverme en sus brazos, acercándome aún más a él.

—¿Renuncias a mí tan fácilmente? ¿Después de todo esto? —le increpo disgustada, mi voz cargada de frustración.

Nathaniel me observa con una mezcla de sorpresa y dolor. Sus manos se detienen en su recorrido por mi espalda y su mirada se endurece ligeramente.

—No es tan simple. No puedo ofrecerte lo que Devonshire puede. No puedo darte la seguridad ni la estabilidad que mereces —responde, su voz baja y tensa.

—No me importa la seguridad ni la estabilidad si no es contigo —replico, sintiendo cómo la frustración amenaza con brotar de nuevo—. Lo que importa es lo que sentimos, lo que compartimos.

Nathaniel cierra los ojos por un momento, como si estuviera luchando con sus propios demonios. Luego, me abraza con fuerza, su cuerpo temblando ligeramente contra el mío.

—Te necesito —susurra, su voz quebrada por la emoción—. Pero no quiero ser egoísta. Quiero lo mejor para ti y temo no serlo.

—Eres lo mejor para mí, Nathaniel. Nada más importa —digo con firmeza, acariciando su rostro y obligándolo a mirarme.

Nos quedamos así, entrelazados en un abrazo que busca ofrecer consuelo y certeza. Nathaniel deposita un beso suave en mi frente, sus labios cálidos y reconfortantes.

—No pienses en eso, ahora —murmura, su voz más suave, casi suplicante—. Solo estemos aquí, tú y yo, en este momento.

Asiento, dejándome llevar por la calidez de su abrazo. Sus labios encuentran los míos en un beso lento y profundo, lleno de una ternura que me hace olvidar todo lo demás. Sus manos recorren mi espalda, cada caricia más suave y reconfortante que la anterior.

Nathaniel me acuna más fuerte, como si pudiera protegerme de mis propios pensamientos.

Su barbilla descansa en mi cabello, y mis dedos trazan líneas suaves por su costado, disfrutando de la firmeza de sus músculos y la suavidad de su piel. A pesar de su intento de consolarme, no puedo dejar de sentirme perturbada por su resistencia.

Nos quedamos así, en silencio, nuestros cuerpos entrelazados, compartiendo una intimidad que va más allá de las palabras. Nathaniel acaricia mi cabello, sus dedos enredándose en mis mechones, y yo respiro profundamente, intentando memorizar cada detalle de este momento, aunque la paz se me escapa.

*****

Cuando llegamos a la mansión de Balthair es tardísimo, y tanto él como Avery y Alexander nos reciben con semblantes preocupados, sus preguntas se disparan tan pronto cruzamos la puerta.

—¿Dónde habéis estado? —pregunta Balthair, su tono más serio de lo habitual.

Las dudas llenan el aire, en contraste con la libertad que sentíamos en Escocia cuando nos aventurábamos más allá de Erchless sin despertar tanta preocupación. En esos tiempos, nuestras escapadas no parecían tener mucha importancia.

Nathaniel, con los ojos entrecerrados, responde:

—Le estaba enseñando mi casa.

—¿Los dos solos? ¿Alguien os ha visto entrar y salir de ella? —inquiere Balthair, su preocupación evidente.

—¿Habría algún problema en ese caso? —pregunta Nathaniel, su voz dura.

Balthair suspira, tratando de mantener la calma.

—Entiendo que no siempre hagas caso de las conductas sociales y que no te importen, pero los rumores sobre Briony entrando en una casa sola con un hombre pueden arruinar su reputación —le explica, intentando razonar con Nathaniel.

—Dios santo, Balthair —intervengo, tratando de calmar la tensión—. Siempre has considerado a Nathaniel como mi tío.

—Tal vez a nuestros ojos, pero la sociedad no siempre ve las cosas de esa manera —responde Balthair, sus ojos clavándose en Nathaniel—. Lo cierto es que no hay relación familiar entre vosotros y tú ya no eres una niña, Briony. Sabes cuánto me importa tu felicidad, y solo quiero protegerte. No es adecuado que entres en la casa de un hombre soltero sin compañía. Yo no pongo las normas, solo las sigo.

—Buen trabajo dando un paso atrás, Nathaniel —murmura Alexander con tono burlón.

Nathaniel frunce el ceño, claramente molesto por el comentario.

—Ve a cambiarte. El duque llegará de un momento a otro para recogerte con Lady Lamb. Adele te espera para ayudarte a arreglarte. Hoy se encuentra mejor —añade Balthair, su voz más suave.

Asiento y comienzo a caminar hacia las escaleras. Cuando estoy a mitad de mi trayecto, siento un tirón en uno de los lazos de mi vestido. Me giro y veo a Alexander, con una expresión

mezcla de burla y preocupación.

—Lo tienes suelto —murmura, solo para que yo lo oiga.

Miro hacia abajo y veo que efectivamente, uno de los lazos está desatado. Me siento un poco avergonzada, pero trato de no mostrarlo.

—Gracias, Alexander —digo en voz baja, ocultando mi sorpresa.

Él asiente, sus ojos aún fijos en mí, como si intentara descifrar algo.

Me apresuro a subir las escaleras, sintiendo el peso de su mirada en mi espalda. Cuando llego al pasillo superior, veo a Adele esperándome en la puerta de mi habitación. Su sonrisa es cálida, y hay un brillo de alivio en sus ojos.

—¿Cómo se os ocurre iros sin decir nada y volver tan tarde? —me regaña Adele, su voz cargada de preocupación.

—Perdimos la noción del tiempo —le digo, intentando sonar despreocupada.

—¿En una casa casi vacía? —insiste ella sin dejar de mirarme, sus ojos llenos de sospecha.

—Estuvimos jugando a una especie de escondite —respondo con una risa, tratando de aliviar la tensión.

—¿No sois mayorcitos para andar con juegos? —me advierte ella.

Me encojo de hombros, tratando de mostrar indiferencia.

—Fue divertido —le respondo.

Adele suspira, su expresión tornándose más seria.

—Briony, es muy probable que Lord Wentworth se acerque a ti en esta fiesta. Sé que eres muy inteligente y audaz, pero Oliver también lo es, y además es vengativo y cruel. Si ese Lord es él, nunca te quedes sola con él ni dejes que te arrastre fuera del baile. A mí me secuestró en uno porque confié en él. Solo trata de descubrir su verdadera identidad y nunca te alejes demasiado de Nathaniel. Él te protegerá con su vida y ninguno más puede acudir al baile sin levantar sospechas o espantarle.

—Claro, Adele, lo haré —la tranquilizo, intentando mostrarle mi confianza.

Adele me mira con una mezcla de admiración y tristeza.

—Te admiro, ¿sabes? —me dice—. Eres tan segura de ti misma. Siempre sabes lo que quieres y vas a por ello sin que nada te detenga. Yo... me equivoqué con ese hombre. Me engañó con su sonrisa de galán y sus maneras finas.

—Todo el mundo se equivoca, Adele. Los errores nos hacen crecer. Eso es lo que siempre me dices. ¿Por qué ahora estas reflexiones? —le pregunto, notando la tristeza en su voz.

Adele baja la mirada, sus manos temblando ligeramente.

—Creo... Este embarazo tampoco va bien, Briony, y temo... Prométeme que si algo ocurre, cuidarás de Balthair. Tú eres la más fuerte de todos. No me cabe ninguna duda. Serás el pilar de toda la familia. Y él... te necesita, aunque no se atreva a exigirte nada. Porque sabe que tú necesitas tu libertad y tomar tus decisiones, pero... está tan preocupado por ti. Te hemos visto mil veces sufrir en silencio, guardarte cada lágrima para ti misma y reinventarte y seguir hacia

delante como si nada pudiera detenerte... Ojalá las cosas fueran más fáciles y de distinta forma. Ojalá tú supieras amar de forma menos intensa y olvidar.

—¿Por qué? —pregunto con voz firme—. ¿Por qué os empeñáis todos en eso? En que debo mirar hacia otro lado y olvidar. ¿Por qué?

Adele me mira con tristeza, sus ojos llenos de una verdad que parece haberle pesado durante mucho tiempo.

—Porque Nathaniel... él es un espíritu libre, Briony. Siempre ha sido así. Ha pasado tanto tiempo vagando y explorando, viviendo su vida sin ataduras. Temo que te haga daño sin quererlo, simplemente porque no puede cambiar quién es. Y tú... tú mereces que te amen de verdad, con el corazón, con la misma pasión con que tú amas. No deberías conformarte con simple cariño o aprecio, Briony. Te marchitarías. Sabes que eso no sería nunca suficiente para ti y eso en el caso de alguna vez él dejara de verte… como una niña, Briony. Lo siento, pero debo decírtelo.

»Y en ese caso, sus propias obligaciones y promesas le atan de una forma que tú no puedes cambiar. Balthair lo mataría y él lo sabe. No podría soportar la idea de que alguien tan cercano a él te haga daño, incluso sin intención. Así que, aunque a Nathaniel le importes mucho, no puede arriesgarse a desafiar a Balthair ni a las expectativas que todos tenemos de él.

Me quedo sin respiración. La miro como si fuera un monstruo de dos cabezas. Acaba de destruir todo lo que creía o me había permitido sentir con Nathaniel. Contengo las emociones a duras penas.

—Gracias por tu honestidad —le digo suavemente, mi voz temblando con ligereza.

Adele asiente, con lágrimas en los ojos.

—Solo quiero lo mejor para ti, Briony. Siempre lo he querido.

CAPÍTULO 33

El salón de baile está iluminado por candelabros resplandecientes y lleno de invitados elegantemente vestidos. A nuestro alrededor, la música y las risas atestan el aire, creando una atmósfera de celebración.

—Llenaría su carnet de baile con gusto si eso no avivara las lenguas chismosas de la alta sociedad —responde con una sonrisa pícara Devonshire.

—¿Y desde cuándo le importa lo que digan? —inquiero, provocadora.

—Tiene razón en eso, princesa. Creo que tocarán varios valses esta noche, resérvelos para mí y seremos el centro de todos los rumores por semanas —acepta, su sonrisa amplia y desenfadada.

—Creía que las damas del Almack's habían dado su visto bueno al vals, descartándolo como un baile alborotador e indecente.

—Así es, pero todavía tiene sus detractores y, desde luego, bailar más de uno con el mismo caballero sería considerado poco decoroso.

«Mira qué danza más refinada. Cada sonrisa esconde una puñalada, cada cumplido una cadena. ¿No es maravilloso lo civilizados que podemos ser?».

Nathaniel se acerca a mí. Su expresión es seria, casi implorante.

—Briony, baila conmigo —me dice justo cuando la orquesta comienza a tocar los primeros acordes de un vals.

Cuando extiende su mano hacia mí, hay un momento de vacilación en el que el tiempo parece congelarse. Sus ojos penetrantes buscan los míos, transmitiendo una intensidad que arrastra con ella una marea de emociones pasadas y presentes.

Con cautela, deposito mi mano en la suya, sintiendo el calor y la firmeza de su agarre. Su otra mano se posa suavemente sobre mi cintura, guiándome con seguridad.

A medida que me acerca a él para comenzar el baile, coloco mi mano libre sobre su hombro, sintiendo la textura de la fina tela de su traje. A pesar de su atuendo formal, que incluye una chaqueta de corte perfecto y un chaleco elegantemente ajustado, Nathaniel conserva ese aire inconfundible de aventurero, casi como si fuera un pirata disfrazado entre la nobleza. Su cabello, aunque peinado, guarda ese toque rebelde que insinúa su indomable naturaleza, y sus ojos mantienen un brillo travieso, desafiante, proclamando su singularidad en este mar de formalidad, como un lobo vestido con la piel de un cordero.

Cada paso y giro nos acerca más, y a pesar de mi resolución de mantener la distancia, la proximidad hace que mi corazón se acelere. Su presencia es abrumadora, y por un instante, la elegancia de sus movimientos y la forma en que parece anticipar y responder a cada uno de mis pasos me hace darme cuenta de cuánto me conoce.

Mientras giramos en la pista de baile al ritmo del vals, Nathaniel se inclina hacia mí, su voz baja, casi inaudible sobre la música y el murmullo de los invitados.

—¿Qué te ocurre? —me pregunta con el ceño fruncido—. Has evitado mirarme o hablarme directamente desde que nos hemos vuelto a reunir.

Intento mantener la compostura, pero la presión de las expectativas de nuestra familia y la reciente conversación con Adele hacen que mis emociones estén al borde del colapso.

—No es nada —respondo, mi voz tensa.

Nathaniel me mira fijamente, sus ojos oscuros reflejando una mezcla de preocupación y frustración.

—No me mientas, Briony. Sé que algo te está molestando.

Las palabras de Adele resuenan en mi mente, recordándome las barreras insuperables entre nosotros. La marea de emociones se desborda y finalmente exploto.

—¡Es todo! —susurro furiosa, intentando no llamar la atención de los demás invitados—. Todo el mundo tiene una opinión sobre lo que debo hacer, sobre quién debo ser. Y tú... tú no eres diferente. Todos quieren decidir por mí.

Nathaniel se queda en silencio por un momento, asimilando mis palabras. Finalmente, susurra con voz amarga:

—¿Quién ha hablado contigo sobre mí? —pregunta.

—Adele —le responde con sinceridad.

La marea de emociones se desborda y finalmente exploto.

—Que eres un espíritu libre, que tú nunca me amarás como yo te amo, que siempre acabarás volviendo al mar y dejándome sola.

Nathaniel aprieta los labios, claramente luchando con sus emociones.

—Me han aconsejado que dé un paso atrás, que te de espacio para que puedas ver más allá de mí.

Sé lo que eso significa y suspiro fuerte.

—Eso quiere decir que te vas ¿verdad?

—Es posible. Es lo que soy y lo que hago.

Las palabras de Nathaniel me atraviesan, dejándome sin aliento.

—¿Sabes, Nathaniel? Para alguien que navega los mares, te asustas sorprendentemente fácil cuando el agua se pone un poco turbia.

—Briony…

—No debí insistir —sigo sin escucharle—. Dios, tú sabías que esto pasaría y trataste de advertirme, pero yo… yo no era capaz de ver más allá del deseo de estar contigo y prácticamente te empujé... —le digo, frenética, sintiendo cómo las lágrimas amenazan con desbordarse—. No puedo creer que esto esté pasando otra vez, que estés destrozándome el corazón una vez más.

—No, Briony, pasó porque no pude resistirme, porque yo lo deseaba tanto como tú. Pero no

puedes simplemente esperarme durante meses, quizás años, manteniendo esta relación en secreto, viéndonos a escondidas y de manera deshonrosa —dice Nathaniel, su voz llena de frustración—. No es justo para ti. Mereces más que eso, mereces una vida plena y abierta, no una relación basada en encuentros furtivos y mentiras. Esto lo hemos sabido siempre los dos.

Justo cuando parece que vamos a continuar esta discusión incómoda, un caballero se acerca a nosotros, interrumpiendo el tenso momento. Nathaniel y yo nos volvemos hacia él, ambos sorprendidos por la interrupción.

—Señorita Chisholm, ¿me concedería el honor de este baile? —pregunta con una reverencia cortés.

Antes de que pueda responder, Nathaniel, con una mirada de desagrado apenas disimulada, da un paso atrás, cediéndole el lugar a regañadientes. Aunque reacio, no tiene más opción que retirarse, dado el contexto social que exige cortesía.

—Por supuesto, Lord Wentworth —digo en voz alta, asegurándome de que Nathaniel pueda oír.

De reojo, veo cómo Nathaniel se tensa al escuchar el nombre. Su rostro se endurece por un instante y lo observa con atención antes de darse la vuelta y alejarse claramente molesto pero incapaz de intervenir sin romper las normas de etiqueta social.

«¿Etiqueta social? Más bien un corsé para el cerebro».

Mientras seguimos girando en la pista de baile al compás de la música, noto que Lord Wentworth observa mi rostro con una curiosidad que se siente un poco demasiado incisiva.

—La veo agitada, señorita Chisholm. Me temo que desde fuera su baile con el caballero no parecía agradable —comenta Lord Wentworth, su tono suave pero inquisitivo.

Un poco desconcertada y aún distraída por mi anterior conversación con Nathaniel, me apresuro a responder:

—Un simple malentendido familiar.

—¿Familiar? —repite él, claramente intrigado por mi elección de palabras.

Intentando aclarar sin revelar demasiado, añado:

—Bueno, el Capitán Harwood es algo así como... mi tío.

Inmediatamente después de decirlo, me pregunto si no le estoy dando demasiadas explicaciones a alguien a quien quizá no debería. Lord Wentworth parece captar mi vacilación y presiona un poco más.

—¿Algo así? —pregunta, su interés claramente avivado.

—Lejano —explico, intentando ofrecer suficiente información para satisfacer su curiosidad sin divulgar demasiado sobre mis asuntos personales.

Lord Wentworth asiente, pero su siguiente comentario añade una capa de complejidad a nuestra conversación.

—Yo diría que no había nada familiar en la interacción de él sobre usted si me permite mi impresión y eso no agrada a Lady Preston. Estoy aquí porque ella me pidió que os interrumpiera, la verdad.

Sorprendida y un poco molesta por la revelación de que mi interacción con Nathaniel había sido observada y juzgada hasta el punto de intervenir, respondo con firmeza:

—No, no se lo permito. No es asunto de nadie interpretar mis interacciones personales, y mucho menos intervenir en ellas sin mi consentimiento.

Lord Wentworth me observa con una sonrisa leve que sugiere tanto aprecio como una pizca de diversión ante mi respuesta firme.

—Veo que es usted una mujer de carácter —dice complacido, su tono indicando un respeto recién encontrado.

—Supongo. Me suelen reprochar que soy demasiado honesta, pero nunca lo hago con malicia. Quiero decir, allí está Lady Hawthorne con un vestido horrible que no hace más que acentuar el tono amarillento de su piel, pero nunca se lo diría y es lo primero que he pensado según la he visto. Aunque ¿debería decírselo en privado para advertirla? ¿Y si lo hago con buenas intenciones, pero se lo toma como una intromisión? Sí, creo que la honestidad es complicada. Tal vez tengan razón aquellos que creen que debería aprender a ser más callada.

Lord Wentworth escucha con una sonrisa cada vez más amplia mientras hablo, pareciendo disfrutar de la franqueza y reflexión que cargo en cada palabra. Cuando termino, Lord Wentworth suelta una carcajada ante mi comentario, evidentemente entretenido por la franqueza de mi observación.

—Veo que su honestidad no conoce límites, Miss Chisholm, aunque la envuelve en una cortesía encantadora —responde, aún sonriendo—. Es una línea delicada la que usted camina entre la sinceridad y la diplomacia.

—Es cierto —admito, con un asentimiento reflexivo—. Siempre he creído que es mejor ser honesto, pero he aprendido que el momento y la manera en que se dice algo son tan importantes como la verdad que se expresa. No ayudaría a Lady Hawthorne, bueno, a nadie, realmente, si mi honestidad no es solicitada ni bienvenida.

—Ah, pero ese es el eterno dilema, ¿no es así? —dice Lord Wentworth, inclinándose un poco hacia mí como si compartiéramos un secreto—. ¿Cuándo es la honestidad una ayuda y cuándo se convierte en una carga? Es una habilidad, sin duda, saber cuándo hablar y cuándo guardar silencio.

—Exactamente —respondo, sintiéndome aliviada de que él comprenda la complejidad de mis intenciones—. Y creo que aún estoy aprendiendo. A veces, el deseo de ser útil puede ser malinterpretado como entrometido.

Mientras seguimos bailando, me doy cuenta de que hablar con Lord Wentworth es sorprendentemente fácil. Entiendo qué vio Adele en él si realmente es Oliver Ashford.

—Creo que todos estamos en un proceso de aprendizaje constante, señorita Chisholm —comenta él, guiándome en un giro elegante mientras la música comienza a desvanecerse—. Y a veces, las lecciones más valiosas vienen de los errores que cometemos al intentar hacer lo correcto.

La música termina y nos detenemos, ambos aplaudiendo cortésmente a la orquesta. Agradezco a Lord Wentworth por el baile y la conversación con cortesía calculada.

—Ha sido un placer, Lord Wentworth —digo, con una sonrisa.

—El placer ha sido mío, señorita Chisholm. Espero que tengamos más oportunidades de conversar en el futuro —responde él con una reverencia antes de retirarse sin mostrar más interés genuino en mí.

Mientras Lord Wentworth se aleja, mis ojos se desvían involuntariamente hacia Nathaniel, que ahora está hablando con Lady Preston. Siento una punzada en el corazón al verlos juntos. La herida que Nathaniel acaba de abrir con sus palabras no ha hecho más que profundizarse. A pesar de mis intentos por mantener la compostura, la tristeza y el dolor me abruman.

Él necesita aventurarse en su barco y yo lo necesito conmigo, pero no puedo obligarle a renunciar a lo que es por mí. Eso lo sé bien y sí, era consciente de que este pequeño acercamiento llegaría a su fin más tarde o más temprano y… luego de nuevo y de nuevo hasta que me cansara de esperarle o él se cansara de volver.

Entiendo por qué todos tratan de prevenirme contra esto. Con el corazón destrozado y una necesidad desesperada de aire, me alejo del bullicio del salón de baile y salgo a los jardines. La noche es fresca, y el aire me envuelve con un abrazo que parece ofrecer un consuelo momentáneo. Mis pasos son rápidos, casi frenéticos, mientras trato de dejar atrás el dolor que me consume.

Mis pensamientos se arremolinan, llenos de imágenes de Nathaniel y las palabras que he dicho y él no ha negado con un dolor profundo.

«Nunca me amarás como yo te amo».

Esas palabras resuenan en mi mente, una y otra vez, como una herida que no deja de sangrar.

Llego a una parte más apartada del jardín, donde los sonidos del baile son apenas un murmullo distante. Me dejo caer en un banco de piedra, cubriendo mi rostro con las manos. El dolor es casi insoportable, una mezcla de amor no correspondido y la amarga realidad de nuestras circunstancias.

El jardín, con su tranquilidad y oscuridad, me ofrece un refugio temporal. Aquí, lejos de las miradas curiosas y los juicios de la sociedad, puedo permitirme sentir. Puedo dejar que mi dolor se desborde sin tener que poner una fachada de fortaleza.

Mientras el viento nocturno me rodea, me doy cuenta de que esta noche es solo el comienzo de un largo proceso de sanación. Una parte de mí sabe que siempre amaré a Nathaniel, pero otra parte entiende que debo aprender a vivir sin él.

Levanto la vista hacia el cielo estrellado, pero incluso eso me recuerda a él y no me ofrece ningún consuelo.

«Encontraré la manera de ser feliz» me prometo a mí misma, a pesar de que el camino hacia esa felicidad parece ahora más incierto que nunca.

Ese es mi último pensamiento antes de que la oscuridad me invada y un golpe seco en mi cabeza me haga perder la noción de todo.

CAPÍTULO 34

Narrador Omnisciente

Nathaniel despierta sin saber dónde está o cómo ha llegado allí. Abre los ojos y ve un techo decorado con filigranas de yeso elaboradas. Parpadea, intentando enfocar su visión, y se da cuenta de que está mirando el techo de uno de los salones de la mansión de Balthair, pero no recuerda cómo ha llegado hasta allí.

—Vuelve en sí —dice la voz de Avery, notando que le toca el cuello para comprobar su pulso.

—¿Está bien? —pregunta Adele, su tono cargado de preocupación.

—Está estable —responde Avery.

Nathaniel cierra los ojos un momento, tratando de juntar las piezas de su memoria. Estaba en el salón de baile, observando a Briony mientras bailaba con Lord Wentworth. Su corazón roto y encogido debido a la conversación que habían tenido, sabiendo que la hacía daño de nuevo y no podía evitarlo, pero tratando de mantener la compostura.

Justo entonces, Lady Preston se había acercado a hablar con él, ofreciéndole una copa de oporto. No había querido demostrar excesiva descortesía, así que aceptó la copa y dio un sorbo.

Después de eso, todo se volvió borroso. Comenzó a sentirse mal, mareado y débil. Levantó la cabeza para buscar a Briony, pero ya no estaba en la pista de baile. La preocupación y la urgencia lo hicieron intentar ir a buscarla, pero sus piernas no respondieron. Sintió el mundo girar a su alrededor antes de que la oscuridad lo envolviera por completo.

La voz de Avery lo trae de vuelta al presente.

—Nathaniel, ¿puedes oírme?

Asiente lentamente, sus sentidos volviendo poco a poco. Siente una punzada de miedo y confusión.

—¿Qué me ha pasado? —pregunta, su voz ronca.

—El Duque de Devonshire nos avisó. Caíste desmayado en pleno baile —responde Avery, su tono serio—. Pareces haber sido envenenado.

Nathaniel intenta incorporarse, pero Avery lo detiene con una mano firme en su hombro.

—No te levantes todavía. Necesitas descansar.

—¿Dónde está Briony? —pregunta Nathaniel, ignorando el consejo de Avery. La preocupación por ella supera cualquier dolor o malestar que pueda sentir.

Avery se muerde los labios sin responder. El corazón de Nathaniel se acelera.

—Necesito encontrarla —insiste, tratando de levantarse de nuevo.

Avery le pone una mano en el hombro para detenerlo.

—Han intentado matarte, Nathaniel, y todavía no sé cómo no lo han conseguido. Tienes que tomarte las cosas con calma. Alexander y Balthair están buscándola.

—¡La tiene él! —grita Nathaniel, su voz llena de desesperación y rabia—. ¡Os dije que ese tipo era peligroso y no me escuchasteis! Cada minuto que pase con él... Dios, no quiero ni saber lo que podría estar haciéndole. Déjame, Avery. Tengo que encontrarla cuanto antes.

Avery mantiene su mano en el hombro de Nathaniel, intentando calmarlo, pero la furia y la angustia en los ojos de Nathaniel son imposibles de ignorar.

—Nathaniel, por favor, entiende que estamos haciendo todo lo posible.

Pero Nathaniel no puede escuchar la razón. Su mente está consumida por el temor de lo que podría estar ocurriendo con Briony. Se esfuerza por levantarse, empujando la mano de Avery con fuerza.

—No puedo quedarme aquí mientras ella está en peligro —insiste

—Lo sé, pero ni siquiera te tienes en pie, Nathaniel —replica Avery, su voz cargada de preocupación y urgencia.

—¿Cuánto tiempo ha pasado desde que me desmayé? —pregunta Nathaniel, su voz temblando por la ansiedad y la desesperación.

—Han pasado varias horas —responde Avery—. Balthair y Alexander han estado revisando todos los barcos y comprobando cada barco que ha salido en las últimas horas.

Nathaniel aprieta los puños, frustrado por la falta de información.

—Es posible que el barco de Ashford no esté atracado en Londres, sino oculto en algún lugar más discreto, como Falmouth o Dover. Podría estar utilizando otro más pequeño para moverse hasta él. Si se la ha llevado en uno, debo partir de inmediato —dice Nathaniel, con una determinación feroz.

—Lo hemos tenido en cuenta —le responde.

Nathaniel se tambalea al intentar levantarse.

—¿Y si no ha partido aún y la tiene oculta en algún lugar?

Avery lo sostiene con firmeza.

—Eso también lo estamos investigando. Hay hombres revisando las propiedades cercanas y cualquier lugar donde Ashford podría esconderse.

—Hemos alertado a nuestros contactos en los puertos y lo haremos en las ciudades cercanas. Si Ashford intenta moverse, lo sabremos. También estamos interrogando a cualquier persona que haya visto algo sospechoso.

Nathaniel respira profundamente, intentando calmarse y pensar con claridad. La sensación de impotencia es casi abrumadora, pero sabe que debe mantenerse fuerte.

—Si se la ha llevado en barco, hay pocos lugares donde podría ocultarse sin ser descubierto antes de salir a mar abierto. Necesitamos patrullar las costas y asegurarnos de que no tenga una salida fácil. Tengo que poner mi barco en movimiento —añade Nathaniel, con una

determinación férrea.

Avery lo mira con respeto y preocupación.

—Lo harás en cuanto te sientas mejor, Nathaniel.

Nathaniel se sienta y pone sus codos sobre sus piernas mientras oculta su cara entre sus manos con pesar. Su cuerpo tiembla con una mezcla de miedo y desesperación.

—Avery, la violará, la golpeará, la marcará con su cuchillo, con fuego... también le gusta amputar miembros —dice con voz quebrada, su desesperación palpable.

Adele profiere un grito y se tapa la boca, sus ojos llenos de horror.

—No puedo esperar a sentirme mejor, ¿lo entiendes? Tengo que encontrarla cuanto antes. Me volveré loco esperando. Mi mente se llena de pensamientos de ella sufriendo a manos de ese hombre.

Avery se agacha frente a Nathaniel, su rostro lleno de preocupación.

—Ni siquiera estamos seguros de que sea Ashford, Nathaniel —dice Avery, intentando mantener la calma.

Nathaniel levanta la mirada, sus ojos llenos de resignación y un dolor profundo.

—Tú sabes que lo es y yo también —responde, su voz cargada de una certeza amarga—. No podemos permitirnos el lujo de la duda. Cada minuto que pasa, cada segundo que no hacemos nada, es un tormento para ella. No puedo soportar la idea de que esté sufriendo y yo aquí, sin hacer nada.

Avery ve el sufrimiento en los ojos de Nathaniel, un sufrimiento que él mismo comparte pero que debe contener para poder pensar con claridad.

—No puedes ayudarla si te consumes por el miedo y la desesperación.

Nathaniel respira hondo, tratando de calmar su mente atormentada. Sabe que Avery tiene razón, pero el dolor en su pecho es casi insoportable.

—Lo intento, Avery, pero no puedo dejar de pensar en ella, en lo que podría estarle haciendo ese monstruo. Cada momento que pasa es un infierno.

—Esto es culpa mía —dice Adele, su voz temblando—. Tú tenías razón, Nathaniel. Debimos protegerla, no exponerla.

Nathaniel levanta la mirada, su rostro una mezcla de dolor y rabia.

—¡Sí, es verdad! —explota, su voz llena de amargura—. Es culpa de todos nosotros. Sabíamos que había peligro, sabíamos de lo que era capaz y aun así la dejamos desprotegida. Todos fallamos, todos la expusimos.

Adele retrocede ante la intensidad de sus palabras, sus ojos llenos de lágrimas.

—Nathaniel... —empieza a decir Avery, tratando de calmarlo.

—¡No, Avery! —grita Nathaniel, su rabia desbordándose—. ¡No actúes como el pacificador! ¡Briony está sufriendo, y es nuestra culpa!

—¡Basta, Nathaniel! —responde Avery con firmeza, alzando la voz—. ¡Esto no ayuda a

encontrarla! Necesitamos enfocarnos y actuar, no desgastarnos en recriminaciones.

—¿Actuar? —Nathaniel se burla amargamente—. ¿Dónde está la acción, Avery? ¡Han pasado horas y no tenemos ni una pista de dónde está! ¡Cada segundo que pasa es otro segundo que Briony está en manos de ese monstruo, y tú me dices que me calme y espere!

—¡Estamos haciendo todo lo que podemos! —Avery grita de vuelta, su frustración igualando la de Nathaniel—. ¡No eres el único que está preocupado por Briony!

—¡Fui complaciente con vosotros! —Nathaniel vocifera, su voz resonando con rabia—. ¡Anteponiendo vuestras decisiones a las mías, aun sabiendo que estabais ciegos a los riesgos y a todo! Y yo... yo di un paso atrás, traté de apartarme cuando debí haber estado protegiéndola.

—¡Todos fallamos, pero necesitamos encontrar una solución, no destruirnos entre nosotros! —grita Avery, su desesperación haciéndose eco en la habitación—. ¡Canaliza esa furia en acción! ¡Deja de culpar y empieza a pensar en cómo podemos encontrarla!

La puerta de la sala se abre de golpe y Balthair entra, con aspecto demacrado y los ojos inyectados en sangre. Sus hombros caídos y su expresión endurecida reflejan la desesperación y la tensión que lleva acumulada.

—¿La habéis encontrado? —pregunta Nathaniel, levantándose a duras penas.

Balthair niega con la cabeza y se acerca a él, poniéndole una mano en el hombro.

—¿Cómo estás? —pregunta Balthair, su voz temblando ligeramente. No necesita respuesta al ver que Nathaniel aún se tambalea—. Alexander ha interrogado a Lady Preston después de encontrarla.

Todos saben lo que eso significa. Alexander era un espía del rey y un interrogador cruel y mezquino. Pero Nathaniel no siente ninguna lástima por ella, aún sabiendo que es probable que haya muerto.

—Nos ha dado el nombre de un barco, pero ya había salido del puerto. Ese hombre es Ashford, Nathaniel, y ahora una vez más pongo la vida de mi hija en tus manos. Eres el único que puede darle alcance y traerla de vuelta. Sé cuánto significa ella para ti y te suplico que me la devuelvas con vida.

Nathaniel siente una mezcla de responsabilidad y determinación arder en su interior. Mira a Balthair a los ojos y asiente con firmeza.

—Si no soy capaz de hacerlo, entonces habré fallado en lo más esencial de mi existencia. Juro que usaré cada célula de mi cuerpo, cada gota de fuerza y de ingenio para traerla de vuelta. No descansaré, no vacilaré. Briony es todo para mí, y haré lo imposible para devolverla a casa. Si debo enfrentar al mismísimo infierno, lo haré sin dudar.

Balthair asiente, con los ojos llenos de gratitud y dolor.

Nathaniel toma un profundo respiro, llenándose de la fuerza y el coraje necesarios para la tarea titánica que tiene por delante.

—Necesito reunir a mis hombres y suministros —dice Nathaniel, su mente ya trabajando en el plan de rescate—. Debo alcanzarlo antes de que tome su otro barco.

—Todo lo que necesites, lo tendrás —responde Balthair—. Partirás de inmediato. Cada

segundo cuenta.

—Espera, Balthair —interviene Avery, su tono urgente—. Todavía no puede casi ni ponerse en pie. El veneno produce alguna especie de parálisis.

Nathaniel aprieta los dientes, luchando contra la debilidad que aún siente en su cuerpo.

—No hay tiempo para recuperarme —insiste Nathaniel—. Ayúdame a caminar.

Avery coloca el brazo de Nathaniel sobre sus hombros y, con esfuerzo, tira de él hacia la puerta. Cada paso que da Nathaniel es una batalla contra el dolor y la debilidad, pero su determinación es inquebrantable.

—Iré contigo para que no cometas ninguna locura —le dice Avery, su voz un intento de mantener la calma en medio del caos.

—No podrás evitarlo —responde Nathaniel con un toque de humor sombrío en su voz, aunque sus ojos delatan la angustia que siente.

Se vuelven cuando Adele profiere un grito desgarrador. La escena se congela cuando todos ven una mancha de sangre transfiriéndose a la tela de su vestido. Su rostro, pálido y lleno de dolor, es una imagen que impacta a todos en la sala.

—No, no, el bebé. Todavía es el momento —se queja con pesar, su voz un lamento ahogado.

Balthair se precipita hacia ella, la coge en brazos con una urgencia desesperada y anuncia:

—La llevo a su habitación. Que alguien pida ayuda.

Nathaniel, con el corazón apesadumbrado pero resuelto, le dice a Avery:

—Ve con ellos. Yo me ocupo de Ashford.

Avery, dividido entre su deber y su preocupación por Nathaniel, finalmente asiente con la cabeza. Sabe que, hasta que llegue la partera, él, como médico, es el que mejor puede cuidar de Adele.

—Cuida de ella, Avery. Yo haré lo que sea necesario para traer a Briony de vuelta —dice Nathaniel con determinación, su voz firme a pesar de la incertidumbre.

Nathaniel se obliga a caminar, a mover sus piernas, cada paso una lucha contra la debilidad que lo invade. Los músculos de sus piernas tiemblan, pero sigue adelante, impulsado por la desesperación. Al acercarse a la puerta, se encuentra de bruces con Alexander, cuyo rostro está desencajado y sombrío, reflejando las tensiones y preocupaciones del momento.

—Debo alcanzarlo antes de que desaparezca en el mar —dice Nathaniel, tratando de mantener la calma en medio del caos.

Alexander asiente, su expresión grave.

—Lo sé —responde, su voz baja pero firme—. Vamos.

Igual que ha hecho Avery, Alexander pasa el brazo de Nathaniel por sus hombros y le ayuda a caminar con fuerza, sus pasos sincronizados en una marcha urgente y decidida.

—Creía que habías muerto —dice Alexander, su voz temblando ligeramente con la emoción contenida.

—Todavía no —responde Nathaniel con una determinación sombría—. No hasta que Briony esté a salvo.

CAPÍTULO 35

Despierto por segunda vez, acostada sobre un catre estrecho con las manos atadas con una cuerda por las muñecas a una argolla en una pared detrás de mi cabeza. La nuca me late con un dolor punzante, una herida que tira de mi piel y pega mi pelo, pero evito quejarme porque esta vez no estoy sola. Mis ojos encuentran a Lord Wentworth, o mejor dicho, Lord Ashford, sentado frente a mí. Corta trozos de una manzana con un cuchillo y se los lleva a la boca con una sonrisa diabólica.

—Utilicé la misma táctica con Adele —dice, su voz suave pero cargada de malicia—. Me la llevé de un baile delante de las narices de Balthair mientras era distraído por mi hermana. Es un plan tan absurdo, y parece que siempre funciona con vosotros. Claro que esta vez he sido un poco más precavido y me he asegurado de envenenar al Capitán Harwood. De todas formas, ya estaba bastante harto de su persecución y de que siempre boicoteara mis planes. Un tipo insistente. Lo echaré de menos.

La mención de Nathaniel me golpea como una bofetada. La desesperación y el miedo se mezclan en mi interior, pero trato de mantener la compostura.

—¿Envenenado? —repito, sin poder creer lo que oigo, mi voz apenas un susurro lleno de incredulidad.

Ashford asiente, una sonrisa cruel jugando en sus labios.

—Sí, me parecía que debía ser un poco más drástico esta vez —responde, sus ojos brillando con una satisfacción sádica.

Siento una ola de náuseas y rabia. La idea de Nathaniel envenenado, sufriendo, es insoportable. Trato de procesar lo que me está diciendo, pero mi mente se niega a aceptarlo.

—No te creo —digo, mi voz temblando tanto de miedo como de desafío. No quiero creerlo.

Ashford suelta una carcajada baja y cruel, acercándose un poco más.

—Oh, querida Briony, deberías saber que nunca miento cuando se trata de causar dolor. Harwood ha sido una espina en mi costado durante demasiado tiempo. Era hora de quitármelo de encima.

Las palabras de Ashford me atraviesan como cuchillos. Siento que las lágrimas amenazan con brotar, pero me obligo a mantener la calma. No puedo mostrar debilidad frente a él. No puedo darle esa satisfacción.

—¿Qué quieres de mí? —pregunto, tratando de mantener mi voz firme, aunque por dentro estoy temblando.

Ashford se inclina hacia adelante, su sonrisa maliciosa nunca desapareciendo.

—Quiero verte sufrir, Briony. Y quiero que ellos también sufran, que sientan el dolor que yo

he sentido, y más. Pero sobre todo, quiero que sepas que no hay escapatoria. No esta vez.

El terror se instala en mi pecho, apretando mi corazón con garras heladas. Intento mantener la compostura, pero las lágrimas queman mis ojos. No puedo dejar que vea cuánto miedo tengo, cuánto me duele la idea de perder a Nathaniel.

—No tienes que hacer esto —digo, mi voz apenas un susurro—. No tienes que convertirte en un monstruo.

Ashford sonríe, pero sus ojos son fríos y vacíos.

—Es demasiado tarde para eso, querida. Ya soy un monstruo. Y ahora, tú vas a pagar por ello. No hay nada más satisfactorio que ver a aquellos que me han desafiado caer uno por uno.

Cierro los ojos, intentando calmar mi respiración, buscar un resquicio de esperanza. La imagen de Nathaniel se materializa en mi mente, y me aferro a ella con todas mis fuerzas.

—Nathaniel vendrá por mí —digo, más para mí misma que para él—. No importa lo que digas o hagas, él no se rendirá.

—Bueno, supongo que el tiempo lo dirá. Pero mientras tanto, estás aquí, y nadie vendrá a rescatarte.

El miedo y la desesperación se enredan en mi pecho, haciéndome difícil respirar. Intento apartar la vista de su sonrisa cruel, pero mis ojos vuelven a él, hipnotizados por el peligro que representa.

Ashford utiliza el cuchillo que tiene en la mano para cortar mi vestido a la altura del pecho, dejándome expuesta. Mi respiración se acelera y trato de moverme, pero la cuerda se clava más profundamente en mi piel con cada intento.

—Eres muy bonita, Briony. Te pareces a tu tío. Mi hermana estaba enamorada de él, pero él parecía inmune a los encantos femeninos hasta que apareció Adele. Lo noté enseguida. Aun sabiendo que era mi prometida, la anhelaba, no le quitaba los ojos de encima. Muy parecido a lo que hacía el Capitán Harwood contigo. Solo que este lo hace como un depredador, ¿no es verdad? ¿O debería decir mejor lo hacía? —Se ríe, la crueldad palpable en su voz.

Siento una oleada de repugnancia y miedo, pero también de rabia mientras la punta de su cuchillo se hunde en la carne de uno de mis senos y reguero de sangre comienza a brotar.

Él vuelve a cortar la manzana con el mismo cuchillo y se lleva otro trozo a la boca.

—Fue inútil por su parte fingir que sentía interés por Lady Preston. Ya sabíamos quién era y lo que quería mucho antes. Como te he dicho, llevaba tiempo siendo una molestia. Fui a Londres por él. Sabía que había abordado mi barco en un puerto y encontrado una lista de personas y futuras negociaciones. Y, adivina qué descubrí. Que tenía una debilidad muy evidente. Una debilidad que no solo le haría daño a él, sino también a ellos. Era todo tan perfecto… No podía perder la oportunidad. Y ahora mientras estará agonizando sabrá que estás en mis manos y él sabe muy bien cómo son mis pasatiempos… Le encantaba visitar mis escenas… después de haber dejado mi huella. Creo que disfrutaba de ellas.

—Nathaniel no es como tú —escupo, mi voz llena de veneno—. Él no es un monstruo.

Ashford se ríe de nuevo, una risa que no llega a sus ojos.

—Oh, querida Briony, te aseguro que todos tenemos un poco de monstruo dentro de nosotros. Solo algunos de nosotros lo abrazamos más que otros y tu capitán no es el tipo bueno que tú crees.

Me estremezco al escuchar sus palabras, pero trato de mantener la compostura. No puedo permitir que vea mi miedo.

—¿Qué sabes tú de él? —respondo, intentando sonar desafiante.

Ashford se inclina hacia adelante, sus ojos fijos en los míos con una intensidad escalofriante.

—Sé más de lo que te imaginas —dice con una sonrisa torcida—. Nathaniel ha cometido atrocidades en nombre de su misión. Ha dejado un rastro de cadáveres a su paso, todo para atraparme. ¿Y todo por qué? Por venganza, por justicia... o quizá simplemente porque disfruta de la caza tanto como yo.

Sus palabras son como dagas que se clavan en mi corazón, pero me niego a creerle. Conozco a Nathaniel. Sé que es un hombre honorable, a pesar de sus métodos.

—Mientes —digo, mi voz temblando ligeramente—. Nathaniel haría cualquier cosa para proteger a los inocentes, pero no es un asesino.

—¿No? —pregunta Ashford, arqueando una ceja—. ¿Estás segura de eso? Porque yo he visto de lo que es capaz. He visto cómo torturaba a mis hombres, cómo les arrancaba la vida sin parpadear. ¿Por culpa de quién crees que llevo esta quemadura en la cara? Y yo tuve suerte. Otros murieron quemados vivos mientras Harwood taponaba las salidas para poder atraparme.

Las lágrimas amenazan con desbordarse de mis ojos, pero las retengo. No puedo permitirme mostrar debilidad.

—No te creo —insisto, mi voz apenas un susurro.

—Oh, pero deberías —responde Ashford, acercándose más—. Porque si sigues esperando a que te rescate, te espera una gran decepción. Nathaniel no es el héroe que imaginas. Es un hombre roto, al igual que yo. Y pronto, muy pronto, te darás cuenta de que no vendrá a salvarte.

Una de sus manos comienza a trepar por mis piernas por debajo del vestido y pataleo con fuerza para deshacerme de él.

—¿Eres virgen? —me pregunta, observándome con una sonrisa maliciosa—. ¿No te sonrojas? Qué traviesa, Briony. No te pareces a otras damas. Y tus muslos son fuertes y esbeltos. Eres como un potrillo salvaje. Supongo que el capitán ha sido el afortunado. Es una lástima.

Mi corazón late desbocado, y el miedo se mezcla con la rabia. Siento su mano subiendo, su toque invasivo y repugnante. Con todas mis fuerzas, trato de apartarlo, pero la cuerda en mis muñecas se clava más profundamente en mi piel, el dolor agudo recorriendo mis brazos.

—¡Aléjate de mí! —grito, luchando por mantener mi dignidad y mi fuerza—. ¡No tienes derecho!

Ashford se ríe, una risa que es fría y cruel, y no se detiene.

—Tienes espíritu, Briony. Eso me gusta. Me recuerda a tu tía. Pero debo admitir que estoy decepcionado. Pensé que te rendirías más rápido.

—Nunca me rendiré ante ti —respondo, mi voz llena de determinación a pesar del terror que

siento.

Ashford aprieta su mano alrededor de mi muslo, su agarre doloroso.

—Veremos cuánto tiempo puedes mantener esa valentía —dice, sus ojos brillando con una luz peligrosa—. Porque pienso disfrutar cada momento de romperte.

Ashford se inclina hacia mí, su aliento caliente y repugnante en mi cara.

Siento su mano moviéndose de nuevo, y pataleo con más fuerza, intentando librarme de su agarre. Cada movimiento es un tormento, pero no puedo permitirme ceder.

—¡No! —grito, mi voz quebrándose por el miedo y la desesperación.

Ashford se ríe, disfrutando de mi sufrimiento.

—Resiste todo lo que quieras, Briony. Al final, solo hará que mi victoria sea más dulce.

Mi retuerzo y mi rodilla le alcance en la nariz y se oye un crujido. Se lleva la mano a la cara y me mira furioso.

—¡Maldita zorra! He intentado ser amable, ¿sabes?

Me da la vuelta con brusquedad y se sienta sobre mis piernas para impedir que pueda seguir pataleando. Con violencia, rasga mi vestido por la espalda y tira de las cuerdas de mi corsé, dejando mi piel al descubierto. La sensación de vulnerabilidad me invade, y un frío intenso se apodera de mí. Intento mantener la calma, pero el miedo me paraliza.

Al principio, solo oigo el sonido de piel desgarrada sin saber de dónde proviene, hasta que el escozor se extiende por mi espalda. Un grito escapa de mis labios cuando la fusta restalla de nuevo contra mi piel. El dolor es punzante y difícil de soportar.

—Así aprenderás —dice, volviendo a descargar su brazo contra mi espalda.

Cada golpe es un tormento, un recordatorio de mi impotencia. El dolor se convierte en una presencia constante, y lucho por no perder la consciencia. Las lágrimas corren por mis mejillas, pero me obligo a no sollozar, a no darle la satisfacción de verme completamente derrotada. La desesperación me envuelve, pero trato de aferrarme a cualquier fragmento de fuerza que me quede.

Otro golpe, el dolor se intensifica, y siento que estoy al borde de mis límites. La realidad se distorsiona, y los bordes de mi visión se vuelven borrosos. Cada respiración es un esfuerzo hercúleo, pero me niego a rendirme. Mis pensamientos son un caos, una mezcla de recuerdos, esperanzas y el dolor omnipresente, pero me aferro a la imagen de Nathaniel, a la ilusión de que aún puede llegar a tiempo.

«¿Y si nadie viene a por mí y debo soportar la tortura de este hombre por días?».

—Basta, por favor —le suplico.

Ashford se levanta y se aparta, observando su obra con satisfacción. Mi espalda arde, y cada respiración es un esfuerzo. Se inclina hacia mí, su rostro a pocos centímetros del mío.

—Oh, querida Briony, esto recién comienza —susurra, antes de salir de la habitación, dejándome sola con mi dolor y mi desesperación.

Las lágrimas corren libremente ahora, una liberación que no puedo contener más. La

angustia y el miedo son abrumadores, y siento que me estoy desmoronando. La habitación parece cerrarse sobre mí, y el peso de la situación me aplasta. Pero trato de controlar mis sollozos, de no dejar que la desesperación me consuma por completo.

Consigo deshacerme de las cuerdas de mis muñecas, tirando con fuerza hasta que mis manos quedan libres. La piel se rasga y la sangre corre, dejando mis muñecas en carne viva, pero eso parece lo de menos. El dolor de la espalda es insoportable, pero saco fuerzas de algún lugar que ni siquiera sabía que existía.

La puerta del camarote está cerrada. Miro a mi alrededor y cojo una barra de metal que encuentro en un rincón. Con toda mi fuerza, comienzo a golpear la manilla, con la esperanza de poder romperla. El ruido que estoy haciendo es ensordecedor y sé que alertará a todos, pero la desesperación no es cauta.

Ashford entra en el camarote como una exhalación, sus ojos llenos de furia. Lo golpeo con la barra, primero en los hombros, luego en el pecho, y finalmente en la espalda cuando se da la vuelta para evitarme. Cada golpe está cargado de desesperación y rabia.

Cuando cae al suelo, salto sobre él para poder alcanzar la salida, pero él atrapa mi tobillo y me hace caer al suelo con brusquedad.

—¡Maldita sea! —gruñe, arrancando la barra de mis manos.

Comienza a golpearme con la barra sin piedad, sus gritos animales llenando el camarote. El dolor es insoportable, cada golpe es una ola de agonía que se extiende por mi cuerpo. Creo que voy a morir. Al menos, me siento morir. Nadie sobreviviría a algo así, me digo mientras la conciencia comienza a desvanecerse.

La oscuridad se apodera de mi visión, y mi cuerpo se siente pesado, incapaz de moverse. Lo último que veo es la figura de Ashford, su rostro distorsionado por la ira, antes de que todo se vuelva negro.

Cuando despierto, me encuentro atada a uno de los mástiles del barco en el exterior. Mis manos están aseguradas hacia atrás y varias cuerdas me sujetan a la altura de la clavícula, la cintura y las piernas. Me han quitado el vestido y solo llevo jirones de mi camisa, dejando gran parte de mi piel al descubierto. El aire marino frío muerde mi piel expuesta y magullada.

Un tipo desdentado se acerca y tira un cubo de agua salada sobre mí, haciendo que todas mis heridas ardan con un dolor intenso y punzante. Grito, incapaz de contener la agonía que se propaga por mi cuerpo.

—Así aprenderás a no desafiar a nuestro capitán —dice el hombre, su voz rasposa y cruel. Sus ojos brillan con una mezcla de desprecio y diversión mientras me observa retorcerme.

El dolor es insoportable, pero trato de mantenerme consciente, de no ceder a la desesperación. Mis músculos están tensos, y cada respiración es una lucha. A través de la neblina de mi sufrimiento, puedo escuchar el crujido de la madera del barco y el murmullo del mar, un recordatorio constante de mi vulnerabilidad.

El agua salada sigue escurriéndose por mi cuerpo, intensificando el escozor en mis heridas. Cada latido de mi corazón es un recordatorio del sufrimiento que estoy soportando, pero también de mi determinación de no dejarme vencer.

El hombre se aleja, dejándome atada al mástil bajo el sol abrasador. Mis fuerzas flaquean,

pero me obligo a mantener la esperanza. Nathaniel vendrá por mí. Tiene que hacerlo.

El aire de la noche en alta mar es frío y se cuela por mi cuerpo hasta mis huesos, haciéndome temblar. Mis músculos están tensos y mis heridas arden con un dolor sordo y constante. Cada respiración se siente como un esfuerzo hercúleo.

—Tiene unas piernas bonitas. ¿Puedo tocarla? —pregunta alguien con malicia, su voz llena de deseo y crueldad.

—No demasiado —responde Ashford, su tono autoritario y frío—. Primero voy a domarla y luego será mía por completo. Cuando me cansé de ella, podréis repartírosla.

La desesperación me invade al escuchar sus palabras. Siento un nudo en el estómago y mis temblores se intensifican. El miedo se convierte en un monstruo que me devora desde dentro. Intento mantener la compostura, pero el terror amenaza con abrumarme.

Miro al cielo, buscando consuelo en las estrellas. Cada segundo que pasa parece una eternidad en el pequeño mundo de dolor en el que vivo ahora. Cuando siento unas manos sobre mi piel grito con desesperación hasta quedarme ronca.

—Nathaniel... —Mi voz apenas audible entre el sonido de las olas y el crujido del barco.

Ashford se acerca, su presencia opresiva a mi lado. Me agarra del cabello con fuerza, tira de él y me obliga a mirarlo. Sus ojos son fríos, desprovistos de compasión.

—Puedes gritar su nombre todo lo que quieras, niña. Nadie vendrá a salvarte —dice con una sonrisa cruel.

La angustia me ahoga, pero trato de no mostrar mi miedo. No puedo dejar que Ashford vea cuánto me afecta. Debo resistir, debo mantener la esperanza.

—No importa lo que digas —respondo con la poca fuerza que me queda—. Él vendrá por mí.

Ashford se ríe, una risa que es una mezcla de desprecio y diversión.

—Veremos cuánto tiempo puedes mantener esa fe, porque esta noche, la oscuridad y ellos serán tu única compañía.

Ashford me mira con satisfacción. Me suelta el cabello con brusquedad y se aleja, dejando sus palabras flotando en el aire frío de la noche. Siento el viento helado mordiendo mi piel y el dolor de mis heridas, pero me esfuerzo por no ceder al pánico.

—Sería una pena que uno de los pájaros le arrancara un ojo como pasó con aquel irlandés —murmura un marinero con una sonrisa siniestra.

No sé si han pasado solo horas o días cuando me desatan del mástil. Caigo sin fuerzas sobre la cubierta del barco y Ashford vuelve a cogerme del pelo para obligarme a mirarle.

—¿Y bien? ¿Te quedan ganas de rebelarte?

Levanto los ojos hacia él y, a lo lejos, veo la costa. Tierra firme. No me importa si está lejos o cerca, solo sé que necesito llegar allí. Empujo a Ashford a un lado con la poca fuerza que me queda y corro hacia la barandilla. Si consigo saltar al agua, podré nadar hasta la orilla como sea.

Pero ni siquiera llego a ver el mar.

—¡Trae un cubo de agua! —ordena Ashford a uno de los hombres mientras me agarra del pelo y me hace retorcerme hasta arrodillarme en el suelo.

—Ponlo delante de ella —dice con una voz cargada de desprecio—. Ya que tiene tantas ganas de ahogarse, vamos a hacer que pruebe la sensación.

Me empuja la cabeza dentro del cubo. La presión es inmediata y siento que mis pulmones van a estallar. Lucho por aire mientras el agua entra en mi nariz y mi boca. Justo cuando creo que voy a perder la consciencia, me saca la cabeza del cubo.

—¿Esto querías, Briony? —me dice con una sonrisa cruel.

No puedo ni siquiera hablar mientras trato de recuperar el aliento, pero antes de que pueda conseguirlo, él vuelve a empujarme dentro del agua. Intento soltarme de sus garras, sujetando mis manos en mi espalda, pero no puedo. Siento la desesperación y el pánico apoderarse de mí mientras él me saca la cabeza y la vuelve a meter tantas veces que pierdo la cuenta.

El mundo se convierte en un caos de agua y dolor, y cada vez que mi cabeza sale del agua, mis pulmones arden con la necesidad de oxígeno. Finalmente, me derrumbo sobre la cubierta cuando me suelta, sin fuerzas para luchar, apenas consciente.

—Atadla de nuevo al mástil —ordena Ashford con voz autoritaria.

Me arrastran de vuelta al palo mayor del barco, mis fuerzas agotadas, mi voluntad casi quebrada. El frío del aire nocturno se mezcla con el dolor y el agotamiento, y siento que cada parte de mi cuerpo grita por descanso.

Mientras me atan de nuevo, miro hacia la costa con desesperación. Cada segundo que pasa siento que mi esperanza se desvanece un poco más. Pero deseo resistir, deseo sobrevivir.

CAPÍTULO 36

Un día me despierto cuando noto que algo me hace daño sobre el cuerpo. Ashford juega a tirarme unos clavos oxidados como si yo fuera una especie de diana. Algunos solo pinchan, pero otros los lanza tan fuerte que se enganchan en la piel y luego tiran hacia abajo antes de caer. Cada punzada es un nuevo tormento, y siento la sangre correr por mi piel desgarrada.

—Tienes resistencia —dice Ashford, su voz cargada de una perversa admiración—. Eso te lo concedo. Has superado mis expectativas, y estoy dispuesto a tratarte bien cuando entres en razón y consientas actuar como mi mono amaestrado. Podrás darte un baño, cambiar ese mástil por mi cama. No pasarás frío bajo mis mantas y te daré un poco de agua. ¿No tienes sed, Briony? Supongo que sí, que ya empiezas a notar su falta, ¿verdad? ¿Sabes cuánto aguanta una persona sin beber? —pregunta, una sonrisa maliciosa en sus labios—. Tres días. Te daré un trago si quieres. Solo tienes que prometer hacer todo lo que yo te ordene.

—Jamás —le respondo a duras penas, mi voz apenas un susurro, cada palabra una lucha contra la sequedad de mi garganta—. ¿Sabes? Ya entiendo la razón por la que haces esto. Tú… la tienes pequeña ¿verdad?

Él parece contrariado, sus ojos se estrechan con frustración mientras algunos marineros alrededor se ríen.

—¡Silencio! —grita cabreado—. Dadle un poco de agua, pero solo lo suficiente para que dure un poco más y pueda alargar su tortura —le dice a uno de los hombres.

Uno de ellos se acerca con un pequeño vaso de agua. Me lo lleva a los labios y dejo que unas gotas caigan en mi boca. La frescura del agua es un alivio momentáneo, pero solo intensifica mi sed.

—Estoy disfrutando mucho de esta doma, querida Briony —continúa Ashford, su tono casi complacido—. Eres el mejor juguete que he tenido nunca. Será enormemente satisfactorio verte romperte.

Sus palabras son un veneno, cada sílaba diseñada para desgarrar mi espíritu. Pero a pesar del dolor, del hambre y de la sed, me niego a ceder. Miro a Ashford con la poca fuerza que me queda, mi mirada llena de desafío.

De repente, el vigía grita desde lo alto del mástil, su voz rompiendo el tenso silencio.

—¡Barco a la vista! ¡El Espectro Negro!

Ashford gira la cabeza hacia el vigía y luego se vuelve hacia mí con una sonrisa de satisfacción.

—Ah, observa, Briony, ahí está el Espectro Negro. Mi obra maestra. No hay barco más rápido en el mar. Está anclado en un desfiladero oculto para que nadie lo descubra. Te sentirás como en casa en él.

Miro hacia el horizonte y veo la silueta del barco. Es un barco imponente, su casco negro como la noche y sus velas desplegadas como alas de un cuervo siniestro. Mi corazón se hunde al verlo, pero trato de no mostrar mi miedo.

Ashford se inclina hacia mí, su voz suave pero cargada de amenaza.

—Una vez en él, nadie podrá alcanzarnos.

Se vuelve hacia sus hombres y comienza a dar órdenes, preparándose para el trasbordo a su barco.

Cierro los ojos y respiro hondo. No me quedan fuerzas para nada más.

******

Poco a poco nos acercamos al Espectro Negro, el silencio tenso solo roto por el crujido de las maderas y el golpeteo suave de las olas. Todo parece tranquilo, casi demasiado tranquilo. Ashford llama a uno de sus hombres hacia el barco.

—¡Tyrrell! —grita Ashford, su voz resonando en la noche.

Desde la cubierta del *Espectro Negro*, un marinero encorvado le saluda con un gesto de la mano.

—¡Todo despejado, Milord! —responde Tyrrell.

Los hombres de Ashford comienzan a preparar las cuerdas y las pasarelas para pasar de un barco al otro, sujetándolas con firmeza para asegurar el tránsito. La transición comienza, y varios de los hombres de Ashford empiezan a cruzar al otro barco, moviéndose con cautela entre la niebla matutina.

De repente, una voz de alarma rompe el silencio:

—¡Intrusos a bordo!

El caos estalla.

Nathaniel y otros hombres, entre ellos Alexander emergen de las sombras.

Los movimientos de Nathaniel son rápidos y precisos, cada golpe derribando a un enemigo tras otro, su camino hacia mí marcado por el destello de su espada. Su presencia tan amenazante como la de un espíritu vengador.

Y entiendo lo que quería decir Asford sobre Nathaniel, sobre lo implacable que es.

Con una audacia que corta la respiración, se lanza desde la cuerda que han fijado entre los dos barcos, su figura recortada contra el cielo mientras se balancea hacia nuestro barco. Su aterrizaje en la cubierta es una tormenta de furia y acero, y cada enemigo que intenta detenerlo cae rápidamente ante su determinación feroz.

Mientras él avanza, Ashford, en un acto de desesperación, se posiciona detrás de mí y presiona un cuchillo contra mi cuello. Su aliento caliente y apestoso golpea mi oído mientras su voz ronca de miedo y rabia grita a Nathaniel.

—¡La mataré!

Nathaniel se queda helado por un momento, sus ojos fijos en mí, llenos de horror y desesperación se fijan en mi cara, en mi cuerpo, en las cuerdas que me retienen.

Veo cómo su mirada se endurece, como algo incontrolable le va dominando con cada golpe o maltrato que percibe en mí.

—No la he tocado aún. Es toda tuya si la quieres. Es un poco salvaje, pero supongo que montarla una vez domada tiene una satisfacción especial —añade Ashford, con un tono venenoso.

La ira se desborda en los ojos de Nathaniel, una furia casi inhumana que hace que sus manos tiemblen de rabia. A pesar de la situación desesperada, no muestra señales de ceder. Su voz, cuando finalmente habla, es un gruñido bajo y peligroso.

—Loco bastardo, apártate de ella o tendrás la peor de las muertes. Te lo garantizo —dice con firmeza, sus ojos nunca apartándose de Ashford ni de mí.

Nathaniel avanza un paso, la espada aún en mano, la determinación escrita en cada línea de su cuerpo. Parece un león en una jaula moviéndose de un lado a otro controlando y acechando a su presa.

Ashford se ríe, pero hay un nerviosismo en su mirada. Él sabe que Nathaniel no es un hombre con el que se pueda negociar fácilmente. Aprieta el cuchillo contra mi cuello, y siento la punta afilada contra mi piel, enviando un escalofrío de terror por mi espalda.

—¡Baja la espada, capitán! —exige Ashford, su voz desesperada. Nathaniel no se mueve, sus ojos oscuros fijos en los míos. Puedo ver la lucha interna en su rostro, la desesperación mezclada con una feroz determinación.

—Voy a contar hasta tres —dice Ashford, su voz temblando ligeramente—. Uno...

Nathaniel avanza otro paso, y su mirada se vuelve aún más intensa.

—Dos...

Puedo ver el sudor en los brazos de Ashford, sus manos temblando mientras sujeta el cuchillo con más fuerza.

—Y tres... —anuncia una voz grave y familiar a nuestras espaldas.

Inmediatamente, la presión del cuchillo contra mi cuello se afloja y un golpe sordo resuena en el aire.

—No está muerto. Eso te lo dejo a ti —dice Alexander a Nathaniel mientras se coloca delante de mí, sus ojos reflejando una mezcla de preocupación y pena—. Briony... —Su voz se quiebra ligeramente al pronunciar mi nombre mientras comienza a desatarme.

Detrás de mí, el sonido de la confrontación entre Nathaniel y Ashford se intensifica. Oigo el crujir de huesos y el jadeo de esfuerzo.

—No mires —me ordena Alexander cuando intento girarme hacia el ruido—. Nathaniel está... bastante furioso, y lo que está haciendo con Ashford no es precisamente para espectadores sensibles —explica con una voz tensa mientras termina de liberarme.

Mis piernas pierden fuerza y me derrumbo en sus brazos. Él me sostiene con cuidado, dejándose caer al suelo conmigo aún en su regazo. Con delicadeza, se quita la chaqueta y me la coloca sobre los hombros, evitando con cuidado tocar mi espalda lastimada. Suavemente, oculta mi rostro en su pecho.

Mientras Alexander me consuela, los sonidos de la violencia que Nathaniel desata sobre Ashford se intensifican detrás de nosotros. A pesar de la protección de Alexander, las palabras furiosas de Nathaniel se filtran hasta mí, cargadas de desprecio y rabia.

—¿Crees que puedes tocarla y simplemente pedir clemencia? —grita Nathaniel, su voz retumbando con furia—. Eres un cobarde, Ashford. Un parásito miserable.

El sonido de un golpe más fuerte se oye, seguido por un gemido de dolor.

—¡Mírame cuando te hablo! —continúa Nathaniel, su tono cruel y despiadado—. Eres escoria, Ashford. Te voy a hacer sentir cada pizca del terror que ella sintió, multiplicado por cada segundo que pasaste pensando que podías salirte con la tuya

—Shh... —susurra Alexander, ofreciéndome consuelo mientras mis sollozos rompen el silencio. Solo entonces soy consciente de las lágrimas que recorren mi rostro—. Todo ha terminado, Briony. Estás segura ahora.

En el fondo, los sonidos de la violencia continúan; el golpe metálico de la espada de Nathaniel, seguido por gritos sofocados y el sonido húmedo y macabro de golpes contundentes. Cada impacto se siente como un eco oscuro, un recordatorio brutal de la furia desatada de Nathaniel.

Alexander me aprieta más fuerte contra él, trata de cubrir mis oídos, susurrando palabras de consuelo. Pero las violentas promesas de Nathaniel resuenan con fuerza, reafirmando su determinación de protegerme y vengar cualquier mal infligido hacia mí. En su furia, no solo salva mi cuerpo, sino que reclama venganza por el terror que he sufrido.

A pesar de la seguridad que ofrece el abrazo de Alexander, el aire parece vibrar con la ferocidad de la retribución que Nathaniel administra, un recordatorio sombrío de que aunque el peligro inmediato haya pasado, las sombras de la noche esconden monstruos donde menos lo imaginamos.

CAPÍTULO 37

Despierto con la sensación de un frío líquido deslizándose por mi garganta. Abro los ojos lentamente y me encuentro con la inmensidad del azul, no del mar, sino en los ojos de Nathaniel, tan llenos de preocupación y angustia que por un momento pienso que es él quien sufre las heridas.

El cirujano de abordo, el señor Edwards, cose con meticulosa precisión algunas de mis heridas abiertas, mientras Nathaniel, con manos temblorosas, intenta limpiar el resto de mis magulladuras. Pero hay algo que ambos parecen no comprender: Ashford me ha herido en lo más profundo de mi ser, donde ni sus suturas ni sus vendajes pueden alcanzar. Nunca había experimentado un miedo tan profundo y paralizante; una vulnerabilidad tan completa. No sabía que el ser humano pudiera manifestar tal nivel de crueldad.

Ha conseguido lo que quería. Me ha roto.

****

Cuando vuelvo a abrir los ojos, Nathaniel está intentando alimentarme. Abro la boca mecánicamente, como si fuera un bebé, y él cuidadosamente introduce en ella una cuchara con caldo. Su gesto es tierno, un pequeño recordatorio de humanidad en medio del caos.

Una vez que termina de alimentarme, me pide que me dé la vuelta para aplicar un ungüento de hierbas sobre las cicatrices que, estoy segura, marcarán mi piel y mi alma para siempre. La sensación de las yemas de sus dedos sobre mi espalda es un suave consuelo en medio del dolor.

****

Desde mi posición, escucho a Nathaniel y Alexander conversando al otro lado de la puerta. Me siento lentamente, rodeo mis rodillas con mis brazos y giro la cabeza para poder ver a través del ojo de buey del camarote.

—¿Ha dicho algo? —pregunta Alexander con voz baja, cargada de preocupación.

—No, ni una sola palabra —responde Nathaniel, su voz teñida de una profunda tristeza.

—Dale tiempo, Briony es fuerte, es una luchadora. Ahora está en shock, confusa, pero saldrá adelante —asegura Alexander, intentando infundir algo de esperanza en el tono sombrío de la conversación.

Cierro los ojos por un momento, dejando que las palabras de Alexander se hundan en mí. Sí, siempre me han dicho que soy fuerte. Sin embargo, en este instante, acurrucada en la oscuridad de este camarote y rodeada por el suave balanceo del barco, me permito cuestionar esa percepción. Asumen que soy resiliente, que puedo con todo porque siempre he sido la vivaz y decidida Briony. Pero es fácil serlo cuando tienes todo a tu favor: una familia que te adora, un hogar seguro, una vida sin privaciones reales.

Ahora, enfrentada a la cruda realidad de la violencia, el dolor palpable y una soledad que

corta más profundo que el frío del océano, comprendo que no lo soy en verdad.

¿Cómo se mantiene uno entero cuando cada fragmento de mi espíritu ha sido desgarrado? La resolución y el coraje parecen conceptos distantes, palabras vacías que no aplican cuando alguien se ve frente a frente con el abismo.

Los demás ven la fuerza en mí, pero lo que no ven es el tremendo esfuerzo que me cuesta cada suspiro, cada movimiento. Estar despierta es un recordatorio constante del horror, y cada intento de normalidad es una batalla agotadora. Ellos no entienden que la chica que una vez enfrentó el mundo con una sonrisa audaz y una palabra rápida, ahora tiembla ante el simple roce del viento sobre su piel.

El miedo no es solo una sombra pasajera ahora; es un compañero constante, y la vulnerabilidad se ha instalado en cada parte de mi esencia.

Vuelvo a recostarme. Solo quiero dormir.

****

—Briony, despierta —me llama la voz de Nathaniel.

Abro los ojos.

—Vamos, te ayudaré a asearte y a utilizar el orinal.

Levanto la cabeza, aún envuelta en la bruma del sueño, y encuentro a Nathaniel inclinado sobre mí, la preocupación dibujada en su rostro. Su mano se extiende hacia mí, firme y reconfortante.

—Déjame cuidarte —susurra con una dulzura que hace eco en el aire cargado del camarote.

Con esfuerzo, me incorporo, apoyada en su brazo fuerte. Me siento frágil, como si mi cuerpo fuera un delgado cristal a punto de romperse. Nathaniel me guía cuidadosamente hasta una silla junto al pequeño orinal de porcelana, una necesidad práctica que, en ese momento, parece una tarea hercúlea.

Él se retira discretamente, dándome un momento de privacidad que agradezco profundamente. A pesar del dolor y la debilidad, la sensación de realizar algo tan simple por mí misma me infunde un atisbo de normalidad.

Cuando termino, Nathaniel vuelve a mi lado. Retira el orinal y me ayuda a sentarle en el borde la cama. Con delicadeza, me ayuda a lavarme, vertiendo agua tibia en un paño y pasándolo suavemente por mi cara y manos. Cada gesto suyo está cargado de un cuidado que va más allá de la simple obligación; hay un cariño que, aunque no siempre expresado en palabras, se manifiesta en sus actos.

Me ayuda a cambiar la camisola que llevaba, demasiado manchada con rastros de sangre de heridas que nunca terminan de cicatrizar. Cada movimiento es medido, cuidadoso para no lastimar mis heridas, y sus manos son firmes, pero suaves, un contraste con la brutalidad que he soportado.

—¿Mejor? —pregunta, una vez que estoy de nuevo acostada y cubierta con una manta ligera.

Asiento, incapaz de encontrar las palabras adecuadas para expresar mi gratitud. Él se sienta

junto a mí, sus ojos azules llenos de una preocupación.

—No tienes que ser fuerte todo el tiempo, Briony. No conmigo —dice en voz baja, casi como si temiera que decirlo más fuerte pudiera romperme.

Sus palabras me llegan profundamente, tocando esa parte de mí que he guardado bajo llave por tanto tiempo. Lágrimas, no solo de dolor, sino también de gratitud, comienzan a formarse en mis ojos. Nathaniel se acerca, su mano levantando mi barbilla para que lo mire.

—Estoy aquí, no importa lo que necesites —asegura.

Cierro los ojos, y aunque el dolor físico y emocional sigue latente, el cansancio me arrastra hacia un sueño inquieto, sabiendo que Nathaniel vigila, un guardián silencioso en la penumbra.

****

Abro los ojos y veo a Alexander de pie junto al ojo de buey, con los brazos cruzados detrás de la espalda, observando el infinito azul del mar. Su perfil está tenso, la mandíbula marcada por la preocupación, mientras la luz del sol, filtrada a través de las ondas del océano, juega sobre su rostro, revelando un semblante pensativo y distante. Al notar que estoy despierta, se vuelve hacia mí con un cambio suave en su expresión.

—Briony, ¿cómo te sientes? —pregunta, su tono mezclando alivio con una ansiedad apenas contenida.

Pero no le respondo ni lo miro.

—Briony, sé que puedes oírme —comienza a decir con voz firme, cada palabra pronunciada con precisión—. Y sé que probablemente prefieras seguir en silencio, encerrarte en tu dolor y permitir que este miedo te defina. Eso sería lo fácil, ¿no?

Hace una pausa, dejando que sus palabras se asienten en la densa atmósfera del camarote.

—Pero yo te conozco, Briony. Te he visto crecer, reír... enfrentar el mundo con una chispa en los ojos. Esa Briony que desafiaba a todos con una sonrisa, que no le temía a nada, ¿dónde está ahora? —Alexander se inclina hacia adelante, desafiante—. No dejaré que Ashford te quite eso. No permitiré que ese monstruo te haya robado tu voz junto con tu paz.

Miro a Alexander mientras habla, sus palabras como golpes directos a las barreras que he levantado alrededor de mi dolor. Me duele escucharlo, no solo por la verdad que arrojan sus palabras, sino porque sé que provienen de un lugar de amor, de ese lugar donde Alexander ha guardado siempre lo mejor para mí, incluso cuando eso significa confrontarme con una dureza que otros evadirían.

—No puedes dejarte vencer por esto, Briony —continúa él, su voz resonando en el pequeño espacio del camarote. —Si te rindes ahora, si dejas que este silencio se convierta en tu mundo, entonces él habrá ganado. Ashford habrá destruido algo más valioso que tu cuerpo; habrá destruido tu espíritu, y no puedo, no voy a permitir que eso suceda.

Sus palabras son un reto, una provocación que me remueve por dentro. Siento cómo se agita algo en mi pecho, una mezcla de ira y resolución. Ira hacia Ashford por lo que me hizo, y una emergente resolución de no dejar que esa oscuridad sea todo lo que queda de mí.

—Mira a tu alrededor, Briony —insiste Alexander, señalando más allá del ojo de buey hacia el vasto océano que nos rodea—. Este mar es inmenso, lleno de vida y misterios, y, sin embargo,

estás haciendo lo que siempre quisiste hacer: navegar en el barco de Nathaniel y aquí estás tú, reduciéndote a un silencio que es tan profundo como el más oscuro de los abismos marinos. No te dejaré desaparecer en esas profundidades.

Respiro hondo, cada inhalación es dolorosa, pero cada exhalación es liberadora de una forma que no había anticipado. No respondo, aún no estoy lista para romper mi silencio, pero algo en mi mirada debe de decirle que estoy empezando a escuchar, realmente escuchar.

—Quiero que vuelvas a ser la Briony que enfrentaba todo con una sonrisa, que no retrocedía ante los desafíos. Esa Briony que sabía cómo hacer que todos en la habitación se sintieran vivos con solo una palabra —dice, su voz ahora más suave, pero sus palabras aún cargadas de un fervor implacable.

No puedo evitar que las lágrimas comiencen a formarse en mis ojos.

—No voy a fingir que entiendo por todo lo que has pasado, Briony. Pero conozco tu fuerza. La he visto en acción desde que eras una niña. Y sé, sé que está ahí, incluso ahora, especialmente ahora. No dejes que esto te defina. Domina esto como el momento en que decidiste levantarte, no el momento en que decidiste rendirte. A veces tienes esa mirada en tus ojos... como un soldado que va a la guerra, listo para luchar hasta su último aliento... ¡Dime, Briony! ¡¿Dónde está esa mirada ahora?! —me grita Alexander. Su pregunta resuena como un despertar, un llamado a las armas.

Y yo solo puedo mirarlo, con lágrimas desbordándose de mis ojos, liberando tal vez todas aquellas que he contenido durante toda una vida.

—¡Necesito verla ahora, Briony, porque esto no es solo sobre sobrevivir, es sobre vivir! ¡No te estoy pidiendo que olvides, te estoy pidiendo que luches! —grita, golpeando con la mano el marco de mi cama para enfatizar su punto. Su rostro está rojo, la pasión y la preocupación marcadas en cada línea de su expresión.

Es en ese momento, justo cuando las palabras de Alexander están alcanzando su clímax, que Nathaniel entra en la habitación como una exhalación, casi desencajando la puerta. Su reacción es instantánea, su voz llena de ira y preocupación por la escena ante él.

—¡¿Qué demonios crees que estás haciendo, Alexander?! —le grita, su voz cargada de furia y preocupación.

Pero Alexander levanta una mano para detenerlo, sin apartar su mirada de mí. Su expresión no cambia; es un muro de firmeza y determinación.

—Déjala, Nathaniel. Déjala sentir y enfrentar esto. Es parte de sanar. No siempre es bonito ni fácil.

El impacto de las palabras de Alexander, seguido por la irrupción de Nathaniel, me saca finalmente de mi inercia. Mis lágrimas siguen fluyendo, pero algo en mi interior comienza a cambiar, una chispa de algo antiguo y poderoso reavivada por el conflicto.

—¿Crees que lo sabes todo, verdad? ¿Que tus experiencias te otorgan la omnisciencia? —Mi voz, aunque quebrada por la emoción y ronca, lleva un filo de desafío que nunca antes había dirigido hacia Alexander—. Pero estás equivocado. No tienes idea de lo que es estar expuesto, casi sin ropas, bajo la mirada lasciva de docenas de hombres, siendo tocado y manoseado por manos que solo buscan placer en tu humillación, que se… se tocan así mismos delante de ti,

reducido a un mero objeto de diversión para un maniático que encuentra satisfacción en despedazar tu alma, en golpearte, en torturarte, que te quita toda la humanidad. ¡¡No sabes nada!! ¡¡Nada sobre lo que significa ser la víctima y no el verdugo!!

Alexander me mira, sorprendido por la ferocidad de mi respuesta. Por un momento, hay un destello de algo parecido al dolor en sus ojos, una comprensión dolorosa de que hay abismos en mi sufrimiento que no puede comprender completamente.

—Tienes razón, Briony. No lo sé, no de la manera en que tú lo has vivido. —Su voz se suaviza, y su postura se relaja ligeramente, una concesión de que su enfoque podría haber sido demasiado duro, demasiado impaciente—. Y lamento profundamente no haber estado allí para protegerte. Pero estoy aquí ahora, y lo que quiero, más que nada, es ayudarte a encontrar tu camino de vuelta, no importa cuánto me cueste o cuánto me equivoque en el intento. Esta batalla no es solo tuya, es nuestra también.

Nathaniel da un paso hacia Alexander, su expresión tensa por la preocupación y la discordancia evidente entre ellos.

—Lo que necesita ahora es espacio para sanar, para ser escuchada en sus términos, no en los nuestros —interviene Nathaniel, más consciente de la importancia de mi autonomía en este proceso de curación—. Quiero que sepas que estoy aquí para escucharte, cuando estés lista para hablar, y para apoyarte, incluso cuando elijas permanecer en silencio —me dice a mí.

Alexander frunce el ceño, claramente irritado por la interrupción de Nathaniel y su diferente enfoque sobre cómo manejar la situación.

—Entiendo lo que dices, Nathaniel, pero no podemos simplemente sentarnos y esperar que Briony decida hablar —replica Alexander, su tono de voz subiendo ligeramente en intensidad—. Ella necesita más que espacio; necesita ser empujada a confrontar lo que ha sucedido, o ¿cómo esperas que supere esto?

Nathaniel se crispa, dando un paso hacia Alexander, reduciendo la distancia entre ellos. Su voz se endurece, marcada por un borde defensivo.

—Y ¿qué sabrás tú de cómo manejar esto? Briony no es uno de tus agentes entrenados, Alexander. No puedes simplemente empujarla a enfrentar sus traumas como si fuera una misión más de las tuyas. No estamos en uno de tus juegos de espionaje.

Alexander responde con un tono igualmente tenso, sus manos apretadas en puños a sus lados.

—Y tú, ¿vas a protegerla envolviéndola en algodón? Briony no es de cristal, Nathaniel. Tratarla como si fuera a romperse al menor toque es subestimar la resistencia que la ha mantenido en pie hasta ahora.

El aire se carga de tensión, el desacuerdo entre ellos palpable y casi eléctrico. Ambos están claramente comprometidos con mi bienestar, pero sus métodos y perspectivas chocan, generando un conflicto que refleja sus propias inseguridades y miedos.

—El cuidado no es sinónimo de debilidad, Alexander. Y la fortaleza no siempre tiene que manifestarse a través de la confrontación directa —responde Nathaniel, su tono bajando a uno de advertencia solemne.

—Y la evasión no es sinónimo de recuperación. A veces, la verdadera curación comienza

con un empujón, no con un paso atrás —contrataca Alexander, con una mirada desafiante.

—Creía que eras un gran defensor de los pasos atrás, de dejar espacio, Alexander —Nathaniel le espeta entre dientes, su furia apenas contenida, como si hubiese tocado un punto doloroso y profundo.

—Eso era diferente. Esto... esto es completamente distinto —responde, claramente molesto por la comparación, sus palabras cortantes y defensivas.

La tensión entre ellos se intensifica, las palabras cargadas de un peso que amenaza con desbordarse en algo más que un simple desacuerdo.

El aire se tensa aún más, los rostros de ambos hombres reflejan la intensidad de sus emociones. La disputa entre ellos escalaba, cada uno aferrado a sus convicciones, sin darse cuenta del efecto que sus palabras tenían en mí.

De repente, algo dentro de mí estalla. La frustración de ser tratada como un peón en su juego de estrategias y cuidados me sobrepasa.

—¡Basta! —grito, levantándome con dificultad, mi voz temblorosa pero llena de una ira que había estado acumulándose. —¡Estoy harta de que todos decidan por mí, como si yo no estuviera aquí, como si no pudiera oíros o entender lo que está pasando!

Nathaniel y Alexander se vuelven hacia mí, sorprendidos por mi intervención.

—Yo... yo soy la que vive esto, no vosotros. Soy yo la que tiene que lidiar con estas heridas, con esta pesadilla cada día. —Mi voz se quiebra bajo el peso de mis palabras, pero la fuerza detrás de ellas no disminuye—. No necesito que me protejáis de mis propios sentimientos ni que me empujéis a enfrentarlos antes de estar lista. ¡Fuera de aquí! ¡Los dos!

Mis palabras resuenan en el camarote como un trueno, cortando el aire tenso entre nosotros. Nathaniel y Alexander se quedaron inmóviles por un momento.

Alexander asiente, la solemnidad marcando sus rasgos usualmente imperturbables y empuja sin consideración a Nathaniel hacia la puerta, pero este se detiene en el umbral un último momento antes de desaparecer.

—Estaremos cerca si nos necesitas. Solo tienes que llamar —dice, y aunque las palabras son simples, llevan el peso de una promesa inquebrantable.

A solas, finalmente tengo el espacio para respirar, para sentir todo lo que había estado guardando. La habitación, ahora tranquila, se siente como un refugio seguro donde puedo comenzar a desentrañar mis emociones a mi propio ritmo. Este momento de soledad es lo que necesitaba, un tiempo para ser honesta conmigo misma sobre el dolor, el miedo y la fortaleza que aún reside en mí, esperando ser reconstruida día a día.

CAPÍTULO 38

Narrador omnipresente

Nathaniel y Alexander están apoyados en la barandilla del barco, adoptando posturas meditativas mientras el océano se extiende infinito ante ellos. La brisa marina arrastra sus palabras, cargadas de una gravedad que refleja la tensión del momento.

—¿Crees que funcionará? —pregunta Nathaniel, con un tono que denota más duda que certeza.

—¿El que uno actúe como el bueno y el otro como el malo? Es una táctica clásica en interrogatorios, efectiva desde hace mucho tiempo —responde Alexander, su mirada perdida en el horizonte—. Y nos ha gritado, ¿no? Yo diría que eso es un paso de gigante en su actual situación.

—Supongo —murmura Nathaniel, no convencido del todo.

—¿Y tú cómo estás? —lo interroga Alexander con cautela, percibiendo la tormenta interna que agita a su amigo.

—No utilices tus técnicas conmigo. No soy yo el que las necesita —rechaza Nathaniel bruscamente.

—No estoy tan seguro... Nunca había visto tanta furia acumulada en un solo hombre... Lo que le hiciste a ese tipo... Ashford —Alexander tantea cuidadosamente, observando la reacción de Nathaniel.

—Se lo merecía —responde él con voz tajante, sin rastro de arrepentimiento.

—Lo castraste —apunta Alexander, destacando la brutalidad del acto—, entre otras cosas...

—Se lo merecía —insiste Nathaniel, su mirada endureciéndose con el recuerdo. —Verla allí... golpeada, pálida, casi desnuda en aquel mástil... Eso me rompió, me hizo perder toda la cordura.

—Es posible que ya la hubieras perdido antes. Desde el momento en que supiste que estaba en sus manos —reflexiona Alexander en voz alta—. Creí que el especialista en interrogatorios crueles era yo..., pero destrozaste a ese tipo para que confesara dónde estaba escondido el barco de Ashford.

—Mala suerte para él que no estuviera preparado para embarcar con su tripulación por estar demasiado borracho y suerte para nosotros que no lo hiciera —concluye Nathaniel con un tono sombrío.

Alexander se vuelve hacia Nathaniel, observando su perfil endurecido por la tensión y el conflicto interno. Tras un momento de reflexión, rompe el silencio con una reflexión pragmática.

—Al menos ahora podemos estar seguros de que Ashford ya no será más un problema y su

red de esclavos ilegales terminará —comenta, intentando encontrar algo de alivio en la resolución de una larga lucha.

Nathaniel asiente lentamente, aunque el peso de sus acciones todavía se refleja en la sombra que oscurece su mirada.

—Y tú... podrás descansar un poco, ¿no? —Alexander añade con suavidad, poniendo una mano en el hombro de su amigo en un gesto de camaradería y preocupación.

Nathaniel exhala profundamente, mirando hacia el mar inquieto que parece compartir su propia agitación interna. Luego, dirige su mirada hacia Alexander, mostrando una tristeza inmensa.

—Sí, supongo que sí —responde finalmente—. Aunque hemos pagado un alto precio.

Los dos hombres se quedan en silencio, contemplando el horizonte donde el cielo se une con el mar, cada uno perdido en sus pensamientos. La certeza de que han hecho algo significativo les ofrece un consuelo moderado, pero ambos saben que las sombras de las decisiones pasadas seguirán siendo compañeras constantes en sus vidas, al menos por un tiempo.

—Cuando en Londres se sepa que ha estado en un barco lleno de hombres durante días, su reputación quedará manchada. No importará la situación o cómo ocurrió. La sociedad no es amable con circunstancias como estas y toda la familia será repudiada —comenta con una nota de amargura en su voz.

Nathaniel frunce el ceño, el peso de esa realidad asentándose pesadamente en sus hombros. Sabe que, en el mundo en el que viven, la percepción de la sociedad puede ser tan devastadora como cualquier peligro físico.

—Lo sé —le responde con voz grave, la frustración y el desaliento tejiéndose a través de sus palabras—. Es una injusticia más en una larga lista de ellas. Pero no dejaré que eso sea el final de su historia. Haré lo que sea necesario para proteger su honor.

El significado subyacente de sus palabras no pasa desapercibido para Alexander, quien comprende la profundidad del compromiso que Nathaniel está dispuesto a asumir. Con una expresión de respeto y entendimiento, Alexander le da una palmada en el hombro.

—Muy noble por tu parte, Nathaniel —comenta Alexander, apoyando la decisión de su amigo—. Casarse con ella no solo protegerá su reputación, sino que también le dará la seguridad y el apoyo que merece después de todo lo que ha pasado.

—No es solo por deber o por protección —confiesa Nathaniel, mirando hacia el oscuro océano que se extiende infinitamente delante de ellos—. Es porque la amo y no puedo soportar la idea de que sufra aún más, mucho menos por las habladurías y los prejuicios de la sociedad.

Alexander sonríe ligeramente, comprendiendo el verdadero alcance de los sentimientos de Nathaniel.

—Sí, me lo gritaste a la cara cuando te pedí que te calmaras en algún momento de esta búsqueda.

Nathaniel suspira, el peso de sus emociones casi palpable en el aire salado del océano. Se vuelve hacia Alexander, sus ojos reflejando la tormenta interna que ha estado conteniendo.

—Casi perderla me destroza, Alexander. Ella... ella es lo mejor de mi vida —confiesa con

una voz quebrada por la intensidad de sus sentimientos. Nathaniel hace una pausa, buscando las palabras adecuadas para describir la profundidad de lo que siente—. Cuando pensé que la perdería, algo dentro de mí se rompió. Y ahora, todo lo que quiero es estar cerca de ella, protegerla y construir una vida juntos.

Se apoya más firmemente en la barandilla, como si necesitara el soporte físico para sostener la carga emocional de sus palabras.

—Sé que había planes, expectativas de lo que debería ser su vida, pero todo cambió el momento en que la vi en peligro. Ya no puedo ver mi futuro sin ella a mi lado. No se trata solo de salvar su honor, se trata de no querer pasar otro día sin ella. Briony ha cambiado todo lo que pensaba que sabía sobre lo que quiero y necesito. No es solo amor; es como si ella fuera una parte esencial de mi propia alma. Si ella está en el mundo, necesito estar con ella, no importa nada más.

Alexander observa a Nathaniel con una expresión seria, luego suelta un suspiro y decide confesar.

—Quiero que sepas que cuando te dijimos que dieras un paso atrás, estábamos tratando de provocarte en realidad. Te lo digo porque me he dado cuenta de que me guardas resentimiento —revela, esperando la reacción de Nathaniel.

Nathaniel lo mira con sorpresa, la revelación descolocándolo momentáneamente.

—¿Puedes dejar de manipular a las personas, Alexander? —le reprocha con frustración, aunque su voz denota cierta resignación ante las tácticas de su amigo.

—Fue idea de Avery, te lo juro —responde él con una leve sonrisa, tratando de suavizar la situación con un poco de humor—. Pero en parte, queríamos empujarte a ver la profundidad de tus propios sentimientos. A veces, uno no sabe lo que tiene hasta que se enfrenta a la posibilidad de perderlo.

Nathaniel exhala, procesando la información. A pesar de su irritación inicial, no puede negar que la táctica tuvo el efecto deseado, llevándolo a reconocer y aceptar sus verdaderos sentimientos por Briony.

—A veces, Alexander, tu ingenio es tanto un don como una maldición —dice Nathaniel, finalmente dejando escapar una risa cansada—. Pero gracias. Aunque tus métodos sean cuestionables, aprecio el propósito detrás de ellos y supongo que en eso tenías razón —admite finalmente, una sonrisa reticente apareciendo en su rostro.

Alexander mira a Nathaniel con una mezcla de sorna y seriedad.

—¿No has oído la parte en que he dicho que fue idea de Avery? —repite, elevando las cejas con un deje de incredulidad.

—Avery no suele tener esa mentalidad maquiavélica —admite Nathaniel, aunque una parte de él parece considerar la posibilidad—. Supongo que eso significa que conoce mis verdaderos sentimientos hacia ella y... está de acuerdo. Aunque eso no significa que Balthair lo esté, por supuesto.

Alexander suelta una risa breve, sacudiendo la cabeza con una mezcla de amargura y humor.

—Nathaniel, apestabais a sexo cuando volvisteis de tu casa. Balthair no es tonto —comenta

con franqueza, mirando directamente a los ojos de Nathaniel—. Él solo expresa las cosas de manera diferente. Nunca fuerza la mano, espera que sean los demás los que encuentren su camino.

El comentario hace que Nathaniel se sienta ligeramente incómodo, consciente de la percepción aguda de sus amigos y de lo poco que puede ocultarles.

—¿Tenías que mencionarlo tan abiertamente? —pregunta, intentando disimular su turbación con una sonrisa forzada. Su rostro muestra una mezcla de sorpresa y cierta vergüenza.

—A veces, la franqueza es necesaria, especialmente entre amigos. Nos preocupamos, observamos, y a veces, intervenimos —explica Alexander, poniendo una mano en el hombro de Nathaniel en un gesto de apoyo—. Balthair puede no decir nada, pero su silencio a menudo habla tanto como sus palabras y… es posible que no esté contento. Ha mantenido su distancia y su silencio por respeto a los deseos de Briony, pero eso no cambia la realidad de su vínculo: es su hija, aunque ella se empeñe en llamarlo por su nombre y en no reconocerlo. Él es su padre con todo.

—Lo tengo en cuenta. Siempre lo he tenido, y ese es el motivo principal por el que he tratado de alejarme de Briony. Porque no parecía lo correcto y yo respeto y tengo un gran afecto por Balthair —responde Nathaniel, su voz cargada de sinceridad.

Alexander levanta una ceja, con una sonrisa irónica en los labios.

—Tenemos conceptos distintos de lo que es alejarse. Un revolcón no es lo que yo llamaría tomar distancia...

Nathaniel lo interrumpe con un tono mordaz.

—¿Y me lo dices tú? ¿Dejaste embarazada a mi hermana casada? Dos veces antes de conseguir la anulación.

Alexander se ríe, sin perder la compostura.

—Considérame un guía espiritual que comete errores para servirte de ejemplo —responde con una sonrisa astuta.

Nathaniel niega con la cabeza, aunque una pequeña sonrisa asoma en sus labios, relajando la tensión momentáneamente. La camaradería entre ellos es evidente, incluso cuando sus palabras son duras.

—En serio, Nathaniel —continúa Alexander, su tono volviéndose más serio—. Si realmente amas a Briony, entonces necesitas enfrentar esto de frente. Habla con Balthair. Si has decidido que Briony es más importante que tu sed de aventura y el mar. Deja claras tus intenciones y asegúrate de que él lo sepa. La honestidad y el respeto son fundamentales aquí.

Nathaniel asiente, reconociendo la verdad en las palabras de Alexander.

—Eres un gran guía espiritual —dice Nathaniel con una leve sonrisa.

—Lo sé —responde Alexander con una sonrisa autocomplaciente.

Ambos hombres se quedan un momento más en silencio, mirando el horizonte mientras el sol se pone.

Luego oyen unos pasos ligeros a sus espaldas y ambos se vuelven rápidamente para observar

a Briony. Lleva puesto su camisón, pero se ha cubierto con una manta sobre los hombros para protegerse del frío mientras se acerca a ellos con paso lento.

Ambos hombres la observan mientras se aproxima a la barandilla y se asoma a ella. Oyen un maullido suave bajo su cobertura.

—Este pequeño se ha colado en el camarote —explica, dejando asomar entre los pliegues de su manta un pequeño felino de color crema y blanco—. Creo que tiene hambre y he pensado en conseguir algo de comida para él.

Alexander sonríe y se lamenta en tono jocoso:

—Entonces ha sido este pulgoso y no nosotros lo que finalmente te ha hecho salir de esa cama.

Nathaniel mira a Briony con un dolor intenso reflejado en sus ojos. La cicatriz en su frente ya nunca se irá, tampoco la de su barbilla, aunque su ojo morado se ha desinflamado un poco y la herida en su labio parece haber sanado. Pero él sabe que sus magulladuras no terminan ahí.

Los latigazos en su espalda, los cardenales por todo el cuerpo, su hombro fracturado tras ser desencajado al estar atada al mástil, las muchas laceraciones en su piel que no fueron atendidas durante días... Todo eso es un mapa del sufrimiento que ha padecido y que él no ha sido capaz de evitarle, y eso lo mata. Lo mata lentamente y de mil formas.

Pero ahí está ella, intentando ofrecerles una sonrisa que no puede dejar atrás una tristeza insondable.

—Alexander, busca comida para el gato —le dice Nathaniel.

—¿Te has creído que soy uno de tus hombres para darme órdenes? —le espeta Alexander con humor.

—Estoy al mando en este barco… y hay algo que quiero enseñarle a Briony —responde Nathaniel con una leve sonrisa.

—A sus órdenes, Capitán —responde Alexander con sorna, antes de alejarse camino a la cocina.

Nathaniel observa a Alexander alejarse antes de volverse hacia Briony. Le extiende una mano, que ella acepta con cierto titubeo, y la guía hacia el centro de la cubierta, lejos de las luces del barco.

—Quiero mostrarte algo —dice suavemente, llevándola hacia una zona donde las estrellas brillan con más intensidad.

Briony sigue sus pasos, sintiendo el aire fresco del mar acariciando su rostro. Nathaniel la detiene y señala hacia el cielo, sus ojos llenos de una mezcla de ternura y entusiasmo.

—Mira, Briony, allí está la constelación de Fénix —dice, señalando hacia el cielo nocturno —. Es una constelación del hemisferio sur, y su nombre proviene del ave mítica que renace de sus cenizas. ¿La ves, justo allí?

Briony alza la mirada, siguiendo las indicaciones de Nathaniel. La vista es impresionante, con las estrellas reluciendo como diamantes sobre el lienzo oscuro del cielo. En ese momento, algo de la belleza del universo parece tocar su alma herida, brindándole un pequeño respiro del

dolor que ha estado soportando.

—Sí, conozco la historia del ave Fénix —murmura Briony, sus ojos brillando con curiosidad.

—Déjame contarte un poco más sobre esta constelación —dice Nathaniel, acercándose más a ella. —La estrella más brillante de Fénix se llama Ankaa. Su nombre proviene del árabe y significa el fénix. Es una de las estrellas más importantes de la constelación y simboliza el corazón del ave.

Nathaniel guía suavemente el dedo de Briony a lo largo del cielo, dibujando la forma de la constelación.

—Aquí, empieza el Ankaa —dice, posando su dedo en el punto brillante en el cielo—. Y sigue por aquí, formando el cuerpo del fénix. Luego, sube hacia las alas extendidas y baja nuevamente hacia la cola. ¿Puedes verlo?

Briony sigue el movimiento de su dedo, su expresión se suaviza mientras contempla la constelación.

—Sí, lo veo, Nathaniel —susurra, con la voz temblorosa pero sincera.

Nathaniel observa la expresión de Briony suavizarse mientras sigue el trazado de la constelación de Fénix en el cielo nocturno. Su dedo, guiado por el de él, se mueve con delicadeza a lo largo de las estrellas que forman la mítica ave.

—Al igual que en ti, Briony, lo que más brilla en el Fénix es su corazón. —Nathaniel señala de nuevo hacia Ankaa, la estrella más brillante—. Es su núcleo, su fuerza vital, lo que le impulsa a renacer de sus cenizas una y otra vez.

Briony siente un nudo en la garganta, emocionada por las palabras de Nathaniel. Su mirada se fija en Ankaa, absorbiendo la luz y el significado detrás de la estrella.

—Es un recordatorio de que, incluso cuando todo parece perdido, siempre hay algo dentro de nosotros que nos empuja a seguir adelante, a levantarnos y a brillar de nuevo —continúa Nathaniel, su voz un susurro lleno de calidez—. Tu corazón, tu espíritu... son lo que te hará renacer de esta oscuridad. Nunca olvides tu fuerza interior.

Briony aparta la mirada del cielo y la dirige a Nathaniel, sus ojos llenos de una mezcla de dolor y determinación.

—Estuve a punto de tirarme al mar. Prefería morir intentando llegar a la orilla que seguir en aquel barco un minuto más, pero ni eso me permitió.

Nathaniel siente un nudo en el estómago al escuchar sus palabras, la intensidad de su sufrimiento golpeándole con fuerza. Aprieta su mano con ternura, buscando ofrecerle consuelo y fuerza.

—Briony, lamento tanto no haber llegado antes…

—Me dijo que te había envenenado, que habrías muerto —interrumpe Briony, su voz temblando con el recuerdo. Sus ojos se llenan de lágrimas mientras revive el terror de esos momentos.

Nathaniel cierra los ojos por un segundo, tratando de contener la ira y el dolor que brotan

dentro de él. Abre los ojos y la mira fijamente, su expresión grave y sincera.

—Lo hizo, pero solo fue suficiente para desmayarme. Me recuperé rápidamente y vine a buscarte. —Su voz se quiebra ligeramente, revelando la tensión que aún siente.

Briony lo observa, procesando sus palabras y la intensidad de sus emociones.

—No sabes lo que fue pensar que habías muerto… No quise creerle, pero… —Su voz se rompe y aparta la mirada, mordiéndose el labio para no llorar.

Nathaniel la toma por los hombros con suavidad, obligándola a mirarlo.

—Estoy aquí contigo, Briony, y no pienso irme a ningún lado.

Ella asiente, aunque las lágrimas continúan cayendo. Hay un fuego en sus ojos, una mezcla de dolor y determinación.

—No quiero ser solo una víctima, Nathaniel. No quiero que todo lo que soy quede definido por lo que él me hizo —dice con tono firme a pesar del temblor.

—No será así, Briony. Las heridas curan con el tiempo, tanto las internas como las externas. Cuando estuve en la guerra como soldado, vi e hice cosas de las que creía que nunca me recuperaría. Recuerdo una vez, durante un ataque, tuve que... —Nathaniel hace una pausa, tragando saliva—. Tuve que decidir quién viviría y quién moriría entre mis propios hombres. Esa carga me persiguió durante años.

Briony escucha, su mirada fija en Nathaniel, absorbiendo cada palabra.

—Pero al volver, conocí a una niña que me miraba con adoración, que creía que todo lo que yo hacía o decía era extraordinario. Ella me enseñó a ver la vida con otro prisma, uno más inocente y, por contradictorio que parezca, más maduro a la vez. —Nathaniel sonríe, recordando —. Con sus preguntas insidiosas y francas, su curiosidad desbordante y su forma de llamar a las cosas por su nombre sin dobleces, me hizo replantearme muchas cosas.

Briony reconoce la historia y sonríe débilmente.

—Tú me trajiste de vuelta a la vida, me diste una razón para seguir adelante, para ser mejor. Y ahora, es mi turno de hacer lo mismo por ti.

Briony siente que algo dentro de ella se rompe y se recompone al mismo tiempo.

Nathaniel la abraza con cuidado, protegiéndola del frío y del dolor. No está seguro de si ella está preparada para ese contacto humano o si puede tolerarlo, pero al ver que ella se arrima a su cuerpo, la rodea con más fuerza con sus brazos y apoya su barbilla en la coronilla de ella.

Entonces el gato, no contento con quedar atrapado entre ellos, asoma la cabeza y maúlla con indignación, provocando una risa suave y compartida entre ambos.

Nathaniel siente cómo la risa aligera el aire pesado que los rodea, un pequeño destello de normalidad y alivio en medio de la tormenta. Briony, por un momento, se permite reír sin el peso del dolor en su corazón, sintiendo la calidez y el apoyo de Nathaniel y la absurda pero reconfortante presencia del pequeño gato.

—Supongo que no le gusta compartir la atención. Parece que tiene buen gusto —dice Nathaniel, aflojando un poco el abrazo para dejar espacio al felino.

Alexander regresa con algo de comida para el pequeño animal y encuentra a Nathaniel y

Briony abrazados, compartiendo un momento de risa y conexión bajo el cielo estrellado. Observándolos por un instante, con sigilo y el ánimo un poco más ligero, se da la vuelta para brindarles un poco más de intimidad.

CAPÍTULO 39

Esa noche, le pido a Nathaniel que se quede conmigo. Compartimos espacio en su estrecho catre, acostados el uno junto al otro. Al principio, nos mantenemos en silencio, dejando que la oscuridad y el suave balanceo del barco nos envuelvan.

Nathaniel me abraza con ternura, su cuerpo cálido y protector contra el mío. Puedo sentir su respiración, lenta y medida, como si estuviera luchando por mantener la calma. Sus brazos me rodean con cuidado, como si temiera romperme con un movimiento brusco.

—¿Estás bien así? —me susurra, su voz baja y llena de preocupación.

Asiento y me acerco más a él, buscando la seguridad y el consuelo de su presencia. Sus dedos rozan mi piel con una suavidad exquisita, recorriendo la línea de mi brazo con un toque casi etéreo.

Nuestros rostros están tan cerca que puedo sentir su aliento mezclarse con el mío. De vez en cuando, sus labios rozan mi frente, mi mejilla con un beso leve y lleno de cuidado.

Mis dedos trazan patrones suaves sobre su pecho, explorando cada línea y cada cicatriz.

Cada beso, cada caricia, nos acerca más, no solo físicamente, sino emocionalmente. Siento que estamos reconstruyendo algo roto, pieza a pieza, caricia a caricia.

—Me prometí a mí misma no volver a pedírtelo —empiezo a decir, mi voz apenas un susurro.

—Briony, puedes pedirme lo que quieras. Te daré cualquier cosa —responde Nathaniel con firmeza.

—No, puedes negarte y está bien que lo hagas. Yo no te lo pediría si no creyera que lo necesito de verdad... que solo tú puedes ayudarme. —Tomo aire, mis palabras temblando con la intensidad de mis emociones—. No quiero vivir con el rastro de sus dedos sobre mi piel, no quiero sentir más sus miradas sobre mí... su crueldad. Necesito que borres eso de mi cuerpo, Nathaniel.

Él me mira a los ojos, su expresión llena de comprensión y dolor por lo que estoy pidiendo. Asiente lentamente, sus dedos acariciando mi mejilla con una ternura infinita.

—¿Estás segura? —me pregunta con cuidado.

Asiento con la cabeza.

—Puedes cambiar de opinión en cualquier momento. Detenerme si no te sientes cómoda o crees que es demasiado. Te prometo que te recordaré lo que es ser apreciada y cuidada.

Nathaniel se inclina y me besa con una ternura infinita, sus labios rozando los míos con una suavidad que me hace sentir segura. Sus manos comienzan a desprenderme de la ropa con cuidado, deslizándola lentamente para no asustarme ni apresurarme. Cada movimiento es

considerado, cada caricia una promesa de que está aquí para mí, sin prisa, sin presión.

Sus dedos recorren mi piel desnuda, trazando líneas de consuelo y dulzura. Besa mis heridas, cada una de las cicatrices que me recuerdan el dolor pasado. Sus labios se posan sobre mi pecho, su calidez contrarrestando el frío que aún siento por dentro.

Nathaniel se toma su tiempo, dejándome guiar el ritmo. Cuando su mano asciende por el interior de mis muslos, me detengo por un instante, me invaden el miedo y la memoria y él para inmediatamente.

—¿Estás bien? —me pregunta, su voz un susurro lleno de cuidado.

—Estoy bien —respondo, tomando una respiración profunda y relajándome bajo su toque.

Se quita su propia ropa con movimientos medidos, sin prisas, asegurándose de que cada acción esté llena de consideración y respeto. Sus ojos nunca se apartan de los míos, buscando cualquier señal de incomodidad.

Cuando se inclina sobre mí, siento la calidez de su cuerpo, su protección envolviéndome. La penetración es lenta, cada avance lleno de una paciencia y control absolutos. Siento cómo me llena poco a poco, su cuerpo conectándose con el mío de una manera que no había experimentado antes.

Cada uno de sus movimientos es cuidadoso, atento a mis reacciones, suspiros y susurros. Nos movemos juntos en la quietud de la noche, el balanceo del barco acompañando nuestros movimientos.

Mis manos recorren su espalda, sintiendo la tensión y la fuerza contenida en su cuerpo. La ternura de sus caricias, la firmeza de su presencia, todo conspira para hacerme sentir segura y apreciada.

Cuando finalmente alcanzamos el clímax, lo hacemos juntos, en un jadeo compartido de alivio. Nathaniel me sostiene cerca, sus manos acariciando mi piel con suavidad, sus labios presionando besos ligeros en mi cabello.

Nos quedamos así, entrelazados, respirando juntos, dejando que la calma de la noche nos envuelva.

Y luego rompo a llorar.

Las lágrimas brotan sin control, y todo el dolor, el miedo, y la angustia que he estado guardando dentro se desborda. Nathaniel me estrecha más fuerte, su mano acariciando mi espalda en círculos lentos y reconfortantes.

—Está bien, Briony —susurra, su voz un bálsamo en medio de mi tormenta emocional—. Estoy aquí. Llora todo lo que necesites.

Mis sollozos son desgarradores, pero no hay juicio en sus ojos, solo comprensión y una infinita paciencia. Siento sus labios presionar besos suaves en mi frente, en mis mejillas, en cualquier lugar al que puedan llegar, como si intentara consolar cada parte de mi ser.

—Lo siento... —murmuro entre lágrimas—. Lo siento tanto...

—No tienes nada de que disculparte —responde Nathaniel, con un tono lleno de ternura—. Eres increíblemente valiente, Briony. Has pasado por tanto, y todavía estás aquí, luchando. Eso

es lo que importa.

Poco a poco, mis sollozos comienzan a calmarse, aunque las lágrimas siguen cayendo. Nathaniel no se aparta, no me suelta.

Finalmente, mis lágrimas se detienen y me quedo acurrucada en sus brazos, agotada, pero extrañamente aliviada, dejando que el suave balanceo del barco nos arrulle hacia un sueño reparador.

CAPÍTULO 40

Llegamos al puerto de Londres en un día de niebla absoluta. He perdido la noción del tiempo y no sé cuántos días han transcurrido desde que Ashford me atrapó, solo sé que me siento como una anciana, como si hubiera vivido una vida entera desde entonces.

Alexander es el primero en desembarcar para conseguirme un vestido y unos zapatos. Nathaniel me ayuda a ponérmelo con cuidado, arrojando el corsé a un lado cuando provoca dolor sobre mis heridas. Luego, me coloca su capa sobre los hombros y me mantiene pegada a su costado, con un brazo protector sobre mis hombros, para ayudarme a tomar tierra.

Ninguno de sus hombres me ha vuelto a hablar como antes. Las pocas veces que he subido a cubierta, han evitado mirarme o cruzarse en mi camino. Me pregunto si será así siempre con todos. Nathaniel ordena a uno de ellos que se adelante y que avise a Balthair de que hemos llegado. Todos.

—¿Has conseguido un carruaje? —le pregunta luego a Alexander.

—Por supuesto. ¿Por quién me tomas? —responde él, tratando de mostrar su típico humor, pero hay una tensión palpable entre ellos, algo que no me cuentan, pero no digo nada.

La Briony de antes hubiera insistido en preguntar, pero ahora soy otra Briony con menos luz y menos pasión.

El carruaje llega envuelto en la espesa niebla, y Nathaniel me ayuda a subir, asegurándose de que esté cómoda antes de sentarse a mi lado. Alexander se une a nosotros, cerrando la puerta detrás de él.

El viaje transcurre en silencio, cada uno de nosotros perdido en sus propios pensamientos. Siento el peso de las miradas de Nathaniel y Alexander, su preocupación evidente, aunque ninguno se atreve a romper el silencio. La bruma que envuelve la ciudad parece reflejar mi estado de ánimo, una mezcla de incertidumbre y agotamiento.

Finalmente, llegamos a la casa de Balthair. Nathaniel baja primero y me ofrece la mano para ayudarme a salir. Alexander se adelanta para anunciar nuestra llegada, y en ese momento, siento una punzada de miedo al enfrentarme a lo que vendrá.

Las preguntas, las miradas, las dudas, la crítica social, la marca invisible sobre mis hombres como «la muchacha secuestrada y mancillada».

La puerta de la casa se abre y Balthair aparece en el umbral, su rostro una mezcla de preocupación y alivio. Al vernos, su expresión se transforma en una de profunda emoción. Su mirada se fija en mí, y en un instante, se derrumba la fachada de control que siempre ha mantenido.

—Briony... —Su voz es un susurro cargado de incredulidad y esperanza.

Me suelta la mano de Nathaniel y, tambaleándome ligeramente, corro hacia él. Balthair me

envuelve en un abrazo apretado, como si temiera que al soltarme pudiera perderme de nuevo. Siento el temblor en su cuerpo, el sollozo contenido mientras me sostiene.

—Pensé que te había perdido para siempre —susurra, su voz quebrada por la emoción.

—Estoy aquí, papá —respondo, mi propia voz temblando con las lágrimas que no puedo contener—. Estoy aquí.

Balthair me sostiene a distancia, sus ojos recorriendo mi rostro, buscando asegurarse de que realmente soy yo. Sus manos tiemblan mientras acaricia mi cabello, mi rostro, como si necesitara convencerse de que estoy viva y a salvo.

Veo cómo su cara se crispa cuando ve las huellas de los golpes y las heridas.

—Lo siento tanto, Briony —dice, su voz llena de culpa y dolor—. No debí dejarte sola. Debería haberte protegido mejor.

—No fue tu culpa —susurro, tomando sus manos en las mías—. Fue él.

Vuelve a abrazarme y le oigo murmurar un gracias hacia Nathaniel y Alexander que nos ofrecen espacio, observándonos desde cierta distancia.

—Vamos, Adele necesita verte y hay una nueva personita que está deseando conocerte.

Me detengo, sorprendida, y lo miro con los ojos muy abiertos. Balthair asiente, sonriendo con una mezcla de alegría y agotamiento.

—Adele se puso de parto la misma noche que desapareciste. Fue un largo y doloroso día lleno de incertidumbre, pero gracias a la destreza de Avery, que le realizó una cesárea, el niño y Adele sobrevivieron.

El semblante tenso de Nathaniel y Alexander se relaja visiblemente al escuchar la noticia.

—¿Otro niño? —pregunta Alexander con una sonrisa traviesa—. ¿Solo sabes hacer niños, Balthair?

Balthair se ríe, la primera risa genuina que escucho en lo que parece una eternidad.

—Parece que sí. Ven, Briony, tienes que conocerlo.

Entramos en la casa y Balthair me guía hacia la habitación donde Adele descansa, con el bebé en sus brazos.

Al verme, sus ojos se llenan de lágrimas de alivio y felicidad. Me acerco a ella despacio.

—Briony —susurra Adele, extendiendo una mano hacia mí—. Mi niña, ¿estás bien?

Me acerco y tomo su mano, mirando al pequeño rostro del bebé que duerme pacíficamente.

—Es precioso —digo, mi voz quebrada por la emoción.

—Se llama Arthur —responde Adele con una sonrisa cansada pero radiante—. Quería que su nombre significara fortaleza, algo que ahora necesitamos todos.

—Se parece a su tío Nathaniel. Seguro que romperá muchos corazones —le digo, tratando de sonreír, aunque la tristeza persiste, una sombra que no puedo quitarme de encima por muchas alegrías que reciba.

Adele se detiene a mirarme atentamente, su sonrisa se apaga poco a poco.

—¿Qué te hizo Oliver? —pregunta con un susurro lleno de preocupación.

Niego con la cabeza, incapaz de encontrar las palabras.

—Briony… —insiste, su voz temblando—. Por favor, cuéntamelo.

Siento el peso de su mirada, el amor y la preocupación en sus ojos. Las palabras se atoran en mi garganta.

—No es momento para hablar de eso —digo, tratando de desviar la mirada, pero su insistencia me detiene.

—Briony, mírame —suplica Adele, su voz rota—. No puedo soportar verte así y no saber cómo aliviar tu dolor. No puedes cargar con esto sola —dice, sus palabras llenas de una desesperación que rompe mi corazón.

Los ojos de Adele están llenos de lágrimas, su angustia reflejando la mía. Siento que mis propias lágrimas comienzan a caer, cada palabra que intento decir se siente como un nudo que no puedo deshacer.

—No quiero revivirlo —respondo—. No quiero que esto sea lo único que veáis cuando me miréis.

Adele cierra los ojos, sus lágrimas cayendo libremente. Aprieta mi mano con fuerza, como si al hacerlo pudiera absorber parte de mi dolor.

—Lo siento tanto, Briony. No puedo imaginar… —dice, su voz quebrándose—. Pero estoy aquí. No importa lo que necesites, lo que sea, estoy aquí para ti.

Adele mira por detrás de mí y me giro para ver a Avery. Sus ojos se detienen en mi cara.

—Nathaniel, dime que está muerto —le dice.

—Lo está —le responde él—. Pagó bien por sus atrocidades.

Avery se acerca, con su expresión habitual de calma pero con una dureza en sus ojos que rara vez he visto. Se detiene con miedo a tocarme.

—Estoy aquí para ti si alguna vez necesitas hablar con alguien, Briony. Pasé meses en un barco de esos. Sé lo que se vive allí, y tú también me ayudaste a sanar a mí con tus sonrisas y tu inagotable energía. Nunca lo olvides.

—Nos ayudó a todos —añade Balthair, acercándose con una mirada llena de cariño—. Nunca pidió ayuda para sí misma, pero nos espoleó con su peculiar forma de ser, ¿verdad?

—Yo… yo lo siento. Todos estáis esperando a esa Briony, pero no sé si queda algo de ella en mí. No puedo… No puedo hacer frente a esto ahora —les digo, sintiendo que las palabras me asfixian. De repente, la presión es demasiado, y sin pensar, echo a correr, huyendo de todos ellos.

Subo las escaleras casi a trompicones y me refugio en mi habitación, cerrando la puerta con fuerza tras de mí. Me apoyo en ella y, poco a poco, me dejo caer hasta el suelo. El peso de todo lo que he vivido me aplasta, y finalmente, las lágrimas que he estado conteniendo brotan con fuerza, mezclándose con los sollozos que salen de mi pecho.

La habitación, que antes era un santuario de paz, se siente ahora como una prisión. Las paredes parecen cerrarse a mi alrededor, y me encojo sobre mí misma, abrazando mis rodillas mientras las lágrimas fluyen sin control.

Me siento rota, incapaz de encontrar la fuerza para enfrentar lo que me ha pasado. La Briony que todos conocían, la que siempre tenía una sonrisa y una palabra discordante, parece un recuerdo distante, alguien que ya no soy capaz de reconocer.

Mientras las lágrimas siguen cayendo, permito que el agotamiento me consuma, con la esperanza de que mañana será un poco más llevadero, un paso más hacia la recuperación.

CAPÍTULO 41

—Señorita Harwood, tiene una visita —me anuncia el mayordomo mientras estoy sentada en el invernadero, mirando hacia ninguna parte con un libro que no estoy leyendo en absoluto sobre mi regazo—. Es el Duque de Devonshire. ¿Quiere que le despida con alguna excusa? —dice con afecto y una mirada llena de comprensión.

—No, señor Hawkings, gracias, lo recibiré —le digo, sin saber por qué acepto.

Me levanto con lentitud, depositando con cuidado a un lado la carta que acabo de leer. Es de Lady Worsley, informándome que ya no puede seguir siendo mi protectora debido a las circunstancias que me envuelven.

La noticia de mi estancia en un barco repleto de hombres se ha esparcido como pólvora, manchando mi reputación al punto que Lady Worsley siente que incluso su propia posición podría verse comprometida si continúa asociándose conmigo. En la misiva, con un tono de resignada cortesía, me pide que disculpe su ausencia en futuros encuentros y que comprenda cómo mi situación afecta no solo a mi vida, sino también a las de quienes me rodean.

«Ah, la moralidad aristocrática, tan flexible como una regla de goma. Usémosla para medir nuestras virtudes, pero solo cuando convenga, por supuesto».

Camino hacia el salón, donde el Duque de Devonshire me espera.

¿Qué querrá el duque de mí en un momento como este? Debe ser el único, aparte de mi círculo familiar, que se atreve a visitar esta casa, ahora casi marginada por la sociedad. ¿Cómo enfrentará Balthair esta situación? Con sus negocios en Londres y su rol en el Parlamento. ¿Cómo manejará la sombra que, involuntariamente, he proyectado sobre nuestra familia?

Al entrar, al salón, me encuentro al duque de pie, mirando por la ventana con una expresión pensativa. Al escuchar mis pasos, se gira hacia mí y me ofrece una sonrisa cálida, aunque sus ojos reflejan una preocupación sincera.

—Briony, gracias por recibirme —dice con suavidad, inclinando la cabeza en un gesto respetuoso.

—Duque, es un placer verle —respondo, intentando mantener la compostura.

Él me observa por un momento, como si estuviera buscando algo en mi rostro. Luego, da un paso adelante, sus manos extendidas en un gesto conciliador.

—¿Duque? Por favor, llámame Hart, como acordamos. Estamos entre amigos, ¿verdad? —dice con una sonrisa ligera, tratando de aligerar la tensión en el aire.

—Lo siento. Parece que han pasado muchos días desde entonces —respondo, intentando sonreír, aunque siento que mi rostro apenas puede expresar la emoción.

—Sé que ha pasado por una terrible experiencia, Briony y lamento profundamente no haber

podido hacer más por usted. Estoy aquí para ofrecer mi apoyo en lo que necesite —dice, su voz llena de sinceridad.

Nos quedamos en silencio por un momento, el sonido suave de los cascos de los caballos fuera envolviéndonos en una calma relativa.

—Lo siento, no tengo muchas ganas de hablar —digo finalmente, sintiendo la necesidad de romper el silencio.

—Lo haré yo entonces. Sé que ahora mismo su reputación… —comienza, su voz serena pero cargada de preocupación—. Sabe lo que opino de la sociedad y sus normas, y en su caso, lo que están haciendo con usted me repugna. Y yo… bueno, es evidente que entre nosotros existía cierta conexión. No puedo prometerle amor, Briony… Mis intereses amorosos no van dirigidos a las damas, sino a otros caballeros.

—Oh —respondo, sorprendida por su honestidad.

—Sí, exacto. Algo totalmente fuera de consideración, pero sé que usted puede entenderlo sin juzgarme. No se puede controlar a quién se desea. Nuestra unión sería ventajosa para ambos. Usted recuperaría su reputación y yo podría dejar de ser una presa en el mercado matrimonial. Ambos seríamos buenos amigos que se entienden y se aprecian, pero cada uno con su independencia.

Me quedo en silencio, asimilando sus palabras. La propuesta es inesperada, pero la sinceridad del duque es innegable. Nos miramos en un entendimiento silencioso, la magnitud de lo que está sugiriendo, resonando en el aire.

—Agradezco su honestidad. Su propuesta es... sorprendente, pero entiendo sus razones. Y tiene razón, no le juzgo por sus preferencias —digo finalmente, sintiendo una extraña mezcla de alivio y aprehensión—. Suena como un arreglo pragmático.

—Exactamente, Briony. No hay necesidad de falsas pretensiones entre nosotros. Podemos ofrecerle al otro lo que necesitamos sin sacrificarnos a nosotros mismos —responde, su tono cálido y sincero.

—Necesito pensarlo —le digo, sintiendo la necesidad de tomarme un tiempo para considerar su propuesta.

—Por supuesto —responde con una leve inclinación de cabeza—. Hablaré con su padre antes para pedirle permiso para solicitar su mano.

—¿Que hará qué? —interviene Nathaniel, su voz cargada de incredulidad y furia—. ¿Le parece que este es el momento para aprovecharse de su vulnerabilidad?

Me sobresalto ante su furia, pero es Avery el que lo detiene con una mano en el pecho.

—Nathaniel, cálmate —le dice, su tono firme pero tranquilo.

Creo que he visto esta situación entre ellos mil veces antes.

Nathaniel, aún con los ojos encendidos por la ira, lucha por controlarse. Su mirada severa se clava en Devonshire, quien, con las manos alzadas en un gesto de paz, intenta explicarse.

—Solo estoy intentando ofrecer una solución que podría beneficiarnos a ambos. Sin embargo, la decisión es completamente suya —afirma Devonshire con sinceridad.

—Briony, ¿realmente quieres esto? —pregunta Nathaniel, su tono más suave pero todavía cargado de preocupación.

—¿Qué otras opciones tengo, Nathaniel? Mi reputación está por los suelos y eso afecta a mi familia. Puede que incluso lo haga a Thomas —replico, mi voz teñida de amargura.

Justo entonces, Balthair y Alexander entran en la sala.

—¿Qué está pasando aquí? —inquiere Balthair, desconcertado.

—Briony se va a casar conmigo —declara Nathaniel, dejándome estupefacta y a todos en shock.

La habitación queda sumida en un silencio sepulcral, todos los ojos fijos en Nathaniel, incrédulos ante sus palabras.

—Jesús, Nathaniel... Tu sentido de la oportunidad es, como siempre, impecable —murmura Avery, llevándose una mano a la frente—. ¿No podías haber abordado esto de manera más delicada? —le reprocha, su voz teñida de incredulidad.

Intento procesar las palabras de Nathaniel, cada sílaba reverberando en mi mente confundida.

—¿Crees que prefiero esto? ¿Que te sientas obligado a casarte conmigo? Llevas tiempo diciéndome que no es lo mejor para mí. Ah, pero ahora soy la pobre Briony, la despreciada, la mancillada —le reprocho, la acidez de mis palabras cargada de dolor y frustración.

Nathaniel se acerca, su expresión intensa y seria.

—No lo hago por obligación, Briony. Siempre has sido más de lo que jamás pensé que merecía, más de lo que alguna vez imaginé querer. Eres esencial para mí de una manera que no puedo negar. Quiero que seas mi esposa porque te amo —declara con una pasión que corta el aire.

Alexander, asombrado, se inclina hacia adelante, observando la escena con una mezcla de asombro y admiración.

—Vaya, Nathaniel. No esperaba que lo soltaras de golpe así, pero debo admitir que tienes valor —comenta con una sonrisa ladina—. Ahora sabemos que Nathaniel no solo es un volcán de emociones reprimidas, sino también un romántico empedernido.

Mi voz es apenas un susurro cuando me dirijo a Nathaniel, sintiendo el peso de las emociones que se agolpan en mi garganta.

—¿Sabes lo que hubiera dado por oír eso en otras circunstancias? —digo, conteniendo el aire, cada palabra temblando con la carga de lo no dicho.

Nathaniel se acerca aún más, su rostro reflejando tanto dolor como amor. La intensidad de su mirada es casi demasiado para soportar, pero es en este momento cuando siento la profundidad de sus sentimientos.

—Lo sé, Briony, y lamento no haberlo dicho antes. Lamento que haya tenido que llegar a esto para que pudiera expresar cómo me siento realmente —murmura con un tono lleno de arrepentimiento y sinceridad.

—Pero aquí estamos, y no puedo cambiar el pasado. Solo puedo prometerte que haré todo lo

que esté en mi mano para hacerte feliz a partir de ahora, si me das la oportunidad —continúa, su mano buscando la mía, sus dedos entrelazándose con los míos.

El silencio que sigue está lleno de tensión. Miro a Nathaniel, buscando en sus ojos algo en lo que pueda confiar. En ellos veo no solo el reflejo de su amor, sino también la firmeza de su compromiso.

Respiro hondo, dejando que el aire llene mis pulmones, soltando lentamente el miedo y la incertidumbre que me han atado y dejo caer mi frente sobre su pecho. Él coloca sus manos en mi cara y mi cuello sosteniéndome contra él.

—No sé cómo podemos comenzar desde aquí, bajo estas condiciones —confieso, con una risa mezclada con llanto.

En ese momento, Balthair interviene, su voz llevando el peso de la sabiduría y la experiencia.

—Briony, la decisión es tuya y solo tuya.

—Ha dicho que sí —le responde Nathaniel como si no entendiera ese comentario.

—Yo no he oído ningún sí —replica Balthair, levantando una ceja—. Aunque me alegra que al fin te hayas dado cuenta de cuánto la amas.

—Si me he frenado, ha sido por respeto a ti —le responde Nathaniel, intentando defenderse.

—¿Qué te has frenado, Nathaniel? ¿Es eso una broma? No me hagas hablar. Contengo mi puño a duras penas —le dice, lanzándole una mirada llena de reproche.

—Bueno, me he resistido todo lo que he podido —responde Nathaniel, intentando mantener la compostura frente al evidente regocijo de Alexander.

—Tampoco me des tantos detalles. No quiero saberlo —replica Balthair rápidamente, con una sonrisa ladina, elevando una mano como si intentara bloquear las palabras no dichas de Nathaniel.

—Me estáis avergonzando —les recrimino con un tono airado de mi antiguo yo.

Nathaniel mira a Balthair con una sonrisa y luego se vuelve hacia mí, su expresión suavizándose.

—A pesar de la forma dramática en que lo he dicho, mi oferta es sincera, Briony. Y respetaré cualquier decisión que tomes, a tu propio tiempo y por tus propias razones —dice, asegurándome de su seriedad a pesar del humor previo.

—Te dije con quince años que me casaría contigo, Nathaniel. En cierto modo, te lo pedí yo antes.

—Parece que siempre has sabido lo que querías, y tengo la suerte de que me incluyas en tus planes, incluso después de todo este tiempo —dice Nathaniel, con voz muy suave.

—Supongo que he sido rechazado —comenta el duque con una nota de resignación y humor en su voz.

—Desde luego —le responde Nathaniel con una finalidad cortante—. Hawkings le acompañará a la puerta inmediatamente.

—Nathaniel, cálmate… —interviene, intentando moderar el tono de su hermano frente a un duque.

Sin embargo, mis pensamientos vuelan lejos de la tensión presente.

—No quiero quedarme en Londres —digo de repente, sintiendo la necesidad de escapar de todo lo que representa esta ciudad—. Quiero volver a Escocia.

—Te dije que podías pedirme lo que fuera. Partiremos a Escocia cuando quieras —afirma Nathaniel sin dudar—. Nos asentaremos cerca de Erchless, y de camino, pararemos en Gretna Green para casarnos inmediatamente.

—Oh, mi propia escapada para casarme con un capitán. Qué orgullosa estaría Lady Lamb de mí —digo con una sonrisa, permitiéndome un momento de ligereza ante la idea romántica y algo impulsiva.

Nathaniel sonríe, aliviado y emocionado por la perspectiva de comenzar un nuevo capítulo juntos en Escocia.

—Entonces es un plan —dice con entusiasmo. —Un nuevo comienzo para nosotros, lejos de la agitación de Londres y más cerca del lugar que te hace feliz.

—Nos reuniremos con vosotros en cuanto Adele se sienta mejor y el pequeño pueda viajar con seguridad —nos informa Balthair.

—Pero eso será después de que Nathaniel me lleve a recorrer el mundo en su barco —añado, y él suspira con resignación pero con un brillo de aventura en los ojos.

—Sabía que llegaría este momento —comenta Balthair con una sonrisa, reconociendo el inevitable espíritu aventurero que compartimos.

—A donde sea que nos lleve el viento, estaremos juntos y prometo hacerte feliz —susurra Nathaniel, y asiento, sabiendo que no hay otro lugar en el mundo donde preferiría estar.

—Y yo prometo no ponértelo fácil —respondo con una sonrisa.

Nathaniel se ríe, y en su risa encuentro la calidez y la seguridad que tanto había anhelado. Es una risa que habla de entendimiento profundo y de aceptación, la clase de risa que fortalece los lazos y promete muchas más aventuras y desafíos compartidos.

En ese sonido, siento la promesa de un compañerismo duradero, de risas que suavizarán los momentos difíciles y multiplicarán los felices. Nos miramos, cómplices en este nuevo camino que hemos elegido, dispuestos a enfrentar juntos lo que venga, con amor y una pizca de desafío que hace que todo sea más emocionante.

Él es mi Nathaniel, todo lo que he ansiado y anhelado por años. Al mirarle, siento cómo se alinean todas las piezas del rompecabezas de mi vida. Cada lucha, cada dolor, y cada alegría parece haberme guiado hasta este momento, a su lado.

Con él, los miedos del pasado se desvanecen, reemplazados por una promesa de futuro compartido. No es solo amor lo que siento, sino una profunda conexión que trasciende lo ordinario, tejida de respeto mutuo, comprensión y una pasión que había creído reservada solo para las historias de amor épicas.

Nathaniel no es simplemente el final feliz de mi cuento; es el compañero de mi alma en cada

capítulo que aún nos queda por escribir. Juntos, no solo enfrentaremos el mundo, sino que crearemos nuestro propio universo de posibilidades.

EPÍLOGO

Cierro los ojos, sintiendo el calor del sol escocés en mi rostro y la brisa marina acariciando mi piel. Estoy en el límite donde el jardín de nuestra casa se encuentra con el acantilado, el mar extendiéndose vasto y azul ante mí.

A mi lado, Nathaniel, mi Nathaniel, ríe con Balthair y Avery mientras Alexander relata alguna anécdota de las suyas. Sus risas son una melodía en mi corazón, un bálsamo para las heridas del pasado.

Han pasado meses desde aquel día en Londres. Meses en los que Nathaniel y yo recorrimos el mundo a bordo del *Briony's Gale.*

Un nombre significativo para el barco de Nathaniel, que siempre ha estado ahí ante mis ojos y él me explica que evoca la idea de un viento fuerte y poderoso, simbolizando la fuerza y la energía que yo aporto a su vida.

Exploramos islas exóticas, bailamos bajo las estrellas en playas desiertas, y compartimos secretos y sueños bajo la luz de la luna. Cada amanecer en un nuevo puerto sentía que una parte de mí sanaba, que la oscuridad que me había perseguido comenzaba a desvanecerse.

En Gretna Green, con solo Alexander y Avery como testigos, Nathaniel y yo pronunciamos nuestros votos frente a un sacerdote de rostro amable y manos curtidas. Fue sencillo, pero profundamente significativo, un pacto de amor y lealtad que trascendía todo lo que habíamos enfrentado.

Ahora, en Escocia, rodeada de la belleza salvaje de las Highlands y la paz de nuestro hogar cerca de Erchless, siento que finalmente he encontrado el lugar donde pertenezco.

La casa que Nathaniel ha ordenado construir para nosotros es más que un hogar; es nuestro santuario personal, un refugio de paz y amor donde podemos ser genuinamente nosotros, sin temor a los juicios de fuera.

Sin embargo, a pesar de la paz que hemos encontrado, algunas noches las pesadillas todavía me visitan, sombras del pasado que se niegan a dejarme completamente. Pero en esos momentos, Nathaniel está allí, siempre listo para calmarme con su presencia, para recordarme que estoy segura, que estoy en casa.

Balthair y Adele, siguen siendo un refugio de sabiduría y apoyo, continúan con su vida tranquila, disfrutando de la paz que les brindan sus años de arduo trabajo y dedicación junto a sus dos hijos. Avery y Kenna, fieles a su espíritu altruista, siguen con sus causas, apoyando y salvando a todo aquel que lo necesita y aunque decidieron no tener hijos, su casa nunca está vacía gracias a los cinco pequeños vástagos que Alexander y Emily llevan, atestando cualquier hogar de risas y desorden.

Nathaniel ahora invierte en otros barcos con el ojo experto de un capitán que conoce el mar como la palma de su mano.

Aunque mira las estrellas cada noche, una señal de su anhelo por volver a navegar. Sin embargo, acepta encantado mi compañía en cualquier futura aventura. Dice que sus hombres consienten mis órdenes mejor que las suyas.

—Es porque las imparto con una sonrisa, no con el ceño fruncido —le digo, y ambos reímos.

Pero un pirata es un pirata, y sé que él nunca podrá deshacerse completamente de su aspecto feroz.

Miró a Nathaniel y sé que solo necesitamos hacer contacto visual para encender un fuego entre nosotros. Este hombre, que puede parecer reservado y comedido, se convierte en una bestia cuando se trata de nuestra intimidad. Su pasión es voraz, liberadora, un recordatorio constante que me deja sin aliento con la intensidad de nuestro amor.

Cierro los ojos de nuevo, sintiendo su mano entrelazada con la mía. En este momento, sé que he encontrado mi final feliz. Un final que comenzó con una promesa susurrada hace años y que ahora se materializa aquí, en la tierra que amo, junto al hombre que quiero.

—El mes que viene embarcaremos rumbo a las Antillas —me dice por la noche, su voz llena de emoción ante la próxima aventura.

Y yo asiento encantada.

—Pero no vuelvas a ponerte esos pantalones en mi barco. Distraes a la tripulación—me dice con una sonrisa maliciosa.

—¿Y cómo pretende el Capitán del barco que me suba a la cofa con un vestido? —le digo con burla, disfrutando del intercambio juguetón.

—Ahí está el quid de la cuestión, Briony, que me quitas años de vida cada vez que lo haces —me dice, fingiendo exasperación.

—Pero si lo hago mejor que cualquiera. Me lo dicen todos tus hombres —le respondo, desafiante y con una sonrisa traviesa.

—Dirían cualquier cosa con tal de ver ese culo trepando —me responde con una risa—. Pero no dudo de tus habilidades —se apresura a añadir, asegurándose de que sepa que su respeto por mi destreza es genuino.

Nos reímos juntos, y en esa risa compartida, siento la profundidad de nuestra conexión. No solo somos marido y mujer, sino verdaderos compañeros en cada sentido de la palabra.

Nathaniel es más que mi amor; es mi héroe, mi aventurero, y mi mejor amigo. Con él, cada día es una promesa de risas, amor y aventuras. Así que, mientras planeamos nuestro próximo viaje, no tengo dudas de que dondequiera que vayamos, mientras estemos juntos, seremos felices. Porque él es mi hogar, y no importa en qué parte del mundo nos encontremos, siempre estoy en casa cuando estoy con él.

NOTA DE LA AUTORA

Al cerrar esta saga, siento que debo hablaros un poco sobre algunas comentarios que me han acusado de alejarme demasiado de la realidad histórica. ¡Ah, lo complicado que es ser fiel a la realidad cuando, a menudo, la realidad es más escandalosa que cualquier ficción que pueda imaginar!

Es importante recordar que, tras esas fachadas de puritanismo y represión sexual de la época, se escondía un voraz apetito por experiencias que, aunque oficialmente condenadas, florecían con gusto detrás de las cortinas.

Como en cualquier sociedad, cuando se reprime demasiado por un lado, todo tiende a explotar por el otro. Aunque había fervientes defensores del decoro y las normas sociales, llegando a puntos absurdos, existía también todo lo contrario.

Donde los ojos más críticos no podían ver, se daban cita el libertinaje, fiestas desenfrenadas y excesos de toda índole donde los más “inmorales” hacían los que les salía de la torera (por ser fina).

Mi saga no ha hecho más que reflejar este eterno juego entre lo aparente y lo real.

No olvidemos el caso de Mary Shelley, la autora de *Frankenstein*, que convivió con el poeta Percy Shelley mientras él aún estaba casado con otra mujer. El germen de *Frankenstein* surgió durante una reunión en la casa de Lord Byron en Suiza, Villa Diodati, a donde Byron se había retirado tras ser acusado en Inglaterra de sodomía e incesto, entre otras cosas. Byron no era precisamente un modelo de virtud para la rígida sociedad inglesa de la época.

Así que, antes de asumir que lo sabemos todo sobre una historia o una época, quizá convenga investigar un poco más. La historia tiene muchas versiones, y en realidad sabemos poco sobre ella. Solo lo convencional.

Por otro lado, existían los Almack's, un club donde la élite se reunía y que, aunque en apariencia era el colmo de la virtud, bajo sus camas se escondían historias que harían sonrojar al más pintado. Incluso en las novelas de Jane Austen o en series como *Bridgerton*, donde el cortejo parece tan romántico y decoroso, se intuye que la realidad era bastante más compleja.

Y sobre Lady Caroline Lamb, pobre mujer, realmente fue un personaje interesantísimo. Después de su tormentosa relación con Lord Byron y de ser rechazada por él, fue considerada por muchos como desequilibrada, aunque su esposo siempre la defendió y apoyó, entre amante y amante.

Y sí, ella era prima del Duque de Devonshire, un soltero muy deseado y, (bastante mono, para la época, para qué negarlo) que nunca se casó pese a que probablemente fue muy presionado para ello. (¡Qué misterio!)

La última parte de este libro ha sido especialmente dura para Briony, y he procurado tratar su sufrimiento con toda la sensibilidad que merece. Es complicado mantenerse fiel a la realidad

histórica sin mencionar temas tan dolorosos como la violación, que lamentablemente continúa siendo utilizada como herramienta de guerra y conflicto en muchas partes del mundo.

Sin embargo, he decidido no profundizar en este aspecto en mi narrativa. Amo a mis personajes y, aunque a veces los coloco en situaciones extremadamente difíciles, no lo hago por morbo sino para reflejar una realidad histórica. Ignorar estas verdades sería apartar la mirada del mundo real, pero como autora, elijo enfocar la resiliencia y la recuperación más que el acto violento en sí. Quiero que la historia de Briony sea una de superación y esperanza, no solo de sufrimiento.

Otro aspecto que consideré al crear a Briony era su edad. Desde el principio tenía claro que debía tener dieciocho años. Resulta curioso que, contrariamente a lo que muchos suponen, la edad media para casarse durante la Regencia era de 24 años para las mujeres y 27 para los hombres, no muy distinta de la que solían casarse nuestros padres y abuelos hace unas décadas.

Sin embargo, establecí que Nathaniel tendría alrededor de 30 años. La diferencia de edad de 12 años, aunque no es escandalosa para la época, sí era suficiente para provocar ciertos reparos en Nathaniel, creando un dinamismo de tira y afloja entre ellos que es crucial para el desarrollo de la trama.

Esta tensión me partía el corazón cada vez que los colocaba en una situación difícil, especialmente porque Briony, sin duda alguna, es mi personaje femenino favorito de toda la saga. Su juventud y la cautela de Nathaniel añaden una dimensión de conflicto y crecimiento que enriquece profundamente la historia y tenía que ocurrir, sino no hay historia. También les pasó a Lucas y Sara y todavía no entiendo por qué él no fue a Madagascar. Nathaniel se lleva a Briony…, oiga usted.

Otro aspecto que realmente he disfrutado al escribir sobre Briony es su apasionada naturaleza y su franqueza, que la convierten en una fuerza para tener en cuenta.

Su capacidad para poner a Nathaniel en aprietos, desafiándolo y sacándolo de su zona de confort, no solo añade dinamismo a su relación sino que también enriquece el relato. Briony no es simplemente un personaje; es el corazón de la saga, cuya intensidad y directa manera de enfrentar la vida infunden a la historia un espíritu de autenticidad y emoción que espero os haya gustado.

Una licencia que me he tomado en esta saga ha sido la realización de una cesárea con éxito por Avery, aunque confío plenamente en su habilidad y sabiduría y estoy segura de que con él el triunfo está asegurado.

Sin embargo, la cruda realidad del siglo XIX era que una cesárea casi siempre resultaba fatal para la madre debido a condiciones insalubres, la falta de anestésicos y antibióticos. Esta operación se reservaba casi exclusivamente como un último recurso para salvar al bebé si la madre fallecía durante el parto.

El ambiente típico de un parto en esa época podría incluir habitaciones sucias, mal ventiladas y sobrecalentadas. Si la madre sobrevivía al parto, el riesgo de infección postparto, conocido como fiebre puerperal, era alto, a menudo debido a restos de placenta que causaban gangrena y mortales infecciones sistémicas.

Pioneros como el doctor Charles White y Alexander Gordon abogaron por mejoras como mayor ventilación y uso de lino limpio, pero no fue hasta las prácticas antiinfecciosas del Dr.

Semmelweis, apodado el "Salvador de Madres", que las tasas de mortalidad comenzaron a mejorar significativamente. Él instauró la práctica de lavarse las manos con una solución de cal clorada para los estudiantes que pasaban de las salas de disección a las salas de maternidad, reduciendo las tasas de mortalidad del parto del 18% al 6%.

Lamentablemente, las tasas de mortalidad infantil en el siglo XVIII eran desoladoras, con dos tercios de los niños en Londres muriendo antes de los cinco años. La mayoría de estos niños no llegaban siquiera a su segundo cumpleaños. El libro *Domestic Medicine* de 1784 reveló que casi la mitad de los niños en Gran Bretaña morían antes de los doce años. Tras el nacimiento, se alimentaba a los bebés con una mezcla de pan o harina remojada en leche o agua, difícil de digerir y nutricionalmente inadecuada.

Las madres de clases altas raramente amamantaban, delegando esta tarea a nodrizas que a menudo ignoraban la importancia de la limpieza, crucial para la supervivencia del bebé.

Así pues, tener una familia numerosa no era solo una preferencia sino una necesidad para asegurar la supervivencia de la descendencia. El nacimiento era una propuesta de riesgo y si uno tenía afecto por su cónyuge, viviría este evento cada 18 a 24 meses, dada la ausencia de métodos efectivos de control de natalidad, que además eran mal vistos por los religiosos…

Bajo estas circunstancias es normal que nuestro Avery y Kenna decidan no tener hijos. Si alguien puede hacer lo que le sale del pairo (por decirlo finamente) es mi Avery. Con cuarenta años en esta novela se torna como el madurito más interesante de la toda la Regencia.

Sé que Alexander ha sido un personaje que ha capturado el corazón de muchos lectores, y no puedo negar el placer que he encontrado al incluirlo en esta novela por ese toque de humor que ha aportado a la narrativa.

Pero ahora es momento de despedirnos de esta saga, lo cual me llena de tristeza. He adorado escribir sobre cada uno de estos personajes tan vívidos y complejos. (Sobre todo ellos. Me han hecho suspirar mil)

Aunque diga adiós a esta historia, no temáis, ya tengo entre manos una nueva aventura que espero compartir pronto con vosotros. ¡Jajaja, sí, ya tengo otra historia!

Pero cerrar este capítulo es agridulce. Estos personajes han sido como una familia para mí, y dejarlos ir es realmente difícil… Estoy llorando y mucho y por eso me extiendo con esta nota de autora… No quiero cerrar esta saga. Ainss… Me parte el corazón, pero…

Esperad, sigamos hablando… No me dejéis…

Ahhhhhhhhhh. Noooooooooo.

Venga, seré fuerte.

Adiós, hombretones. Os veo en mis sueños.

Con Amor,

Anne

AGRADECIMIENTOS

Aquí estoy, intentando encajar las piezas de gratitud que tengo dispersas por el corazón y la mente. Comenzaré soltándolo directo, sin rodeos: gracias. Pero no un gracias cualquiera, sino uno de esos que se sienten hasta en la punta de los pies, ¿sabéis? Cada vez que uno de mis libros sale al mundo, mi corazón se pone a mil, mezcla de nervios y emoción, preguntándome si lograré conectar, si conseguiré arrancaros alguna que otra emoción.

Entonces llegáis vosotras, con vuestras palabras, vuestras risas compartidas a través de pantallas, vuestras lágrimas que se mezclan con las mías, y de repente, todo cobra sentido. Me hacéis sentir como si hubiéramos ganado un maratón juntas, brazo con brazo, corazón con corazón.

A vosotras, que os habéis desvelado por seguir una página más, que habéis acogido a mis personajes como si fueran amigos de toda la vida, que os habéis emocionado, enfadado y reído en los momentos justos. ¿Y qué me decís de esa complicidad que surge de la nada, esa que nos hace soñar despiertas con aventuras en tierras lejanas, castillos en brumas y miradas que dicen más que mil palabras? Eso, eso es magia pura.

No puedo dejar de mencionar esos mensajes que me llegan, cada uno es como un abrazo, un café compartido, una confidencia entre amigas. Vuestra empatía, vuestro entusiasmo, vuestra capacidad de soñar conmigo, eso es lo que le da vida a este oficio de contar historias.

Así que, gracias, un millón de veces gracias. Vuestra pasión, vuestra entrega, vuestra fidelidad, son el motor que me impulsa a seguir adelante, a seguir soñando, a seguir creando. Y sí, aunque a veces me pierda entre tanto personaje y tanta trama, sabed que siempre, siempre, encontraré el camino de vuelta a vosotras.

Con todo mi amor y una montaña de papeles por escribir, os mando un abrazo gigante, de esos que no se olvidan. Seguimos en este viaje juntas, y eso, queridas mías, es lo más grande que me llevo.

Para empezar, quiero agradecer a mis grandes apoyos:

Juncal: Por esa alegría que aportas a mi proceso creativo, tan refrescante como un amanecer en las Tierras Altas.

Tristán: Eres la inspiración detrás de cada palabra que escribo, como el viento que susurra entre los pinos escoceses.

Ana Molinos: Gracias por ser esa fuente constante de energía y apoyo, tan inquebrantable como los castillos de Escocia.

Sara Nogales: Por tu meticulosa corrección y ese apoyo implacable, tan férreo como un guerrero Highlander.

Aroa Ramírez: Porque mi recuperada intensidad te la debo a ti, que me recordaste que la había perdido, como las antiguas leyendas de los clanes.

María José Ramírez: Por ser tan fan, tan entusiasta, por animarme a escribir. Eres como el fuego que calienta las frías noches en las Tierras Altas.

Rocío Blanco: Eres la guinda del pastel! Gracias por esas ayuditas mágicas y tus monólogos que son pura chispa.

Jessica Cruz Escamez: A la velocista de las letras, cuya velocidad de lectura desafía a la luz y cuyos comentarios me encantan.

Rocío Yuste: A la maga de las reseñas, capaz de capturar los detalles más pequeños de mis novelas con su varita mágica de palabras.

Y ahora quiero hacer una mención especial a las que ya considero “mis chicas”:

Estefanía Cobo Moreno, Susana Vila, Lidia Armario, Eva_bueu, Elenablda, pilu_baca, Tere Reixach, Estefanía Cobo, Mónica (@slayertxu), Meli Berzaghi, Pepi Armario, maría_ese_ce

Es increíble poder tener lectoras como vosotras. No os imagináis los nervios que se pasan cada vez que se deja volar un libro nuevo sin saber si será aceptado bien, si esta vez se ha perdido la chispa, si no se ha sido capaz de conectar con el lector y entonces llegáis vosotras como los ángeles de Anne Charlie y me hacéis recuperar el aliento y la confianza de nuevo. ¡Sois increíbles! No tengo palabras suficientes de agradecimiento para vosotras.

Vir de @vir_entre__libros: Tu crítica astuta siempre me ayuda a crecer, como un sabio druida que guía a su clan.

Aryceli de @aritakitten_lecturas: Por tu perspicacia con los personajes, tan aguda como la mirada de un águila sobrevolando los montes escoceses.

María de @vilmont_books: Por la creatividad que aportas al universo literario, tan brillante como las estrellas en una noche despejada en Escocia.

Olivia Monterrey de @monterreyolivia: Por tu generosidad al compartir mi trabajo, tan vasta como las llanuras escocesas.

Teresa de @leercomosinohubieraundespues: Por esa contagiosa positividad que me recuerda a los días soleados en las Tierras Altas, que, aunque escasos, son inolvidables.

Ilia de @hoy_esta_leyendo: Tus historias añaden color a todos nuestros días, como un tapiz celta lleno de historias y leyendas.

Susana de @mislibros_misbebes: Por tu tranquila constancia y amabilidad, tan serena como los lagos escoceses al amanecer.

Mónica de @monicasam.world: Por hacer del humor un idioma universal, tan refrescante como un trago de buen whisky escocés.

Mireia de @dreamingofmimibooks: Tus reseñas siempre me dan el aliento que necesito, como el viento que sopla fuerte y libre en las cimas de las montañas.

Raquel de @vivir._leyendo: Por tu perpetuo positivismo y calor humano, tan acogedor como una cabaña en medio de la nieve.

Maricruz de @mari.csang: Por tu valentía y dedicación inquebrantables, tan férreas como las fortalezas de los antiguos clanes.

Marta de @minedreadings: Tu intuición aguda siempre revela los matices de una historia, como un bardo que conoce todos los secretos de su pueblo.

Anabel Botella de @anabel_botella: Por esa escritura emotiva que abre corazones, tan profunda como las leyendas que se cuentan alrededor del fuego.

Vero de @vdeverolibros: Por mantenerme al día con las novedades editoriales, como un mensajero que trae noticias desde tierras lejanas.

Angela Bennet de @angelabennet.author: Por tu generosidad y ese corazón inmenso, tan vasto como los valles y montañas de Escocia.

@laureleeyescribe: Eres una asistente indispensable, como un fiel escudero en las batallas de las Tierras Altas. ¡No sé qué haría sin ti!

@manuelaramirez_escritora: Por tu belleza eterna y tu apoyo constante, como las antiguas piedras de los castillos escoceses que resisten el paso del tiempo.

Ygritte de @ygritte.berlana: Tu entusiasmo por la lectura alimenta nuestra comunidad, como los ríos que nutren los verdes valles de Escocia.

@villacositas8: Por tu disposición a seguirme y esperar pacientemente, como un Highlander esperando el momento perfecto para atacar.

@viviendo1000historias: Por compartir mis libros con tus seguidores, como un bardo que comparte historias alrededor del fuego.

@leeresdeguapas: Por tus maravillosas reseñas que siempre me alegran el día, tan brillantes como un amanecer en las Tierras Altas.

@marianabooker: Por tu amor incesante por las letras y por decirme que sí, como un pacto entre clanes en tiempos antiguos.

Eva de @letrasychocolate: Por tu generosidad al compartir mi trabajo, tan dulce como el chocolate que se disfruta en una tarde fría.

Jesica Azpeleta: Siempre brillante, siempre maravillosa, como las estrellas que iluminan el cielo escocés.

@volamosentreletras: Tu opinión es como el viento que guía a los barcos hacia el puerto seguro. Gracias.

@bookstagramer1: Por tu apoyo constante y ese espíritu positivo, tan fuerte como el de un guerrero escocés.

Mrs. Svetaracherry: Tus palabras amables son el bálsamo que calma las heridas de batalla. Siempre me dan un impulso.

María de @maria.12.al: Por estar siempre presente con esa dulzura y apoyo, como la melodía de una gaita que nos reconforta.

@brr.leyendo: Por encontrar tiempo para mis libros en tu ocupado calendario de lectura, como un druida que siempre encuentra tiempo para sus rituales.

Mireia de @la_estanteria_de_mire: Por convertirme en una de tus autoras favoritas, es un honor digno de un brindis con el mejor whisky.

Ana de @aniibook: Por tu apoyo constante y por amar a mis personajes tanto como yo, como si fueran parte de tu propio clan.

Aure de @cazafantasia: Por siempre brindar una perspectiva fresca y emocionante, como las primeras luces del día en un paisaje escocés.

Noemi de @mysticnox1: Tu constancia y amor por la literatura son como las montañas de Escocia: inquebrantables e inspiradoras.

Mónica de @monicairado: Por tus sabias palabras que siempre me elevan, como las águilas que vuelan alto en el cielo escocés.

Laura de @laurabookcase: Por ese amor compartido por las letras y las historias, tan profundo como los lagos escoceses.

Laura de @laurabooksblogger:Por su entusiasmo arrollador y por insuflármelo a tope.

@101 lecturas: ¡Gracias por ser parte de esta historia!

Cecilia de Divinas lectoras: Por ser una crítica incisiva y valiosa, como el filo de una espada bien afilada.

@vivir_leyendo: Tu pasión por los libros es tan contagiosa como las danzas y cantos de una fiesta en las Tierras Altas.

@mi_amante_unlibro: Por ser una constante en mi viaje literario, como un faro que guía a los barcos en la oscuridad.

@buscando.lectura: Por siempre estar dispuesto a explorar nuevas historias conmigo, como un aventurero en busca de tesoros ocultos.

@viviendo1000historias: Tu entusiasmo es como el rugido de un león en la vasta sabana, nunca deja de motivarme.

@_romanticasdelnorte: Por tu amor por el romance y las historias emocionantes, tan apasionado como un baile bajo la luna.

@missattard: Por ese espíritu libre y tu aprecio por las palabras, como un viento que sopla libremente por las colinas.

@cuandolosmiosduermen: Por encontrar tiempo para mis historias en medio de la ajetreada maternidad, como una madre escocesa que siempre encuentra tiempo para sus hijos.

Isabel P. Moreno: Por ese amor por la literatura y ese ojo crítico, tan agudo como el de un halcón en plena caza.

@dulce_caramelo8: Por ser un oasis de dulzura y apoyo, como las refrescantes cascadas escondidas entre las montañas escocesas.

@bookeandoenlasnubes: Tu pasión por los libros me inspira cada día, como las majestuosas vistas de las Tierras Altas que inspiran a poetas y artistas.

@wendyreviews: Tu crítica constructiva es como el entrenamiento de un maestro espadachín, siempre me ayuda a crecer como escritora.

@marianabooker: Por compartir mis historias con tu público, como los bardos escoceses que llevan cuentos de aldea en aldea.

@leoquemeleo: Por tu apoyo incansable y tu amor por los libros, tan fuerte como el lazo entre un Highlander y su clan.

@come.libros2020: Por siempre mantenerme en tus pensamientos y recomendaciones, como un antiguo mapa de tesoros que se pasa de generación en generación.

@bookstragramer_1: Tu dedicación a la comunidad literaria es como la de un líder escocés, verdaderamente inspiradora.

@mariafrases: Por compartir mis palabras con tanto amor y entusiasmo, como los cuentos que se cuentan al calor de una hoguera.

Mónica de @volando entre libros: Como los valientes guerreros de las Highlands, tu aliento y ánimo han sido un baluarte.

@pilardans: Tu amor por la literatura y la escritura es tan profundo como los misteriosos lagos de Escocia.

@me.leo.toa: Por ser siempre un faro de apoyo y amor por la literatura, como los faros que guían a los barcos en las costas escocesas.

@conlibrosyaloloco1981: Por tu constante apoyo y tus amables palabras, tan reconfortantes como un abrazo en una noche fría.

@salseo_de_libros: Tu entusiasmo es contagioso, como las danzas y canciones de una fiesta en un pueblo escocés.

@tintayletrascirculo: Tu amor por las palabras y las historias es tan profundo como las raíces de los antiguos robles escoceses.

@leerconthea: Por tu apoyo constante y tu amor inagotable por los libros, tan eterno como las montañas de Escocia.

@lecturas_de_sara: Por tu amor por la literatura y tu apoyo constante, como el flujo constante de un río escocés.

@iralybookaholic: Tu pasión por las letras y las historias es un regocijo, como un día soleado en las Tierras Altas.

@amorporlolibros84: Por tu apoyo inquebrantable y tu amor por los libros, tan firme como un castillo escocés.

@maytelizondo: Por tu visión detallada y tu amor por la literatura, como un águila que observa todo desde lo alto.

@yoizna: Tu entusiasmo siempre me inspira a seguir escribiendo, como los vientos escoceses que impulsan las velas.

@lecturasdesonia: Por tus valiosos comentarios y tu amor por la literatura, tan preciados como un antiguo relicario.

@booksbyclau: Tu apoyo y entusiasmo son como el calor de una chimenea en una cabaña escocesa, realmente invaluables para mí.

@lolatoro_Aleciablue: Por tu amor por las historias y tu constante apoyo, tan leal como un escudero a su señor.

@perdida_entre_libros86: Tu pasión por los libros es como el fuego que arde en el corazón de un guerrero escocés.

@valientegarciamaríajose: Por tu valentía y amor por las letras, tan fuerte como el espíritu de un Highlander.

@laslecturasdeari_: Por tu inquebrantable pasión por la lectura, como las antiguas tradiciones que se mantienen vivas en Escocia.

@paseandoentrelibros: Por siempre hacerme sentir valorada y apreciada, como un tesoro escondido en las Tierras Altas.

@instaromanticreader: Tu pasión por la lectura y el romance es como una balada escocesa, siempre inspiradora.

@aniibook: Por siempre ser una fuente de apoyo y ánimo, como un manantial en medio de un bosque escocés.

@biri.biankis: Por tu entusiasmo contagioso y tus valiosos aportes, como un festín en un gran salón escocés.

@sendra.black.escritora: Tu amor por la escritura y la lectura es como la pasión de un bardo contando historias épicas.

@romanticoslibros: Tu dedicación a la literatura romántica es como una leyenda de amores eternos en las Tierras Altas.

@crazyreadersladys: Por tus reels preciosos y tus pandichachis que siempre llegan a cinco cuando me valoras.

A Sara Alba, mi fiel escudera desde el comienzo de esta aventura. Gracias por prestarme tu vestido de novia (jejeje) y por siempre encontrar un momento para sumergirte en mis letras y dejarme tu valiosa opinión.

A Patricia Machtl porque sus opiniones agridulces, jajaja, que con su espada afilada de comentarios me mantiene despierta, no por eso no, por ser fiel, por leerme, aunque a veces no le guste y sus críticas constructivas (aunque lo de Outlander para adolescentes ha escocido un poco, pero sin acritud, nena)

A Nani Mesa, porque me habla de sueños y yo… Sueño con palabras así y con escoceses de ensueño. Estamos en la misma onda.

A Toñi Cruz, cuyo entusiasmo me recuerda al espíritu indomable de un highlander. Tu primera reseña en las redes fue como el canto de las gaitas escocesas, aliviando el peso de la espera y la incertidumbre de las primeras opiniones.

Y a Montse Muros, la enciclopedia viviente de los musos, tan hermosa como un amanecer en las Tierras Altas. Tu apoyo y sabiduría son el faro que guía mi pluma.

Mi Dubli: Tu constante apoyo y amor por mis historias son como el abrazo cálido de un ser querido después de una larga jornada.

Marta Sebastián: Por estar siempre a mi lado y acoger mis palabras con un amor y dedicación inquebrantables, como el melódico eco de una balada bajo el cielo estrellado de Escocia.

Dulce Mercé: Por siempre compartir mis palabras con tanto amor y dedicación, como un dulce canto bajo la luna escocesa.

Sany Garcés: Por tu pasión por las letras y tu apoyo constante, tan ardiente como el fuego de un campamento.

Ana SP: Por tu visión detallada y tus constructivos comentarios, tan precisos como un arquero escocés.

Yennely Perez: Por tu apoyo inquebrantable y tu amor por la literatura, tan profundo como los misterios de Escocia.

Gemma Herrero Virto: Por ser tú y estar siempre, como las montañas eternas que vigilan las Tierras Altas.

Elena Fuentes Moreno: Por siempre ser una “fuente” de apoyo, como los ríos que nutren los valles escoceses.

María del Mar Fernández Salmerón: Por tu amor por las letras y tu apoyo constante, tan inquebrantable como un escudo escocés.

Sonia Puente: Una escritora como la copa de un pino, cuya grandeza y talento se asemejan a los majestuosos pinos de los bosques escoceses.

Y no puedo olvidarme de dar las gracias a esas lectoras geniales que se han unido mi clan con estas historias de Highlanders y me alegran los días con sus comentarios y me ha hacen reír con su entusiasmo.

Sois geniales.

Rosa Clara Rivero, Chari Llamas, , Paqui Dede, Marisa Mengual, Inma Camino, Pepa Urea, Jessica González, Tamara Sánchez, Katy Kat, Mari Carmen Ruz, Carmen Rodriguez, Aurora Gómez, Isabel Mari Cruz, Tani Montellano, Cristina.r, Laura Sanchéz. Ana Drendes, ,@myclosetlm, María, Ana M.B. Nicol Mendoza, Sabina Shelemmer, @la-cocinillas_de_mi_casa, Jennifer Charles, Sonia Barroso, tremendoo, Charo Berrocal, Beatriz Cánovas González, María Marchena, Cristina Bermejo, Rachel (alfarera_81), Raquel Córdoba, Elena Picó, Julia Ruizmo, Elena Guerra, Raquel Ruizmo, la_cocinillas_de_mi_casa, Laura Lora, María José Selma, Mari Carmen Ramirez, Izaskun Rivas Hernandez, Patricia López Alburquerque, Gloria Benitez Sody (a quién he adoptado), Alicia Blanco, Vivi Iglesias, Mónica de la Cruz, Isabel Fernández, Nieves Jimeno, Lucia Chamorro, Lidia Perez-Barba, lady_romcom, Martha Worthales, Verónica Leiro, Ruiz, Lau Soler

Chicas, me encanta que me habléis, que me busquéis, que me compartáis vuestras opiniones.

Gracias de corazón por ser parte de este hermoso proceso creativo y por confiar en mí para animar vuestras lecturas.

Cada palabra, cada nombre, cada sentimiento compartido ha sido un honor para mí.

Espero que estas dedicatorias resuenen en aquellos a quienes van dirigidas y si no estás y me has ayudado, aunque solo sea con una pequeña palabra, espero que sepas que no te nombro por despiste, no porque no lo aprecie.

Solo dímelo y te uno a este Club de Esco-fanes.

Vuestra Anne, siempre vuestra.

BIBLIOGRAFÍA

Lo que los libros de Historia del Arte no quieren que sepas: Salseos artísticos y más de Blanca Guilera

Breve historia del arte Susie Hodge

Eso no estaba en mi libro de Historia del Arte Nabuek Jesús Roldán

Altlas Ilustrado De La Historia Del Arte María Carla Prette

Historia de Escocia: Una guía fascinante de la historia de Escocia de Captivating History

Breve Historia de Escocia de Ana Barrera

Filosofía en el tocador de Marqués de Sade

Jane Austen. Vida privada en la época de Regencia.

Fanny Hill de John Cleland.

Escocia Misteriosa de Manuel Jesús Palma Roldán.

Guía secreta Escocia Misteriosa

Imperio Británico

https://es.wikipedia.org/wiki/Clan_Gordon

https://es.wikipedia.org/wiki/Acta_del_Comercio_de_Esclavos_(1807)

https://es.wikipedia.org/wiki/Clan_MacIntyre

Biografia de Louisa May Alcott

Biografia de Charlotte Brontë

Fashion Timeline.19-th century :: Behance

Scottishish Castle For Hire | Erchless Castle

Castillo de Erchless - Wikipedia

Strathglass Shinty Club - Wikipedia

Glen Affric - Wikipedia

Orgullo y prejuicio - Wikipedia, la enciclopedia libre

Clan Rose - Wikipedia

Clan Chisholm - Wikipedia

Guerras napoleónicas - Wikipedia, la enciclopedia libre

Gentry - Wikipedia, la enciclopedia libre

Jane Austen - Wikipedia, la enciclopedia libre

Alexander Chisholm (MP) - Wikipedia

Roxburghshire - Wikipedia, la enciclopedia libre

qués es el shinty juego - Buscar con Google

Cannich - Wikipedia

Strathglass - Wikipedia

Piedra de Rosetta: la batalla entre Jean-Francois Champollion y Thomas Young por descifrarla (sin la que no conoceríamos la historia del Antiguo Egipto) - BBC News Mundo

Napoleón pasó una noche en la pirámide de Keops en Egipto y se llevó con él un misterioso secreto - Vandal Random

Egiptomanía, locos por los faraones | Cultura | EL MUNDO

5 fuentes GRATIS para usar en tu novela romántica – Cor de Xiz – Autopublicación para autoras

El patito feo - Wikipedia, la enciclopedia libre

Jorge IV del Reino Unido - Wikipedia, la enciclopedia libre

Napoleón Bonaparte - Wikipedia, la enciclopedia libre

Kilt - Wikipedia, la enciclopedia libre

Historia del kilt, el sello de identidad de los escoceses

Así era el manual de sexualidad del siglo XIX

¿Realmente usaban los médicos vibradores para tratar la histeria en las mujeres? - BBC News Mundo

Los vibradores tenían una larga historia como charlatanería médica antes del cambio de marca como juguetes sexuales – Esinsolito.com

Pierre Louÿs - Wikipedia, la enciclopedia libre

30 curiosidades de las plantas - ¡Asombrosas!

"Céilidh", una fiesta tradicional de pueblos gaélicos.

Danza tradicional escocesa | International School Link

Chanoyu, la ceremonia del té japonesa | El Club del Té

▹ ARMADURAS Y VESTIMENTAS SAMURÁI Y SUS CEREMONIAS

Los Juegos de las Highland

Imperio británico - Wikipedia, la enciclopedia libre

BIOGRAFÍA



Anne K. Austen es un seudónimo, y todo lo que rodea a esta autora está envuelto en sombras y misterio. Así que tú, querido lector, que estás sumergiéndote en esta biografía, tendrás que mantener el secreto de su identidad si es que llegas a descubrirla…

Una verdad incuestionable es que Anne nació el 22 de agosto de 19¿? Otra verdad impepinable es que jamás revela su edad y mucho menos desde que hace frente a una importante crisis de los cuarenta ¡Uch!

Nació en Santurtzi (Vizcaya), o ¿fue en Nueva York? Lo cierto que es que sí se fue por toda la orilla hasta un pueblecito de Vitoria que ahora echa de menos porque parar, ha parado poco. Es lo que tiene sentir ganas de comerse el mundo, que uno nunca puede estar quieto.

Desde siempre, su vida ha sido un perenne capítulo lleno de libros. De niña, leía más de lo que hablaba y se refugiaba en novelones quizás demasiado avanzados para su edad. Y es que por leer se lee hasta las indicaciones del champú, luego tiene un montón de información en la cabeza que se mezcla y entrelaza y la vuelve un poco loca, así que la deja salir en forma de tramas y personajes. Cada rincón de su mente es un tesoro de ideas y creatividad, alimentado por años de devorar libros y explorar universos literarios.

A los doce, descubrió el mundo de las novelas románticas, con portadas de hombres musculosos y cabellos dignos de anuncios de champú, y las devoraba como si no hubiera un mañana.

Fue también a esa edad cuando Anne comenzó a escribir sus primeras novelas en folios, con líneas que nunca lograban ser rectas. Compartía estas historias en clase, distrayendo completamente a sus compañeras, hasta que la profesora de lengua confiscó una de sus novelas. Para su sorpresa, ¡la profesora se la leyó y la animó a seguir escribiendo! A los doce, también ganó su primer premio de cuentos y en el 2017 también fue finalista del Premio Literario de Amazon, pero con su otra personalidad, la más seria y dramática.

Con las grandes expectativas, estudió Ciencias Económicas, pero Anne nunca dejó de escribir. En las aulas de estudio, en lugar de prepararse seriamente, se encontraba inventando historias. Es que escritor no se hace, se nace, y es imposible no escribir cuando pasas más tiempo creando mundos que viviendo en la realidad.

Anne es una lectora voraz y amante indiscutible de cualquier género literario, entre ellos, la romántica, de la que se declara acérrima defensora. La capacidad de amar es nuestra virtud más humana y la pasión, su forma de expresarse. Escribir sobre ello la convierte en la mujer más afortunada sobre la tierra y espera poder compartir parte de esa felicidad con sus lectores.

Así que, si alguna vez coincides con Anne y no te responde, no se lo tengas en cuenta. Está en otro mundo, creando. No concibe una vida sin libros, sin historias de hombres que quitan el aliento y te hacen sentir mariposas en el estómago. No concibe una realidad sin irrealidades, porque así es ella: una soñadora, una romántica empedernida que necesita las historias románticas tanto como el aire que respira.

OTRAS NOVELAS DE LA AUTORA

Serie Regencia Escocesa:

LAS NOCHES PROFUNDAS DE ADELE



¿Listos para una historia sobre la Regencia? Para ser sincera, aquí, lo convencional se desvanece un poco y lo profundo... bueno, eso te dejará boquiabierto. Pero ¿cómo llegamos a tales

profundidades? Hagamos el recuento:

1. **Encuentro Destinado**: Adele, nuestra protagonista, no es de las que se cruzan de brazos. Cuando se topa con un escocés herido y misterioso, no duda en lanzarse al rescate. Caballerosidad en faldas, amigos.
2. **Propuesta Inesperada**: Un barón inglés, no tan caballeroso pero bastante apuesto, Lord Ashford, decide que Adele es "la elegida". Sí, le suelta la gran pregunta y ella... bueno, eso tendrás que descubrirlo.
3. **Choque de Titanes**: Resulta que el herido escocés, al que llamaremos Balthair Chisholm (porque ese es su nombre), y el flamante prometido son BFFs. Pero cuando Ashford presenta a Adele, los fuegos artificiales explotan... y no precisamente de alegría. Balthair no es fan de la unión y no tiene pelos en la lengua a la hora de expresarlo.
4. **Duelo de Ingenios**: Cada vez que Balthair y Adele comparten escena, es como ver un torneo de esgrima verbal. Chispas, sarcasmo y un tira y afloja de dos mentes brillantes.
5. **De Promesa a Pesadilla**: Ese compromiso soñado con el lord se tuerce en una vorágine de chismes y rumores y... cosas peores, muy peores, poniendo a Adele en la picota de la alta sociedad.
6. **Giro Inesperado**: La salida de Adele a todo esto es acabar trabajando como institutriz para el mismísimo Balthair en Escocia, bajo su... ejem, atenta e intensa mirada.
7. **Las Noches Profundas**: Y aquí, mis queridos lectores, es donde el título cobra sentido. Escocia, un castillo, una institutriz y un laird escocés dominante y testarudo. Las noches se hacen largas, profundas y, definitivamente, interesantes.



LAS CADENAS PROHIBIDAS DE AVERY

En las sombras de la **Regencia Británica**, un **mercado ilegal** opera bajo la clandestinidad.

Desertores, criminales y maleantes son vendidos como **mercancía**, a menudo comprados por matronas viudas o solitarias como... **compañía**.

Avery, un héroe de guerra injustamente acusado de desertor, se encuentra en este abismo. Tras ser **exhibido desnudo** en una subasta en las Tierras Altas, es comprado por un escocés. **Lleno de odio** por la humillación y la injusticia, solo siente resentimiento contra todos aquellos que lo han degradado.

Kenna, por otro lado, observa con horror cómo su padre adquiere a varios hombres en una subasta ilegal. Atados a un **contrato de servidumbre** para trabajar las tierras y pagar la renta exorbitante a los Campbell, estos hombres, entre ellos Avery, se convierten en la herramienta para la supervivencia del clan.

Sus miradas se encuentran, y en ese instante, Kenna comprende que su vida está a punto de cambiar para siempre. En los **ojos fríos e intensos** de Avery, ve una chispa de rebeldía y un alma indomable que la cautiva, pero él solo ve a la mujer que lo ha comprado.

Dos mundos chocan en un torbellino de **pasión y redención**. Avery y Kenna se embarcan en un viaje que los enfrenta a la crueldad de la sociedad, una época histórica turbulenta y a la **irresistible atracción** que los une.

¿Podrá el odio convertirse en amor en las profundidades de la oscuridad?

Sumérgete en una historia cautivadora llena de:

- **Romance apasionado:** Un fuego que arde en la adversidad.
- **Lucha por la libertad:** Dos almas que se rebelan contra la opresión.
- **Secretos del pasado:** ¿Podrán desentrañar sus misterios?
- **Escenarios vibrantes:** Las Tierras Altas de Escocia como telón de fondo de una historia inolvidable.

Las Cadenas Prohibidas de Avery: una locura de historia que te atrapará desde la primera página.

Serie Highlanders:

ENTRE LAS PÁGINAS DEL TIEMPO



Catherine, una ávida lectora de romántica, encuentra un viejo libro oculto en un desván que la

cautiva de manera irrevocable: una historia de amor apasionada y desgarradora ambientada en las bravas Tierras Altas de Escocia del siglo XVIII.

Sin embargo, este no es un libro ordinario. Mientras se sumerge en sus páginas, el límite entre la realidad y la ficción se desvanece y de forma inexplicable se ve inmersa en el mismo corazón de la trama, en la época y lugar donde se desarrolla la historia.

Allí, en medio de la salvaje y hermosa Escocia del pasado, se encuentra cara a cara con el protagonista de la historia, el apuesto y valiente guerrero, John MacLeod, un hombre por el que cualquiera suspiraría. Pero su encuentro está lejos de ser tan idílico como ella había imaginado mientras leía su historia. Ahora es una extraña, con una mentalidad moderna, que aparece de forma misteriosa en la isla de Skye, generando desconfianza y una multitud de preguntas sin respuesta.

De ser una simple lectora, Catherine se convierte en un personaje de la historia, teniendo que navegar en un mundo desconocido lleno de peligros, secretos y un amor que crece día a día, desafiando las normas de su tiempo.

Descubre en "Entre las páginas del tiempo", cómo la historia puede atrapar a su lectora, cambiando su realidad, desafiándola y permitiéndole vivir la aventura más apasionante y el amor más intenso que jamás hubiera imaginado.

¿Hasta dónde está dispuesta a llegar por un amor que trasciende el tiempo y la realidad?

BAJO UN CIELO ESCOCÉS



Elizabeth Stanford, una joven inglesa criada entre los refinados salones de la aristocracia, ve su mundo cambiar abruptamente cuando su madre, viuda del conde de Sunderland, se une en matrimonio con el líder del clan Stewart de Appin, buscando proteger su dote de las garras del nuevo Conde.

De repente, Liz se halla en el corazón de las Tierras Altas de Escocia, rodeada de montañas indómitas y tradiciones ancestrales, y en compañía de cinco hermanastros highlanders, hombres tan imponentes como el paisaje que los ha forjado.

La adaptación es un desafío. Las tensiones entre la "inglesa" y los Stewart son palpables, y la

repentina muerte de su madre la deja desamparada en un entorno desconocido.

Pero las Highlands le reservan más sorpresas: una noche, una maldición la envuelve, desatando en ella un deseo y una lujuria arrolladora que amenaza con consumirla.

En medio de su angustia, descubre que la solución podría residir en James, su hermanastro mayor, un guerrero de mirada penetrante y honor inquebrantable.

Liz se ve sumida en un remolino de emociones, intrigas y secretos del clan.

Mientras lucha por comprender y controlar la pasión que la controla, se plantea una cuestión esencial:¿puede el deseo superar las barreras del odio y el prejuicio? ¿Es posible que un corazón inglés encuentre refugio en los brazos de un highlander?

Adéntrate en una historia donde la sensualidad y la tradición se entrelazan, creando un puente entre dos mundos que chocan y se desean.

Advertencia: Este libro puede hacer que anheles la pasión y protección de un highlander obstinado y posesivo. Abre sus páginas bajo tu propio riesgo.